



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y
SOCIALES
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

LOS PARTIDOS NACIONALES Y LA NACIONALIZACIÓN DEL
SISTEMA DE PARTIDOS EN MÉXICO, 1994-2012

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

PRESENTA
RAFAEL MORALES RAMÍREZ

TUTOR PRINCIPAL
DRA. ROSA MARÍA MIRÓN LINCE
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR
DRA. MARCELA BRAVO AHÚJA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
DR. JEAN FRANÇOIS PRUD'HOMME
EL COLEGIO DE MÉXICO
DR. GERMÁN PÉREZ FERNÁNDEZ DEL CASTILLO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
DR. VÍCTOR ALARCÓN OLGUÍN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PRÓLOGO	vi
	<i>pág.</i>
1. Introducción	1
1.1. La nacionalización en la investigación politológica	5
1.2. Argumento básico: una competencia, distintos niveles de nacionalización	17
1.3. Datos e indicadores	21
1.4. Análisis electoral con sistemas de información geográfica (SIG)	23
1.5. Plan de investigación	29
2. Competencia en un sistema nacional de partidos	32
2.1. Introducción	32
2.2. Limitantes de la teoría	33
2.3. Competir, definiciones en un sistema nacional de partidos	42
2.4. Un modelo simple de rentabilidad electoral	48
2.5. Conclusión	55
3. La segmentación de los apoyos partidistas en el orden nacional	57
3.1. Introducción	57
3.2. El desarrollo del tripartidismo en México	59
3.3. La nivelación de los apoyos partidarios	62
3.4. La nacionalización y el tamaño del sistema partidario	67
3.5. La segmentación de las tendencias nacionales	75
3.6. Distribución en niveles no geoelectorales	80
3.7. La concentración de los apoyos por circunscripciones electorales	89
3.8. Conclusión	93
4. Estrategias de competencia nacional	95
4.1. Introducción	95
4.2. Del carro completo a la prioridad seccional	97
4.3. La centralidad de las elecciones presidenciales	102
4.4. Estrategias dominantes	103
4.5. Las bases subnacionales de los partidos	114
4.6. Masa votante y distribución geográfica del electorado	116
4.7. Conclusión	125
5. El cálculo de la rentabilidad	130
5.1. Introducción	130
5.2. El mapa descriptivo de la distribución de votos	132
5.3. Análisis electoral con el principio de Pareto	161
5.4. La franja de la rentabilidad	174
5.5. Midiendo la rentabilidad electoral	178
5.6. Conclusión	182
6. Conclusiones generales	184
Epílogo: La atípica victoria de 2018: alta nacionalización y baja rentabilidad electoral	189

Anexo: metodología de entrevistas a secretarios electorales de partido, operadores electorales y expertos de campañas	201
Referencias	202
Índice de tablas, gráficos y mapas	208

*a Fabrizio y Santiago,
por sus risas amorosas*

*a don Leonel Reyes,
el primer gurú electoral,
quien inicia la historia*

A Ernestina Osorio Núñez

(1920-1988)

in memoriam

PRÓLOGO

Al quebrar las ocho de la noche el periodista Joaquín López Dóriga fue dejando caer uno a uno los resultados del conteo rápido que confirmaban la derrota histórica del otrora partido de Estado, el PRI. Para ese momento, el ambiente en el sexto piso del Consejo Político Nacional –cónclave del poderoso equipo de Emilio Gamboa- estaba desquiciado: caras largas, impotencia, llanto y desconcierto llenaban el lugar. La batucada, que horas antes había empezado a prepararse en el estacionamiento para el virtual festejo, de pronto calló y en minutos decenas de conductores hacían sonar sus bocinas en la calle mirando al edificio de Insurgentes Norte con ese júbilo frenético tan característico de los aficionados de ocasión. En medio del pandemónium, vino la gélida instrucción: “mañana a las nueve”. Ni una palabra más. Era el 2 de julio de 2000 y estaba viendo desde mi ventana en la sede del PRI cómo caía el viejo partido de Estado, del que tanto había leído en la universidad.

Meses atrás había dejado el viejo edificio de cerrada de Eugenia en la colonia Del Valle, donde se alojó la Fundación Rafael Preciado Hernández, un centro de análisis y “conciencia externa al PAN”, según la visión del filósofo Carlos Castillo Peraza, su creador. A diferencia de mi segundo trabajo, había llegado ahí porque por esos años era asistente en la UNAM de un joven profesor que regresaba de su posgrado en Notre Dame, enrolado en ese instituto por su empatía con el liberalismo, y al que le pedí personalmente que me invitara, porque necesitaba trabajar. Mientras terminaba desde aquí la tesis de licenciatura me acercaba a mi primera campaña electoral como asistente de investigación, para la candidatura de Castillo a la Jefatura de Gobierno de la Ciudad de México. Posteriormente fui nombrado coordinador del área de investigación, Partidos y Cultura Política, en donde diseñé un proyecto de suma importancia, que se llamó *Condiciones organizativas de un partido exitoso*, en el que hice entrevistas a dirigentes que habían participado hasta entonces en las principales transformaciones de la estructura organizativa del Partido Acción Nacional y un análisis del estado actual de los Comités Estatales y Municipales. Era junio de 1998 y la Preciado, como se le conocía desde entonces,

había empezado a recibir meses atrás a una parte del equipo de Vicente Fox, como Eduardo Sojo y otros allegados de Guanajuato. Abandoné la fundación poco antes del inicio del proceso electoral del 2000 debido a que se dijo que la Fundación estaba “perredizada”. Con todo, algunos de mis compañeros consiguieron pasar de ahí a Los Pinos, gracias a una concepción muy laxa de la moral. Yo perdería mi trabajo por una reseña que escribí en su revista, Bien Común y Gobierno, sobre las inconsistencias en la obra de Enrique Krauze, amigo de Felipe Calderón.

Mientras todo esto pasaba pude mantener un pie en la academia. Mi primera oportunidad fue a los veinticinco años, en 1999, como profesor titular de asignatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Me estrené justo al inicio de la huelga, así que terminaría el semestre dando clases en el húmedo sótano de una iglesia, en la delegación Magdalena Contreras. Superado el conflicto me mantuve en la Facultad hasta 2002, impartiendo en forma simultánea diversas materias tanto en la licenciatura en Ciencia Política como en la de Relaciones Internacionales, donde trabajé siempre la asignatura de Sistemas Políticos Comparados. Aunque logré regresar para 2007, mis primeros años como profesor fueron la experiencia más gratificante de mi vida, porque podía conectar para ese momento la breve pero aleccionadora experiencia que había tenido hasta entonces como asesor y aprendiz de brujo con la reflexión con los estudiantes universitarios. De eso pude sacar provecho también a mi paso como profesor asociado en la UAM Iztapalapa y en el Tec de Monterrey. Hasta el día de hoy he podido mantener esta doble actividad, no sólo acumulando otras experiencias, como asesor del secretario de Gobernación, a donde llegué por la generosa deferencia del entonces director de la Facultad en 2006, Fernando Pérez Correa, sino también por haber tenido la oportunidad años más tarde de organizar la campaña de Beatriz Mojica, como candidata a gobernadora del estado de Guerrero, momento en el que conocí las negociaciones internas en la cima de un partido nacional y la operación directa de las estructuras de movilización del voto abajo, en el escarpado y peligroso territorio guerrerense.

Esta investigación resume años de experiencia como académico, asesor, funcionario electoral y practicante político. Es un esfuerzo por formalizar el vínculo entre estos campos para buscar explicaciones convincentes a problemas que los políticos enfrentan de manera cotidiana. Es por ello que me resulta imposible expresar mi gratitud a la enorme cantidad de profesionales, funcionarios, académicos, políticos y amigos que en lo personal me ayudaron a comprender mejor los problemas que se abordan aquí, derivados de la legítima ambición de quienes forman partidos y hacen campañas para alcanzar el poder. Con todo, nada hubiera sido posible sin el apoyo de la Universidad Nacional Autónoma de México, mi alma máter, que me cobijó desde los inicios de mi carrera como académico y que generosamente me abrió las puertas de su posgrado para permitirme concluir mi formación como investigador. Agradezco a los integrantes de mi comité tutorial, Rosa María Mirón, Marcela Bravo, Jean François Prud'homme, Germán Pérez y Víctor Alarcón por sus comentarios a este trabajo. En particular, quiero reconocer a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), casa de estudios de la que soy profesor-investigador desde hace más de una década, que me dio las facilidades para cursar cuatro años de posgrado, y por haberme permitido gozar del año sabático, una prestación laboral con la que pude tener el tiempo necesario y los recursos para financiar los altos costos de una investigación como esta, sin dejar de oír la risa de los niños.

Jiutepec, Morelos, enero de 2020

INTRODUCCIÓN

En México, durante buena parte del siglo XX, diversos líderes políticos dedicaron todos sus esfuerzos a la creación de partidos, campañas y programas de orden nacional, dejando una impronta que se hace visible hasta el día de hoy. La expansión intencional del área de competencia de los partidos políticos en la posrevolución supuso un gigantesco desplazamiento de alianzas y viejos conflictos anclados a áreas geográficas específicas. Y fue la capacidad de estos grupos para reorganizar en forma total a la vida política lo que hizo posible la nacionalización de la política en el nuevo régimen. ¿Cómo se alcanzó un cambio a gran escala respecto de viejas divisiones y conflictos de clase? Una respuesta es que los herederos de la fracción triunfante de la Revolución lograron entender el papel histórico de un tipo específico de partido, *el partido nacional*, con el doble objetivo político i) de procesar los conflictos intra-elitistas por un canal exclusivo ii) y el de desarticular los monopolios políticos locales opositores al nuevo orden central. Esta decisión tuvo éxito únicamente a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando se tradujo en el establecimiento de límites efectivos al pluralismo político, por medio del crecimiento controlado de la oposición, a través de diversos mecanismos¹.

El sistema que surge a partir de los años cuarenta reelabora un espacio político compuesto por lealtades, representaciones, protestas y divisiones determinadas territorialmente para producir una estructura política-institucional interna, de divisiones funcionales. Esto supuso la dislocación de una política parroquial y de conflictos y alianzas definidos por un territorio, para redirigirlas hacia estructuras en *lo nacional*. Se trata de un proceso de penetración y estandarización de las periferias típico de la nacionalización política (Caramani, 2004), donde se reduce el carácter territorial de la protesta mientras se desarrolla un canal para su representación, en términos federativos. La delimitación del espacio político en la

¹ Molinar, Juan, *El tiempo de la legitimidad. Democracia y elecciones en el autoritarismo en México*, México, Cal y Arena, 1991

posrevolución prefiguró el advenimiento de un nuevo sistema nacional de partidos y de competencia electoral no competitivo, que dio una nueva estructura a la política. El resultado fue un realineamiento electoral y de oposiciones nacionales que favorecieron durante varias décadas la dominancia del partido del gobierno en la arena política.

Hacia la década de los noventa el régimen fue liberalizando los controles que tenía para permitir la persistencia del sistema. Sin embargo, los opositores no se convirtieron en partidos más moderados y atrapa-todo hasta que las ventajas materiales de los titulares del poder declinaron (Green, 2007). La pérdida de la posesión de recursos agotó una de las ventajas ilegítimas con la que los titulares del poder mantuvieron el “equilibrio de la dominancia” en la liza política de pluralismo limitado². El régimen perdió los mecanismos para estimular de forma permanente la participación ciudadana (Crespo, 1991). Fue entonces cuando el crecimiento de los partidos quedó sujeto a la libre competencia, como opciones reales para el electorado, y en el marco de nuevas reglas que buscaban un juego político más equitativo. Los partidos desarrollaron una nueva *capacidad electoral* lo que contribuyó a formar un régimen con rivales cada vez más creíbles, en ambiciones como en capacidades. La competición liberalizada de los noventa, con reglas renovadas para que todos los partidos tuviesen un acceso más equilibrado a recursos públicos para financiar campañas, mantener su vida interna por medio de una burocracia y contar con espacios en radio y televisión para difundir sus ideologías, permitió que tanto titulares del poder como retadores homologaran su *estrategia de competencia*, con enfoques dirigidos al votante, y a la gestión de nuevas bases subnacionales de apoyo.

² Kenneth F. Green (2007: 3) sostiene que el “equilibrio” que alcanzó el sistema de partido dominante en México se rompe por el paso de partidos débilmente orientados a un nicho a partidos más grandes y poderosos, en la forma de partidos atrapa-todo, capaces de ganar elecciones. Su argumento es que los partidos opositores no lograban ser competitivos por las desventajas que suponía rivalizar contra un partido dominante, con sus recursos provenientes del gobierno (*focus on incumbency advantage*) y la capacidad del régimen para subir los costos de participación a aquellos que quisieran militar en la oposición

Aquí se expone cómo el aumento de la capacidad electoral en las campañas fue un proceso compartido por todos los jugadores, no sólo por la oposición. El partido del gobierno también debió encontrar fórmulas alternativas para sobrevivir y adaptarse al nuevo sistema tanto para reclutar candidatos y activistas, mejorar las capacidades financieras y organizativas, así como acciones con mayor efectividad de persuasión sobre el electorado. En su conjunto, todos los emblemas reorientaron sus enfoques de análisis para definir en qué lugares encontrar las combinaciones óptimas entre electorados con alta votación para un partido y altos niveles de participación ciudadana.

El bipartidismo entre el PRI (Partido Revolucionario Institucional) y el PAN (Partido Acción Nacional) que algunos observadores habían prefigurado en los años ochenta se extinguió rápidamente y en su lugar el formato de competencia de partido dominante se sustituyó por un nuevo tipo de pugna no vista hasta ese momento: la de un combate nacionalizado entre tres fuerzas alrededor de la posición centrista que el PRI ocuparía, más que en el espectro político-ideológico, simplemente en medio de dos polos opuestos del sistema de partidos³. La nueva forma de competir asumiría varias expresiones en lo geográfico, con una segmentación muy marcada en elecciones legislativas federales, en distritos como en circunscripciones de lista, pero sobre todo en la formación de nuevos electorados subnacionales, expuestos a una nueva oferta de divisiones de orden nacional, político-funcionales, en elecciones por la presidencia de la República. A partir de entonces, una clase política ampliada pudo inclinarse por diversos canales para procesar sus diferencias. En el plano federal la nueva rivalidad mostró una nivelación entre todos los contendientes a lo largo del país pero también una vuelta a los monopolios políticos de competencia unilateral,⁴ en entidades federativas como Baja California o la Ciudad de México; monopolios que dividieron en cortes a las divisiones políticas

³ Si la rivalidad que surge con la democratización del régimen es la de una competencia menos ideológica, siguiendo la definición de Hazan (1996), el PRI tendría que ser definido como un partido central colocado espacialmente más que un partido de centro, ubicado en términos ideológicos.

⁴ Una vuelta, porque hasta antes de la Ley de 1946, en la ausencia de un sistema electoral federativo, los estados desarrollaban poderosas jefaturas políticas, todas contrarias a los intentos del gobierno federal por erigir una autoridad central.

potencialmente nacionales⁵. En resumen, en el largo plazo se produjo un sistema partidista nacional con unos cuantos partidos nacionalizados que compitieron de forma concentrada en un formato cercano a tres fuerzas políticas efectivas pero caracterizado por distintos tipos de dispersión de votos⁶. En esta investigación se busca hacer visibles algunos de los mecanismos que han hecho posible este gran cambio.

¿Por qué es importante la nacionalización?

Este trabajo intenta responder a la pregunta de por qué algunos partidos pueden competir a lo largo de todo un territorio y otros no. Que las organizaciones partidistas concentren sus apoyos en un segmento de la población o que estén orientadas nacionalmente es un hecho que tiene fuertes implicaciones políticas. Si los partidos acumulan votos a través de las circunscripciones electorales pueden obligar a otras fuerzas a que confronten problemas de orden nacional. O al contrario, siempre que los partidos compitan por el voto en unas cuantas zonas y no por todo un electorado, las interacciones entre éstos quedarán segmentadas a unas regiones, por lo que muy probablemente los conflictos e intereses políticos de la agenda pública serán procesados por fuerzas distintas a las que existen en el orden nacional. El tema es vigente pues muchas repúblicas siguen buscando el día de hoy cómo integrar a las fuerzas locales en ideologías, partidos y programas nacionales de gobierno, sea para procesar las tensiones producto del faccionalismo de grupos regionales sin visión de Estado o para instituir los mecanismos institucionales que faciliten la formación de coaliciones políticas mayoritarias alineadas a divisiones funcionales de partido.

Para el campo de la politología la nacionalización tiene que ser relevante porque se vincula con la competencia. Es en la competencia en las campañas donde se lucha

⁵ E. E. Schattschneider (1960) llama a este tipo de división *seccionalismo político*, un factor que impide construir una alianza estable o división política de mayor alcance en un territorio.

⁶ No es objeto de esta investigación revisar el tipo de electorado al que se dirigieron los partidos, respecto de si existe suficiente espacio en el espectro ideológico para ser ocupado por las nuevas fuerzas, si es que adoptaron posiciones no centristas para atraer a votantes desalineados o simplemente si cultivaron un votante mediano.

por los sectores del electorado que serán movilizados para buscar el triunfo. Existen métodos específicos para detectar dónde están los afiliados, simpatizantes y electores desalineados que se llevarán a las urnas para buscar la victoria y eso incide en la manera en la que se dispersan los apoyos en el territorio. Aunque la gestión del voto en las campañas es importante esto no quiere decir que no existan otros factores de orden político que podrían tener también un efecto en este proceso, como el grado de centralización / no-centralización del gobierno (Chhiber y Kollman, 2004; Thorlakson, 2005; Leiras, 2010), si el gobierno es presidencial, parlamentario (Shugart y Carey, 1992; Shugart, 1995) o de tipo federal (Jones y Mainwaring, 2003) o, finalmente, si la nacionalización se encuentra asociada a la fragmentación misma del sistema de partidos por efecto del sistema electoral (Brancati, 2008; Morgenstern *et al*, 2009). En esta investigación analizó dos aspectos del fenómeno de la nacionalización política, como la segmentación del sistema, entendida como una secuela de variaciones en los niveles de implantación subnacional de los propios partidos, por un lado, y la concentración de los apoyos en elecciones presidenciales, en zonas que rebasan el trazado convencional de los distritos o estados, por otro.

1.1. LA NACIONALIZACIÓN EN LA INVESTIGACIÓN POLITOLÓGICA

La nacionalización de la política es resultado del largo macroproceso de formación de los Estados nacionales y de la democratización masiva. Su consecuencia inmediata es la de dar forma a la estructura de los sistemas de partidos y a homogeneizar el comportamiento territorial de todo un electorado. La primera manifestación de este proceso se presenta cuando los candidatos compiten contra candidatos de otros partidos en lugares donde antes no lo podían hacer. Siempre que los políticos luchen por el electorado como un todo se abocarán a conseguirlo. Esto resulta más evidente ahí cuando el electorado se encuentra más atento a los temas nacionales que a los locales. La politología ha encontrado evidencia suficiente para presentarla como un factor de gran poder explicativo en el desempeño institucional y en el comportamiento político (Chhiber y Kollman, 2004).

Es por ello por lo que se ha consolidado ya como una tradición de investigación con diversos enfoques teóricos, conceptos, estrategias metodológicas e instrumentos de medición.

En 1960, en su obra clásica *El pueblo semisoberano. La democracia norteamericana vista por un hombre práctico*, E. E. Schattschneider observó cómo hacia 1896 en la política norteamericana una división de partidos había seccionado literalmente al país en dos, en una minoría industrial-republicana del norte y su equivalente conservadora-demócrata del sur. Esta división de los conflictos en secciones tuvo como consecuencia la de deprimir la organización partidista, fomentar el gobierno de un partido y desincentivar el desarrollo de una oposición responsable ([1960] 1967: 107, 114). Schattschneider observó cómo en los comicios de 1944 hubo una disminución sensible en el número de estados de un solo partido, en un fenómeno en el que las elecciones se vieron dominadas por factores de orden nacional, entendidos como una alianza nacional de partidos. La sustitución eficaz de este conflicto por otro de mayor estabilidad supuso “una extensión muy grande del área de competencia de partidos” y la consolidación del actual sistema bipartidista nacional ([1960] 1967: 120-121). Schattschneider llamó a este proceso nacionalización de la política.

En la ciencia política norteamericana el tema se ha desarrollado con dos preocupaciones centrales: primero, para descubrir cómo los partidos superan su ámbito local y la forma en la que distribuyen sus apoyos a lo largo de un territorio (Schattschneider, [1960] 1967) y, segundo, para identificar las distintas fuerzas que trabajan para formar el voto partidista en el electorado y la explicación de su cambio a través del tiempo (Stokes, 1965). Actualmente existe un renovado interés en el tema que se expresa en un creciente número de trabajos con distintos enfoques y metodologías. A pesar de ello, la nueva generación de estudios se ha concentrado en su mayoría en algunos casos como Estados Unidos (Schattschneider, [1960] 1967; Kawato, 1987; Claggett, 1984), o en estudios comparados relativos a Europa occidental (Caramani, 2004), América Latina (Jones y Mainwaring, 2003;

Morgenstern y Potthoff, 2005; Leiras, 2010), comparaciones inter-áreas (Chhibber y Kollman, 2004), en democracias en desarrollo (Hicken, 2009) y en el debate sobre los métodos de medición del fenómeno (Caramani 2000, 2004; Jones y Mainwaring, 2003; Moenius y Kasuya, 2004; Bochsler, 2009 y Golosov, 2016).

Hasta hoy no hay un acuerdo sobre una definición general, por lo que el término ha adoptado diversos significados, entre los que están el de la homogeneidad de los apoyos electorales que obtiene un sistema de partidos en las subunidades en las que se divide una comunidad política o nacionalización “horizontal” (Jones y Mainwaring, 2003; Caramani 2000, 2004; Golosov, 2016), en oposición a este, el de la diferenciación regional (Rose y Urwin, 1975; Bochsler, 2009), el de las diferencias entre el número de partidos nacionales y los partidos en el orden subnacional, conocido también como “inflación partidista” (Moenius y Kasuya, 2004), de “vinculación de niveles” o *party linkage* (Cox, [1997] 2004) o de agregación (Chhibber y Kollman, 2004; Hicken, 2009); lo que se conoce como nacionalización dinámica, específicamente el cambio uniforme del apoyo electoral de un partido en varios distritos, de una elección a otra (electoral swing) (Stokes, 1965; Alemán y Kellam, 2008; Morgenstern et al, 2009) y el grado en el que se consigue una distribución homogénea de los votos por un partido a través de distritos distintos (nacionales o subnacionales) en un punto del tiempo, conocido también como nacionalización distributiva y, por último, las definiciones redundantes (Carrillo, 1989).

El propósito de este trabajo es entender cómo influye la rentabilidad electoral en la nacionalización, por lo cual adopto solamente la primera definición, relativa a la homogeneidad de los apoyos electorales que obtiene un sistema de partidos en una comunidad organizada políticamente más que un partido o un conjunto de partidos. Me inclino por esta definición por las mismas razones por las que Mark Jones y Scott Mainwaring han criticado que la nacionalización de tipo dinámica calcula sólo las tendencias de la nacionalización o volatilidad electoral por distritos pero no la nacionalización del sistema de partidos (Jones y Mainwaring, 2003). Si se postula

que de una a otra elección consecutiva un partido tenderá a incrementar sus apoyos en forma homogénea, en todas las unidades territoriales, se pierde de vista que puede darse el caso que entre éstas los partidos aumenten sus apoyos en unas subunidades y los reduzcan en otras, sin que ello afecte sus niveles de convergencia de apoyos y de participación (Caramani, 2004). Este aspecto es importante, debido a que lo que cuenta es el esfuerzo que cada una de las organizaciones en pugna realiza para desdoblarse en el campo y la capacidad que tienen los equipos de campaña para buscar la nivelación en los apoyos obtenidos en el plano nacional y no la transferencia masiva de votos de un emblema a otro o de una coalición a otra, sin importar el formato de su dispersión geográfica, como lo piensan desde la visión más electoral y menos relacionada con el cambio del sistema partidista.

La segunda vertiente en las definiciones operativas es la de la nacionalización agregada o inflación partidista. Diversos trabajos han defendido que la dispersión del voto se debe sobre todo a un fenómeno de coordinación entre electores, distrito por distrito, respecto del candidato o emblema por el cual piensan votar. Justamente, recuperando la tesis de la coordinación estratégica del voto de Gary Cox (1997) Chhibber y Kollman la definen como el proceso por el cual los mismos partidos compiten en diferentes niveles de agregación del voto (2004: 4), medido por la diferencia entre el número de partidos de orden nacional y los subnacionales. En este caso, la distancia entre uno y otro reflejaría el grado de nacionalización. Al analizar el federalismo y la competitividad partidista en Canadá, Gran Bretaña, la India y los Estados Unidos postularon que el sufragio se dispersa a causa de la distribución de la autoridad en distintos órdenes de gobierno, respecto del grado de centralización existente. Así entonces, bajo gobiernos centralistas los temas nacionales puestos a disposición de los electores prevalecerán por sobre los locales y viceversa.⁷ En su obra señalan

⁷ Brancanti (2008), ha trabajado una tesis similar solo que orientada a la conformación de los partidos regionales, más que a los partidos en general, que se fortalecen hipotéticamente por la descentralización política.

Los votantes tienen más probabilidades de apoyar a los partidos políticos nacionales a medida que el gobierno nacional se vuelve más importante en sus vidas. Cuando esto sucede, los candidatos también tienen más probabilidades de abandonar los partidos locales y asumir la etiqueta de los partidos nacionales (Chhibber y Kollman, 2004:222).

La tesis es sugerente en cuanto reconoce los efectos que tienen las políticas gubernamentales y la distribución de la autoridad en distintos órdenes en la actividad política a través del espacio geográfico. No obstante, los autores no le dan peso alguno al tipo de elección en la que se nacionaliza la política y, más aún, cuando tratan en su análisis a las formas de gobierno para explicar el proceso, no se entiende por qué no hace ninguna diferencia que comparen gobiernos presidenciales y parlamentarios, en países donde los partidos locales tienen la posibilidad legal y efectiva de postular candidatos a cargos de orden nacional. Que el gobierno nacional se vuelva más importante depende en buena medida de cómo se construya la identidad nacional de la población, es decir, de cómo los gobiernos nacionales definan a sus ciudadanos y cómo los represente en sus relaciones y condiciones sociales.

Recientemente, Hicken (2009) en su estudio sobre la edificación de los sistemas de partidos en Tailandia y Filipinas, ha explorado la cuestión de por qué un puñado de partidos tímidamente implantados dio luz a un sistema partidista en forma. Su argumento central es que el número de las fuerzas y la nacionalización del sistema es consecuencia de la coordinación exitosa entre votantes, candidatos y líderes partidistas en cada distrito en coordinación con otros distritos distribuidos a lo largo de un país en el que se lleva a cabo la liza política, donde compiten a su vez otros tantos candidatos coordinados con sus electores. Desde su punto de vista, el éxito de la coordinación distrital surge por incentivos específicos mientras que la coordinación inter-distrital puede tener fallas, por lo que la clave está en la capacidad de los partidos para “capturar” esos incentivos, lo que facilitaría la agregación de votos coordinados entre electores y candidatos en todo un país. Según Hicken, los incentivos agregados provienen de factores institucionales, como

de la manera en la que se elige un presidente o como se dividen las ramas del gobierno. Si esos incentivos no son procesados la falla lleva a la proliferación de partidos. Al final queda en la capacidad de decisión a nivel individual de los candidatos negarse a coordinar con otros candidatos o elegir cruzar sus distritos en la búsqueda de un partido a escala nacional, siempre como una coordinación de oportunidades.

Como el de Chhibber y Kollman, el análisis de Hicken lleva implícito una definición específica del concepto de nacionalización, la que se plantea como el resultado de una suma agregada de votos en forma vertical. Así, agregar votos aparecería como el único objetivo de un partido político que tenga aspiraciones nacionales. Racionalmente es cierto que una fuerza busca acrecentar sus votos al máximo posible. Lo que se descarta en el estudio de Hicken es que para que eso suceda se requiere ubicar, movilizar y perseguir a los electores y no tan sólo que exista la oportunidad para que éstos, de manera conjunta con candidatos y emblemas, se coordinen para producir un número determinado de partidos *a nivel distrital*. Sobre todo, como se verá en el capítulo siguiente, discutiré cómo en los hechos la competencia por la presidencia supera los cálculos distritales debido a que la rivalidad no se define en esta escala sino a nivel nacional, considerando al país como un solo distrito uninominal.

El partido nacional el origen de una idea

El 7 de diciembre de 1945 el presidente de la República, Manuel Ávila Camacho, envió al Congreso una iniciativa de ley para la elección de Diputados, Senadores y presidente de la República, reglamentaria de los artículos 60, 74, fracción I y 97 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. En dicha iniciativa, el presidente expuso la necesidad de reformar la Ley electoral de 1918, con el fin de ponerla “en condiciones de cubrir las exigencias originadas en el progreso económico, social y cívico realizado por la Nación” (*Diario de los debates de la Cámara de Diputados del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos, 1945*). La

iniciativa fue leída por el diputado guerrerense Donato Miranda Fonseca. En su exposición de motivos Ávila Camacho pontificaba

"Por mi parte, he observado atentamente el desenvolvimiento político del país, con la sincera intención de reafirmar las bases institucionales de la República, por medio de la más amplia posibilidad legal en las funciones electorales. Y me parece llegado el momento de dar a los electores una noción más real y efectiva de su participación en la cosa pública y de sus responsabilidades ciudadanas, a través de la organización de grupos políticos, dotados de responsabilidad que les permita ser copartícipes en el mecanismo electoral. Yo juzgaría que las tareas que mi gobierno ha emprendido estarían incompletas si no se acreditara, dentro del conjunto de la obra, un esfuerzo dirigido a dar mayor firmeza y seguridad a las expresiones político - Electorales de nuestro pueblo."

No había duda en los motivos planteados por el presidente. La reforma electoral era presentada como el nuevo instrumento centralista para consolidar al régimen emanado de la Revolución. Las bases institucionales que se reafirmaban eran las de una autoridad central a partir de una redistribución de competencias entre órdenes de gobierno en materia electiva, por un lado, y la disciplina política de los personajes y grupos que se oponían al proyecto de la nueva elite gobernante, por otro. El discurso no sólo mandaba un mensaje a quienes eran un riesgo latente para el sistema, sino a aquellos grupos que desde las regiones quisiesen seguir ejerciendo un control sobre la organización electoral, como base para la formación de proyectos contrarios a los intereses de la cúpula nacional naciente. El mensaje oficial coincidía con las tendencias de la época, que mostraban una decreciente influencia del personalismo político y el incremento de la participación de los grupos y sectores corporativizados (Arreola, 1988). De ahí el énfasis y la orientación que se mandaba a los electores para participar *a través de la organización de grupos políticos dotados de responsabilidad*. Por ello, en la exposición de motivos, el presidente postuló que la iniciativa se presentaba en el marco del deficiente desarrollo de la organización de los ciudadanos en partidos políticos. De acuerdo a su argumento, esto quedaba confirmado porque una reforma con órganos electorales plenamente descentralizados, como demandaban otros grupos, sólo era posible en presencia de actores plenamente institucionalizados

"[...] De otra manera, el Ejecutivo de mi cargo no aceptaría la responsabilidad de entregar la vida ciudadana y los destinos de la Patria a un organismo como el sugerido que, integrado por ciudadanos designados por el Ejecutivo o por representantes de los partidos políticos existentes, casi todos sin tradición política, muchos todavía no constituidos de acuerdo con la ley y gran parte de ellos creados ocasionalmente alrededor de candidatos determinados; correría el peligro de convertirse desde luego en un Gran Elector irresponsable en manos de la demagogia o de ambiciones partidistas cualesquiera".

Para la solución a este problema, el titular del Ejecutivo planteaba reglamentar la existencia y actuación de los partidos para que "en lugar de ser centros ocasionales de inquietud y agitación estéril, sean verdaderas instituciones de educación política de nuestro pueblo". En la iniciativa se propuso por vez primera que "para que una asociación de ciudadanos mexicanos constituida para fines electorales pueda usar la denominación de 'Partido'" tuviese que satisfacer numerosos requisitos, como regular su actuación por medio de la Constitución, formular un programa político con fines y medios de *para resolver los problemas nacionales*, así como estatutos con un programa que incluya la práctica de la formación de cuadros y un órgano jurisdiccional para tutelar los principios del partido. Era claro que se buscaba la disciplina política a través de una modernización forzada que obligase a los partidos a actuar de forma pacífica, lo que le daría al régimen un mayor control sobre sus oponentes externos pero también sobre las escisiones dentro del propio partido oficial.

Las nuevas obligaciones no se detenían en el aspecto funcional. La nueva disciplina demandaba requisitos adicionales con relación a su membrecía y la implantación de los propios partidos en el territorio nacional. Porque, como justifica la iniciativa de ley:

"No sólo se requiere para constituir un partido político que haya un grupo de ciudadanos que se organicen para fines electorales y de orientación política, que actúe pacíficamente y con propósitos que no estén en pugna con nuestras instituciones fundamentales, sino que también se requiere: un mínimo de

asociados, convenientemente distribuidos en las diferentes Entidades Federativas, como demostración de que posee fuerza política suficiente; que adopte una denominación propia que no contenga alusiones a asuntos religiosos ni a diferencias raciales; que sostenga una publicación periódica propia y que tenga oficinas permanentes; que se establezca en su acta constitutiva la prohibición de celebrar pactos o acuerdos que lo obliguen a actuar con subordinación a una organización internacional o asociaciones políticas extranjeras”.

Respecto de la ley electoral de 1919, que pedía un mínimo de cien asociados, la nueva disposición exigía una cantidad mayor y una distribución específica (un número no menor de trescientos en cada una de las Entidades Federativas de la República y el Distrito Federal o bien trescientos ciudadanos en no menos de las dos terceras partes de aquéllos, siempre que sus miembros en todo el país no sean menor a ocho mil). Sin duda, junto con el registro condicionado, esta era uno de las tres medidas de coerción más directas para impulsar la centralización del nuevo régimen, pues en el periodo previo ninguna legislación electoral se ocupó con tanto ahínco del carácter territorial de los partidos. Contra lo que parezca, la idea ya se habría gestado tiempo atrás a partir de una propuesta del PAN que planteó la necesidad de contar con partidos permanentes como requisito para que se pudiese intervenir en preparación y desarrollo de las elecciones y para lo cual planteó como requisito tener mil miembros al menos y centros activos en diez estados (Arreola, 1988). Sólo que ahora, el régimen combinaría esta medida para controlar un *registro condicionado como partido nacional*, de forma que pudiera elegir arbitrariamente a sus contendientes a ambos lados del espectro ideológico (Molinar, 1991; Peschard, 2008).

La elite política mexicana se preparaba entonces para controlar a las fuerzas regionales con el fin de asegurar su propia autoridad central. Al ser ratificada con la reforma la fórmula de representación de mayoría en distritos uninominales, con sus efectos mecánicos desfavorables para las fuerzas más pequeñas, los partidos con escasa presencia en el espectro ideológico estaban obligados a concentrar sus apoyos en algunos distritos, lo que aunado a una cobertura

obligatoria volvía muy complicada la entrada a la competencia institucional para partidos con respaldo regional (Peschard, 2008). La centralización se reforzaba con la atribución exclusiva asignada a los partidos nacionales para postular candidatos a cargos federales. De acuerdo con el Artículo 21 de la Ley Federal solamente serían reconocidos como partidos políticos los Partidos Nacionales, con lo cual los partidos locales quedaban excluidos para participar en la postulación de candidatos a cargos de elección federal. Tal prohibición que se ha mantenido hasta la fecha hasta volverse una auténtica *Ley de Hierro* de la política mexicana.

Esta limitante quedaba autoreforzada con un vuelco radical en la organización del proceso comicial. Hasta antes de la reforma, los municipios contaban con enormes facultades para controlar las elecciones, como el levantamiento del padrón, la división de los distritos, la instalación de las casillas y la vigilancia de los comicios en todos los órdenes. Con la creación de la Comisión Federal de Vigilancia Electoral y del Consejo del Padrón Electoral bajo el control del gobierno, se sustituyó a los ayuntamientos en el desarrollo del proceso electoral federal. La centralización total del sistema finalizaba con las facultades atribuidas a la Suprema Corte de Justicia de la Nación para investigar la violación del voto público y la competencia del Congreso para autocalificar la elección de sus integrantes. Es por lo que a unos minutos de terminar la sesión de la Cámara el diputado José Pantaleón Domínguez dejó para la historia su juicio sobre la descomunal concentración de competencias que los de los tres poderes de la Unión acumulaban en la organización de los comicios, al decir que

A mi juicio, y lo hago constar en mi iniciativa, debe quitarse a las autoridades toda intervención en los asuntos electorales; absolutamente toda intervención a los ayuntamientos. Deben abolirse las Juntas Computadoras Distritales; debe quitarse a los Congresos locales la facultad de dictaminar en los expedientes electorales de senadores; debe quitarse a las Cámaras Federales la facultad de aprobar o reprobar los expedientes electorales; debe crearse un Consejo Electoral, con sede en la ciudad de México, que dirigirá la función electoral y dictaminará sobre cada expediente; y

deben crearse también Consejos Auxiliares que se encarguen de organizar los padrones, instalar las Mesas Electorales, vigilar la votación, formando los expedientes y depositándolos en las oficinas de correos, dirigidos a la oficina del Consejo Electoral Central el mismo día de terminada la elección.

Su análisis dejaba entrever la conciencia que tenían los integrantes del partido oficial sobre el riesgo que representaba este cambio y las alternativas institucionales que permeaban ya en el ambiente político de la época pero que serían negadas por varias décadas bajo la sombra del nuevo régimen.

Partidos, partidos nacionales y sistemas de partidos

Aquí se define a un partido político como una organización que articula diversos fines para alcanzar el poder político. Un partido nacional se caracteriza por su capacidad para crear campañas, electorados y temáticas de orden nacional, con independencia del nivel de gobierno, región o tipo de circunscripción electoral donde busque expandir sus apoyos. Este tipo de partido puede adoptar diversas características según si opera en regímenes donde exista competencia o bajo esquemas de no-centralización, lo que afecta sus funciones, tanto en la competencia de orden nacional o local, donde también puede competir, como se advierte en el caso mexicano.⁸

Un sistema de partidos es un patrón durable de organización intrapartidista y de competencia interpartidista sostenida para acceder al poder (Chhibber y Kollman, 2004; Hicken, 2009; Aldrich, 2012). Su relevancia está no sólo en función de la interacción entre los partidos mismos que lo conforman sino también en los múltiples resultados que produce en su relación con las instituciones públicas y los ciudadanos. Su incidencia política es profunda y puede notarse en el desempeño

⁸ *Partido nacional* no es una figura homogénea, pues en los pocos países que existe se le define de formas muy diversas. En la India, por ejemplo, se reconoce como nacional a un partido cuando consigue al menos una de estas tres condiciones, como a) haber ganado 2 por ciento de los escaños en el Lok Sabha o Asamblea Legislativa (11 escaños) de por lo menos tres estados diferentes en la última elección general; b) en una elección para el Lok Sabha, el partido debe haber obtenido 6 por ciento del total de votos válidos en al menos cuatro estados, además de ganar cuatro escaños Lok Sabha o c) haber conseguido el reconocimiento como partido estatal en al menos cuatro estados.

de los gobiernos y la hechura de políticas, en la representación congresual, en la canalización de intereses locales a las instituciones nacionales, las políticas públicas, la formación de liderazgos o la proyección ideológica pero también en aspectos cruciales como en procesos de sustentabilidad de distintas instituciones políticas, como los sistemas presidenciales o los federalismos (Mainwaring y Shugart, 1997; Filippov, Ordeshook y Shvetsova, 2004).

Por la amplitud de sus efectos sobre todos estos procesos es que resulta necesario dar cuenta de la forma en la que surge un sistema partidista de orden nacional. Aquí se define un *sistema nacional de partidos* como la síntesis de interacciones partidistas donde los partidos y los electores atribuyen un significado predominantemente nacional a las elecciones, incluso en niveles no nacionales (Bardi y Mair, 2008). Este tipo de sistema implica que se homogeneizará el mismo formato de competencia en un orden y que aunque existan subsistemas de partidos locales o regionales éstos no tendrán un efecto significativo en aquél. Como apuntan Bardi y Mair, la interacción entre estos sistemas puede adoptar dos formas, básicamente: o bien, que un sistema subnacional de partidos con presencia regional o estatal no alcance a interactuar con el sistema nacional y que por ello su configuración sea completamente distinta al del estado como un todo o, por otro lado, que los partidos que operan en el ámbito local sean más o menos los mismos que los que están en el orden nacional pero que sus estrategias de competencia difieran, de forma que hagan prevalecer sus propios patrones de competencia *a través de un territorio*.

Si bien los sistemas de partidos nacionales son resultado de múltiples interacciones llegan a ser también el reflejo de una visión particular de la política. No será objeto de este trabajo determinar si es mejor o peor un formato nacionalizado para el procesamiento de los insumos de un sistema político o si debe asociarse o no con alguna forma de representación política virtuosa, de tipo consensual o mayoritaria. No obstante, se puede reconocer que existe una diferencia importante entre contar con un sistema nacional o tener varios sistemas de carácter regional. Los primeros

han permitido la síntesis de intereses amplios a través de mayorías que resultan indispensables para la aprobación de programas o reformas de gobierno. En tanto, sistemas *seccionalizados* en una o varias subunidades nacionales (parafraseando a Schattschneider) obligan a que la hechura de la política se vuelva más compleja. En algunos casos, la incapacidad para formar una oposición nacional puede explicar la permanencia de ciertos regímenes o, en el extremo, el éxito de procesos de secesión derivados de la fragmentación del sistema y por el impulso de partidos regionalistas para formar nuevas comunidades políticas.

1.2. ARGUMENTO BÁSICO: UNA COMPETENCIA, DISTINTOS NIVELES DE NACIONALIZACIÓN

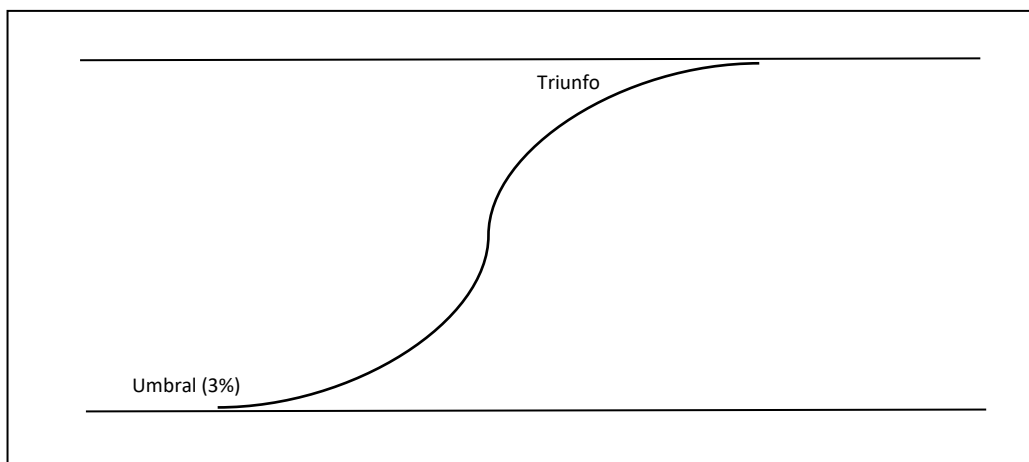
El argumento de esta investigación es que los partidos mexicanos han desarrollado estrategias diferenciadas para alcanzar algún tipo de dispersión de apoyos siempre con diversos fines, desde alcanzar el umbral definido en la ley hasta conseguir la victoria en determinada circunscripción, todo ello, con independencia de que tan homogénea sea la distribución de los votos que alcancen en tierra (Figura 1). En apariencia, el objetivo político de todo partido es la nacionalización. No obstante, la única exigencia “distributiva” que tienen dentro de la normatividad en la materia es la relativa al umbral electoral, en la que sólo se les pide un porcentaje de votos para entrar a la competencia, más no una distribución específica. Lo que buscan los partidos es ganar, más que alcanzar la mejor distribución de votos. En su ambición, movilizan su voto duro y el de sus simpatizantes y persiguen a los que se encuentran desalineados. Para ello, los partidos se transforman en organizaciones de campaña con la tarea de dar prioridad a los grupos de electores que les resultan más atractivos, mediante ejercicios de identificación de votantes-objetivo, de manera que se les pueda hacer llegar con la mayor precisión posible la oferta de insumos nacionales con los cuales se les busca persuadir. Este ejercicio es la base con la que definen el trabajo para el activismo y la movilización del voto. Y son estas acciones de campaña en su conjunto las que nos pueden ayudar a entender las

variaciones en los niveles de nacionalización que se han hallado en el periodo de estudio.

Para explicar la distribución efectiva de apoyos obtenidos a lo largo de las unidades en que se subdivide la geografía política de un país esta investigación se enfoca en las estrategias de competencia de los partidos nacionales. En la literatura comienza a consolidarse un acuerdo respecto de que el tipo de estrategia desplegada en la competencia por los partidos tiene efectos significativos en la dispersión del sistema partidista. Caramani, por ejemplo, reconoce que la gradual homogeneidad del apoyo territorial de los partidos no refleja únicamente la mayor integración de una sociedad sino también el surgimiento de un sistema partidista, por medio de la penetración de los partidos en un territorio en búsqueda del apoyo electoral frente a otros partidos (Caramani, 2004: 6). Si se acepta que los partidos tienen la capacidad para erosionar los clivajes territoriales o redistribuir preferencias (Kitschelt, 1994) eso se debe a la forma en la que delimitan a su elector-objetivo. Ante la existencia de electorados complejos, con preferencias diversas o divididos por la existencia de fracturas político-funcionales, los partidos en las campañas políticas necesitan saber dónde se encuentra geográficamente su voto duro y el de sus simpatizantes así como el de quienes no saben por quién votar, para ampliar la onda expansiva de su mensaje. Sin dicha información es muy difícil movilizar a los electores leales y mucho más perseguir a los electores *despartidizados*.

Figura 1.1.

Estrategias de nacionalización de los partidos políticos

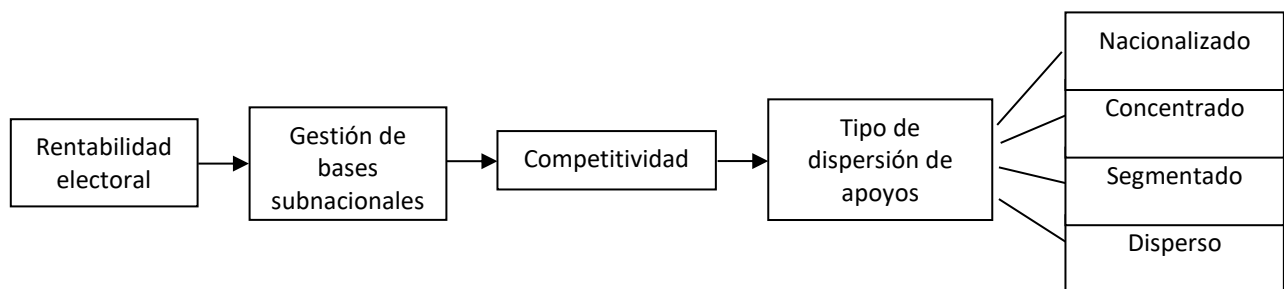


Los partidos políticos persiguen objetivos estratégicos definidos por la configuración competitiva de los sistemas partidarios en los que se encuentran. En un modelo ideal, las dimensiones que adopta el sistema de partidos se puedan dar a partir de distintos ejes, como político-ideológicos, táctico-estratégicos o político-programáticos. Estos ejes tienen una expresión geográfica y las organizaciones de partido buscarán maximizar sus votos cruzando las líneas de conflicto hasta el punto de superar a los monopolios políticos estatales. La racionalidad estratégica no se da en el aire sino que se produce en el marco de un conjunto de restricciones definidas por las reglas electorales, que disponen la obligatoriedad de contar con partidos implantados en toda una nación, como requisito de entrada a la competencia. Tales requisitos van desde una distribución específica de afiliados, el establecimiento de una estructura en todas las unidades del territorio y la exigencia de postular un mínimo de candidatos por lista, para que sean contemplados en la asignación de escaños por medio del escrutinio proporcional. Se trata de uno de los pocos consensos entre las elites que se han mantenido a lo largo del tiempo, a contrapelo de la política febril de reformismo electoral.

Que siga siendo una idea dominante que estructuras y votos se implanten por todo el país no ha llevado hasta ahora a tener una valoración expresa sobre el rendimiento de esta medida y son pocos los interesados en preguntar si realmente se ha logrado el objetivo de evitar la concentración territorial del voto y la emergencia de monopolios políticos locales, suponiendo que sean las únicas jugadas que caben en el modelo de competencia de partidos nacionales. Por ejemplo, una fuerza puede perseguir como objetivo rebasar el umbral electoral únicamente para mantener su registro, sin importarle demasiado si sus apoyos están concentrados en una región o en algunas subpoblaciones electorales. Puede darse el caso también de que se encuentre una fuerza que tenga una extensa nacionalización en el país y que haya perdido su registro jurídico como partido nacional, por no haber conseguido rebasar el umbral para acceder al juego, pero

que haya logrado formar una bancada legislativa. ¿Esto lo inhabilita como fuerza nacional? No queda claro. Lo que sí resulta evidente es que una nacionalización homogénea es un resultado que no necesariamente refleja el estado de fuerza de los emblemas en pugna, que no es una garantía para asegurar siquiera la permanencia de los competidores pues es posible que un partido concentre sus triunfos de mayoría en un puñado de entidades y mantener al mismo tiempo una dispersión nacionalizada, aunque en la mayoría de las unidades geográficas tenga un voto.

Figura 1.2.
Explicando la nacionalización del sistema de partidos



La mayor parte de las investigaciones estudian la nacionalización con base en elecciones legislativas, aunque existen diferencias en estrategias de búsqueda del voto según el tipo de elección de que se trate. Por ejemplo, la decisión electoral de competir en todo un territorio para disputar el poder ejecutivo en un régimen presidencial es enteramente distinta a estas. En las elecciones para presidente se considera a todo el territorio de un país para hacer una sola campaña mientras que para las elecciones legislativas se llevan a cabo tantas campañas como candidatos en disputa aparezcan. Los niveles más altos de nacionalización en países con elecciones intermedias muestran que las elecciones para presidente tienen un arrastre muy superior, no sólo por la posibilidad de que los temas locales se vean avasallados por los de orden nacional sino también porque la definición de públicos-objetivo considera unidades geográficas más vastas. Esto implica todo un desafío debido a que mientras más grande sea la circunscripción mayor serán las

dificultades para tratar con el desarrollo de diversas bases de apoyo subnacional. Esta es la razón por la cual los esquemas de gobierno unitario cuentan con partidos y sistemas de partidos altamente nacionalizados mientras que aquellos en esquemas federales presentan puntajes más modestos.

Las campañas políticas son actividades de decisión estratégica en la que los partidos definen los objetivos, las metas y las líneas de acción para rivalizar con los adversarios por el poder político, en un periodo muy corto de tiempo. Es en este momento donde se determina por medio de encuestas y de escenarios hipotéticos de votación cuál es la preferencia de los electores, con cuantos votos se gana la contienda y, sobre todo, cuando se planea dónde se ubican geográficamente los futuros votantes, los líderes y militantes del partido, con qué mensaje se les tiene que convencer y cómo serán movilizados el día de la jornada electoral. En efecto, los tomadores de decisiones de campaña deben centrarse en partidarios comprometidos con probabilidades de votar en el clímax de la competencia, en carreras que están por cerrarse (Goldstein y Rinout, 2002: 22). La fórmula que encuentren los partidos y los equipos de campaña para definir al elector-objetivo y las metas electorales a alcanzar por unidad geográfica será determinante para definir su destino en la propia competencia. Esa fórmula se denomina rentabilidad electoral.

1.3. DATOS E INDICADORES

Al inicio de este trabajo, se pensó construir los referentes empíricos del concepto de nacionalización con los resultados de votaciones por partido político respecto de elecciones para diputados federales y para la elección de presidente de la República, indistintamente. En lo general, los datos que se han usado son los relacionados a las elecciones generales legislativas nacionales parlamentarias (Caramani, 2004: 48) pero en un régimen de competencia multinivel debe explicarse por qué usar los datos de una u otra elección. Por ejemplo, no son los mismos electorados a los que se dirige un candidato a alcalde que uno a senador, o a los

que se dirige un diputado federal que un candidato a la presidencia de la República. En todo caso, es directamente observable que los últimos consideran territorios más grandes y, por tanto, existe una mayor probabilidad de que la distribución de sus apoyos corresponda con la existencia de distintas bases subnacionales. La nacionalización del sistema de partidos en un régimen con elecciones presidenciales es más alta que uno donde sólo se contemplan elecciones legislativas federales. Como se verá más adelante, en México la competencia por la titularidad del ejecutivo considera al territorio nacional como una única circunscripción electoral, lo que permite discriminar secciones, distritos y hasta entidades federativas enteras. Hoy, por ejemplo, una elección de este tipo puede ganarse con una docena de estados, incluyendo unas setenta ciudades y alrededor de veinte mil secciones electorales de las más de sesenta y ocho mil que componen la geografía electoral del país.

Los indicadores utilizados para analizar el caso comprenden el periodo 1994-2012, con el análisis seccional de cuatro elecciones presidenciales y cuatro intermedias, con elecciones legislativas, como casos de control. El corte que se hace del periodo se debe a que se reconoce el colapso del sistema de partido hegemónico en los primeros años de la década de los noventa (Peschard, 2008) y a que en este periodo a) se agotan las ventajas de los titulares del poder, b) se consolidan nuevas reglas para la participación y la oposición políticas y, a la par, c) hay un marcado aumento de la competitividad. Aunque en este lapso se produjeron cuatro reformas electorales (1991, 1994, 1996, 2007-2008) no hubo modificaciones sustantivas en las reglas de acceso a la competencia. Lo que sí cambió fueron los criterios para la distribución y trazado de las divisiones territoriales en las que se compite y se cuentan los votos. Por ejemplo, se afinó con el tiempo el criterio de compacidad y se hicieron innovaciones para crear distritos con poblaciones de mayoría indígena, con el fin de mejorar la representación política. Esto obligó a correr el análisis con el trazado distrital de 1996 y con el de 2004-2005⁹.

⁹ Para conseguir el trazado de 1996 tuvo que hacerse la solicitud de información respectiva sólo que, a diferencia de la solicitud de la Distritación de 2004-2005, se tuvo que hacer una serie de solicitudes adicionales

Tabla 1.1. Trazados distritales 1977-2005 y procesos electorales

Distritación 1977-1978	Distritación 1996	Distritación 2004-2005
1978-1979	1996-1997	2005-2006
1981-1982	1999-2000	2008-2009
1984-1985	2002-2003	2011-2012
1987-1988		2014-2015
1990-1991		2017-2018
1993-1994		

Fuente: el autor, con base en INE

El tiempo es suficiente para encontrar cambios en el formato del sistema a partir de variaciones en los puntajes de nacionalización del sistema partidista y en la distribución de apoyos producto de la competencia, como se plantea en el argumento general. Esto se lleva a cabo en el capítulo 3 donde se corre el *Party Nationalization Score* para revisar las tendencias del periodo. En el capítulo 4 se propone un índice para medir la rentabilidad de las secciones electorales, con los siguientes datos:

- Lista nominal de electores
- Votación total nacional emitida
- Votación para presidente de la República por sección electoral¹⁰

1.4. ANÁLISIS ELECTORAL CON SISTEMAS DE INFORMACIÓN GEOGRÁFICA (SIG)

Este trabajo se apoya en los sistemas de información geográfica (SIG). Se recurre a la tecnología SIG para comprender el uso que los partidos dan a la geografía electoral, en el diseño de las estrategias electorales. Hasta ahora, los estudios que han hecho uso de la geomática están reducidos a las tareas que realizan las

debido a que no se localizaba la información y después a que se hacía llegar en un formato no apto para el análisis en SIG.

¹⁰ Se puede incluir también los padrones de militantes. Sin embargo no se presentan aquí porque no están disponibles para el periodo de análisis. Sólo hasta ahora (2019) son auditables y transparentes, por tanto serán contemplados como una mera referencia para explicar qué criterios usan los partidos para definir la rentabilidad de secciones más que como un insumo para robustecer una medida de rentabilidad. Hasta hace poco los partidos tenían acceso libre a la lista nominal con datos personales, lo que les permitía el uso –ilegal– de estos datos para elaborar sus estrategias.

autoridades electorales, para actualizar el trazado distrital, y los pocos trabajos que tienen por título geografía electoral se reducen a análisis descriptivos muy limitados, sin apoyo en teorías que demanden una corroboración empírica. Aunque existe una demanda ciudadana por la mejora de los vínculos con sus elites la tecnología SIG, esta no ha podido transformarse en una herramienta que sirva para fortalecer la representación política debido a la inaccesibilidad de las bases de datos geométricas y al desaprovechamiento de los sistemas de código abierto disponibles en la web (Trelles, *et al.*, 2016)¹¹.

Hasta hace no mucho, la geografía electoral era un recurso analítico que había sido desplazado en las ciencias sociales por el auge del enfoque de la elección racional y del nuevo institucionalismo. Pero con los SIG y el acceso masivo a internet vino un *revival* de la demografía electoral por lo que muchos trabajos de orden sociológico aprovecharon la ocasión para reeditar -con poco éxito- la hipótesis que asocia el comportamiento electoral con las características sociodemográficas de una población, al añadir ahora a la geografía como una variable. En este intento, muchos sociólogos asumen que no basta entender la conducta política asociando el voto con los niveles educativos y de bienestar, pues también consideran relevante el que esos electores residan en ciertos tipos de zonas (por ejemplo, urbanas o rurales), para entender su comportamiento electoral (Gómez Tagle, 2000: 9, y 2009: 57; Pacheco, 1997, 2003). Los sociólogos postulan hoy que la geografía define comportamientos políticos *per se*, a la que le atribuyen “efectos contextuales”¹² y, en el extremo, le dan al voto la categoría de un acto “social *territorializado*” (Sonnleitner, 2007: 832).

¹¹ Hasta el día de hoy, las bases de datos geométricas de la geografía electoral mexicana sólo están disponibles a través de solicitudes de acceso a la información, lo que habla de los pocos esfuerzos hechos hasta ahora para ser congruentes con el discurso del fortalecimiento de las herramientas para construir ciudadanía.

¹² Aquí no debe confundirse el contexto geográfico con un cambio en el trazado distrital, pues en este caso hay un reacomodo del lugar que tiene el elector quien carga, por así decirlo, con sus preferencias a donde quiera que vaya. De cualquier manera, el diseño de nuevos distritos tiene efectos únicamente en lo relativo a la compacidad de los electorados en este nivel geográfico (Morales, 2009).

Tal posición es difícil de sostener empíricamente, en el sentido de que las personas con las que uno habla, los tipos de personas que viven cerca, la naturaleza del vecindario o la geografía política tienen un efecto marginal en el voto y la opinión de la gente (King, 1996). La creencia en una suerte de “pertenencias espaciales” puede convertir al componente geográfico en una categoría residual, sobre todo, porque no se inscribe a la “nueva” variable dentro de una teoría empírica *ad hoc*.¹³ En este sentido, la teoría de la nacionalización sí aportó los elementos necesarios para ubicar a la geografía política dentro de la formación del espacio de los sistemas políticos, al ubicarla en el surgimiento del Estado, la nación y la democratización masiva (Caramani, 2004: 21, figura 1.1). La teoría ha demostrado empíricamente que los clivajes socio-territoriales han desaparecido no sólo por la conformación misma del Estado contemporáneo, cuya mayor consecuencia ha sido la homogeneización de las áreas geográficas en una comunidad política, sino también por la capacidad de los propios partidos para romper esas fracturas (Kitschelt, 1994) -y sustituirlas por nuevas divisiones no-territoriales-, así como en los nuevos modos de hacer campañas, basados en la ingeniería electoral y en la activación de las predisposiciones políticas (Schmitt-Beck, 2007).

Alguna vez se definió a la geografía electoral como un “método cartográfico” para describir el reparto regional de las fuerzas partidarias y encontrar pautas sociodemográficas de distribución de las preferencias electorales (Peschard, 1995: 155-157). Esto es impreciso. En realidad, lo que la geografía electoral ofrece no es un método descriptivo para hacer mapas sino un nivel de análisis que pone énfasis en la *escala*. La geografía electoral debe definirse como una subdisciplina de la geografía humana que estudia la interrelación entre grupos poblacionales y su espacio, a partir de las divisiones territoriales hechas con un fin electoral, con el uso de los SIG como herramienta técnica de apoyo. Un SIG es entonces un instrumento que combina el uso holístico y sistémico de la Geografía y la Informática, para efectuar operaciones de análisis espacial. De ahí su utilidad. Como señala Gary

¹³ Geógrafos como Vilalta sostienen también que las preferencias electorales de los individuos en un lugar no son independientes una de la otra, sino que están parcialmente correlacionadas (Vilalta, 2008: 571-572).

King, “desplegar datos geográficamente nos ayuda porque conecta una variable que deseamos explicar con numerosos códigos en el mismo nivel de la geografía. Además, como la mayoría de los observadores conocen los valores de muchas de estas variables sin tener que buscarlas, las visualizaciones geográficas son reconocibles e interpretables al instante.” (1996: 161).

A diferencia de los sociólogos –y geógrafos interesados en la política también- aquí se busca relacionar el comportamiento territorial del voto con la gestión deliberada de divisiones político-funcionales por parte de partidos y candidatos. Se desestima, por tanto, cualquier supuesto relacionado con “dinámicas geográficas de la participación electoral”, “arraigo territorial” de las fuerzas políticas o “efectos de vecindad” y “notabilidad”, “proximidad”, “contagio”, “difusión” y “convergencia espacial”. A cambio, se mide a lo largo del tiempo la concentración y la dispersión espacial de *distintos electorados*, con el fin de entender en qué grado se nacionalizó la política, en qué formato (nacionalizado, segmentado, federalizado, disperso) y cómo se produjeron tales formatos, poniendo en perspectiva las actividades de activismo y de movilización del voto, con diversas estrategias y recursos organizativos, en periodos de alta intensidad política, como lo son las campañas presidenciales.

Las “pautas de sociodemográficas de distribución de las preferencias electorales” que los sociólogos presumen haber encontrado a partir de la geografía electoral, son elementos muy ambiguos como para entender la relación entre las tendencias electorales y los factores de orden estructural, debido a que no son corroborados bajo ninguna prueba empírica. En realidad, poco se puede decir con una simple descripción de frecuencias o un mapa con los resultados por partido respecto de temáticas de coyuntura, como ellos mismos lo han reconocido en los debates que traban con la politología, frente a cuestiones como la personalidad y la oferta programática de los candidatos, la predisposición de la opinión pública o la intensidad y eficacia operativa de las campañas (Emmerich, 1993, citado por Gómez Tagle, 2000: 20).

Si bien la mera distribución geográfica de los resultados electorales representa en sí un indicador del comportamiento político -ubicable fácilmente en las tablas estadísticas-, es necesario pasar a operaciones de análisis espacial con proposiciones y metodologías desarrolladas desde la ciencia política, que permitan dejar de lado el análisis descriptivo y determinista de la sociología. Esto no quiere decir que la politología esté exenta de revisiones. Se ha comentado que los estudios de la nacionalización padecen de un sesgo metodológico, como es la tendencia a escoger el nivel Estado y de elecciones nacionales como la unidad de análisis natural (Schakel, 2013). Esta crítica se puede asumir parcialmente, pues toda elección presidencial es por naturaleza nacional y por ello no puede considerarse un proceso multinivel o regional bajo un objetivo de investigación, como el que se persigue aquí. En todo caso, aquí se buscará reducir la escala del análisis a nivel seccional para encontrar procesos y comportamientos políticos que quedan ocultos con los indicadores agregados, como los que se elaboran para medir el proceso a nivel de todo el sistema. Más que un sesgo, reafirmaré el uso de este nivel pero explicando el proceso desde las secciones, en un ejercicio de ida y vuelta, de arriba hacia abajo y luego de abajo hacia arriba (*top down and bottom up*), pues considero que el proceso de la nacionalización representa en sí mismo un problema de carácter micro y macro-político que debe ser explicado en sus relaciones y mecanismos causales.

En este trabajo se intenta avanzar en los aspectos de coyuntura con apoyo de la ciencia de la geomática, en el marco de los ejercicios de operación en tierra de las campañas. En específico, serán revisadas las acciones de gestión del voto en el territorio, con el fin de aportar elementos que nos ofrezcan una mejor comprensión del fenómeno de la nacionalización de la política. A través de indicadores *ad hoc*, nuevas herramientas digitales y bancos de datos no elaborados hasta ahora se buscará mostrar la existencia de distintos formatos de dispersión del voto desagregados geográficamente. El objetivo es trabajar en dos niveles del análisis del trazado electoral, como las secciones electorales y los Estados Unidos

Mexicanos, considerando al país como un distrito nacional uninominal. Para ello, esta investigación generará una base de datos geoelectoral a partir de la preparación de una (1) base de datos de variables electorales y dos (2) bases de datos geométricos, ajustada a un solo sistema de referencia espacial para todas las entidades federativas en el orden seccional¹⁴, tanto para los procesos electorales que corrieron bajo la distritación de 1996 y como para los de 2004-2005. El propósito de esta fuente de información es que sirva para llevar a cabo

1. Una caracterización del estado que guarda la competencia electoral *masiva*, en el todo el país,
2. Como fuente de análisis para realizar un ejercicio de escenarios de votación y de rentabilidad y,
3. Para analizar el criterio por el cual se lleva a cabo la movilización del elector en tierra, en campañas presidenciales.

En el capítulo 5 se realiza el análisis de rentabilidad electoral, reduciendo la escala del análisis a las secciones en la competencia presidencial, con un SIG con software Mapinfo¹⁵, con los siguientes datos:

- Lista nominal de electores
- Votación total nacional emitida

¹⁴ Se trata de los parámetros geodésicos de los sistemas de proyección cartográfica usados mundialmente en la cartografía, un sistema que codifica una capa (*layer*). La capa es una estructura de información que contiene los datos de las características de los componentes del territorio. Existen dos tipos de estructuras de datos espaciales como la estructura vectorial (donde los elementos del territorio se representan y trabajan mediante puntos, líneas y polígonos) y la estructura raster (que se basa en estructuras de celda que son utilizadas para representar atributos con valores). Los datos de (1) puntos pueden representar casillas electorales, la ubicación de una protesta o la dirección de una persona de la que sabemos algo a partir de una encuesta o algún registro censal, las (2) líneas nos ayudan a representar redes de infraestructura como carreteras, líneas de gas, ríos o líneas de comunicación, (3) los polígonos, que presentan trazados como países, municipios, distritos, secciones o colonias y (4) un dato que se le conoce como raster, que son representaciones de relieve, información que varía de forma continua que está disponible para cada punto en un área extensa y a cierta resolución, como imágenes de Google, fotografías aéreas, imágenes satelitales o representaciones tridimensionales.

¹⁵ Inicialmente se usó el software GvSig. Aunque tiene la ventaja de ser de licencia libre no tiene la misma capacidad de procesamiento de datos y su interfaz, los elementos de la pantalla para elaborar el análisis, es poco amigable.

- Votación para presidente de la República por sección electoral
- Masa votante
- Datos geométricos de la geografía electoral de 1996 y de 2005

1.5. PLAN DE INVESTIGACIÓN

Además del uso de un sistema digital de información geográfica, se buscará apoyo en el método cualitativo a través de entrevistas semi estructuradas, dirigidas a quienes hayan tenido responsabilidades como dirigentes y secretarios generales de un partido nacional, secretarios electorales, coordinadores de campaña, consultores y operadores electorales, en general, para explicar la forma en la que fueron evolucionando las estrategias de competencia en el periodo de estudio. La primera ronda de entrevistas se usó para afinar las preguntas de investigación. La segunda, para preguntar a los entrevistados cómo fue evolucionando la competencia y de qué estrategias se valieron dirigentes y candidatos para hacerle frente. Se les pregunto qué criterios usaron para definir su territorio de caza y, en lo específico, cuál es la valoración que tienen de la rentabilidad electoral, tanto como fuente de análisis del comportamiento del voto en escala seccional y como recurso para la gestión de las poblaciones electorales distribuidas en el territorio. Los cuestionarios se presentan en el anexo.

Los siguientes apartados se organizan de la siguiente forma: en el capítulo 2 se hace una revisión general de la teoría de la nacionalización y de la familia de indicadores ideados para mensurar este fenómeno, y se comentarán algunos aspectos no tratados aún en la materia, como la relación de la competencia con la nacionalización. Aquí mismo, se presenta la propuesta de que los partidos deben ser considerados como organizaciones de campaña de tal forma que puedan entenderse los problemas que enfrentan partidos, candidatos y equipos de competición en la hora administrar el territorio con fines electorales. Esto permitirá exponer cómo fueron adoptando criterios para fijar prioridades en las campañas para el activismo y la movilización del voto, a nivel de sección, como producto de

una nueva rivalidad derivada del desalineamiento del viejo electorado forjado en el sistema de partido dominante. En el apartado tres se corren los indicadores convencionales para analizar una propiedad de los sistemas de partidos en el proceso de nacionalización, la nivelación de apoyos, para lo cual se usará el índice de nacionalización propuesto por Jones y Mainwaring (2003). De las mediciones, se espera inferir la existencia de distintos formatos de nacionalización del sistema como producto de la capacidad de los partidos en lo individual para dispersar sus apoyos en el país. Además, se utilizan índices alternos para verificar el proceso a partir de medidas de desnacionalización, que ponen énfasis en la variable poblacional (en este caso, representada por la lista nominal de electores) y en unidades no definidas bajo criterios político-administrativos, más que en la suma agregada de los votos que aportan las unidades geoelectorales a la meta final para conseguir la victoria.

La estrategia dominante de los partidos en justas presidenciales se discute en el apartado cuatro. El objetivo es mostrar que el cambio de régimen llevó a un cambio en la forma de hacer campañas. Aquí se describe cómo se pasa de la idea del *carro completo* de la época del partido hegemónico al enfoque de la rentabilidad electoral, propio de la competencia pluripartidista. Se explica por qué las elecciones presidenciales tienen relevancia en el proceso de nacionalización y de qué forma los partidos han hecho de esta arena de lucha el espacio para romper con monopolios políticos y “bastiones” de partido, toda vez que al tratarse de una campaña nacional los partidos tienen la capacidad de romper con todo tipo de clivajes de orden territorial. Para entender las estrategias que dominaron en el periodo de análisis se presenta el concepto de bases subnacionales, que da cuenta de la capacidad de los partidos de identificar a sus electorados anidados en tierra, reconociendo precisamente la capacidad de los partidos de construir sus propios electorados, a partir de llamamientos y acciones puerta a puerta que realizan sus estructuras en campo. El apartado cierra con la masa votante y la distribución geográfica del electorado, información básica para proceder a la jerarquización de unidades geográficas a partir de la rentabilidad electoral.

En el capítulo cinco se analiza el rendimiento de las hipótesis de la nacionalización política, contrastándolas contra los nuevos criterios para la dispersión deliberada de apoyos electorales, derivados de distintos esquemas de rentabilidad electoral, como son frecuencias, modelos de priorización de Pareto y fórmulas compuestas de rentabilidad. Se espera confirmar el peso de las campañas electorales en este proceso, más que de factores institucionales, argumentando que es en estas donde se establecen las estrategias tendientes a buscar el apoyo de grupos de electores. En estas experiencias, argumento, está a prueba la visibilidad de los emblemas para transformar lealtades localistas o parroquiales en lealtades nacionales. Se presenta también un mapa nacional con las variaciones entre electorados subnacionales a través de secciones y entre periodos electorales, en el periodo 1994-2012 con base en los criterios de rentabilidad electoral, para definir los patrones de distribución asociados a este tipo de cálculos desde las secciones. Finalmente, se ofrecen las conclusiones generales de la investigación.

2

COMPETENCIA EN UN SISTEMA NACIONAL DE PARTIDOS

2.1. INTRODUCCIÓN

Las causas que llevan a la nacionalización es un tema que ha merecido poco interés hasta el día de hoy. Salvo excepciones, como la del trabajo de Caramani, no hay aún un planteamiento general que explique que lleva a que algunos partidos logren extenderse en un territorio. Entre los factores causales más comunes está la descentralización política-fiscal. Thorlakson (2005, 481) ha sostenido que este proceso es un componente que tiende a dispersar los apoyos. A partir del análisis de varios sistemas federativos europeos postula que cuando los gobiernos estatales son más importantes en la vida de sus ciudadanos, a través de impuestos amplios y poderes de gasto y amplios poderes jurisdiccionales, hay más probabilidad de observar patrones políticos de competencia política a nivel estatal que diverjan de los del nivel federal. Otros, como Leiras (2010) aducen también que descentralizar desnacionaliza a los sistemas de partidos siempre que los votantes puedan juzgar las políticas subnacionales y que los partidos no-céntricos privilegien la competencia subnacional. No obstante, reconoce que los datos que existen no permiten mantener una hipótesis de asociación más robusta entre ambos procesos, por lo cual no habría forma de sostener que la relativa centralización de la autoridad se traslade en forma automática al plano partidario en forma de patrones territoriales de competencia. Lo que sorprende es que siendo la competencia misma un factor explicativo aceptado por diversos autores en los hechos se le dé un tratamiento de variable interviniente, incluso más como una etiqueta, porque al final nunca se transforma el término en un concepto empírico *asociado* al problema de la nacionalización. No basta con aducir que las estrategias de los partidos pueden ser una condición clave para que se hagan sentir los efectos de la descentralización en la nacionalización partidista y suponer de esta forma la existencia sin más de regularidades de competencia territorial, cuando no están definidos los referentes empíricos del concepto de “desnacionalización”.

2.2. LIMITANTES DE LA TEORÍA

El objetivo de este apartado es revisar qué elementos deben incluirse en la teoría de forma que podamos robustecer nuestra comprensión sobre el problema de la nacionalización del sistema de partidos. En general, se ha pasado por alto que la estructura de la competencia tiene un fuerte impacto en la dispersión de los votos dentro del sistema de partidos. Además, falta un reconocimiento explícito sobre los partidos como organizaciones de campaña, para atender los métodos que usan para gestionar a las poblaciones electorales en un territorio. Esto puede permitir un mejor entendimiento sobre la forma en la que éstos definen sus objetivos políticos y las metas de crecimiento. Hay pocas menciones en la literatura respecto de los impactos que tiene la forma en la que organizan la movilización del voto de sus fieles y de cómo persiguen a nuevos votantes. Para llevar a cabo esta tarea, aquí reviso cuáles son las características de la competencia en el orden nacional. Planteo que sin un reconocimiento sobre los objetivos políticos que se disputan en la contienda difícilmente se puede entender cómo y por qué partidos y candidatos deciden rivalizar en ciertas regiones y por qué en otras no, discutiendo si la nacionalización es un objetivo primario de los partidos por sí mismo y de qué forma entraría en disputa con otros objetivos igualmente necesarios para la subsistencia de los partidos.

El factor de la competencia

El vínculo de la nacionalización del sistema partidista con la competencia política es un asunto no tratado de forma suficiente en el debate académico. Una tímida nota a pie de página en el libro más reciente de Allen Hicken demuestra el desdén que ha padecido esta temática. En unas líneas que languidecen, a decir de Hicken

“El grado de nacionalización está relacionado también a los tipos de estrategia electoral empleados por partidos y candidatos así como a los tipos de llamados ante los cuales responden los votantes” (Hicken: 2009, p. 8).

Un reducido número de investigadores ha planteado de manera muy general que la nacionalización del sistema tiene una importancia teórica para nuestro entendimiento sobre la dinámica de la competición partidista en las democracias actuales (Jones y Mainwaring, 2003; Caramani: 2004; Hicken, 2009; Golosov, 2016) pero no todos han desarrollado el tópico. Jones y Mainwaring buscaron definir esa dinámica de competición pero sólo alcanzaron a decir que cuando existen partidos que tienen el mismo nivel de votación, pero con puntajes de nacionalización divergentes, sus estrategias electorales pueden verse afectadas. Pese a la oferta, los mismos autores que catapultaron de nuevo el debate con su *Party Nationalization Score* (2003), terminaron su estudio planteando que es el federalismo, la fragmentación del sistema y la volatilidad los factores que inciden en las variaciones de la dispersión del sistema, sin mencionar ya el tema de la competencia¹⁶.

Tradicionalmente, dentro del estudio de los partidos políticos, la conducta competitiva partidista se explicaba a partir de la persecución de fines exclusivos, como los electorales. Para la Teoría Económica de la Democracia los partidos son instrumentos calculadores, que subordinan todos los fines con exclusividad a la maximización del voto (Downs, 1990). Los partidos son equipos de hombres que buscan maximizar su apoyo político para disfrutar de los beneficios que se obtienen al ganar la dirección del aparato gubernamental; así, éstos “formulan su política estrictamente como medio para obtener votos.” (Downs, 1990: 96). Una corriente importante de académicos pensaba que una vez que se reconocía a los partidos como actores unificados era posible entender su comportamiento con relación al mercado electoral. La teoría empírica ahora plantea dos cambios: primero, que los partidos no sólo buscan votos sino que también tratan de maximizarlos (Strom, 1990) y, segundo, que la búsqueda del voto se interrelaciona o entra en conflicto

¹⁶ Otros académicos consideran a la competencia como una variable interviniente, como Leiras (2010), cuando aduce que las estrategias de los partidos pueden ser una condición clave para que se hagan sentir los efectos de la descentralización en la nacionalización partidista.

con la persecución de fines organizativos,¹⁷ de políticas¹⁸ y cargos¹⁹, por efecto de la lucha intra-partidista, las normas internas y las reglas político-electorales (Panebianco, 1988; Strom, 1990; Kitschelt, 1994; Müller y Strom, 1999; Mainwaring, 2002; Wolinetz, 2002).

Pocos han sido también los estudios que se han fijado en los temas que se ponen a disposición de los electorados. Por ejemplo, en la literatura comparada se asume que la diferencia entre elecciones competitivas y no competitivas reside en si el votante tiene opción entre los partidos y candidatos (Méndez de Hoyos, 2003). De la misma forma es posible sostener que la competencia en un régimen nacional de partidos está en si el elector encuentra opciones francamente opuestas entre insumos nacionales e insumos de orden parroquial. Si se acuerda que una campaña busca persuadir a los electores respecto de la importancia de ciertos temas, entonces la materia de la competencia nacional discurre propiamente entre la competencia por temas nacionales frente a temas locales. Las campañas modernas basan una parte de su estrategia en la comunicación de los *issue voting*, donde se busca que un votante piense que un tema en particular es relevante, “lo que puede tener un efecto positivo considerable en la probabilidad de que él o ella vote por el partido que se considera el ‘dueño’ del tema” (Aardal y van Wijnen, 2005). Los temas deben ser considerados entonces como parte vital del menú de factores nacionales que se orientan a estimular respuestas uniformes en un electorado. La competencia nacional declina en el momento en que la localización de los estímulos se desplaza de lo nacional a lo local, donde puede haber

¹⁷ Se refieren a la búsqueda de estabilidad y/o mantenimiento de la organización, a partir de los cuales subiste y que le permiten seguir buscando otros fines; electorales, de políticas o cargos. Véase Panebianco, 1988.

¹⁸ El “partido que persigue políticas”, derivado del modelo de *party government*, donde el partido o la coalición de partidos que gana una elección se lleva todo el control del gobierno, indica que los partidos maximizan su efecto sobre la política pública, pues ésta se decide dentro de partidos que luego actúan cohesivamente, por lo general a través de coaliciones, para llevarlas a cabo. (Katz, 1987) La persecución de éstas se presenta como un complemento, más que un sustituto, de la motivación por los cargos (Strom, 1990).

¹⁹ El modelo de “búsqueda de cargos políticos” señala que los partidos tratan de maximizar no sus votos, como en el modelo anterior, sino su control sobre el cargo político en la medida en que éste puede contribuir al éxito electoral o a la efectividad de las políticas (Strom, 1990: 567) Una teoría más refinada, menciona que la conducta de los partidos, y de los políticos en general, se explica por la ambición de poder por un cargo, como un incentivo por derecho propio (Schlesinger, 1975).

respuestas a factores basados localmente, tanto uniformes (entre niveles electorales horizontales, entidades político-administrativas o regiones) como no uniformes (en un enclave).

Los partidos como organizaciones de campaña

En un enfoque funcional, se considera que los partidos despliegan sus actividades en (1) el electorado, dentro de las campañas, como (2) organizaciones, en la agregación y articulación de intereses y como (3) partidos en el gobierno (Dalton y Wattenberg, 2002). Sin embargo, cuando los partidos trabajan en las campañas estas actividades no se encuentran separadas, sino que se interrelacionan dentro del campo de lucha político-electoral. Es en las campañas donde el partido revela su verdadera capacidad nacional tanto para acrecentar su membresía, formar equipos, reclutar y entrenar candidatos, recabar recursos financieros, así como para articular y agregar intereses con el fin de inventar a los públicos-objetivo y crear las alianzas desde las cuales buscará extraer los apoyos para ganar una contienda. Incluso, como gobiernos, los partidos no se divorcian de la contienda sino que se suman directamente, sea financiando a candidatos con sus recursos personales, prestando a integrantes de su staff con experiencia en el área o incluso, poniendo a disposición a sus propias estructuras territoriales para la movilización del voto. Esto supone rebasar la idea formalista de que los partidos son estructuras burocráticas, que mantienen en todo momento una línea de mando rígida o apegada a lo que marca una ley. En realidad, la operación efectiva de los partidos dista mucho de lo que indica su organización oficial. El desplazamiento del estudio de los partidos como burocracias a su comprensión como organizaciones permite entender hoy la serie de relaciones informales que se dan en el seno de la elite de los partidos, que deben considerarse como parte fundamental de su estructura, como lo señala Monroe en su *Political Party Matrix* (2001).

Los partidos en el electorado tienen como tarea la de simplificar la elección de los votantes, generar símbolos para que sus militantes y seguidores se identifiquen y sean leales a sus causas y movilizar a la gente para que vote (Dalton y Wattenberg,

2002). Pero el desempeño de estas tareas depende en realidad de la forma en la cual el propio partido provea de los insumos y servicios profesionales en todos los niveles de la competencia política, nacional y subnacional, así como de los consultores políticos y campaigners especializados pero, sobre todo, del *staff* político personal de los integrantes del partido -que logran mantener como titulares en el poder a la manera de *empresarios en oficinas públicas*-, operando desde los gobiernos en los diversos órdenes del territorio con ambiciones de patronazgo, para promover o financiar campañas de otros candidatos en sus territorios, y que resulta la clave para el mantenimiento del aparato político personal de cada uno de ellos (Monroe, 2011).

Las campañas son procesos de aceleración política. Implican cambios agresivos respecto de la ascendencia de viejos dirigentes y el arribo de nuevos cuadros. Esto supone una dinámica de ascensos y relevos generacionales que de otra manera no sucederían en una etapa de normalidad política. La campaña, una organización de organizaciones propiedad de titulares de gobierno o representantes populares, genera ambiciones e intereses diversos y una tensión importante entre los principales actores de un partido. La tensión máxima se produce con la nominación del candidato, porque se corre el riesgo de no generar el consenso necesario entre los dirigentes de muy diversas fracciones y una dirigencia nacional (Morales, 2016). En una campaña nacional, como la de presidente, dirigentes y arribistas, algunos leales al partido y otros a la persona del candidato, luchan internamente para posicionarse con sus estructuras para ganar un lugar destacado en el nuevo gobierno. Esta lucha genera un fuerte nivel de incertidumbre, sobre todo cuando los no-designados optan por la salida, en lugar de la lealtad, bajo la promesa de una compensación futura, proporcional a su fuerza política. Es por ello, que las principales posiciones se reparten entre los liderazgos más visibles, aunque ello no garantiza de ningún modo lugar alguno en el futuro gobierno. Si se opta por la voz, el resultado es una especie de equilibrio de Nash, cuando los actores perjudicados con la decisión optan por dejar el control al candidato para atrincherarse en sus

grupos, reforzando el monopolio que tienen para controlar las candidaturas subnacionales, en un acto de auto compensación (Morales, 2016).

Un último aspecto en el partido como organización de campaña es la profesionalización. En etapas normales los partidos invierten su tiempo en cursos formativos y de reforzamiento de identidades. Sin embargo, estos cursos tienen poco que ver con las competencias técnico-profesionales que se requieren en la campaña. Debido a la americanización de la contienda y a la consolidación del modelo de *partido atrapa-todo*, el partido como organización de campaña requiere allegarse de los últimos conocimientos técnicos para luchar *vis-a-vis* contra el adversario, pues hoy se considera que las campañas son básicamente luchas por la información (Issenberg, 2012). Por ello, es inevitable darles un espacio especial a consultores especializados en organización de equipos, movilización del voto, diseño de mensaje y entrenamiento para el candidato pues los *campaigners* definen las áreas clave como salas de situación y estrategias específicas de gestión de crisis y en muchos casos terminan tomando las decisiones más delicadas en la contienda. Es por ello que estos equipos generan roces con los políticos tradicionales, que se ven desplazados por gerentes con nuevas capacidades técnicas, con las cuales auguran el éxito de la campaña misma. La tendencia de los partidos no sólo es mantenerse como maquinarias atrapa-todo, en su versión de modernos partido de cuadros²⁰, la realidad es que también se han convertido en aparatos proveedores de servicios de campaña y en gigantescas coordinaciones nacionales de aparatos micro políticos, que están al servicio de titulares de gobierno, los únicos capaces de contar con los recursos para crearlos y mantenerlos, en todos los órdenes políticos (Monroe, 2001; Morales, 2016).

Los intercambios entre objetivos en disputa

Como los partidos llaman la atención de una gran variedad de personas, desde oportunistas, ideólogos y diletantes, estos están obligados a condensar en su seno

²⁰ El moderno partido de cuadros es un concepto acuñado por Ruud Koole en 1994, sobre la base de un estudio de caso de los partidos neerlandeses.

una enorme diversidad de objetivos e intereses (Schlesinger, 1975), todo lo cual obliga a los partidos a encadenar la búsqueda de votos con la búsqueda de otros fines, en forma complementaria (Strom, 1990). Si los partidos no buscan fines exclusivos ni son un instrumento calculador, entonces ¿cómo se eligen ciertas estrategias? Antes aun: ¿cuáles son los riesgos de interrelacionar determinados fines? Se ha dicho que la elección estratégica es resultado de la organización partidista y de la política interna (Kitschelt, 1994). Desde este enfoque, los intercambios entre un fin o varios de ellos depende i) de las reglas de toma de decisión internas y ii) de las preferencias de los activistas del partido (Kitschelt, 1994).

¿Cómo se articula entonces el objetivo político de la nacionalización con otros fines en la conducta partidista competitiva? Funcionarios de partido mencionan que el objetivo inmediato en una elección no es la nacionalización en sí si no la victoria electoral. No es absurdo: dirigentes y candidatos no invierten cuantiosos recursos únicamente para sentirse honrosos de que su organización logró obtener un voto de cien en zonas políticamente marginales. Además, es un hecho incontestable que los partidos pueden ganar en una competencia con una pobre dispersión de apoyos. Incluso, muchos partidos pueden mantenerse en la competencia sin la necesidad de contar con una dispersión significativa sino viviendo tan solo de la concentración de sus votos en unas cuantas circunscripciones, ciudades o hasta en un puñado de secciones. Como se comentará más adelante, puede darse el caso de emblemas que tengan una dispersión muy extendida, teniendo un voto en cada circunscripción, sin que ello ponga necesariamente en riesgo su permanencia en el sistema. Incluso, existe la posibilidad de que partidos poco competitivos electoralmente tengan mejores niveles de dispersión frente a partidos que cuentan con amplias bancadas legislativas y múltiples posiciones de gobierno. Esto es una consecuencia directa de los pocos incentivos que pueden ofrecer los sistemas electorales al desasir la permanencia de los partidos de la liza electoral.

Los partidos son organizaciones que se encuentran permanentemente bajo estrés debido a su necesidad constante de interrelacionar fines no complementarios. La propia competencia obliga a que busquen el control de su ambiente. En ciertos contextos la búsqueda de distintas metas resulta contradictoria o subóptima, sobre todo respecto a la consolidación organizativa del partido. Las organizaciones de partido deben reformarse sin perder identidad tratando al mismo tiempo de encauzar la ambición política de sus fracciones. Considero que deben incorporarse argumentos que expliquen cómo los propios partidos definen objetivos estratégicos a la hora de buscar el crecimiento electoral en el territorio. El proceso de hechura de la decisión intra-partidista es un factor clave para comprender el atractivo electoral de los partidos (Kitschelt, 1994). Parto de la idea de que la nacionalización es un fenómeno inducido de forma intencional con base en los *objetivos estratégicos* trazados dentro del desarrollo de las campañas políticas. La definición de tales objetivos permite definir de dónde saldrán los apoyos que buscan para ganar una elección frente a otras alternativas de orden nacional. Bajo ciertas condiciones, los equipos políticos tienen que optar por determinados cursos de acción dependiendo del tipo de competencia existente (dominante, hegemónica, poliárquica) y ubicar donde disponer de su armamento para movilizar a la mayor cantidad de electores posible. Esto implica reconocer la estrategia en sí más que las instituciones o las normas electorales.

Los partidos enfrentan comúnmente dos objetivos estratégicos. Si quieren construir una fuerza a lo largo de un país para controlar, proteger y expandir los intereses nacionales de un grupo o crear o defender la identidad nacional lo conducente es dispersar los apoyos partidarios lo más amplio posible. En cambio, si lo que buscan es proteger la identidad de minorías étnicas o lingüísticas geográficamente concentradas, electorados subnacionales o regiones específicas lo conducente es alcanzar una menor nacionalización (Hicken, 2009). Ambos objetivos no están separados en sí, sino que pueden coexistir en el seno de una organización, si se acepta que los partidos son una suerte de micro-sistema político, integrado por una gran variedad de grupos con multiplicidad de intereses (Kitschelt, 1994). Por

ejemplo, una fracción puede impedir el crecimiento del aparato para evitar la entrada de nuevos integrantes, que puedan poner en riesgo el control que tienen de una zona o varias zonas del partido. La tensión entre el interés de la coalición dominante y los de las fracciones marginales es clara porque lo que está de por medio es la sobrevivencia del juego político, con todos los recursos que este provee.

Maurice Duverger vio el mismo fenómeno cuando planteó que todo partido puede experimentar algún tipo de descentralización, como la ideológica, la federal, la social o la local (Duverger, 1996 [1954]: 83). En esta última, los dirigentes locales emanan de la base, lo que los hace adquirir grandes poderes pues el centro no mantiene gran control sobre ellos. Este tipo de descentralización tiende al localismo, pues según Duverger lleva al partido hacia temáticas de interés regional en detrimento de los asuntos nacionales. La consecuencia es la desaparición de una política de partido por “políticas locales yuxtapuestas”. La descentralización local tendría que ser entonces un componente explicativo en la teoría general. Si existe un régimen federativo liberalizado, la proliferación de organizaciones políticas autónomas tendría que ser la consecuencia lógica. Angelo Panebianco abordó también el tema al analizar la dimensión de las subunidades organizativas, como un factor significativo de la dinámica intra-partidaria. La hipótesis que adujo es que las subunidades pueden influir en las relaciones de poder de los partidos, en forma global. Su crecimiento puede estar en función de la cooptación o de la ambición individual o de grupo, para progresar en la escala del poder. En este caso, el mecanismo que explicaría la expansión de las subunidades organizativas es la rivalidad entre los distintos integrantes de la elite local, que buscan modificar la correlación de fuerzas interna a su favor (Panebianco, 1988).

Sin un reconocimiento sobre los objetivos políticos que se exponen en una competencia difícilmente se puede entender cómo y por qué partidos y candidatos deciden competir por ciertos electorados y dejar de perseguir otros. Y si se considerase a la nacionalización como un objetivo primario por sí mismo es

necesario aún explicar de qué forma entraría en disputa con otros objetivos igualmente necesarios para la subsistencia de los partidos.

2.3. COMPETIR, DEFINICIONES EN UN SISTEMA NACIONAL DE PARTIDOS

Existen diversos ejercicios para definir la competencia en un sistema político. Por ejemplo, Stefano Bartolini (2002) ha considerado cuatro condiciones mínimas para ello, como que sea

- 1) electoralmente contestable,
- 2) electoralmente vulnerable,
- 3) electoralmente disponible y
- 4) electoralmente decidible.

Resumiendo, la competencia se plantea como la posibilidad de que líderes y grupos se presenten a disputar elecciones libres y limpias (contestable), donde estén expuestos a ser sancionados por sus votantes (vulnerabilidad), gracias a un electorado dispuesto a castigarlos o premiarlos (disponible), cambiando sus preferencias como respuesta a sus diferentes ofertas (decidible) (Bartolini, 2002: p. 90). Como se ve, la definición vincula en todo momento a los candidatos con un electorado capacitado, con base en su responsabilidad como actores y por su capacidad para responder como tales (*responsiveness*), aspectos a considerarse como un valor social a ser alcanzado por la competencia misma. Bartolini tuvo como propósito hacer esta definición amplia para superar los mínimos establecidos por otros autores como Joseph Schumpeter y Anthony Downs, que vieron a la competencia como un producto político desinteresado, libre de valores. Por ello mismo se trata de una definición limitada, primero porque no trata el problema de la competencia dentro del sistema de partidos y, más importante aún, porque no la relaciona con el asunto de la rivalidad de orden nacional, base para cualquier análisis de la nacionalización.

Para organizar el tema sobre cómo se esparce e iguala el voto a tono con fuerzas e impulsos nacionales distingo la competencia seccionada de la lucha nacional. La competencia seccional es la posibilidad que tiene un líder o grupo de políticos de concentrar su poder en una circunscripción, distrito o cualquier otra unidad subnacional, con el objetivo político de mantener una disputa unilateral, que sirva para construir un monopolio político de partido. La fórmula política se inspira en cualquier argumento de corte territorial (que apela a los elementos de una región o comarca o a alguna característica biopolítica, étnica o lingüística de grupos “originarios”, anidados geográficamente). En cambio, contrario al enfoque seccionalista, la competencia nacional adquiere otras dimensiones. Considerando que existe un objetivo político en común entre varios grupos, se distingue por la búsqueda de una mayoría nacional capaz de articular un programa nacional de gobierno, alrededor del cual se coaliguen o fusionen partidos, grupos o liderazgos, ubicados estatal o regionalmente, dentro de un partido que convoque al electorado a pronunciarse en las urnas por un eje de conflicto que rebase las fronteras geográficas, es decir, que sea reconocible en todos los órdenes de la propia competencia y no tan sola en escala local.

En el plano nacional, la competición dentro del sistema de partidos tiene los siguientes elementos:

- 1) cobertura multinivel;
- 2) divisiones político-funcionales;
- 3) traducibilidad;
- 4) bases subnacionales.

Cobertura multinivel. La rivalidad se produce primero cuando los partidos se encuentran en todos los órdenes, postulando candidatos en todos los niveles, con sus componentes integrados, como se ha planteado en otros trabajos porque es la forma más efectiva de quebrar los clivajes socio-territoriales de lugares en pugna en las circunscripciones. (Caramani, 2004). Si en una circunscripción existen al

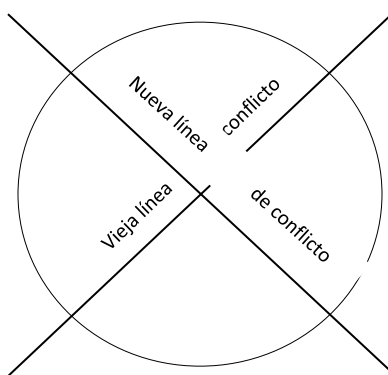
menos dos candidatos en disputa se cubre un estándar mínimo para hablar de lucha de adversarios. La capacidad de los partidos para *disputar* un territorio es un indicador de la competencia, *contestedness* (Caramani, 2004), y no debe confundirse con el de *contestability*, que hace referencia a la sola posibilidad de que los rivales se presenten a elecciones libres y limpias (Bartolini, 2002). Esto sigue siendo vigente pues la capacidad para que un nuevo retador rivalice contra sus adversarios en lugares donde antes no tenía presencia es a lo que debe darse el carácter de lo competitivo.

Las campañas nacionales se han vuelto un elemento determinante para la supervivencia partidista pues se considera que el triunfo electoral del partido en el orden nacional facilitaría los triunfos de los candidatos locales. En un modelo ideal, una vez que la estructura existe en todos los niveles, la organización y los candidatos locales tendrían que mantener cierta autonomía para definir sus propias campañas y diferir de las políticas definidas por una dirigencia central, al mismo tiempo que asumen una plataforma nacional y la traducen a las campañas locales (Filippov, *et al.*, 2004). No obstante, existe una marcada tendencia al crecimiento y la importancia de las oficinas centrales. Aun cuando el trabajo territorial permanezca con la organización local, el peso de los aparatos centrales hace que los insumos y los medios para atraer a los votantes aparezcan como nacionales también. Esto es más notorio en el diseño de las campañas en el orden local, que son diseñadas con equipos y recursos provenientes de las oficinas centrales, con el propósito de homologar la agenda local con la propuesta político-programática, la imagen y el discurso de los candidatos, de forma que el emblema del partido tenga proyección a escala nacional (Morales, 2016).

Divisiones político-funcionales. La competencia se produce cuando se fija y se da estructura a los conflictos. Esto implica dividir a la sociedad entre grupos, partidos, facciones o clases de entre una multiplicidad de conflictos, donde el resultado estriba en cuál de los conflictos gana la posición dominante (Schattschneider, 1967: 84). El trabajo de los partidos dentro del sistema consiste en movilizar a la gente

de uno u otro lado de la línea divisoria de un conflicto significativo, a gran escala, que tenga la suficiente intensidad para la movilización de fuerzas antagónicas, y reducir los pequeños pleitos donde un conflicto sólo tenga sentido localmente y por lo cual no tenga sentido luchar por él (Figura 2.1). La superación del ámbito local es la primera medida de una fuerza opositora, lo que implica rebasar cualquier tipo de líneas regionales, con independencia de si las fuerzas en disputa logran o no conseguir la victoria en una competencia electoral. Se adquiere la capacidad de rivalizar a gran escala siempre y cuando los contendientes logren rebasar divisiones no-políticas, monotemáticas y adoptar las alineaciones partidistas. Esto implica romper con los monopolios políticos locales que impiden dar vida a una competencia de orden nacional, sobre la base de un régimen compuesto por clivajes funcionales. La escena contraria es la de los retadores que se ven como parte de un solo tema de tipo no-económico, aquellos que se quedan reducidos a un electorado limitado por un territorio, que basan su poder en un tipo de competencia absolutamente despiadada: la competencia unilateral, aquella que resulta de un monopolio político aplastante, más personalista que de partido, que sólo deja espacio para una tímida oposición.

Figura 2.1.
Líneas divisorias de conflictos



Caramani muestra que la manera en la que se dispone el enfrentamiento entre rivales afecta la distribución territorial de las fuerzas políticas, tanto en su dispersión como en su homogeneización. Se trata de un fenómeno que, de acuerdo con su estudio, se puede detectar incluso mucho antes de la llegada de la política de masas y de los procesos de democratización. En su perspectiva dinámica europea anota:

“[...] subrayo la hipótesis que más que ser un mero producto del desarrollo socioeconómico (industrialización) o del cambio institucional (la Ilustración, la representación proporcional), el incremento de la integración de los sistemas nacionales de partidos es el resultado de los partidos políticos en sí mismos y de sus acciones competitivas estratégicas al intentar ganar el mayor número de escaños”
(Caramani: 2004, p. 2301-231)

Caramani define dos aspectos de la competencia estratégica, como 1) la adaptación a las cambiantes condiciones sociales que erosionan las oposiciones territoriales, como resultado de la movilidad geográfica y la integración periférica, y 2) por la capacidad para quebrar los clivajes socio-territoriales, propios de la era premoderna, para poder expandir su apoyo a través de los territorios (Caramani: 2004, p. 231). Con ello, continúa, se desafía a otros partidos en sus bastiones²¹ originarios toda vez que se conquistan y ocupan circunscripciones que habían estado bajo su control. Desde este enfoque la conducta estratégica partidista busca producir sus propios alineamientos al *desterritorializar* los clivajes sociales impulsados por las oposiciones y, en contraparte, fijar la competencia en forma ideológico-funcional, más que por una dimensión de clivajes sociales de base regional. Caramani reconoce que los partidos no sólo se adaptan al sistema sino que también tienen la capacidad de transformarlo, para crear condiciones que les sean favorables para su autoreproducción. Se trata de una observación

²¹ El concepto de bastión político corresponde con el léxico militarista de la competencia electoral moderna pero, a diferencia del campo militar, en el terreno político tiene una connotación polémica debido a que se usa para revelar una rigidez inamovible en la preferencia de los electores por un partido. Como se verá más adelante, el término debiera remitirse al de la existencia de un monopolio político, en el que subsista una competencia de orden unilateral, en la definición que se comentó de Schattschneider anteriormente.

ampliamente aceptada en la politología (Lipset y Rokkan: 1967; Panebianco: 1988; Caramani: 2004) que debe incorporarse al cuerpo de la teoría empírica de la nacionalización del sistema de partidos, con el fin de revalorar la capacidad de los partidos para “descongelar” las fracturas sociales.

Traducibilidad. La traducción de la agenda nacional a las campañas locales es la materia prima de la competencia en este orden. Los partidos requieren que sus programas sean comprensibles en todo lugar. A diferencia de los partidos locales o de nicho, que sólo proponen unos cuantos asuntos con temáticas no económicas (Wagner, 2012), los partidos nacionales requieren proponer una oferta de política económica, que por definición tiene alcance general. En cualquier caso, aquellos electores que elijan votar por el partido en contraposición al candidato estarán oponiendo los temas nacionales a los de orden local (Mair, 1987).

Bases subnacionales. La existencia de bases subnacionales de apoyo político partidista representa el cuarto factor de este tipo de competencia. Su desarrollo está determinado en buena medida por el tamaño del país -entendido como el tamaño de la población más que del territorio-²², dado que a mayor tamaño mayor es la posibilidad de encontrar electorados traspuestos por clivajes políticos diversos y monopolios políticos de competencia unilateral. El tamaño del mercado electoral como variable es relevante para entender la nacionalización política porque cada clivaje representa en sí una base potencial de apoyo partidista que debe ser gestionada por los propios competidores. Los académicos coinciden en señalar que los países con poblaciones grandes tienen mayor probabilidad de desarrollar bases subnacionales partidistas que países más pequeños (Gerry y Zarecky, 2012; Potter, 2014). Por ello, es posible esperar el despliegue de estrategias de crecimiento diferenciadas, en vista justamente de la existencia de múltiples divisiones de orden funcional. De esta manera los partidos tendrían que llevar a cabo distintos ensayos para promover la formación de electorados en poblaciones cuyo comportamiento

²² Siguiendo a Gerring y Zarecky (2012), aquí se considera que el tamaño territorial de una comunidad política es marginal, en vista de que no existe asunción alguna que postule un vínculo entre la extensión de un territorio y cualquier tipo de resultado político.

sea más sensible a los temas, eventos y personalidades de orden nacional. De esta manera sería posible encontrar emblemas con votaciones similares a escala nacional pero con niveles de dispersión desiguales. La diferencia de estrategias en naciones grandes tendría entonces que producir necesariamente distintos formatos de dispersión del voto. Y la distribución de los apoyos que se alcance tendría que responder a ciertos criterios de gestión del territorio, donde se considere no sólo el tamaño de la masa votante y su distribución espacial sino también factores relacionados con el comportamiento del voto, como se verá en la sección destinada al análisis de la rentabilidad electoral.

2.4 UN MODELO SIMPLE DE RENTABILIDAD ELECTORAL

La distribución de votos que alcanzan los partidos en una nación está relacionada con los criterios de rentabilidad electoral que se aplican en las campañas políticas. Estos criterios son ideados para dar prioridad a los electorados que garantizan el triunfo. Se trata de un conjunto de cálculos orientados a darle la mayor eficiencia posible a los recursos destinados a la búsqueda, promoción y movilización del futuro votante. El ejercicio de rentabilidad supone ubicar, clasificar y jerarquizar en unidades geográficas a los grupos poblacionales que tienen el mejor retorno de inversión en votos para un candidato X^{23} . Ante una competencia reñida, donde los retadores cuentan con amplias bases de apoyo, se necesita sacar a votar únicamente al número mínimo de electores adicionales necesarios para superarlos. El cálculo cobra mayor importancia si se piensa que la distribución de la membresía y de los electores duros y simpatizantes, en general, no se encuentran distribuidos en forma homogénea, es decir, *no cuentan con ningún patrón de contigüidad territorial* que los haga aparecer en forma compacta, listos para su manipulación. Por ello, la definición de las secciones electorales donde estos se encuentran se vuelve un ejercicio necesario de racionalidad en tanto los candidatos se hacen la

²³ Las unidades geográficas pueden ser circunscripciones, distritos, estados, municipios, secciones electorales o incluso colonias.

pregunta de cuánto puede aportar marginalmente cada sección²⁴ a la suma total de apoyos para obtener la mayoría de los votos en una circunscripción determinada, con independencia del formato de dispersión-concentración que alcance finalmente su partido.

Las metas se definen en función de un escenario electoral respecto de la votación esperada y del número de votantes probables. En los estudios electorales se han definido procedimientos en las encuestas para identificar a los votantes probables, a través de un conjunto de preguntas sobre su comportamiento en elecciones pasadas y futuras, tales como si tiene credencial para votar vigente, si sabe la fecha de la elección, qué tan probable es que acuda a votar en unos comicios, etc. Se trata de un subgrupo de entrevistados que cuentan con una mayor probabilidad de acudir a las urnas que otros electores. En función de ello, se calcula qué votación se estima para cada emblema. Primero se ordenan las secciones de acuerdo con el distrito al que pertenecen, considerando si hubo un cambio en los distritos para tener en cuenta si alguna fue trasladada por un cambio en el trazado de un distrito. Luego se fijan las frecuencias relacionadas con el número de veces que un partido X ganó la sección, relacionado a cada una con su número de electores de acuerdo con la lista nominal del año previo a la elección en la que se esté buscando participar. La frecuencia parte del número de eventos por sección, que no es otra cosa que el número de veces que esa sección fue considerada en un proceso electoral, sea local o federal.

Por ejemplo, si en una elección hay tres autoridades a elegir entonces hay tres eventos para cada una de las secciones o más si es que se consideran procesos electorales de otros años. Así, habrá tantas columnas de frecuencias como partidos en liza. El razonamiento es que importa mucho como se comportaron los votantes

²⁴ La sección electoral es una parte de un distrito uninominal. Es la unidad mínima en el trazado de la geografía electoral. Con base en el capítulo V., Art. 253, de la Ley General de Instituciones y Procedimientos Electorales se indica que cada sección debe tener como mínimo 100 electores y como máximo 3 mil. En cada sección electoral, por cada 750 electores o fracción debe instalarse una casilla para recibir la votación de los ciudadanos que residan ahí. En caso de que sean dos o más se colocarán las casillas en forma contigua, dividiendo la lista nominal de electores en orden alfabético.

en el pasado pues da información sobre cómo se comportarán previsiblemente en el futuro. Los partidos encuentran su blanco-objetivo justamente en los mismos tipos de votantes potenciales, que pueden estar dispersos o concentrados en tierra. Por ello es relevante saber quiénes tienen más probabilidades de salir a votar, en qué secciones se encuentran y cuál es la ubicación geográfica de estas secciones, en términos de una valoración de logística, para ponderar qué tan costoso es trasladar una estructura de movilización a zonas distantes, cuando el retorno en inversión es bajo o nulo.

Tabla 2.1
Frecuencia absoluta y relativa de secciones ganadas

Distrito local – Sección			Frecuencia de secciones ganadas					
DTO_ANT	DTO_NUEVO	SECCION	LISTA NOMINAL	NUM DE EVENTOS	FRECUENCIA PAN	FRECUENCIA %	FRECUENCIA PRI	FRECUENCIA %
19	18	402	750	11	0	0,00%	11	100,00%
19	18	404	587	12	2	16,67%	10	83,33%
19	18	410	1239	11	0	0,00%	11	100,00%
19	18	411	841	11	0	0,00%	11	100,00%
19	18	414	1019	11	4	36,36%	7	63,64%
19	18	416	975	11	6	54,55%	5	45,45%
19	18	420	1155	11	1	9,09%	10	90,91%
19	18	421	714	11	11	100,00%	0	0,00%
19	18	427	560	11	9	81,82%	2	18,18%
19	18	428	698	11	10	90,91%	1	9,09%
19	18	429	773	11	6	54,55%	5	45,45%
18	16	437	692	11	0	0,00%	11	100,00%
18	16	438	667	11	1	9,09%	10	90,91%
18	16	439	884	11	1	9,09%	10	90,91%
18	16	440	1076	11	0	0,00%	11	100,00%

Ordenadas las secciones con su frecuencia ahora se obtienen los promedios de votos por sección que cada partido obtuvo en el periodo que se busque analizar, pudiendo tomar tres o cuatro procesos electorales. En el ejercicio se utilizan los

resultados de la última elección inmediata para estimar la votación que obtendría cada uno de los partidos en el combate. Finalmente, se determina la prioridad de cada sección, como alta, mediana y baja prioridad de acuerdo con la consistencia en secciones ganadas o perdidas. Así, por ejemplo, en una sección que tiene once eventos (en varias elecciones, por ejemplo, 3 para gobernador, 3 para diputados, 3 de ayuntamientos y 2 elecciones extraordinarias) y en la que un partido haya ganado la sección en nueve ocasiones se le clasifica como una sección de voto duro, con prioridad 1. Es decir, se trata de una sección rígida, que siempre se gana, con un promedio de votación superior al del contrincante. La tabla de frecuencias asociada a la lista nominal y al promedio de votación de los partidos permite catalogar a las secciones también como constantes, variables, inseguras y perdidas.

Esta clasificación está diseñada exclusivamente para el comportamiento electoral mostrado por secciones y no debe ser confundido con la estratificación de los electores que se realiza en las encuestas pre-electorales, tales como electores indiferentes, estables o cambiantes, que es útil para la definición del concepto rector de la campaña, es decir, para dar razones por las cuales un público-objetivo preferiría votar por el partido X en lugar de otro. En todo caso, dar prioridad 1 no significa de facto que exista un voto duro –leal y rígido- sin más, porque existen casos donde los triunfos han variado de una elección a otra sin que decline significativamente la votación por el contendiente. Como se observa en la tabla 2.2, el triunfo no se puede alcanzar sólo con secciones clasificadas como de voto duro (5 de 15 en el ejemplo), por lo que es necesario sumar votos de las demás. Esto implica que cada sección tiene un tratamiento diferenciado. Por ejemplo, el campo para ubicar a las secciones de prioridad 2 es más amplio porque puede incluir secciones de voto duro pero también de voto *constante*, *variable* e *inseguro*. En cambio, se puede clasificar a una sección con prioridad 3 cuando se ha ganado pocas veces la posición y los votos han sido menores que el ganador recurrente, lo que se podría nombrar de manera simple como sección *perdida*.

Tabla 2.2

Frecuencias absolutas por sección, promedios de votación y prioridades

Sección-frecuencias			Resultados de elecciones 98 - 2004 – 2010			Análisis		
SECCION	FRECUENCIA PAN	FRECUENCIA PRI	LISTA NOMINAL 2015	PROMEDIO DE VOTACIÓN	PROMEDIO DE VOTACIÓN	PRIORIDAD	CLASIFICA	ESTRATEGIA
402	0	11	750	109	211	2	DURO	?
404	2	10	587	96	138	3	CONSTANTE	?
410	0	11	1239	126	266	1	DURO	?
411	0	11	841	82	181	3	DURO	?
414	4	7	1019	205	256	2	VARIABLE	?
416	6	5	975	247	257	1	VARIABLE	?
420	1	10	1155	302	407	1	CONSTANTE	?
421	11	0	714	225	176	3	PERDIDA	?
427	9	2	560	166	150	3	INSEGURA	?
428	10	1	698	211	206	2	INSEGURA	?
429	6	5	773	249	257	1	VARIABLE	?
437	0	11	692	125	234	2	DURO	?
438	1	10	667	186	221	2	CONSTANTE	?
439	1	10	884	178	257	1	CONSTANTE	?
440	0	11	1076	137	348	1	DURO	?

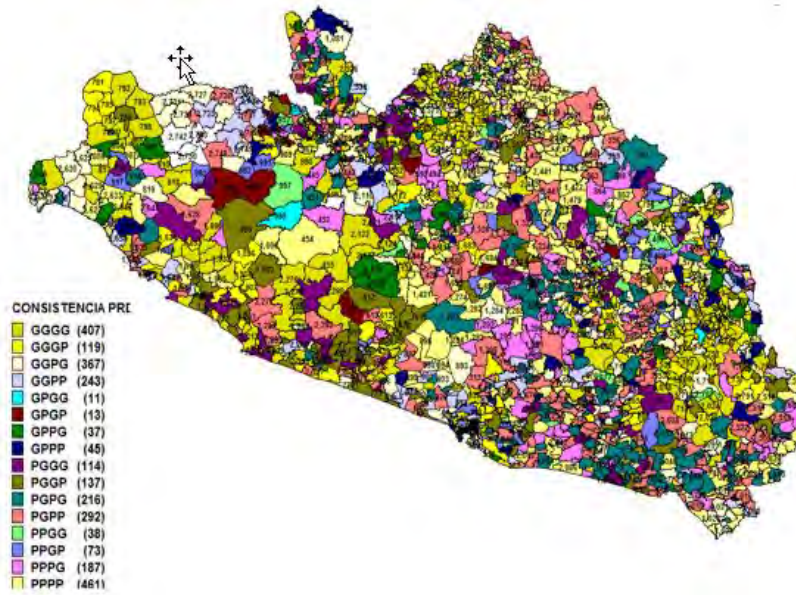
Este es un primer ejercicio clasificatorio simple que ayuda a definir las acciones de gestión en tierra. Sin embargo puede resultar insuficiente si se toma únicamente el criterio de número de veces ganadas o pérdidas. Por ejemplo, se puede hacer una clasificación a partir de la consistencia en el comportamiento del voto. En el siguiente ejemplo, se observa que existen en una entidad hasta 407 secciones en color amarillo oscuro, sólo que no tienen contigüidad. Lo mismo sucede con aquellas que están en color amarillo claro y beige. Si se quisieran sumar estas secciones con el único criterio de contar con menos derrotas *consecutivas* podrían hacerse una reclasificación para definir prioridades, en tres grandes bloques. La primera prioridad sería entonces el resultado de la suma de las secciones que a lo largo de cuatro procesos consiguieron más triunfos. El mapa resultante tiene ya sólo tres

colores. Aparentemente se redujo la dispersión, formando una suerte de zonas más homogéneas, en términos de su proximidad territorial. El problema, como se explicará en el capítulo 4, es que la contigüidad no puede ser el criterio exclusivo por el cual se determine la prioridad de las secciones pues se deben considerar también elementos de logística para determinar qué tan costoso es el traslado de las estructuras de movilización a una zona y qué tan lejos están los electores respecto de sus centros de votación.

Un connotado operador electoral del PAN dijo alguna vez que deben ganarse casillas para ganar secciones y así ganar distritos para ganar estados y luego la presidencia de la República. Esto no necesariamente es cierto. En 2000, el PRI ganó más secciones que el PAN pero perdió la campaña. Esto significa que en muchas secciones la meta no es ganar una fracción de la geografía como tal sino hacer todo lo posible para conseguir que el candidato logre *embasarse* en lugar de tener la mayor cantidad de hits, una condición sin la cual no se pueden anotar carreras, como se dice en el *béisbol*. En todo caso, la clasificación puede mejorarse agregando al análisis algunos factores como el padrón de la militancia y su participación reciente en procesos internos previos, lo que ayudaría a precisar con mayor definición secciones catalogadas como de voto duro o constante. Cuántas secciones y cuántos votos son necesarias extraer de ellas para alcanzar la victoria y en qué lugar geográfico se encuentran es la pregunta que se responderá en el capítulo cuatro.

Mapa 2.1.

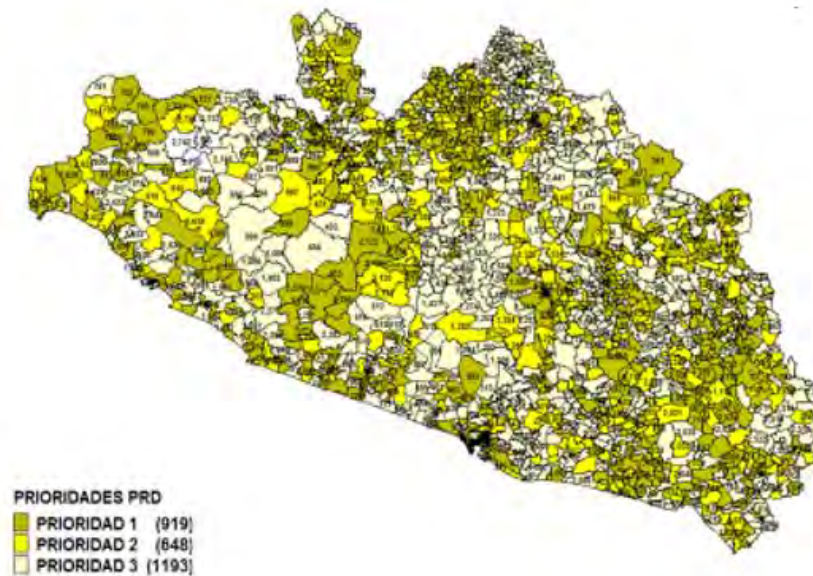
Clasificación de secciones electorales según frecuencias simples



Fuente: PRD, *Estrategia electoral Guerrero, 2015*, documento interno de campaña

Mapa 2.2.

Clasificación de secciones electorales según tipo de prioridad



Fuente: PRD, *Estrategia electoral Guerrero, 2015*, documento interno de campaña

2.5 CONCLUSIÓN

En este capítulo se mostraron algunas limitantes de la teoría empírica de la nacionalización, sobre todo en lo relativo al tema de la competencia. En la literatura se daba por hecho que ésta podía revelar la manera por la cual se dispersan los votos en un territorio, aunque sólo algunos análisis lograban ofrecer una explicación completa. Por ejemplo, los estudios de la corriente que agrega datos individuales provenientes del comportamiento en el orden distrital, a la que he llamado distrito-céntrica, plantearon que este proceso era producto de una coordinación estratégica del voto, entre candidatos y electores. Pero en una elección presidencial tal hipótesis no es enteramente plausible, porque la competencia no se realiza dentro de muchos distritos, sino en un solo territorio considerado como una circunscripción de magnitud 1. Para sostener este argumento era necesario ir hacia el análisis de las campañas, no sólo porque para hablar de nacionalización es preciso entender cómo los partidos se transforman en máquinas organizativas de carácter técnico sino sobre todo porque desde ahí se toman las decisiones fundamentales para crear un electorado nacional, con el objetivo de barrer todos los clivajes parroquiales que puedan impedir la emergencia de un proyecto que supere las limitantes de los partidos de nicho, que por definición no son centristas o se inclinan a posiciones ideológicas extremas (Green, 2007: 35 y 37; Wagner, 2012). Por ello, más que la coordinación exitosa por distritos, lo que exige la competencia interpartidista en este plano es fijar una estructura de conflictos político-funcionales, en la que se llama a los electores a que se pronuncien a favor o en contra de temáticas de políticas públicas *-issue voting-*, en lugar de reconfirmar prejuicios inspirados en tradiciones culturales o herencias monotemáticas socio-regionales no relacionados con temas nacionales, a escala de la economía política.

Finalmente, se discutió cómo una estrategia competitiva permite que los partidos se adapten a los cambios en las condiciones sociales que erosionan las oposiciones territoriales, o bien que desarrollen la capacidad para romper los clivajes socio-

territoriales para expandir deliberadamente sus apoyos a través de una circunscripción. Esta estrategia es justamente la que permite desafiar a otros partidos en sus bastiones nativos toda vez que se le disputan circunscripciones que habían estado bajo su dominio. La conducta estratégica partidista entonces busca producir sus propios alineamientos *desterritorializando* los clivajes sociales premodernos impulsados por partidos de nicho para fijar la competencia en forma ideológico-funcional. Una vez que los partidos fijan un conflicto para todo un electorado deben inmediatamente evaluar de dónde extraerán los votos necesarios para obtener la victoria. Esto implica oponer la conducta partidista competitiva a otros objetivos políticos organizativos, que no siempre se pueden conciliar. Aquí se concluye que la nacionalización, siempre entendida como distribución homogénea de los apoyos, no es un objetivo que coincida con la necesidad de alcanzar la victoria. En la ausencia de una regla que haga exigible una disputa multidistrital una dispersión homogénea no representa ningún atractivo político. Es así como surge un criterio, la rentabilidad electoral, que establece que no es indispensable buscar una dispersión total del voto para subsistir en la competencia en un sistema nacional de partidos. En su lugar, este determina una nueva racionalidad en la hora de fijar prioridades respecto de los electorados-meta a perseguir y sus características poblacionales. En vista de que la distribución de la militancia y de los electores meta no se encuentran distribuidos bajo *ningún patrón de contigüidad territorial*, la discriminación de poblaciones enteras se justifica y se vuelve necesaria, en todo sentido. En el capítulo que sigue se calibran algunos indicadores empíricos que permiten ver cómo la competencia puede producir distintos patrones de nacionalización partidista y de consolidación institucional a nivel del sistema de partidos.

3

LA SEGMENTACIÓN DE LOS APOYOS PARTIDISTAS EN EL ORDEN NACIONAL

3.1. INTRODUCCIÓN

En el capítulo 1 fue presentada la teoría de la nacionalización de la política que plantea que los clivajes funcionales que prevalecen en el espacio de los sistemas políticos son producidos por la dislocación de temas, partidos, alianzas, competencias y lealtades, que van de lo local a lo nacional. Apoyado en la teoría, en este apartado se plantea que el emergente sistema tripartidista de los años noventa fue segmentado por las variaciones en los niveles de implantación subnacional de los partidos. Más que un sistema de bipartidismos regionales, como planteó la corriente principal de académicos que observó el fenómeno entonces (Klesner, 2001) desde una perspectiva distrito-céntrica,²⁵ lo que produjeron tales variaciones fue la llegada de monopolios políticos locales no priistas de competencia unilateral, que dejaban poco margen para la diferenciación de la oferta de otros partidos. Tales monopolios contribuyeron al anclaje en tierra de fuerzas que no tenían posibilidad de extenderse de forma homogénea por todo el país. En el tercer capítulo se explica cómo es que tales variaciones se inducen por conductas estratégicas partidistas, que privilegian criterios de rentabilidad electoral en las campañas para hacer frente a la competencia.

Ahora, en este capítulo se calibra la teoría usando los datos de cuatro elecciones presidenciales (1994, 2000, 2006 y 2012). Los datos de las votaciones para diputados federales se consideran en el análisis únicamente como variable de control. Aunque la ley electoral exige a los partidos el levantamiento de una

²⁵ Le llamo de esta forma a la corriente de estudios que buscan explicar de forma agregada el comportamiento electoral en este micro-trazado, por medio de la saturación de hipótesis y causales de orden social en cada una de las unidades de este orden de la geografía.

estructura *para postular diputados*, como requisito para el registro como organizaciones nacionales y para la asignación de escaños de representación proporcional, las elecciones legislativas no son un dato relevante debido a que responden a procesos de votación orientados localmente, aunque se trate de la integración de un cuerpo legislativo nacional.²⁶ En cambio, en la elección para presidente un candidato bien puede buscar votos donde estén más concentrados sin necesidad de tener obligatoriamente estructura de partido o de movilización del voto en todo el país. Aquí el sufragio vale lo mismo, con independencia de donde se ubique, es decir, sin importar regiones, entidades federativas o escala distrital alguna pues la competencia se organiza tomando en cuenta al país como un solo distrito nacional.

Esto resulta más claro si se compara la elección multidistrital en los Estados Unidos donde el pueblo no elige directamente al presidente. En el modelo americano, los votos no pueden obtenerse en unidades menores que la delegación de un Estado, de manera que la competencia se construye en juego de cincuenta bloques, en el que gana el jugador que consigue primero la suma de 270 delegados, mayoría del Colegio Electoral. Desde mi punto de vista, este hecho obliga al despliegue de la organización en los propios Estados, agrupando siempre algún conjunto de secciones geográficas, del orden que sean. Sin embargo, para Schattschneider, el efecto federal del Colegio lleva a que los partidos que luchan por el poder busquen concentrar sus esfuerzos en los *battleground*, o territorios de resultado incierto, pues los votos obtenidos aquí cobran un valor mayor que los que se puedan obtener de Estados previstos como seguros. En la medida en que cada uno de los Estados tiene un valor específico –continúa- los partidos no tienen incentivos para desplegar todo el potencial de sus aparatos, pues las actividades de los partidos se ven fuertemente disminuidas en Estados no prioritarios, lo que impulsa el abandono de la lucha política en varias regiones. En cambio, en una elección nacional uninominal,

²⁶ Hay que agregar que se trata de dos arenas de competencia muy distintas, con reglas electorales perfectamente diferenciadas, debido a que las elecciones por la presidencia buscan la totalidad de los votos disponibles mientras que los candidatos para elecciones de diputados federales sólo necesitan una parte. Además los partidos se comportan de manera distinta en cada una.

las estructuras de los partidos se implantarían por todo el país debido a que el voto valdría lo mismo en cualquier parte (Schattschneider, 1942: 150). El argumento es debatible pues aún en esta situación las fuerzas dan prioridad a las unidades federativas que tienen un mayor peso poblacional, tema que se verá más adelante.

En este capítulo se procede de la siguiente forma: se comenta brevemente el debate sobre el desarrollo del sistema tripartidista en México, después se pasa a los ejercicios empíricos para operativizar y medir las variables dependientes, como es la homogeneidad del apoyo partidista, para mostrar cómo se produjo la nivelación de los apoyos entre los partidos políticos. Después, se presentan mediciones de dispersión e indicadores de control relativos a tasas de cobertura y de concentración regional del voto. Al final, se corrobora que la teoría de la nacionalización permite emplazar adecuadamente el problema en términos empíricos y que las pruebas empíricas refuerzan, a su vez, el poder explicativo de la teoría.

3.2. EL DESARROLLO DEL TRIPARTIDISMO EN MÉXICO

El sistema de partidos mexicano ha sido considerado como un estudio de caso importante debido a la singular experiencia de cambio político que experimentó el país recientemente. Un conjunto de coyunturas políticas específicas (1968, 1988, 1994) y sucesivas reformas electorales (1976-1977, 1994, 1996) liberalizaron al régimen de partidos no competitivo al integrar a fuerzas anteriormente marginadas de la competencia y ofrecer mejores condiciones para la autoreproducción de un nuevo sistema de partidos. La emergencia de un esquema de competencia multipartidista es resultado de este proceso (1988-1997) y marca el fin del sistema de partido hegemónico. Las consecuencias del agotamiento del régimen de pluralismo limitado fueron interpretadas de muy diversas formas. Unos vieron la descentralización de los partidos (Loeza, 1999) y la distribución heterogénea de la competitividad electoral en todo el territorio (Valdés, 1995) y otros el paso en el ámbito local a una superposición de bipartidismos PRI-PAN, en el norte y centro, y PRI-PRD, en el sur del país (Molinar, 1999; Pacheco Méndez, 1997, 2000; Klesner,

2001). Con todo, y en comparación con otros procesos de transición política, por ejemplo, de países como Brasil (1974-1985) donde los partidos opositores encontraron apoyos en algunas cuantas entidades, el PRI siguió siendo competitivo nacionalmente, es decir, en prácticamente todos los estados y distritos electorales del país (Molinar, 1999; Klesner, 2001; Jones y Mainwaring, 2003).

¿Qué factores llevaron a la emergencia de este peculiar sistema de partidos entre la democratización y la alternancia? Los estudiosos del tema han planteado diversas posturas al respecto, que van desde quienes argumentan que en México el actual sistema multipartidista fue inestable, resultado de fracturas inter-elitistas que no calcificaban, durante el periodo de la transición (Loaeza, 2002), los que ven la fragmentación partidaria como producto de un deficiente cumplimiento de las funciones de representación de los partidos (Méndez de Hoyos, 2007), los que postulan que el número y tamaño de los partidos mexicanos en el sistema surgieron de las sucesivas adecuaciones al régimen de representación proporcional y por los efectos del creciente financiamiento público (Lujambio, 1989, 2001), los que ponen énfasis en la evolución del sistema partidista como parte de las divisiones ideológico-políticas (Crespo, 1991; Molinar, 1991 y 1999; Klesner, 2001), al incremento de la competitividad electoral en los municipios como base para el fortalecimiento de un sistema nacional tripartidista (Aranda, 2004) o bien, los que asocian el cambio sistémico a procesos de descentralización (Harbers, 2010; Leiras, 2010).

En particular, Loaeza agregó al análisis causal el tema de la consolidación del tripartidismo al reconocer algunas de sus fuentes, como a) la naturaleza concentradora del poder presidencial y sus efectos en la oposición, b) el comportamiento del electorado, que concentró su voto en los partidos más grandes, c) la existencia de una legislación electoral que favorece a los partidos nacionales, y d) la capacidad de supervivencia del PRI después de 2000. A pesar de que todas estas variables podían medirse, Loaeza concluyó sin demostrar empíricamente que la dinámica tripartidista se había estabilizado sin la institucionalización del

tripartidismo (2002). El apunte resulta sintomático de la debilidad del análisis siendo que la estabilidad es una propiedad de la institucionalización de los partidos (Huntington, 1972; Przeworski, 1975; Janda, 1980, 1993; Panebianco, 1982; Rose y Mackie, 1988). Es claro que no hubo un acuerdo en torno al mecanismo ni tampoco un análisis más profundo sobre el nivel de desarrollo que el sistema de partidos había alcanzado. No obstante, en su mayoría se aceptó que en el eje táctico la competencia había producido un sistema tripartidista muy competitivo. Pronto, se llegó a creer que este formato de interacción partidista era una “tendencia mexicana” que se mantendría en el tiempo debido a la estabilidad de un conjunto de bipartidismos locales PRI-PRD y PRI-PAN que volvían más rígida la tendencia tripartidista en el orden nacional (Lujambio, 2001).

De hecho, dicha tesis había sido planteada en primer lugar por Juan Molinar, que observó cómo las elecciones federales de 1997 produjeron un presidencialismo más acotado y un nuevo sistema tripartidista (Molinar, 1999). Molinar había advertido que toda vez que la competitividad avanzaba de manera ineluctable se volvía necesario también un cambio en la forma con la cual se había organizado el viejo sistema de partidos, sobre todo en lo referente a su dimensión estratégica prosistema- antisistema. Dado que ésta había sido el tema central en la agenda de la democratización en los años ochenta Molinar auguraba ya su futuro reemplazo por divisiones de tipo regional, toda vez que encontró una clara evidencia de la fragmentación partidista en el periodo 1988-1997. Lo interesante, advirtió, es que esta presentaba ya un patrón regional muy claro de segmentación Norte-Sur, con una yuxtaposición de sistemas bipartidistas PRI-PAN/PRI-PRD. Joseph Klesner (2001) buscó corroborar esta hipótesis diez años después cuando se presentó la alternancia en la presidencia de la República, al afirmar la existencia de un formato de competencia tripartidista que sólo era observable entonces en menos del 25 por ciento de los distritos electorales del país. Desde esta perspectiva, el PAN y el PRD habían aumentado su competitividad pero a costa de seguir manteniendo fuertes bases regionales. Para este autor, aparecía una competición de dos partidos con la

presencia del PRI en todos los distritos electorales antes que tres partidos compitiendo en cada parte del país, nacionalmente.

El asunto de controversia no es si el tripartidismo estuvo relacionado con la estabilidad de los bipartidismos regionales como planteó Klesner sino cómo la progresiva nacionalización de los partidos opositores al PRI fue suficiente para crear un sistema nacional partidista, que se expresó en un patrón de interacciones segmentado “regionalmente”. Puede sostenerse que los bipartidismos locales yuxtapuestos no fueron la base de su estabilidad, como sostuvo Lujambio, sino la interacción de partidos nacionales centralmente compatibles en el sistema. Por ello, aquí discuto que son las estrategias de nacionalización lo que explica la persistencia de los “dualismos” en lo local, así como la existencia de otros formatos de competencia. Las enormes exigencias del sistema electoral respecto de número de militantes, distribución geográfica de afiliados, burocracia interna, registro de listas regionales y umbral electoral son la fuente de la segmentación de las bases de apoyo territorial de los partidos. No existen por tanto divisiones políticas o clivajes regionales que fijen la organización del sistema en forma permanente y para lo cual haya tenido que diseñarse formas especiales de representación o provisiones constitucionales específicas, como ha sucedido en otros países²⁷. Lo que se produjo desde el sistema electoral son incentivos institucionales para inducir una nacionalización partidaria con base en la figura de los partidos nacionales. Eso puede verificarse porque los distintos sistemas partidistas que surgieron durante el siglo XX nunca trataron con concentraciones geográficas de grupos organizados alrededor de temas religiosos, lingüísticos o raciales.

3.3. LA NIVELACIÓN DE LOS APOYOS PARTIDARIOS

El sistema nacional partidista que dominó la política en México en el periodo 1991-2012 estuvo caracterizado por una fuerte segmentación, resultado de las distintas

²⁷ En la región del Ulster, ha sido instaurado un parlamento regional, como parte de un proceso de devolución política, para atenuar las divisiones político-confesionales que marcaron históricamente ese lugar.

distribuciones de apoyos que los partidos políticos produjeron individualmente en la geografía política. Para observar y medir la propiedad que tienen los partidos para desplegarse en un territorio es necesario contar con una definición operativa, que especifique el campo de referentes empíricos del concepto (Morlino, 2005). Por nacionalización se entiende aquí la distribución homogénea de los votos absolutos que recibe un partido a través de unidades territoriales (Jones y Mainwaring, 2003; Caramani, 2004). El término no se refiere, por tanto, a la dirección del cambio entre unas elecciones y otras, como planteó Stokes y sus seguidores, ni tampoco al nivel de congruencia de la competencia política en distintos órdenes. *Su referente empírico es la homogeneidad*. Para cuantificarla, se usa en esta sección el Party Nationalization Score (PNS) de Jones y Mainwaring. El marcador se basa en el coeficiente de Gini, usado tradicionalmente para mensurar las desigualdades en un territorio, donde 0 expresa igualdad perfecta a través de las unidades y 1 perfecta desigualdad. Los autores invierten la medida, de forma que los valores adquieren rango de 1 cuando un partido obtiene la misma contribución de votos en cada unidad subnacional hasta 0 cuando recibe el 100 por ciento de los votos en una sola unidad y 0 en las demás. Finalmente se le resta 1 al coeficiente de Gini, de forma tal que una puntuación alta signifique un alto nivel de nacionalización. La fórmula se expresa de la siguiente manera:

$$\text{PNS: } 1 - G_i = \left(\sum_{i=1}^n X_i Y_{i+1} \right) - \left(\sum_{i=1}^n X_{i+1} Y_i \right)$$

donde X_i es la proporción acumulada del porcentaje del voto válido del partido ganador X en el i -ésimo estado, la que se obtiene dividiendo el porcentaje del voto del partido en cada estado entre la suma total de los porcentajes ganados por el partido X en todos los estados, que no es más que la contribución de cada estado a la suma lograda por el partido X . Y_i es la proporción acumulada que el i -ésimo estado representa respecto del total del número de estados.

El índice determina qué tan extendido está en el territorio cada una de las fuerzas en lo individual. Para correrlo correctamente los resultados electorales serán ponderados por coalición, como si cada una de éstas se tratara de un sólo partido político, dado que las coaliciones electorales varían por cada estado. La nacionalización es alta si los apoyos se dispersan en todas las unidades de la geografía electoral (país, circunscripciones, estados, distritos, etc.), independientemente de su magnitud o grado de compacidad. En un escenario ideal, la nacionalización es perfecta cuando los apoyos son igualmente fuertes en todas las unidades constitutivas (Bochsler, 2009). Un partido puede contar con un solo voto en cada uno de los estados de un país y estar plenamente nacionalizado. Lo opuesto es un partido que tiene una pobre nacionalización, es decir, que distribuye sus votos en forma desigual, en algunas cuantas unidades subnacionales o en regiones específicas. El caso perfecto de no-nacionalización se da cuando un partido está listo para concentrar el cien por ciento de sus apoyos en un solo distrito, estado o circunscripción, por lo que el puntaje del índice sería cero.

En el año de 1991, el proceso de nacionalización del sistema de partidos fue bastante irregular. En el marco de un nuevo arreglo para organizar las elecciones que aún generaba dudas bien fundadas sobre su confiabilidad (Alcocer y Morales, 1991), el PRI dispersó de manera muy fuerte sus votos en todo el territorio mientras que el resto de la oposición tuvo distribuciones muy inconsistentes. Los resultados parecían contradecir la expansión de los apoyos opositores que se registraron de forma significativa en elecciones municipales y estatales previas y en los nuevos bastiones que surgieron abruptamente en las elecciones presidenciales de 1988, pues el PRI no sólo tuvo un aplastante triunfo en el congreso (ganó doscientas noventa diputaciones de trescientas y casi la totalidad de la Cámara Alta, con treinta y un senadores, con excepción de Baja California) sino que recuperó de forma espectacular los territorios donde Cuauhtémoc Cárdenas había ganado tres años antes con el Frente Democrático Nacional, como Michoacán y Estado de México.

En esta etapa, el partido que obtuvo el puntaje más bajo en el índice de nacionalización partidista fue el Partido Verde, con apenas 0,49, le siguió el del Trabajo, con 0,58. En tanto, el Revolucionario de los Trabajadores obtuvo entonces 0,60 puntos, el Partido del Frente Cardenista 0,62, el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana y el Demócrata Mexicano 0,63 cada uno y el Popular Socialista 0,66. La nueva izquierda que empezaba a aglutinarse en el PRD apenas obtuvo el 0,60. La derecha encabezada por el PAN consiguió un puntaje de 0,7, lo que reflejaba ya una mayor profundización en su proceso de descentralización territorial. Aunque para ese año la distancia entre la nacionalización más alta, de 0,92 del PRI, y la más baja, de 0,49 del PVEM, era de más de cuarenta décimas, las distribuciones se fueron volviendo cada vez más homogéneas con independencia de quien resultaba victorioso, sobre todo a partir de las elecciones de 1994, como puede verse en la Tabla 1.1.

Tabla 3.1 Nacionalización partidista por partidos seleccionados (PNS)

Año de elección	PRI	PAN	PRD
1991	0,9062	0,6915	0,6065
1994	0,9324	0,8093	0,7042
1997	0,8830	0,7499	0,7098
2000	0,8832	0,8603	0,7062
2003	0,8421	0,8304	0,5951
2006	0,8391	0,8157	0,7359
2009	0,8543	0,8224	0,5759
2012	0,9007	0,8101	0,7097

Fuente: cálculos del autor, con datos del Instituto Nacional Electoral

Llama la atención cómo tan sólo tres años después, para las elecciones para diputados federales de 1994, que fueron concurrentes con elecciones presidenciales, PAN y PRD dieran un salto significativo en sus niveles de nacionalización, pues ambos aumentaron en diez décimas su dispersión territorial. Este cambio se vio acompañado también de un aumento espectacular en sus niveles de votación, pues Acción Nacional crece en ciento catorce por ciento, mientras que el PRD lo hace cerca de doscientos puntos porcentuales. En este caso, el crecimiento electoral coincide con un aumento del volumen del voto, aunque

esto no es una condición necesaria para una mejor dispersión del apoyo electoral, pues puede darse el caso de que una votación copiosa se distribuya de manera poco uniforme. Ya se discutirá en el capítulo siguiente cómo la regla obligatoria para implantar estructuras en el territorio y el tipo de estrategias campañas políticas cada vez más nacionales puede explicar este hecho. De cualquier forma, son notorios dos aspectos: primero, la tendencia hacia una mayor extensión de los apoyos partidistas de la oposición y un ajuste en los niveles de nacionalización del PRI y, segundo, que aunque este aumenta su puntaje en 1994, nunca más volverá a repetir el récord alcanzado en 1991, en los casi veinticinco años que componen el periodo de análisis.

En lo individual, el caso del PRD es interesante. Se trata de la organización partidaria heredera histórica de los diversos ensayos de unificación de las izquierdas. Su fuerza electoral quedó demostrada en su emblema predecesor, el Frente Democrático Nacional, que compitió exitosamente frente al PRI en las elecciones de 1988, toda vez que logró arrebatarle triunfos en entidades como Baja California Norte, Distrito Federal, Estado de México, Michoacán y Morelos, los últimos tres por mayoría absoluta (Molinar, 1997). Sin embargo, a pesar de que su presencia ayudó a la reconfiguración del sistema partidario no ha contado con una nacionalización estable. A lo largo de la última década del siglo XX, este partido mantuvo sus niveles de apoyo con un promedio de 7 puntos. De hecho, en las elecciones intermedias de 2003 y de 2009 sus niveles de dispersión cayeron dramáticamente. En apariencia, esto indicaría que su votación es sensible a las elecciones separadas, o bien, a que aumenta su nacionalización cuando hay concurrencia electoral, siempre que consiga competir con un candidato presidencial fuerte. Empero, las elecciones intermedias de 2007 y en las elecciones de 2015 no lo confirman pues todos los partidos vieron caer sus índices de esparcimiento.

La nacionalización no sólo expresa los apoyos electorales absolutos que reciben los partidos sino que da también una medida de la implantación de sus estructuras organizativas. Para las elecciones de 2009, por ejemplo, en la que el PRD obtuvo

el 12.2 por ciento de la votación nacional sin alianza, con poco más 4.2 millones de votos triunfó en 39 distritos federales, 43 ayuntamientos y 33 distritos locales en estados con elecciones concurrentes, pero perdió municipios clave del Estado de México, los que se encuentran conurbados con la capital del país. La caída en la dispersión se debió a que los apoyos quedaron concentrados en ocho estados, cuatro en los que eran primera fuerza como gobierno, como Baja California Sur, DF, Michoacán y Zacatecas. En el resto de las entidades languideció. En estados como Campeche perdió el registro. Esos resultados eran consistentes con la inexistencia de una estructura político-electoral en funcionamiento permanente: en 2009 reportó la cobertura con representantes en 82 por ciento de las casillas, pero que para el día de la jornada electoral intermedia se desplomó en casi 30 por ciento. Además, había en ese año una cantidad importante de comités de base que no operaban, junto con dirigencias de todos muchos comités municipales sin renovarse, actuando en la informalidad. Situación que alcanzaba también a comités estatales, como el caso de Puebla (Morales, 2009).

Con todo y estos datos se podrá argumentar que no existe novedad alguna señalando que los partidos mexicanos siempre han estado nacionalizados, simplemente porque todos tienen registro como partido político nacional. ¿Qué razón justifica entonces analizar estas organizaciones si cualquiera puede percibir su presencia a simple vista a través de sus emblemas y de la figura de sus líderes en las campañas, a lo largo de todo el país? Es cierto, sería casi una obviedad si no fuera porque hasta hoy no se había medido empíricamente este proceso con un control de las variables que lo intervienen, en su grado y extensión. Porque los porcentajes electorales y aún el reparto de asientos en las asambleas y todo dato sobre “el poder compartido” no son suficientes para decirnos con precisión qué tipo de dispersión se produce en el área de competencia a escala nacional. Esta es la pregunta que queda aún por responder. Si al fin damos con la existencia de un sistema de política nacional la tarea es explicar qué factores o mecanismos produjeron las tendencias que nivelaron los apoyos entre el PRI dominante y la oposición en ciernes a nivel nacional.

3.4. LA NACIONALIZACIÓN Y EL TAMAÑO DEL SISTEMA PARTIDARIO

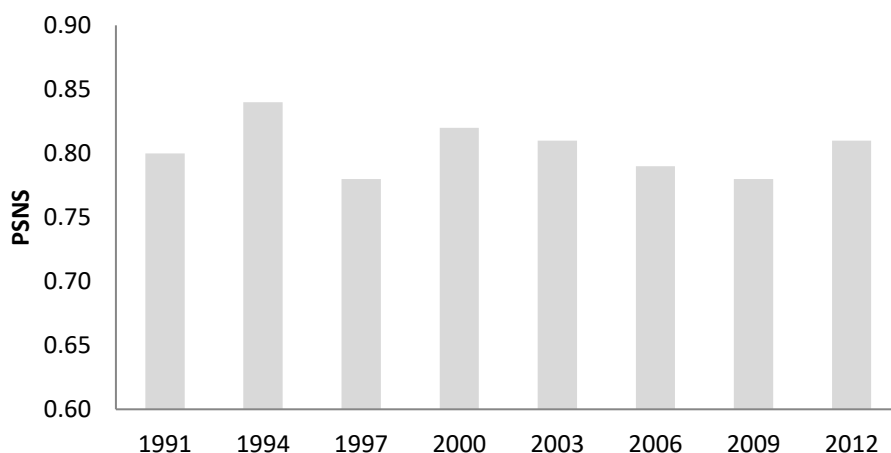
Por ahora, es necesario distinguir la cuantificación individual de la nacionalización partidista de la que mide la nacionalización del sistema de partidos. Se trata de dos unidades de análisis muy distintas. Mientras la primera expresa la capacidad organizativa de un partido en lo individual para implantarse por sí solo en un territorio en forma permanente, la segunda refiere al mantenimiento de una tendencia conjunta *entre* partidos que rivalizan entre sí para alcanzar el poder político. Por ejemplo, dos fuerzas se desafían continuamente y obtienen distribuciones similares de apoyos aunque con un promedio de votos distinto. ¿En qué momento esta rivalidad se transforma en un sistema nacionalizado? Se requieren tres condiciones. Primero, que la rivalidad inter-partidista se sostenga durante un periodo de tiempo y adquiera estabilidad y valor, es decir, que la competencia entre adversarios no decline. Segundo, que se ensanchen los límites del área de competencia de partidos, es decir, que se sustituya la competencia unilateral por la competencia en relativa igualdad entre varios partidos. Tercero, que la distribución resultante de los apoyos se convierta en una tendencia nacional, *sin que influya qué partido sea el ganador*.

Para cuantificar la amplificación de todo un sistema Jones y Mainwaring plantean el *Party System Nationalization Score* (PSNS) un indicador que resulta de multiplicar el puntaje de nacionalización de cada fuerza por el porcentaje de la votación total nacional emitida para cada uno de ellos y luego sumar el resultado de todos los partidos. Esto da un índice agregado muy intuitivo, pero que no considera el tamaño de los partidos ni la magnitud de los distritos, un inconveniente cuando estos factores son requeridos en la comparación entre países con sistemas políticos disímiles.²⁸ Para el caso de México el PSNS es adecuado porque en su trazo los distritos deben guardar el equilibrio poblacional por norma, con el fin de evitar que

²⁸ Bochsler (2009) ha corregido estas limitantes con la fórmula estandarizada $PNSW = 2 \cdot \frac{\sum_1^d (v_i \cdot (\sum_1^i p_j - \frac{p_i}{2}))}{\sum_1^d v_i \cdot \sum_1^d p_i}$

la población de una unidad geográfica esté sobrerrepresentada en la cámara baja. Y aunque existen tres grandes formaciones que concentran la mayor cantidad de votos, pueden incluirse todos los partidos en el cálculo sin un criterio especial pues a todos se les exige una implantación mínima en el país y un umbral parejo como requisitos indispensables de entrada a la competencia.

Gráfica 3.1 Nacionalización del sistema de partidos
1991-2012



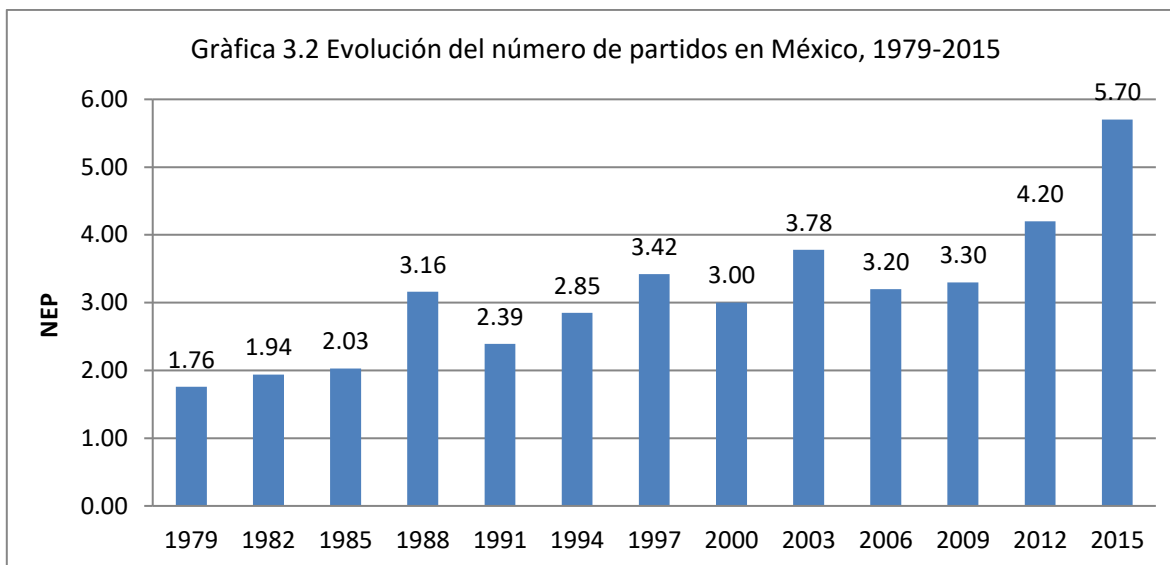
Fuente: cálculos del autor, con datos del Instituto Nacional Electoral

Los datos de la gráfica 3.1 cuestionan una generalización. Contra todas las intuiciones, aquí se corrobora empíricamente que el sistema de partidos nunca tuvo una alta nacionalización. A pesar de que México era conocido como un sistema profundamente centralista, las distribuciones parecen contradecir tal imagen. Esto es claro porque en el periodo 1991-2012 obtiene un promedio a la baja de 0,79, si se considera que en los noventa llegó a promediar el 0,82 que no es, por lo demás, una marca alta. Los datos pueden compararse con los puntajes obtenidos por países unitarios (o centralistas) como Uruguay, Costa Rica y Honduras que históricamente han contado con altos niveles, cercanos o superiores a 0,90. Y en México, en el periodo de estudio, la medianía de los puntajes se mantuvieron así con independencia de diversos factores de coyuntura como la alternancia en la presidencia de la República (2000) y el recambio (2012), los movimientos a favor del voto nulo (2009), las coaliciones electorales fluctuantes (2000, 2006), la

frecuente desaparición de partidos que intentaron mantener su registro nacional, el aumento de poliarquías urbanas, las sucesivas reformas a las reglas electorales y el aumento de la competitividad.

Lo que se advierte es que el tránsito del viejo sistema de partido hegemónico a un nuevo sistema no produjo una dispersión explosiva de las organizaciones rivales, en territorios donde nunca hubiesen tenido presencia. Tampoco lo atomizó. Antes bien, las fuerzas centrípetas anclaron al sistema permitiendo que las variaciones aparecieran con moderación. El mantenimiento de esta tendencia puede verificarse contando el número efectivo de partidos a nivel nacional, ponderado por la proporción de votos que obtienen. Esta fórmula es una medida de fragmentación y ofrece un valor para hacer inferencias respecto de la magnitud de un sistema de partidos. Aquí se recurre al Número Efectivo de Partidos (NEP) (Laakso y Taagapera, 1979) cuyos puntajes se presentan como el número de partidos “que cuentan” efectivamente de acuerdo a su tamaño, pesado por su porcentaje de votos. El NEP se define como 1 dividido entre la diferencia de la proporción de votos de cada partido y la fragmentación.²⁹ El índice captura valores de 1 si un partido obtiene la totalidad de los votos. El resultado se expresa en unidades que representan el número de organizaciones, mientras que las décimas indican la importancia de otras fuerzas.

²⁹ Existen dos formas de calcular el NEP: primero, a través del cálculo de la inversa de la suma de los cuadrados de las proporciones de votos de cada partido o, segundo, por medio de la división entre 1 de la diferencia entre la fragmentación electoral de 1.



Fuente: cálculos del autor con datos de *México Electoral. Estadísticas Federales y locales 1970-2000* y del Instituto Nacional Electoral.

El NEP muestra cómo fue creciendo el tamaño del sistema a partir de 1988, con el asalto de las oposiciones a izquierda y derecha del espectro político. Se puede observar en la gráfica 2 que los incrementos en el índice se relacionan con elecciones intermedias más que con las elecciones para la presidencia de la República, justo donde habría que dejarse sentir el latigazo de la concurrencia electoral. Esto da algunos indicios sobre las estrategias seguidas por los partidos en regímenes multinivel. En una competencia para diputados federales, un partido está obligado a presentar candidatos en la mayoría de los distritos. La legislación electoral mantiene el requisito de presentar al menos doscientos candidatos de mayoría relativa para poder tener derecho a registrar listas para la asignación de curules por el principio de representación proporcional.³⁰ Se trata de una estrategia multidistrital que implica el desarrollo de una estructura terrestre considerable. En cambio, en elecciones presidenciales, en las que se compite en una sola circunscripción nacional, considerando al país como un solo distrito, los partidos tienen como primer cálculo hacer campaña en las entidades que cuenten con el

³⁰ De acuerdo al artículo 54 de la Ley General de Instituciones y Procedimientos Electorales, se establece que para la asignación de diputados por el principio de representación proporcional y para obtener el registro de listas regionales, los partidos deben acreditar la cobertura en 200 distritos uninominales con candidatos a diputados por mayoría relativa.

mayor peso del padrón electoral, por lo que la extensión de la estructura no es el problema.³¹ Puede ser lógico si se piensa que la sincronización de una campaña en una competencia multinivel tiene más alcance territorial lo que implica al mismo tiempo un esfuerzo más grande, que partidos débilmente implantados no pueden hacer en solitario.

En conjunto, el sistema partidista incrementa su grado de nacionalización en elecciones concurrentes (Gráfica 1) mientras que el número de partidos crece en elecciones intermedias. Puede ser razonable que así sea, si se piensa que una campaña sincronizada en una competencia multinivel tiene más alcance pues se activan más estructuras en el territorio que las que se requieren en un solo orden, como lo son las elecciones separadas de medio término para renovar la cámara baja. Es decir, *se nacionaliza el sistema a costa de la reducción del número de partidos*.

Si el grado de nacionalización es inversamente proporcional a la fragmentación del sistema partidista significa que se induce la condensación de fuerzas por factores nacionales. Se trata de un impulso centrípeto que se ha llegado a asociar con la acción centralizadora en diversas esferas gubernamentales. Garman, Haggard y Willis plantearon que a un sistema de partidos más centralizado corresponde una estructura fiscal más centralizada (Garman, Haggard y Willis, 2001). La tesis de los autores es que la descentralización es una respuesta a presiones democratizadoras, en la que el control de las candidaturas juega un papel clave. Así entonces, la amplitud de la descentralización estaría vinculada a la amplitud con la que las postulaciones son controladas localmente por las filiales de los partidos en el orden subnacional. En esta idea, recaería en un sistema de partidos la conducción del cambio de un proceso político centralizado a uno descentralizado. Siguiendo este argumento, otros autores han terminado por validar positivamente todo proceso que desnacionalice las estructuras de los partidos. La nacionalización del sistema

³¹ La proporción de ciudadanos que contaron con credencial de la sección donde viven, pasó de 66.9% en 1996 a 76.2% en 2012.

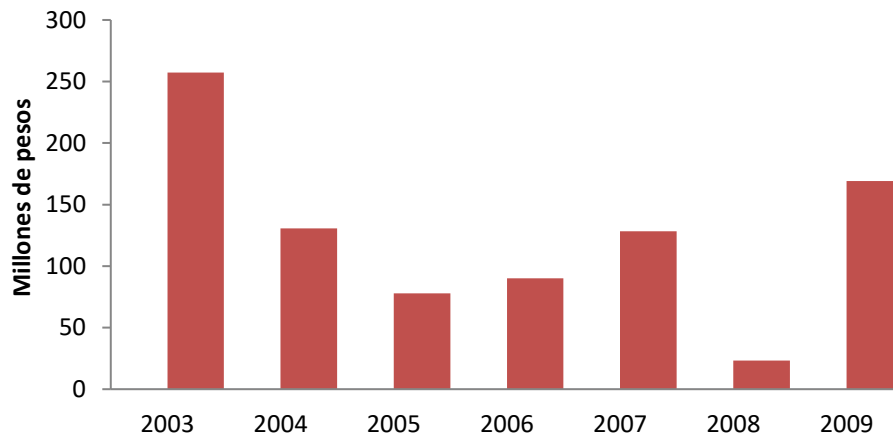
partidista, se deja entrever, sería un factor pernicioso para la democracia al inducir el control de las postulaciones por liderazgos centralizados (Díaz Cayeros, 2006; Langston, 2008; Leiras, 2010; Harbers 2014). El punto es controvertible. Es evidente que una decisión por un centro no es equivalente a una medida centralista por sí misma, o peor, contraria a la democracia.³² En principio, los partidos nacionales cuentan con enlaces verticales que unen a todas las partes que lo componen y cada una de estas contribuye al éxito global de la organización. El control local que puedan tener las unidades subnacionales sobre la definición de sus candidaturas es importante para su propia autonomía pero ello no determina la relación de las unidades con un comité central.

Además, los partidos han usado su facultad para hacer transferencias de sus recursos propios para financiar campañas locales. Que unos pocos partidos hayan conseguido esparcir su voto en apenas dos décadas debe obedecer a un impulso altamente dinámico. Este puede encontrarse en el fortalecimiento de las dirigencias centrales y en las campañas políticas. Se ha mencionado que el sistema electoral es una fuente de los impulsos distributivos que van desde las barreras a la entrada, la existencia de listas nacionales controladas por las cúpulas hasta el acceso y el reparto del financiamiento público, tanto entre los partidos nacionales como entre las dirigencias centrales y las de los estados. A diferencia de otros autores que trabajan la transferencia de financiamiento para actividades ordinarias a las instancias locales para mostrar la falta de descentralización de los partidos en México (Harbers, 2010; 2014), aquí se busca el nivel de intervención desde lo nacional hacia las sub-unidades locales para explicar la nacionalización, en su forma distributiva. Las transferencias financieras que hacen las dirigencias nacionales hacia sus partidos en los estados es una muestra muy clara no sólo de las inercias centrífugas del sistema federativo sino sobre todo de las estrategias de crecimiento territorial concebidas e impulsadas *desde un centro político*.

³² No obstante, como los propios postulantes de esta tesis han reconocido, hasta hoy no se ha encontrado evidencia suficiente para México ni para la región latinoamericana, que permita alcanzar una hipótesis de asociación más robusta (Leiras, 2010).

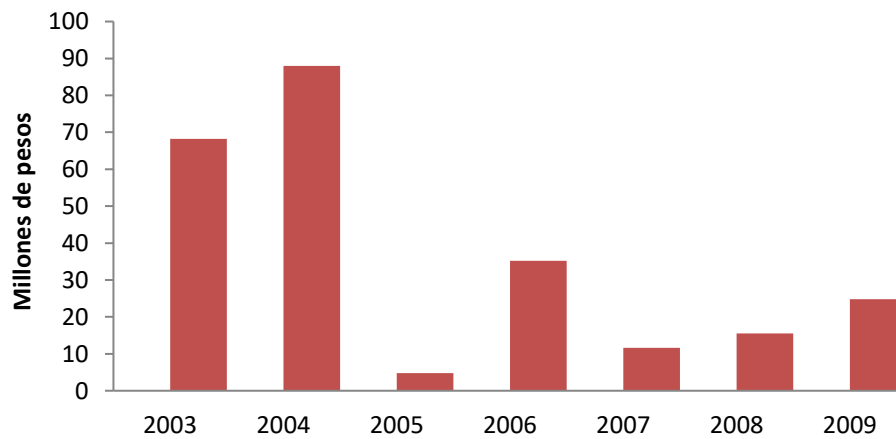
Como se puede notar, las centrales políticas transfirieron de forma muy diversa los recursos financieros, tanto por tipo de partido como por año y por periodo. Resulta llamativo como dos partidos pequeños como el PT y el PVEM hicieron inversiones contrastantes en una etapa crítica para su despegue. Mientras aquél dispuso de varios millones de pesos este último apenas dispuso de una pequeña cantidad. Esta no es una diferencia de recursos sino de prioridades. Y aunque el PT no transfirió una gran cuantía de recursos (hasta 2009 no más que 258.5 millones de pesos en total), lo cierto es que eso bien puede explicar por qué tuvo hasta 2012 la distribución más homogénea de apoyos electorales de todos los partidos emergentes, con puntajes muy superiores a los del Partido Verde desde luego. De los partidos grandes, el PRI transfirió 313,469,096 pesos mientras que el PAN dispuso de 876,820,372 y el PRD un monto de 372,874,534. Comparando por años, no se encuentra un patrón claro de reparto. Por ejemplo, en 2009, año de elecciones intermedias con el PAN en el gobierno, este partido aumentó notablemente su porcentaje de transferencias financieras mientras que el PRI y el PRD sólo lo hicieron ligeramente. Los contrastes parecen corresponder con los orígenes y las prioridades de cada uno. Si el PRI fue el que realizó menos traslados a sus unidades locales se debe al origen descentralizado de esta organización (Garrido, 1982) y a su imbricación con el gobierno. Se trata del único partido que ha logrado alcanzar los puntajes más altos de dispersión a lo largo de casi todo el siglo XX.

Gráfica 3.3
PAN, transferencias a campañas electorales subnacionales
2003-2009



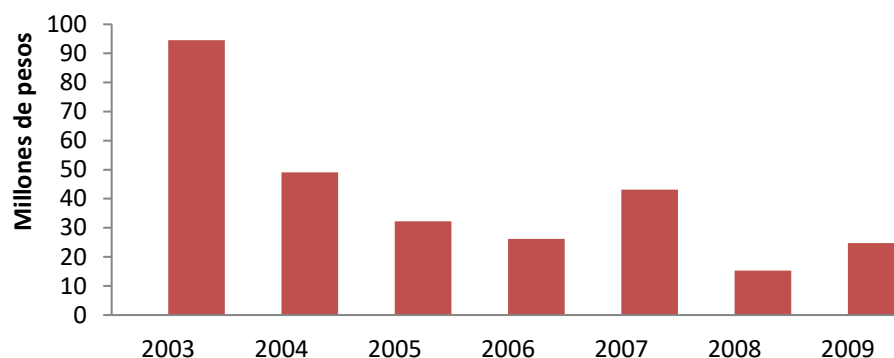
Fuente: el autor, con base en solicitud de acceso a información al Instituto Federal Electoral

Gráfica 3.4
PRI, transferencias a campañas electorales subnacionales
2003-2009



Fuente: el autor, con base en solicitud de acceso a información al Instituto Federal Electoral

Gráfica 3.5
PRD, transferencias a campañas electorales subnacionales
2003-2009



Fuente: el autor, con base en solicitud de acceso a información al Instituto Federal Electoral

3.5. LA SEGMENTACIÓN EN LAS TENDENCIAS NACIONALES

Entre 1991 y 2015 el promedio de partidos efectivos fue de 3.27 a nivel nacional. Este formato tripartidista fue una tendencia que se mantuvo en el tiempo pero no gracias a la estabilidad de los bipartidismos locales PRI-PRD y PRI-PAN como indicó Lujambio en su momento (Lujambio, 2001). Aquí sostengo que el sistema fue segmentado por las variaciones en los niveles de implantación que tuvo cada partido en lo individual, más que por la existencia previa o posterior de bipartidismos locales, y que lo que le dio estabilidad fueron las anclas legales que promueven obligatoriamente una implantación específica en el territorio como requisito para obtener el registro como partido nacional.³³ De ahí que pueda plantearse siempre el escenario de qué pasaría si el sistema se liberalizara permitiendo que partidos locales compitieran por cargos de orden nacional.

³³ Además, el sistema electoral genera incentivos para que los partidos nacionales predominen sobre los locales. Recientemente, la Sala Superior del Tribunal Electoral determinó a través de la sentencia (SUP-RAP-102/2016), la posibilidad de que un partido nacional recién creado que hubiese conservado su registro después de una elección federal, tiene derecho a formar coaliciones en las elecciones locales inmediatas, sin importar que participe por primera vez en un proceso local.

La tendencia tripartita se puede observar en la tabla 2, con el número de partidos por distritos electorales federales a partir de 1979. Como se advierte, bajo la tendencia no todo fue bipartidismo en el orden subnacional pues en el periodo prevalecieron formatos de diverso tipo, de partido dominante, pluralismo bipartidista o de tres partidos, aunque todos mediados por fuerzas nacionales. Esto sólo puede explicar que en el formato de partido dominante se haya alcanzado hasta 62 por ciento de distritos en el arranque del periodo y que para 2012, en el cierre del periodo, se haya invertido completamente la proporción, pues se produjo hasta un 64 por ciento de distritos con formato tripartito. Es decir, se trata de dos manifestaciones de un mismo proceso, de un patrón durable de competencia interpartidista sostenida para acceder al poder político.

Desde luego, esto no cuestiona la existencia de un régimen trípode. Al contrario, *los datos muestran una tendencia sistémica nacional* cuyas modulaciones en los distintos niveles de agregación dependen justamente de la presencia de cada partido en el territorio. Por ello, los datos no demuestran la inexistencia del sistema tripartidista sino todo lo opuesto, exhiben la forma en la cual este queda segmentado de forma homogénea en los diversos niveles de la competencia electoral. Esto indica que los apoyos adquieren una convergencia particular, de manera que aparecen las mismas tendencias de votación en todo un país (Schattschneider [1960] 1967: 124). Es visible que lo que las votaciones muestran es una tendencia muy clara hacia la disminución de distritos electorales federales de un solo partido o de competencia dominante a una competencia más equilibrada en el orden nacional, haciendo a un lado los monopolios políticos y la lucha unilateral. Lo que debió anticiparse al arranque del periodo no era tanto el formato del sistema sino la capacidad de las nuevas organizaciones políticas para extender el área y la escala de competencia: la posibilidad de tener por vez primera una oposición nacional.

Tabla 3.2
Distritos electorales federales por Número de partidos, 1991-2012 (%)

Número de partidos	1991	1994	1997	2000	2003	2006	2009	2012
--------------------	------	------	------	------	------	------	------	------

Tripartidista (0 >2.5)	0	11	19	23	21	32	36	64
Bipartidismo plural (2.0-2.5)	7	35	37	34	38	36	36	27
Bipartidismo puro (1.5-2.0)	31	30	36	33	33	24	23	9
Partido dominante (1.0-1.5)	62	24	8	10	8	8	5	1
Total	100	100	100	100	100	100	100	100
N	300	300	300	300	300	300	300	300

Fuente: para 1991-2003, Klesner (2005: 108). Para 2006-2015, cálculos del autor con datos del Instituto Nacional Electoral.

Aunque los datos de la nacionalización de México sean contundentes es necesario contar con otros indicadores para tener un control empírico de respaldo sobre este fenómeno (Morlino, 2005). Es oportuno realizar otras mediciones por medio del análisis de la dispersión, del cómo se extienden los puntajes de una variable (de intervalo / razón u ordinal) de la menor a la mayor y la forma de distribución de éstas alrededor de una media (Ritchey, 2001). La *desviación estándar* es un estadístico que ayuda a describir la dispersión. Dado que la nacionalización se alcanza cuando los votos están diseminados más allá de una sección del territorio, estas mediciones pueden ser de gran utilidad pues puede calcularse la magnitud del distanciamiento de los votos de los partidos desde un punto central de la distribución de sus apoyos³⁴.

En la tabla 3 se encuentran los promedios de las distribuciones de los votos de los partidos PRI, PAN y PRD por año, considerando los 300 distritos federales como rango. Resaltan la elección de 1997 y la intermedia de 2009. En aquella, el PRI tuvo un promedio de votación 51.6 por ciento menos respecto de las elecciones de 1994. Su desviación en 1997 es 44 por ciento inferior a la del PAN y el PRD. Su baja dispersión con respecto al puntaje que traía dos elecciones atrás puede deberse al

³⁴ La desviación estándar de un conjunto de observaciones es la raíz cuadrada positiva de la varianza que se expresa como $S = \sqrt{s^2}$

desfondo de sus estructuras en entidades estratégicas como el Distrito Federal, que concentraba la mayor cantidad de electores del país. Aquí, el PRI enfrentaba por vez primera la rudeza de un monopolio político pues la izquierda no buscaba ganarle compitiendo en las urnas sino eliminándolo como clase gobernante. La caída del 97 se debió también a la consolidación de las estructuras estatales del PAN, toda vez que este le había arrebatado hasta entonces las gubernaturas de Baja California (1989), Guanajuato (1991), Chihuahua (1992), Jalisco (1995), Nuevo León (1997) y Querétaro (1997),

En la elección anterior, el PRI obtuvo el 48.5 por ciento de la votación para diputados federales, mientras que para este año sólo el 39.11 por ciento. Algunos observaron que las elecciones de 1997 fueron altamente significativas en la historia electoral del país. Los comicios habían tenido como resultado una importante redistribución nacional del poder, que se hizo sentir en la relación ejecutivo-legislativo, en el presidencialismo y en la dominancia del PRI, dado que éste no pudo obtener la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados a pesar de la sobrerrepresentación que daba la llamada cláusula de gobernabilidad como premio al partido ganador (Molinar, 1998). Los datos muestran que este nuevo equilibrio era resultado de una tendencia hacia la nacionalización de las oposiciones, pues PAN y PRD no sólo obtuvieron el mismo promedio de votación sino también la misma dispersión de sus apoyos. Un resultado así debió contar con el respaldo de una estructura partidista ampliada, lo único con lo que se pueden activar a los votantes y vigilar las casillas el día de la jornada electoral. Esto es razonable porque aumentó considerablemente el financiamiento a los partidos en ese año (De Swaan, 2000). Con todo, de aquí no se sigue, como se verá en el capítulo 3, que exista una relación efectiva entre gasto y retorno electoral.

Tabla 3.3
Promedio de votos por distrito y desviación estándar 1991-2012

Año de elección	Promedio de votos por distrito			Desviación estándar por distrito		
	PRI	PAN	PRD	PRI	PAN	PRD
1991	70.276	20.217	9.506	19.866	12.516	6.655

1994	57.272	30.489	19.507	25.215	21.833	14.979
1997	37.707	25.654	24.788	8.729	17.582	17.306
2000	45.266	53.299	20.856	11.619	24.739	12.812
2003	30.678	27.482	15.753	12.665	16.043	12.729
2006	38.732	45.845	39.806	12.043	21.865	22.776
2009	42.342	32.265	14.060	17.337	17.068	11.944
2012	49.556	42.952	27.316	14.569	19.637	16.359

Fuente: cálculos del autor con datos del Instituto Nacional Electoral

Aun con un reparto más equitativo de los recursos para campañas, las diferencias en la dispersión distrital comenzaron a aparecer. Para 2009, el promedio de votación del PRD parece ser sensible a las elecciones intermedias, sin candidato nacional, y a la modificación en los incentivos para las coaliciones, debido a la reforma electoral que deslindó el escrutinio de los partidos coaligados para determinar el umbral electoral. Respecto de 2006 su promedio cae en 26 puntos mientras que su desviación estándar se precipita en un 50 por ciento. Esto muestra una deficiencia en el desempeño de sus campañas electorales intermedias, toda vez que no consigue dirigir las elecciones distritales federales ni las locales por medio de una estrategia nacional.

Podría argumentarse también que el descenso es resultado justamente de la concentración de la competencia del PRD en zonas cada vez más urbanas. Entre 1991 y 2000 pasó de ser una fuerza implantada en el medio rural a tener apoyos crecientes en municipios urbanos y mixtos (Aranda, 2004: 106). Una tesis de este tipo puede resultar lógica siempre que se demuestre que los clivajes de tipo territorial no han sido superados. Difícilmente puede sostenerse que un mejor desempeño electoral de las fuerzas opositoras en el medio urbano sirva “de base para hablar del fortalecimiento y consolidación de un sistema de partidos nacional estable y competitivo” (Aranda, 2004: 97) pues de ser así se tendrían enclaves políticos urbanos y no una distribución extensa en el territorio basada en líneas de conflicto nacional. En esta misma línea, algunos más adujeron que el cambio político se debió a la existencia de un clivaje urbano-rural (Pacheco, 1997, 2003). Pero estos no existen sólo por decirlo. Hay que demostrar el mecanismo por el cual inciden en

la distribución del voto y distinguir claramente entre la necesidad de dividir el espacio territorial con fines analíticos de lo que es una división que *parta* a una nación entera a lo largo de líneas urbanas o rurales. Al menos, dentro del proceso de cambio de estudio, no se ha detectado ningún esfuerzo partidista dirigido a fijar un conflicto oponiendo lo “urbano” frente a lo “rural”, cualquier cosa que esto signifique.

3.6. DISTRIBUCIÓN EN NIVELES NO GEOELECTORALES

La distribución homogénea de los apoyos electorales es un planteamiento que se ha mantenido con cierta ambigüedad en la discusión académica. En la literatura se reconoce la existencia de un tipo *nacionalización distributiva* pero sin que se haya explicitado que debe entenderse por eso. En su origen la teoría de la nacionalización no lo plantea y sólo establece que la condición seccional es justo lo contrario a un partido nacionalizado, por lo que el primer desafío para todo partido político de base territorial que cuente con aspiraciones nacionales es superar dicha condición. En la corriente de análisis centrada en los distritos, se considera que una nacionalización perfecta tendría que mostrar diferencias mínimas en las variaciones interdistritales a lo largo de un país. No obstante, la desviación de los valores con relación al promedio y los propios índices de nacionalización pueden esconder variaciones subnacionales significativas, en distintos niveles territoriales y de geografía electoral. Para autores como Boschler, tal asunto debiera llevar a que los índices de nacionalización reflejen la heterogeneidad de los apoyos electorales en un territorio más que la homogeneidad. El autor ha observado que las mediciones aún pueden ser objeto de mejoras considerando el número y tamaño de los partidos y respecto del número y magnitud de las unidades territoriales, fundamentalmente de sistemas de distritos uninominales, conforme se agregan los resultados en una votación, como los distritos electorales (Boschler, 2009).

Los primeros autores en atender este planteamiento fueron Richard Rose y Derek W. Urwin (1975) quienes buscaron analizar las diferencias regionales de los partidos y los sistemas de partidos en naciones occidentales a través del tiempo. Buscando

responder a la pregunta de si las diferencias espaciales estaban asociadas con diferencias en el apoyo partidista, la competitividad y la alienación frente al régimen hicieron uso del concepto de región como la unidad política territorial primaria de análisis, por lo que optaron por seguir la división política preestablecida por los regímenes federales, conocida también como órdenes de gobierno. A diferencia de los distritos electorales, cuya división estriba en la distribución proporcional de la población, definen a las regiones como unidades administrativas con fronteras no trazadas sobre un criterio poblacional sino como resultados de procesos político-culturales. De ahí que los autores acepten que este tipo de unidad de análisis es el más adecuado porque no se prejuzga su inclusión como unidad de análisis respecto del tamaño geográfico o poblacional.

A diferencia de Rose y Urwin, Caramani se pronunció por atender el tema de la homogeneidad. Recuperando la discusión de Schattschneider y Stokes así como de Claggett, Flanigan y Zingale (1984) plantea la existencia de tres dimensiones como 1) la homogeneidad del apoyo, 2) la fuente de las fuerzas políticas, desde donde emana el proceso o el estímulo hacia los electorados y 3) el tipo de respuesta hacia tales estímulos como *swing* electoral uniforme entre dos elecciones subsecuentes. En el concepto distributivo de la nacionalización, se supondría que en la homogeneidad del apoyo no existen diferencias en el comportamiento electoral entre las áreas regionales. Incluso, siguiendo el cuadro 1, el estímulo puede tener como origen un ámbito local y producir una coincidencia uniforme de impulsos agregados de una o varias unidades constitutivas a lo largo del país (tipo B del cuadro 1). Ahora bien, el tema en cuestión es la posibilidad de que toda influencia nacional no arroje *per se* una respuesta uniforme en el ámbito subnacional (tipo A del cuadro 1) porque es plausible que los cambios no uniformes de una elección a otra sean resultado también de impulsos nacionales, sin que tenga que haber una correspondencia específica sino tan solo una respuesta a estos impulsos centrales. Esto es claro en el tipo C, donde se produce una no uniformidad de los apoyos ante un estímulo nacional. Este caso es el más extraño en la combinatoria producida en

la matriz, pues postularía hipotéticamente la existencia de un impulso nacional mediado por factores locales que produce resultados heterogéneos.

En vista de la incapacidad metodológica para encontrar el tipo de fuerza o estímulo que produce un apoyo electoral no uniforme sobre las unidades locales como en el tipo C, el análisis de la influencia de fuerzas nacionales con respuesta uniforme adquiere mayor relevancia. Como señala Caramani: “Si desde las influencias locales no se producen patrones territoriales homogéneos, de aquí se sigue que la distribución homogénea es un indicador de la presencia de fuerzas nacionales” (Caramani, 2004: 39). Por tanto, asume que los apoyos territoriales no uniformes deben considerarse como resultado exclusivamente de factores locales, por lo cual si alguna configuración territorial está diferenciada significa 1) al menos, que algún factor local ha actuado para distorsionar los efectos *homogeneizantes* de fuerzas nacionales o 2) que factores locales tienden a predominar sobre factores de orden nacional.

Cuadro 3.1
Tipo de respuestas y localización de fuerzas

Tipo de respuesta	Localización de estímulos	
	Nacional	Local (o regional)
Swing uniforme	A: <i>Nacionalización de la política.</i> Respuestas uniformes de distritos u otras unidades territoriales a factores nacionales.	B: <i>Coincidencia.</i> Respuestas uniformes de distritos u otras unidades territoriales a factores independientes basados localmente.
Swing no uniforme	C: <i>Influencias nacionales mediadas.</i> Respuestas no uniformes a distritos u otras unidades territoriales a factores nacionales.	D: <i>Localización de la política.</i> Respuestas no uniformes a distritos u otras unidades territoriales a factores independientes basados localmente.

Fuente: Caramani (2004) con datos de Claggett, Flanigan y Zingale (1984)

En esta parte, opto por seguir el enfoque de la heterogeneidad. Si existe evidencia de una racionalidad que discrimina áreas geográficas y órdenes de gobierno en las campañas, con base en un criterio de rentabilidad electoral, es razonable esperar que la distribución de los apoyos se refleje en función de una estrategia diferenciada de crecimiento en el territorio. Este tema, que será tratado en el capítulo 4, puede explicar por qué los partidos eligen destinar todos sus recursos a ciertas circunscripciones o entidades federativas y por qué en otras sólo asumen una posición testimonial. Como sea, debajo de los promedios de dispersión que serán tratados en el capítulo siguiente, están ocultas diferencias regionales que pueden estar prefigurando ya la existencia de divisiones específicas en el sistema de partidos nacional.

Si se definió a un sistema nacional de partidos como la síntesis de interacciones en la que partidos y electores atribuyen un significado nacional a las elecciones, considerando niveles no nacionales, entonces es razonable pensar el fenómeno con base en una matriz, que permita jugar con los diversos planos con los que cuenta un sistema político federativo, como es para el caso de México. Para ello, recupero la propuesta de Marcelo Leiras (2010) en la que establece una matriz de la distribución del voto. En esta combina nacionalización vertical con nacionalización horizontal, que genera cuatro tipos de implantación como 1) el nacionalizado, producto de una dispersión alta en lo vertical y lo horizontal; 2) su contrario, un tipo disperso, resultado de una baja implantación vertical y baja horizontal; 3) el que llama federalizado, una mezcla de baja dispersión en lo nacional pero alta en lo local y 4) la de tipo segmentada, donde los partidos se extienden ampliamente por el territorio pero no al interior de las unidades subnacionales.

Cuadro 3.2.
Tipos de nacionalización

Nacionalización vertical	
Alta	Baja

Nacionalización horizontal	Alta Baja	Nacionalizado Federalizado	Segmentado Disperso
----------------------------	----------------------------	-------------------------------	------------------------

Fuente: Leiras (2010)

Esta tipología es de una enorme utilidad, pero es necesario hacerle algunos ajustes. En primer lugar, es correcto que se siga la idea de que el grado de nacionalización se comprende mejor cuando se incorpora el criterio “horizontal”, es decir, por la diferencia entre el número de partidos locales con el número de partidos de orden nacional. Sin embargo, en la definición de un tipo federalizado, la acepción correcta debiera ser la de una concentración monopolizada, una situación donde sólo ciertos partidos pueden compartir por una parte del electorado o en determinadas entidades, que podría deberse a un reparto específico de competencias de gobierno o a la existencia de clivajes político-funcionales, del tipo izquierda-derecha. Se trata de la competencia unilateral, de la que habló Schattschneider a la hora de explicar la existencia de monopolios políticos locales. Entonces, el esquema queda de la siguiente forma

Cuadro 3.3.
Tipos de nacionalización ajustados

		Nacionalización vertical	
		Alta	Baja
Nacionalización horizontal	Alta Baja	Nacionalizado Concentrado	Segmentado Disperso

Fuente: el autor

Este ajuste será necesario para presentar los indicadores e índices sobre la segmentación de los apoyos a los partidos en el orden nacional y también para explicar cómo es que han emergido férreos monopolios políticos estatales o

concentraciones donde sólo algunos partidos han logrado mantener el dominio a lo largo de varias décadas, un objetivo no deseado de la reforma histórica del 46, como se verá más adelante. El paso siguiente es operativizar este cuadro asignándole valores a cada combinación, lo que se verá en el capítulo cinco.

Cuando fracasa la nacionalización

¿Qué sucedería si fracasa la nacionalización? La respuesta tiene diversas implicaciones políticas, como la pérdida de una coalición de gobierno nacional, el regreso de las oposiciones a sus comarcas, la vuelta a los clivajes territoriales, la competencia unilateral y más. Como es de esperarse, la teoría se concentró en el resultado empírico y adoptó en forma sutil la postura normativa de que todo *seccionalismo* es una condición por superar. Aunque se avanzó mucho en las medidas de dispersión no ha sucedido lo contrario con la generación de índices para cuantificar la desigualdad de los apoyos a los partidos y tampoco respecto de la segmentación de los sistemas partidistas, materia de este trabajo. Como se comentó, los índices de nacionalización y las medidas de dispersión pueden ocultar importantes variaciones regionales, en distintos niveles. Ya en su ejercicio comparativo, Jones y Mainwaring clasificaban la nacionalización de los sistemas de partidos sin una definición clara de las clases, aunque el mínimo en su escala es de 0.5. Así que falta aún por desarrollar más indicadores que registren el fenómeno contrario, lo que serviría a su vez como una medida de control para el análisis de la propia nacionalización.

Si el proceso falla entonces ¿cómo se manifestaría? Quizá en enclaves o bastiones, que son conceptos muy prácticos en el campo de las rivalidades aunque no parecen ser las unidades analíticas más adecuadas para tratar con la concentración de datos en escala no-nacional. Se puede pensar de inmediato en la caída en los niveles de dispersión distritales con respecto a un promedio de votos pero sería de poca ayuda, en tanto estas unidades se trazan sobre criterios poblacionales. Para Richard Rose y Derek W. Urwin (1975) se requiere traer de vuelta el concepto de región como unidad política territorial para el análisis sobre las variaciones regionales. A partir

del estudio que hacen de Europa Rose y Urwin evitan el uso de los distritos electorales como unidad de análisis porque consideran que el equilibrio poblacional no es el criterio más idóneo para definir las circunscripciones o distritos en una comunidad política. Desde su perspectiva, las regiones son unidades administrativas producto de procesos socio-culturales y no de la geografía electoral o la distribución de la población.

La metodología que siguieron incluyó un criterio para determinar qué partidos cuentan como partidos de carácter regional. Dado que la muestra de países que tratan no existe una norma que impida a fuerzas locales la competencia por cargos nacionales, los autores fijan en un mínimo de cinco por ciento de la votación total nacional emitida a un partido o un mínimo de diez por ciento del voto dentro de una sola región. Con ello, garantizan contar con partidos con capacidad de combate nacional y al mismo tiempo con partidos que sean el referente político en una sola región, con apoyos concentrados que demuestren una base de apoyo electoral significativa. Así, Rose y Urwin piensan que los partidos se mueven en el marco de dos tipos ideales, entre el de un partido extendido a nivel nacional capaz de competir por todos los escaños por todos los votos y conseguir una representación acorde a su eficacia en cada región de un país y el de un partido puramente regional que es capaz de concentrar toda su fuerza para postular a todos sus candidatos y conseguir todos los votos y escaños en una sola región.

De esta forma, plantean un índice de variación para medir las diferencias regionales respecto de la capacidad de los partidos para disputar escaños mediante la presentación de candidaturas (una medida que retomará años después Caramani como tasa de cobertura). De una muestra de 108 partidos a lo largo de diversas naciones, encontraron la existencia de tres grupos, uno compuesto por partidos capaces de competir nacionalmente, el segundo compuesto por partidos imperfectamente nacionalizados o que fallaron en la nominación de candidatos en todas las regiones y el último grupo donde los partidos sólo postulan candidatos en una sola región. Aun cuando una buena parte de los partidos de la muestra pudieron

presentar candidatos a todos los cargos, los autores reconocen que esto no es suficiente para garantizar el triunfo en todas las regiones. Se supondría que aquellos partidos que no consiguieron alcanzar votos en algunas regiones sería resultado de una falla en la no postulación de candidatos, por lo cual podría pensarse que para alcanzar el apoyo necesario como fuerza nacional sería clave atender hasta dónde tendría que extenderse una organización. Con todo, los autores muestran que partidos con fuertes apoyos nacionales pueden ver la caída de sus votos en alguna región de un país.

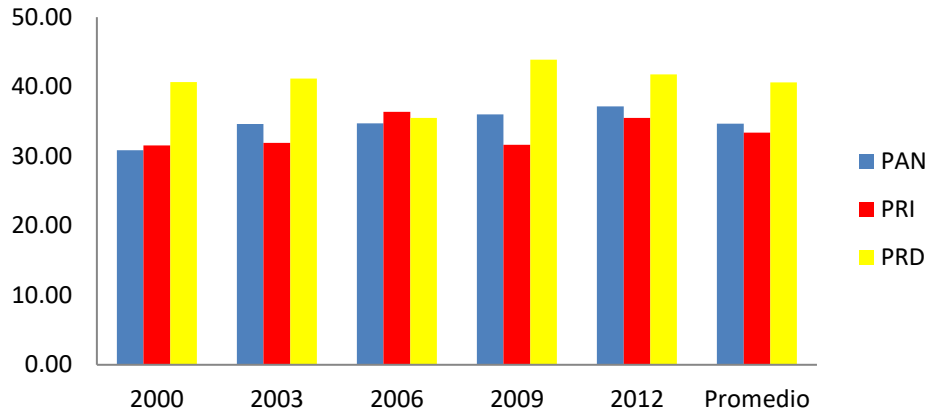
En su estudio, muchos partidos fuertes presentaron variaciones inter-regionales superiores al cuarenta por ciento. Por ello, para analizar en el voto partidista por región plantearon el uso de tres índices. El primero, la desviación estándar clásica para medir la dispersión del voto partidista con relación al promedio regional, el segundo, un índice de variación producto de la suma de las diferencias del porcentaje del voto partidista en cada región respecto a la media regional del porcentaje del voto, dividido por el número de regiones (desviación media absoluta) y un tercero que llamaron Índice de Desigualdad Regional Acumulada (CRI). A diferencia de los dos primeros, este último permite controlar las diferencias en el tamaño de las regiones y en el tamaño de los partidos y se obtiene sumando los valores de las diferencias del porcentaje del voto nacional de cada partido obtenido en cada región del porcentaje de la población votante registrada que se encuentra en cada una de estas, dividido entre dos. La medida no tiene otro propósito más que confrontar la proporción obtenida del voto de los partidos en una zona frente a la proporción de apoyos nacionales que espera recibir con relación al tamaño poblacional de cada región o unidad geográfica.

Tabla 3.4
México. Índice de desigualdad regional acumulada por partidos 2000-2012

Partidos	2000	2003	2006	2009	2012	Promedio
PAN	30,88	34,64	34,74	36,00	37,16	35,49
PRI	31,54	31,90	36,38	31,62	35,49	33,76
PRD	40,66	41,19	35,51	43,90	41,77	41,27

Fuente: cálculos del autor con datos del IFE

Gráfico 3.6
Índice de desigualdad regional acumulada por partidos
2000-2012



Fuente: cálculos del autor con datos del INE

El CRI confirma las tendencias hacia la desnacionalización del voto de los partidos nacionales. El índice adquiere valores entre 0 y 100 (debido a que se expresa con porcentajes), donde 0 indica una distancia más baja con relación al padrón de electores o una distribución más homogénea de los votos del partido. Los datos son consistentes con los índices de nacionalización, pues ahí donde PAN y PRD reducen su penetración territorial el CRI aumenta. En el promedio entonces, el PRD es el partido más regionalizado al alcanzar más de cuarenta y uno por ciento, mientras PAN y PRI se mantienen entre seis y ocho puntos abajo, es decir, menos atados a bastiones o monopolios políticos de competencia unilateral.

3.7. LA CONCENTRACIÓN DE LOS APOYOS PARTIDARIOS POR CIRCUNSCRIPCIONES ELECTORALES

Una manera de observar geográficamente la fuerza de una organización partidista es analizando sus apoyos por circunscripción electoral, respecto del número de

distritos federales en competencia³⁵. Como se comentó, estos distritos son organizados para la asignación de diputados por el principio de representación proporcional, en cuyo trazo se cuida que haya un equilibrio respecto de la forma en la que está distribuida la población a lo largo de las distintas regiones del país. Aquí se usa la circunscripción por dos razones: primero, porque los partidos organizan una parte de sus estrategias de crecimiento sobre la base de ese trazado dado que el sistema ofrece premios considerables (actualmente una bolsa de cuarenta lugares para cada una repartidos sobre la base del equilibrio poblacional)³⁶ y, segundo, para observar cómo distribuyen los partidos sus fuerzas en los sesenta distritos federales por mayoría relativa que están contenidos en cada circunscripción (y no cuarenta, por el criterio de representación proporcional).³⁷

En 1991 se advierte cómo el PRD no consigue alcanzar el umbral de 1.5 por ciento en la 2ª (Aguascalientes, Coahuila, Chihuahua, Durango, Guanajuato, Hidalgo, Querétaro, San Luis Potosí y Zacatecas) y 3ª circunscripciones (Nuevo León, Tamaulipas, Veracruz, Tabasco, Chiapas, Campeche, Yucatán y Quintana Roo) pues perdió en estos comicios cerca de cuatro millones de votos respecto de lo que obtuvo en 1988 (Tabla 2) por lo que terminó concentrando sus apoyos en la 1ª (Distrito Federal, Puebla y Tlaxcala) y 5ª circunscripciones (Guerrero, México, Morelos y Oaxaca), en las que se vería beneficiado con la sobrerrepresentación de las nuevas reglas de escrutinio de lista. Por su parte, el PAN condensó más de la mitad de su voto en la 2ª y 4ª circunscripciones (Baja California, Baja California Sur, Sonora, Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Colima y Michoacán). Comparado con ellos, el PRI tuvo una distribución muy equilibrada. La recuperación oficial del PRI, como se le llamó entonces, pudo haber sido producto de una reforma electoral que le permitió

³⁵ Este nivel de análisis es relevante también para comprender la forma en la que se atiende el problema de la mala proporcionalidad política y la sub-competencia en el sistema de partidos en México (Molinar, 1991; Reynoso, 2004; Alarcón, 2016).

³⁶ Desde 1986, los partidos están obligados a competir por ley en un mínimo de distritos de mayoría relativa, como requisito para el reparto de curules por el principio de representación proporcional, pasando de cien en ese año a doscientos en 1995.

³⁷ A diferencia del número de escaños de asignación por lista, el número de distritos contenidos en cada circunscripción puede variar. En este caso, con excepción de la 2ª y 5ª circunscripción, que tienen 59 y 61 unidades distritales, respectivamente.

entonces al gobierno mantener el control efectivo de varias de las etapas del proceso electoral pero también de un esfuerzo organizativo inusitado para levantar una vasta estructura en todo el territorio con el Plan Nacional Electoral de 1990, anclado a una transformación más vasta del partido, como se verá en el capítulo III.

Tabla 3.5
Distribución de apoyos electorales por circunscripción electoral 1991

Nacional	LN	%	Votos por partido					
			PAN	%	PRI	%	PRD	%
C	36676167	100						
1	6701009	18,3	832788	3,5	2461834	10,2	462228	1,9
2	7130125	19,4	1092491	4,5	2806070	11,7	207984	0,9
3	8572980	23,4	543949	2,3	3469078	14,4	266553	1,1
4	6995535	19,1	1001001	4,2	2741844	11,4	436038	1,8
5	7276518	19,8	572087	2,4	2572523	10,7	527947	2,2

Fuente: cálculos del autor con datos del Instituto Nacional Electoral

Cuadro 3.4.
Circunscripciones plurinominales para la elección
de diputados de representación proporcional de 1991 – 1994

Circunscripción	Cabecera	Entidades federativas
Primera	Distrito Federal	Distrito Federal, Puebla Y Tlaxcala
Segunda	Durango, Durango	Aguascalientes, Coahuila, Chihuahua, Durango, Guanajuato, Hidalgo, Querétaro, San Luis Potosí Y Zacatecas.
Tercera	Xalapa, Veracruz	Campeche, Chiapas, Nuevo León, Quintana Roo, Tabasco, Tamaulipas, Veracruz Y Yucatán.
Cuarta	Guadalajara, Jalisco	Baja California, Baja California Sur, Colima, Jalisco, Michoacán, Nayarit, Sinaloa Y Sonora
Quinta	Toluca, México	Guerrero, México, Morelos Y Oaxaca.

La progresiva concentración de los apoyos electorales dejaba claro que si los partidos deseaban adoptar su renovado papel de agentes centrales de la competencia nacional tendrían que asumir también las enormes exigencias que les imponían las renovadas reglas de entrada. Es decir, para que los partidos hicieran válidas sus demandas por la democratización del régimen debían pasar de una táctica antisistema a una pro *statu quo*, lo que atravesaba por la construcción y mantenimiento de una estructura con presencia en todo el territorio y su participación formal en el desarrollo de los procesos electorales. Como se verá en el siguiente capítulo, el reformismo electoral impuso a los partidos requisitos cada

vez más fuertes para estar presentes en la competencia, que muchas veces no podían cubrir. A los partidos se les exigía no sólo acreditar una organización sino también un compromiso íntegro con todas las etapas del proceso electoral. Es por ello por lo que en esta primera etapa quedó al descubierto también la incapacidad de las oposiciones para desarrollar un mínimo organizativo, con estructuras y rutinas partidarias, lo que pudo haber contribuido a la volatilidad de las preferencias partidistas y la fragmentación del flanco opositor (Peschard, 1993).

El sistema electoral obliga a los partidos a dispersarse lo más posible en el territorio, con incentivos relacionados con la asignación de escaños por lista nacional. Las modalidades serán comentadas más abajo. Lo llamativo es que el arreglo institucional no fue capaz de impedir la concentración de los apoyos. En el agregado por circunscripción es patente que los partidos adoptaron cierta dependencia con electorados en regiones específicas, que terminaron suministrándoles los soportes necesarios para su supervivencia. Por ejemplo, en las elecciones de 2012 de cada diez votos 8.5 se los llevó la competencia de tres, con distribuciones particulares. El PRD, con el 20,3 por ciento de la votación total, focalizó sus apoyos en la circunscripción 4, que considera a entidades como Guerrero, Morelos, Distrito Federal (hoy Ciudad de México), Puebla y Tlaxcala. Con excepción de éstas últimas, son justo las entidades donde mantiene el grueso de su militancia. Es notable cómo su presencia se derrumba en las circunscripciones 1 y 2 que comprenden los estados del noreste y noroeste del país, así como algunos del Bajío. En tanto, el PRI, con el 35,97 por ciento, aparece como el partido con la dispersión más equilibrada, incluso superando al PRD y al PAN, que alcanzó el 30,83 por ciento, en cuatro de las cinco circunscripciones.

Tabla 3.6
Distribución de apoyos electorales por circunscripción electoral 2012

	LN	%	Votos por partido					
			PAN	%	PRI	%	PRD	
Nacional	81537155	100						
C								
1	16,187,163	19,8	3283481	6,6	2813337	5,7	873818	1,7
2	17,065,792	20,9	3205708	6,4	3583492	7,2	862705	1,7

3	15,962,070	19,5	3036683	6,1	2459215	4,9	1912843	3,8
4	15,893,184	19,4	5131573	10,3	4483108	9,0	4493693	9,0
5	16,428,946	20,1	3246087	6,5	2005626	4,0	1964455	3,9

Fuente: cálculos del autor con datos del Instituto Nacional Electoral

Cuadro 3.5.
Circunscripciones Plurinominales para la elección
de diputados de representación proporcional de 2006 a 2012 y 2015³⁸

Circunscripción	Cabecera	Entidades Federativas
Primera	Guadalajara, Jalisco	Baja California, Baja California Sur, Chihuahua, Durango, Jalisco, Nayarit, Sinaloa, Sonora.
Segunda	Monterrey, Nuevo León	Aguascalientes, Coahuila, Guanajuato, Nuevo León, Querétaro, San Luis Potosí, Tamaulipas, Zacatecas.
Tercera	Xalapa, Veracruz	Campeche, Chiapas, Oaxaca, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz, Yucatán.
Cuarta	Distrito Federal	Distrito Federal, Guerrero, Morelos, Puebla, Tlaxcala.
Quinta	Toluca, México	Colima, Hidalgo, México, Michoacán.

Los partidos no tuvieron obstáculos que obliterasen en forma estructural su crecimiento. No hubo ni se heredaron del sistema político de partido hegemónico algún tipo de clivaje de orden territorial, sea confesional, lingüístico o racial. Las reglas electorales tuvieron variaciones poco sustantivas en lo relativo a las condicionantes para implantarse en tierra y cultivar bases de apoyo subnacional (el umbral pasó a penas de dos a tres puntos porcentuales en el periodo de estudio), la magnitud de las circunscripciones se mantuvo y se superaron los desequilibrios poblacionales observados en las elecciones de 1991 y 1994 por la mejora en los criterios de compacidad del trazado de distritos federales. Aparentemente las fuerzas políticas fueron incapaces de ampliar sus apoyos en electorados más complejos. No obstante, como se ha subrayado, las elecciones para diputados federales obedecen a propósitos distintos, con sus reglas y circunscripciones

³⁸ El recién creado Instituto Nacional Electoral decidió en 2014 que por cuestiones administrativas mantendría sin cambios los 300 distritos electorales uninominales federales en que se divide el país, su respectiva cabecera distrital, el ámbito territorial y las cabeceras de las cinco circunscripciones plurinominales que se utilizarán para la jornada electoral federal del 7 de junio de 2015, tal y como fue integrada en los procesos electorales federales 2005-2006, 2008-2009 y 2011-2012, así como el número de diputados elegibles por el principio de representación proporcional. Véase el acuerdo INE/CG182/2014

particulares, que son harto diferentes a las que se usan para elegir presidente de la República. Por ello, es necesario cambiar la escala del análisis, una vez que se entre al tema de la centralidad de las elecciones presidenciales, como se verá en el capítulo siguiente.

Tabla 3.7
Distribución de apoyos electorales por circunscripción electoral 2015

Nacional	LN	%	Votos por partido					
			PAN	%	PRI	%	PRD	%
C								
1	16,687,163	20,34	1792239	4,5	2302378	5,8	314525	0,8
2	17,065,792	20,8	2708355	6,8	2666524	6,7	475574	1,2
3	15,962,070	19,46	1280757	3,2	2287274	5,7	918252	2,3
4	15,893,184	19,37	1147733	2,9	1554382	3,9	1249911	3,1
5	16,428,946	20,03	1450418	3,6	2660237	6,7	1351845	3,4

Fuente: cálculos del autor con datos del Instituto Nacional Electoral

3.8. CONCLUSIÓN

Existen patrones muy claros de dispersión de los apoyos de los partidos en el periodo de estudio. La nivelación que se experimentó en los primeros quinquenios fue el fenómeno más novedoso de la nacionalización del sistema de partidos en el periodo de la democratización y parece estar asociada al aumento de la competitividad, más que a incentivos generados por la legislación electoral. La nacionalización de tres partidos que ocuparon una posición central en el espectro político está relacionada también con el crecimiento del tamaño del sistema, pues se pasó de dos a un formato de cuatro partidos efectivos; un número muy controlado si se observa la proliferación de fuerzas que obtuvieron el registro nacional entre 1994 y 2012. Es posible que exista una suerte de efecto mecánico, en el que al aumentar la nacionalización se contiene o reduce la oferta de opciones partidistas. Y a la inversa, donde al reducir los niveles de nacionalización aumenta el número de alternativas.

Es llamativo lo que los indicadores muestran, pues parece claro que la propia nacionalización individual de los partidos incide a su vez en la nacionalización de un sistema nacional partidista. La nacionalización individual de los partidos puede variar por factores internos, por el desarrollo de sus capacidades para gestionar subpoblaciones en territorios diversos. En cambio, las variaciones en los puntajes de la nacionalización del sistema de partidos se producen como resultado de la competencia interpartidista. El sistema de partidos resultante no gozó nunca de una alta nacionalización, algo enteramente natural porque sólo idealmente podría alcanzarse una situación de perfecta dispersión. Esto significa que existen patrones de diferenciación durables que corresponden con una política de crecimiento que no busca rivalizar por todos los votos en todo el territorio para ganar. Lo relevante de este punto es que el sistema quedó segmentado como un todo y no solamente en los órdenes distritales o estatales, como se le observa comúnmente. Fueron necesarias tres condiciones para que esto pasara. Primero, que la rivalidad interpartidista se sostenga durante un periodo de tiempo y adquiera estabilidad y valor, es decir, que la competencia entre adversarios no decline. Segundo, que se ensanchen los límites del área de competencia de partidos, es decir, que se sustituya la competencia unilateral por la competencia por subpoblaciones en relativa igualdad, entre varios partidos. Tercero, que la distribución resultante de los apoyos se convierta en una tendencia nacional, con independencia del partido que sea el ganador.

4

ESTRATEGIAS DE COMPETENCIA NACIONAL

4.1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este capítulo es dar cuenta de cómo se fue adoptando la idea de la rentabilidad electoral en las campañas y cómo se fue aplicando en las elecciones presidenciales por los tres principales partidos nacionales. Se identifica el origen de la idea y se muestra cómo el PRI tuvo que desarrollar nuevos recursos para rivalizar con una oposición que empezaba a desafiarle en subpoblaciones que estaban vinculadas tradicionalmente a sus mecanismos de control y movilización políticas, en unidades donde desarrolló esquemas de competencia unilateral o monopolios políticos locales. Se explica cómo este desarrollo se produce en el marco del fortalecimiento de las oficinas centrales de los partidos y de la profesionalización creciente de las campañas, con un enfoque cada vez más nacional de la propia competencia. En particular, aquí se destaca cómo el tipo de elección presidencial tiene la fuerza para empujar el levantamiento de estructuras y coaliciones de poder de orden nacional, a diferencia de las campañas parroquiales, y para integrar la representación de poblaciones enteras y grupos específicos. Se discuten cuáles han sido las estrategias dominantes de las élites, en especial con el tratamiento que habían dado a las entidades federativas, como unidades geográfico-electorales. El capítulo cierra con el tema de las bases subnacionales de los partidos, un término no usado hasta ahora en la literatura, que sirve para entender por qué las divisiones geográfico-electorales a nivel distrital no son útiles para el diseño de las estrategias en tierra, debido no sólo a que las bases se gestionan en territorios que no guardan contigüidad territorial, por trazados formales, sino también porque el país se considera un distrito de magnitud 1.

4.2. DEL CARRO COMPLETO A LA RENTABILIDAD ELECTORAL

El creciente peso de las oficinas centrales de los partidos en las campañas políticas ha sido un fenómeno aún sin explorar. Dentro de la evolución reciente de la política en México, las elecciones para presidente de la República mostraban la necesidad de hacer de los temas nacionales un insumo de primer orden. Como lo señala Miguel de la Madrid en sus memorias

Al clausurar el evento, [Pedro] Ojeda Paullada resaltó a los candidatos la necesidad de establecer contacto personal con los electores, sabiendo llegar hasta ellos. Insistió en la importancia de integrar la actividad partidista en los CDE [Comités Directivos Estatales]. El presidente del CEN [Comité Ejecutivo Nacional] explicó que para el 15 de mayo debía concluir una primera etapa en todas las campañas, después de un primer recorrido por toda la circunscripción estatal o distrital de cada candidato y de haber capturado y procesado la información derivada de la consulta popular, con el apoyo del CEPES de cada estado. Asimismo, recomendó a los candidatos comenzar sus respectivas campañas tres días después, domingo 7 de marzo, en todas las capitales estatales y cabeceras de distrito. Propuso que en estos actos inaugurales se hiciera llegar el mensaje que el candidato a la Presidencia de la República había pronunciado ese mismo día en la ceremonia de toma de protesta de los candidatos, que se hablara del 53 aniversario del PRI y que los candidatos emitieran sus primeros mensajes electorales.

La conversión de un partido a una organización nacional de campaña es altamente costosa. El PRI, por su estructura corporativa y de representación política, debía hacer un esfuerzo titánico cada tres años para levantar su aparato por todo el territorio. El CEN había creado en 1982 una Comisión Nacional de Integración Partidista, con el objetivo de conseguir contribuciones de las organizaciones priistas para la campaña, dar apoyo en el seguimiento de los programas de trabajo que ejecutaban los diversos organismos del partido y plantear acciones de integración partidista a nivel regional. El CEN daba mayor o menor apoyo a los comités estatales según si éstos tenían dificultades, sea por la existencia de un partido opositor o por tener unidades geográficas de alto

abstencionismo. La Comisión lanzó el Programa Nacional Básico de Acción Electoral que comprendía varios puntos, como una Jornada Nacional de Integración Partidista, para elegir a senadores y diputados, donde participaban miles de aspirantes, provenientes de agrupaciones y sectores y un programa de movilización de toda la fuerza del PRI, “que incluía formas novedosas de relación del candidato con el partido, además de un amplio esquema de organización y de acción electoral.” En este esfuerzo participaba activamente el propio candidato, que se reunía en cada una de sus giras estatales con el Comité Directivo de cada entidad (CDE), los que convocaban a Asambleas Estatales de la Organización Partidista para establecer la Discusión de la Plataforma Electoral y la Consulta Popular. Las asambleas, incluían a dirigentes de comités seccionales y comités municipales, y eran parte de un proceso de integración de todos los organismos territoriales priistas de cada entidad federativa.

Las enormes exigencias de ley para obligar a los partidos a establecer estructuras nacionales alteraron poco a poco las campañas. El nuevo contexto de competencia y el perfil renovado de los partidos opositores también implicaban un reto para el Partido Oficial, que tenía que optar entre levantar estructuras o ganar elecciones. Se trata de un proceso no explicado hasta ahora, en el que el partido de Estado debía transitar de la cultura del carro completo a la competencia sub-óptima. Luis Donaldo Colosio, como presidente del PRI, decidió construir un nuevo modelo de competencia, para lo cual pidió a Leonel Reyes idear una estrategia acorde a las nuevas circunstancias. Reyes, un novel operador recién llegado al PRI que había conocido semanas atrás en Chihuahua, fue instruido por Colosio a aplicar el modelo en Aguascalientes, y al rescatar con éxito al estado de la derrota le pide aplicar el modelo en el Estado de México en 1990. Esta entidad fue junto con Baja California, Distrito Federal, Michoacán y Morelos donde el régimen tuvo que reconocer el triunfo de Cárdenas. Como castigo, Carlos Salinas removió al entonces gobernador, Mario Ramón Beteta Monsalve, que había tomado posesión del cargo en 1987 para luego ser fulminado cuarenta y un días después de que el propio Salinas se cruzara en el pecho la banda presidencial. Ignacio Pichardo Pagaza, el gobernador sustituto,

tenía la encomienda de impedir una nueva derrota por lo cual puso a debatir durante meses a Reyes su modelo con el de los operadores y estrategias de la entidad en la casa de gobierno, como si se tratara de la propuesta del Comité Nacional, “hasta que el gobernador dijo, nos vamos con el proyecto del CEN”.³⁹

El objetivo de los dirigentes del PRI mexiquense era ganar carro completo, no obstante, Reyes les convenció que no era posible aspirar a esas metas pues podía reducirse a diecisiete municipios urbanos todo el trabajo electoral, ya que ahí se concentraba aproximadamente el ochenta por ciento de los votantes objetivo. Reyes menciona que “cuando empezamos a discutir las prioridades yo siempre preguntaba ‘¿por qué Atlacomulco? ‘Porque ahí es tierra de gobernadores’. ¿Y San Martín de las Pirámides? ‘Pues porque ahí están las pirámides’. ¿Y Valle de Bravo? ‘Pues de ahí soy yo, dijo el gobernador’”. Este modelo ya refinado fue el que se implementó para las elecciones federales de 1991. De esta forma el PRI pasó de la idea del *carro completo* al establecimiento de prioridades electorales.

Este enfoque se mantuvo en la siguiente elección. En el Plan Nacional Electoral 1993-1994 se menciona primero que “es necesario priorizar nuestro trabajo partidista, otorgándole a cada zona diferente tratamiento, según la rentabilidad electoral de éstas”, por lo cual debe trabajarse, antes que nada, en aquellos municipios “que constituyan una reserva decisiva en el momento de las elecciones”. En segundo lugar, el Plan menciona que la organización buscará los espacios de alta competencia, que significan en términos relativos un importante número de votos, “espacios en los que buscamos mantener los niveles tradicionales de votación e incrementarlos en la medida de lo posible”. Finalmente, se señala que en las zonas donde gobierna la oposición o “cuya rentabilidad electoral es mínima, se buscaría contener el crecimiento electoral de la oposición, a través del trabajo diferenciado del partido” (PRI. Plan Nacional Electoral, 1993-1994).

³⁹ Entrevista a Leonel Reyes, Ciudad de México, 13 de julio de 2016

En el caso del partido Acción Nacional la historia no fue muy distinta, pues aunque tiene su origen en varias entidades del país no fue sino bien entrada la década de los noventa que su Consejo Nacional se regionalizó, lo que produjo una creciente presión sobre las elites ciudadanas que tenían el control de la estructura. Se entiende que con la revuelta de las regiones más fuertes las dirigencias siguientes tuvieron que desplegar más esfuerzos a través de subsidios directos a campañas políticas, con sus externalidades. Javier Brown, secretario técnico de la comisión para la elaboración de los principios de doctrina del PAN lo planteaba así, a finales de los años noventa

Dentro de la estructura organizativa del partido y como se ha concebido, “la forma en la que se trabajó hasta hace poco era mediante regiones, se asignaban prioridades a estas regiones, se definían ciertas regiones dentro de la república mexicana y se asignaban ciertas prioridades, entonces estas prioridades regionales se asignaron más mas por cuestiones de votos y no por cuestiones de carencia de estructura partidista. De tal manera que por ejemplo regiones electoralmente fuertes como el norte del país se privilegia la creación de comités municipales y se trata de bajar toda la estructura del partido hasta su nivel básico, inclusive a nivel ya de delegación. Pero el gran problema es que con esto se está descuidando a otras regiones que si bien electoralmente no tienen la fuerza de esas regiones sí tienen la carencia de estructura entonces no hay todavía inclusive representación en muchos municipios ni delegación y menos aún comité directivo municipal y mientras se siga viendo esta eficacia electoral, mientras se siga privilegiando la cuestión electoral, yo creo que el partido traiciona un principio que es la subsidiariedad, en la subsidiariedad no se buscan los votos *sino que se buscan los márgenes*, se busca atender los lugares donde la estructura está más deficiente para cubrir ahí las deficiencias estructurales y yo creo que si seguimos en esta línea de la búsqueda de votos a como dé lugar vamos a seguir descuidando la creación de comités municipales en muchísimos lugares, y se me ocurren demasiados casos, casos de estados marginados donde la estructura del partido es sumamente deficiente porque se privilegian los estados donde se pueden obtener más votos y estos estados donde no hay tantos votos para el partido no se

está creando estructura y entonces cómo entonces se piensan lograr votos si no hay estructura.⁴⁰

Sin embargo, la disyuntiva, no estaba entre crear estructuras burocráticas en zonas electoralmente fuertes. Frente al poderío de la maquinaria del PRI, el dilema estaba en apoyarse en la estructura del PAN, no mayor a 400 mil miembros, u optar por el desarrollo de una estructura paralela. En la campaña presidencial de Vicente Fox se llegó a la conclusión de que la estructura del partido no sólo era insuficiente, sino que era necesario crear dos redes adicionales, una hacia el interior del PAN y una red civil, integrada por voluntarios, para respaldar la candidatura de Fox (Cantú, 2001: 141). Esta última tenía el objetivo de reforzar al personal encargado de la cobertura nacional de la promoción y vigilancia del voto durante la jornada y para conseguir el financiamiento necesario de la campaña. El método de conformación de la red estuvo a cargo de Antonio Díaz de León, empresario del ramo de belleza, que usó el sistema de ventas de redes multinivel para el enrolamiento de amigos y promotores voluntarios del voto, en la que cada simpatizante tenía que invitar a cinco amigos y éstos a su vez a cinco más. La red alcanzó los dos millones de afiliados, muy lejos de los seis millones que se esperaba sumar. Amigos de Fox estuvo lejos de actuar como una auténtica red ciudadana, debido a que nunca se contó con un registro adecuado de sus miembros, o de servir como un aparato de mercadotecnia para hacerle llegar mensajes a sus integrantes por segmento, con base en los datos de las características de cada uno de ellos. Según Cantú, “No se pudo identificar ni alcanzar en forma directa a estos seguidores del candidato a pesar de todo el dinero que se invirtió en incorporarlos y hacer de esta formidable fuerza una realidad tangible y manejable. [...] En otros términos, nunca hubo un ejército formal. Era y es un enorme contingente de ciudadanos con los que no había forma de comunicarse individualmente, de recibir sus impresiones, de ‘darles órdenes’ tras un objetivo o con el propósito de vigilar y contrarrestar los movimientos del enemigo” (Cantú, 2001: 206-207).

⁴⁰ Entrevista al autor, video, México, DF, octubre de 1999. El énfasis es mío.

En la actualidad los propios partidos han ensayado diversas estrategias para movilizar el voto, justo cuando no cuentan con la organización necesaria. Los casos son de sobra conocidos: tanto en el año 2000 como en 2006 (con el PRD y las *Redes ciudadanas*), los candidatos de la derecha y la izquierda, respectivamente, echaron mano de estructuras paralelas para suplir la incapacidad de sus propios partidos para perseguir y mover a sus votantes. Hoy los aparatos partidistas, distantes y burocratizados, enfrentan una fuerte competencia con la política de movilización de bases o *grassroots*, cuyo principio es *nada sobre nosotros sin nosotros*, que resume el derecho de las comunidades a congregarse e influir en los asuntos que les afectan día a día.

4.3. LA CENTRALIDAD DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES

Los investigadores coinciden en atribuirle una gran efectividad a las elecciones presidenciales para formar estructuras y coaliciones de orden nacional. Cox (2004), ubica el papel de la presidencia en el despliegue de estrategias de articulación de estructuras electorales en el plano distrital, como un factor determinante que explica por qué los grupos en cada distrito juzgaron conveniente unirse en entidades nacionales mayores para nacionalizar un partido. Por su parte, Hicken y Stoll (2011) han sostenido que existen mecanismos a través de los cuales las elecciones presidenciales moldean el sistema de partidos legislativos. Su argumento es que las elecciones presidenciales ejercen su influencia otorgando incentivos a los candidatos, los votantes y los partidos para coordinarse dentro de los distritos electorales, específicamente para que los candidatos se coordinen a través de distritos electorales legislativos bajo un solo emblema, lo que llevaría a sistemas más nacionalizados sobre todo cuando existen pocos competidores presidenciales.

No cualquier tipo de elección dispersa el voto en forma homogénea entonces. El menú de insumos nacionales suele ser más potente en elecciones presidenciales que en las legislativas o en las de orden regional. Hay argumentos razonables para

apoyar esta tesis, sobre todo, en elecciones concurrentes donde la elección del ejecutivo desalienta la formación de partidos regionales (Brancati, 2008) y en la que el control nacional de candidaturas por un partido central impide que se cultive el voto personalista, orientado localmente (Shugart, 1995), por un lado, así como el conocido efecto de coleo o arrastre de la propia elección del titular del poder ejecutivo, por otro (Warren, 1955). Aquí planteo que para promover un voto basado en insumos nacionales en las elecciones para presidente, los equipos políticos deben considerar al país como un solo distrito uninominal, por lo que no tienen la necesidad, en principio, de segmentar el mensaje de campaña en divisiones de orden local, sea cual sea el tipo de límite político-geográfico⁴¹. Si los dirigentes y operadores políticos tienen la posibilidad de definir la competencia en un puñado de millares de secciones electorales y unas cuantas decenas de ciudades es gracias a que se considera al territorio nacional como un todo. Esto implica cambiar la idea de lo territorial, que se ha usado de forma ambigua en la literatura politológica, para revalorar que, entre emblemas rivales, la competencia propiamente no es por territorios en sí sino por el subconjunto de la población que puede efectivamente ir a votar⁴².

4.4. ESTRATEGIAS DOMINANTES

El primer reto para las elites que buscan desafiar a un partido en el gobierno con una posición dominante es el de competir por el control de sus bases subnacionales. Esto implica desarrollar la capacidad electoral para contender por las bases subnacionales de los rivales. La capacidad electoral se define aquí como la posesión de los recursos técnicos, humanos y organizacionales para extraer de una unidad geográfica el mayor volumen de votos posible, lo que supone llevar a cabo

⁴¹ La excepción es el régimen presidencial americano, que representa una auténtica elección multidistrital.

⁴² En México este subconjunto se constituye por medio de un padrón nacional de electores. Se trata de una base de datos de todos los ciudadanos que solicitaron formalmente y de manera individual su credencial para votar. De esta base se deriva la lista nominal, que contiene a aquellos ciudadanos que efectivamente solicitaron su registro en el padrón y que obtuvieron su credencial de elector para poder votar el día de las elecciones. En cualquier caso, las estrategias de competencia partidista se elaboran sobre la base numérica de la lista nominal, a la que tienen acceso por ley los partidos en periodos electorales y en la que, hasta 2017, aparecía la dirección del ciudadano.

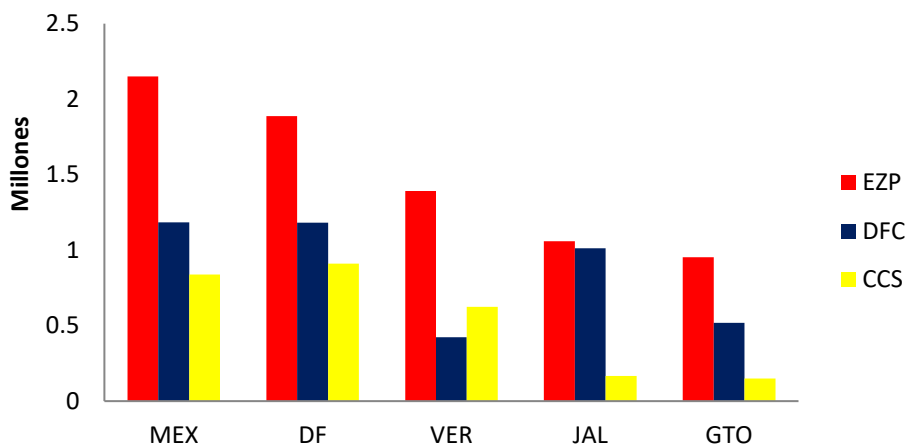
con eficacia las tareas en campaña de reclutamiento y postulación de candidatos, de financiamiento y fiscalización, de cobertura de casillas y el despliegue logístico de la movilización del voto el día de la jornada electoral. Los partidos cuentan hoy con una visión más nacional lo que, sumado al fortalecimiento de las dirigencias centrales y la homogeneización de la contienda en todos sus niveles, hace que éstos cuenten con más posibilidades para presentar un mensaje unificado. La nacionalización de las campañas permite que se unifiquen las estrategias electorales en todos los órdenes de la competencia, en sus enfoques, métodos y fuentes de análisis (Morales, 2016).

En las elecciones de 1994 los partidos opositores al PRI agruparon su fuerza en cinco de las entidades con la mayor concentración de electores del país, como Estado de México, el Distrito Federal, Veracruz, Jalisco y Guanajuato. En esa elección, tan solo el Estado de México y la capital aportaron 14.4 millones de votos, es decir, el cuarenta y un por ciento de la votación total de aquella jornada. Esto bastó para especular respecto de que las principales decisiones para la batalla por el voto venían predefinidas por la distribución poblacional del electorado. El primer mapa con la distribución estatal de los votos daba mucho para entender la estrategia de las campañas, pues se suponía que al ganar los “bastiones” se ganaba automáticamente la justa presidencial. Aunque la competencia no es multidistrital los equipos políticos dieron un peso político a la demografía de las entidades, por lo que es visible que tanto aportó cada una de estas a la votación total nacional de cada partido. Además de México y el Distrito Federal, las estructuras del PRI en Veracruz, Jalisco y Guanajuato aportaron en su totalidad 7.4 millones de votos de los 17.3 millones con los que terminó el PRI ganando la competencia.

Fuente: cálculos del autor con datos del INE

Fuente: cálculos del autor con datos del INE

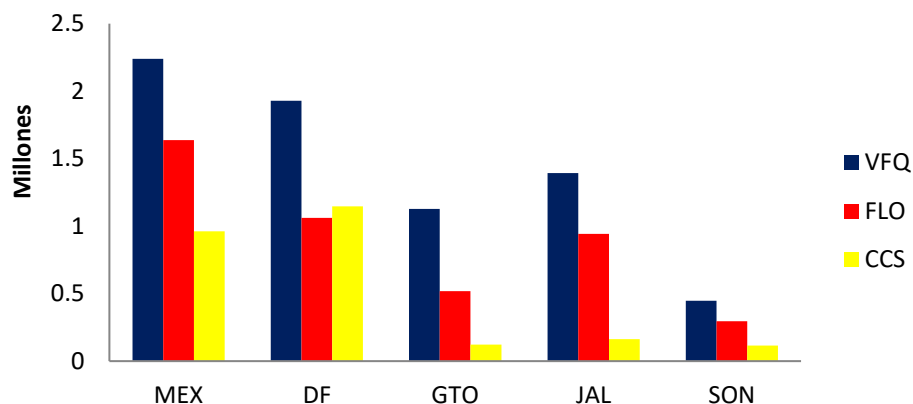
**Gráfica 4.1 Elecciones presidenciales 1994
Estados determinantes para el ganador**



Fuente: cálculos del autor con datos del INE

En 2000 comenzaron a presentarse cambios significativos en las estrategias partidistas. Por ejemplo, los equipos dieron un menor peso a Veracruz, que salió de los estados que fueron determinantes en la pugna tripartita de la elección pasada, para incorporar a Sonora. Nuevamente el estado de México, la capital del país, Jalisco y Guanajuato fueron determinantes en la competencia porque junto con Sonora le dieron a Vicente Fox, candidato del PAN, un total de 7.1 millones de votos. Con ello, el panista le sacó una ventaja de 2.6 millones a Francisco Labastida del PRI, y 4.6 millones de votos a Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, del izquierdista PRD. Si consideramos el siguiente grupo de estados con mayor votación, que fueron ganados por PRI y PRD, se observa que para el primero, entidades como Tabasco, Chiapas, Oaxaca, Guerrero y Sinaloa (de donde Labastida había sido gobernador), le aportaron 2.2 millones de votos mientras que para Cárdenas las mismas unidades federativas sólo 1.1 millones. Es decir, el grupo de estados donde obtuvieron la victoria no dieron los apoyos suficientes para compensar las pérdidas que obtuvieron en las entidades donde ganó Fox. En cualquier caso, los *campaigners* siguieron privilegiando la demografía electoral como el marco base para definir sus líneas generales de movilización del voto.

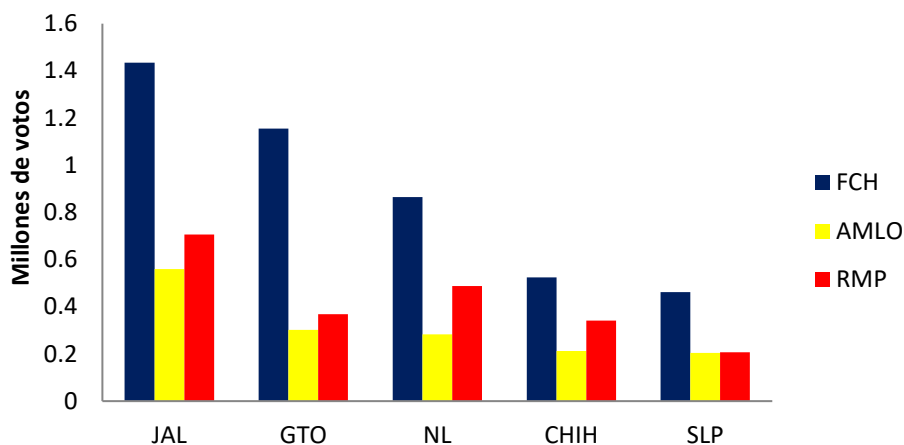
**Gráfica 4.2 Elecciones presidenciales 2000
Estados determinantes para el ganador**



Fuente: cálculos del autor con datos del INE

La elección de 2000 es paradigmática por haber demostrado la capacidad de los partidos para desalinearse al votante tradicional por medio del llamamiento al voto útil, en el marco de una competencia más equitativa. Lo fue respecto del despliegue de una nueva habilidad de los partidos opositores, que trascendieron su activismo focalizado en ciertos segmentos del mercado al ampliar su territorio de caza, con nuevas estrategias de movilización del voto y de comunicación con los electores. Esta elección muestra hasta dónde los partidos pudieron revolucionar sus estructuras organizativas para extender el reclutamiento de nuevos cuadros y concitar el apoyo de nuevos simpatizantes por medio de la creación de estructuras alternas para la movilización del voto. Y esa pelea por las bases subnacionales se dio precisamente en los lugares que hasta la elección pasada eran considerados “bastiones” priistas.

**Gráfica 4.3 Elecciones presidenciales 2006
Estados determinantes para el ganador**



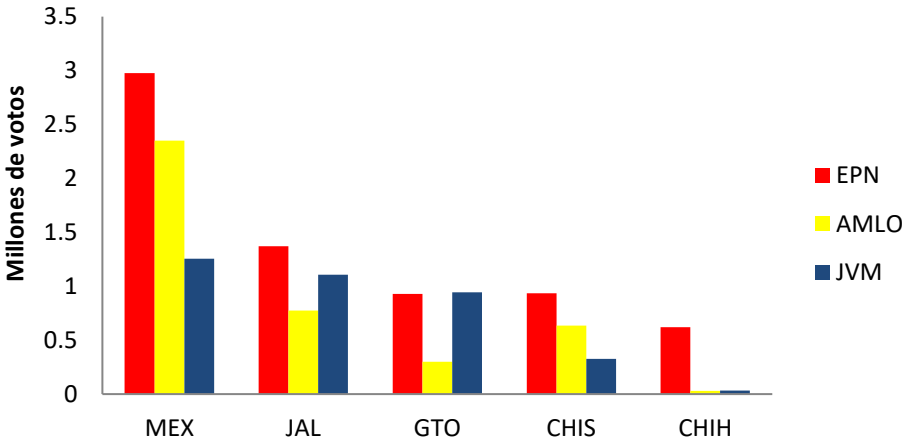
Fuente: cálculos del autor con datos del INE

Seis años más tarde las estrategias darían un vuelco. La competencia se trasladó a los grupos de electores del occidente y noreste del territorio, desapareciendo incluso la capital del país y el Estado de México como eje vertebral de la movilización del voto. El PAN tuvo que correrse a estas regiones para buscar a su electorado más conservador, debido que el candidato de la coalición del PRD expulsó de manera fulminante al panismo y al PRI del Estado de México, restándole al primero cerca de 700 mil votos y al segundo más de 1.4 millones, algo sorprendente si nos atenemos a la historia electoral inmediata del país y al perfil de las elites y grupos priistas locales, que se habían encargado de cercar políticamente a la entidad para impedir cualquier tipo de pluralismo político que pusiese en riesgo su dominancia histórica, hasta que los partidos de oposición fueron restándole fuerza desde la zona conurbada de la Ciudad de México, a lo largo de los municipios de Huixquilucan, Tlalnepantla, Ixtapaluca, Ciudad Neza y La Paz.

Jalisco, Guanajuato, Nuevo León, Chihuahua y San Luis Potosí dieron al panista Felipe Calderón 4.4 millones de votos frente a los 1.5 millones que obtuvo López Obrador. Una diferencia notable porque en Jalisco y Guanajuato Calderón superó al segundo por más de 800 mil votos en cada una. En cualquier caso, no fue suficiente para el candidato de la izquierda haber ganado México y la capital del

país y las entidades más emblemáticas para su movimiento opositor, como Tabasco, Guerrero y Oaxaca. Por bloques de estados, Calderón le sacó ventaja a este en razón de 8.8:3.1. En cambio en las entidades que ganó López Obrador como segundo lugar, la ventaja fue en razón de 3.4:1.7.

**Gráfica 4.4 Elecciones presidenciales 2012
Estados determinantes para el ganador**



Fuente: cálculos del autor con datos del INE

Para 2012 la pugna política se vio sensiblemente afectada por el surgimiento de un candidato fuerte dentro del PRI: Enrique Peña Nieto. El ex gobernador del Estado de México consiguió la postulación a partir de una estrategia que supuso convertir a su estado en el pivote de toda la competencia nacional. Y así fue porque desde ahí produjo cerca de tres millones de votos de un total de 6.8 millones que fueron movilizados por la totalidad de los partidos en la entidad. Fue tal el nivel de rivalidad que los márgenes de victoria se vieron sensiblemente reducidos pues la elección anterior la coalición de izquierda le arrancó al PRI más de 1.4 millones de votos, mientras que para 2012 perdió el estado con una diferencia de poco más de 697 mil votos. Hay que decir que aunque los candidatos a la presidencia hayan podido ganar otras entidades, como lo ha venido haciendo por ejemplo el PRD con la Ciudad de México, esto no ha sido suficiente para asegurarles el triunfo general. Ahí López Obrador obtuvo 2.5 millones, con un margen de victoria de 1.3 millones sobre

Peña Nieto pero perdió la elección. Esto quiere decir que la Ciudad de México no fue determinante para la victoria del mexiquense en 2012.

Como corolario, para esta elección los partidos lograron reconvertirse en estructuras organizativas más dinámicas, capaces de competir por diversos electorados, distribuidos a lo largo del país. En el periodo del sistema de partido hegemónico la oposición bilateral no tuvo la forma de extenderse debido a que en sus orígenes adoptaron organizaciones tipo nicho en lugar de un partido atrapa-todo (*catch-all party*), lo cual los apegó a sus bases tradicionales de apoyo. Esto llevó a que se obstruyera el reclutamiento de nuevos militantes y a que se auto incapacitaran para atender a un electorado centrista que se desalineaba del PRI (Green, 2007). En realidad, más que partidos-nicho se trataba de partidos débilmente nacionalizados, sin capacidad de superar el ámbito local de competencia. En cambio, en el régimen pluripartidista las organizaciones han podido desarrollar las habilidades para amoldarse a las circunstancias que les impone la competencia, respecto de candidatos, electores y máquinas organizativas de orden nacional. El giro llega por la influencia que tuvo la *americanización de la política* y sus consultores, sobre todo en el año 2000. A partir de entonces se aceleró la profesionalización de los equipos de campaña y hubo un papel cada vez más creciente de los estrategas o *campaigners*. Ahora, se están formando nuevos profesionales en México⁴³, que incluyen consultores de medios y opinión pública, encuestadores, redactores de discursos y coordinadores de logística. Estos equipos son tanto o más necesarios cuando se requiere cubrir poblaciones grandes, geográficamente dispersas.

En suma, las cuatro elecciones permiten entender de manera general cuál es la visión de la competencia que tienen los partidos. Si en 1994 privilegiaron el criterio de los bastiones para los procesos siguientes es claro que todas las fuerzas apostaron por una estrategia mucho más verticales, pues a partir de 2006 las entidades pasaron de bastiones a verdaderos campos de batalla –*battleground*- o tierra de nadie en vista de la constante despartidización, que incluye a votantes poco

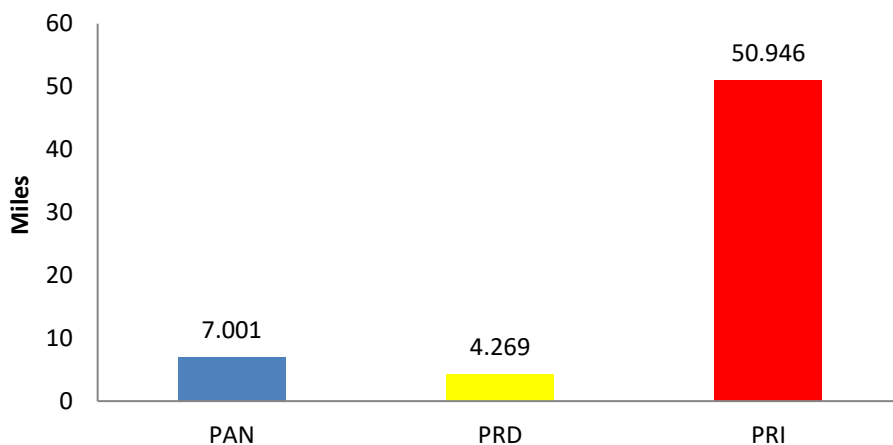
⁴³ Israel Navarro, estrategia electoral, entrevista telefónica, 23 de enero de 2018

ideologizados, desalineados o más expuestos al *issue voting*. Estas gráficas nos hablan de un patrón de competencia nacional que concentró el voto alrededor de tres partidos efectivos, que se mantuvo estable a lo largo de los años. Aun cuando las fuerzas políticas hayan decidido deliberadamente mantener la competencia en unos estados específicos, no es suficiente para hablar de patrones de competencia territorial o la tendencia de una región a votar por un partido.

Micropolítica electoral: reparto de secciones

Como se observa en las gráficas que siguen, el PRI no sólo ganaba por *carro completo* en posiciones pues también arrasaba con el triunfo a escala seccional. La micropolítica de las elecciones en el régimen de partido dominante mostraba la eficaz operación de una maquinaria electoral perfectamente distribuida a lo largo del territorio. En 1994, el PRI se llevó casi 51 mil secciones de las 62 mil que se encontraban entonces en disputa. En su estreno en los flancos, PAN y PRD apenas lograron conseguir poco más de 11 mil secciones. Una derrota humillante, muy a pesar de que ambos lograron una nacionalización muy importante, pero explicable en todo sentido pues hubo entidades donde el PAN no ganó una sola sección, como en Tabasco, o el PRD, que en Aguascalientes, Baja California Sur, Querétaro y Yucatán tampoco consiguió nada. Esto no significa que la elección se ganó por número de secciones pero sí que las secciones ganadas se ganen con un margen óptimo para *embasarse* –como se dice en el argot del *base ball*- y sumar puntos al triunfo nacional.

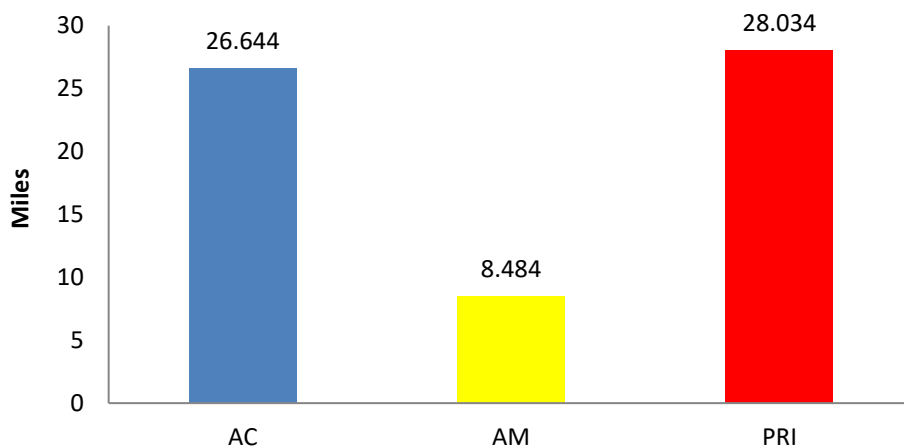
**Gráfica 4.5 Secciones ganadas por partido
Elecciones 1994**



Fuente: cálculos del autor con datos del INE

Las elecciones de 2000 muestran un cambio descomunal, pues el PRI pasa de ganar el 82 por ciento de las secciones en 1994 a tan sólo 44 por ciento. Y aunque se lleva mil 390 secciones más que la oposición eso no le bastó para obtener el triunfo. Es decir, el PAN gana la presidencia de la República habiendo obtenido dos puntos porcentuales menos de secciones electorales que el PRI. Esto significa que aunque no ganó la mayor cantidad de secciones sí obtuvo de éstas el mayor volumen de votos (15.9 millones frente a los 13.5 obtenidos por el PRI). Este es un ejemplo crítico del ejercicio de la rentabilidad electoral, pues demuestra que para ganar una elección no es necesario ganar la mayoría de las secciones electorales, buscando extender los triunfos en todas estas por todo el país. Por el contrario, la rentabilidad reconoce que existen muchas secciones con pocos votos y pocas secciones donde se concentran muchos de los votos que se requieren para ganar una elección en el orden nacional. Parece evidente que hay un ejercicio de rentabilidad en la medida en que se buscó extraer el máximo posible de votos en la menor cantidad de secciones.

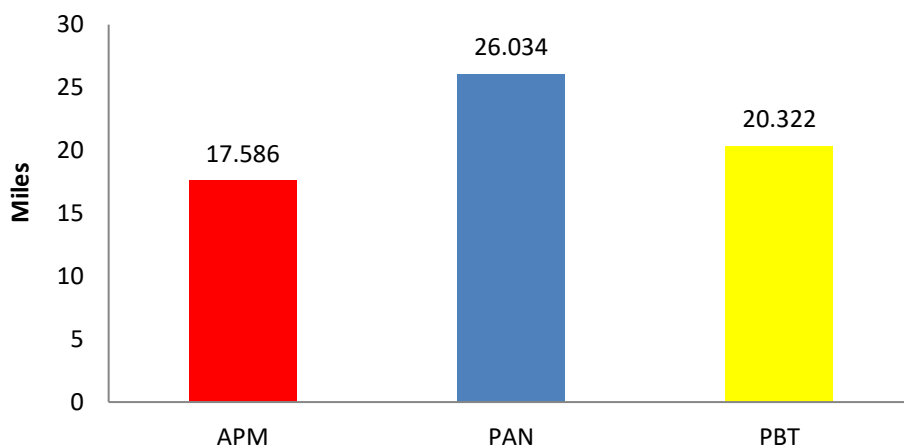
**Gráfica 4.6 Secciones ganadas por partido
Elecciones 2000**



Fuente: cálculos del autor con datos del INE

Seis años después el PAN consolidaría su fuerza no sólo al ganar con un mayor número de secciones si no también con un mayor volumen de votos. En este caso, Acción Nacional obtiene el 35.89 por ciento de la votación (15 millones de votos) con 40 por ciento de las secciones electorales, mientras que el PRD obtiene el 35.29 por ciento con apenas el 27.48 por ciento de las secciones electorales, es decir, con 23 puntos menos de triunfos en las unidades básicas de la geografía electoral.

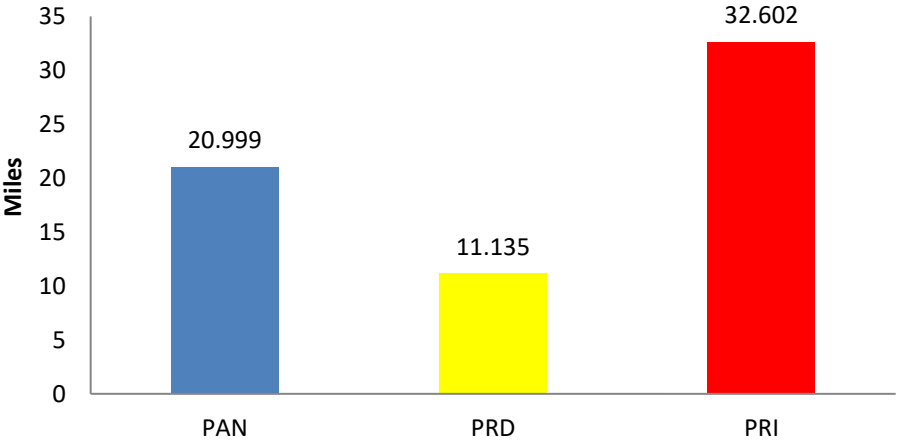
**Gráfica 4.7 Secciones ganadas por partido
Elecciones 2006**



Fuente: cálculos del autor con datos del INE

Para 2012 la situación sería muy distinta pues el PRI recuperaría la presidencia de la República con una estrategia diferente a la de doce años atrás. Como se comentó en el apartado anterior, el otrora Partido Oficial hizo del Estado de México el bastión desde el que concentró la mayor cantidad de sus recursos para ganar a nivel nacional. Como la norma electoral no pide una cierta distribución de la votación total nacional emitida, los partidos pueden concentrar al máximo sus apoyos en unos cuantos estados. La estrategia es muy arriesgada pues margina territorios enteros, a costa de atrincherar a toda la estructura en unas cuantas entidades. En todo caso, el PRI logró el triunfo con 19 millones de votos (4.2 millones de votos más que la elección pasada), con un 38.20 por ciento de la votación concentrada en el 50 por ciento de las secciones electorales. En este caso, el PRI aumenta en números relativos la proporción de votos pero también en la proporción de secciones electorales ganadas, en comparación con 2006 donde hubo menos secciones ganadas y menos votos por parte del PAN. Llama la atención que de los 19 millones de votos el PRI obtiene tres únicamente del Estado de México, lo que no impidió que aumentara sus niveles de nacionalización individual, al pasar de 0,8391 puntos en 2006 a 0,9007 en 20102, en el Índice de Nacionalización Partidista.

**Gráfica 4.8 Secciones ganadas por partido
Elecciones 2012**



Fuente: cálculos del autor con datos del INE

El reparto de las secciones electorales a escala nacional, en la competencia por el poder Ejecutivo, enseña que lo que importa no es ganar el mayor número de secciones *sino tratar de extraer de estas el mayor volumen de votos*. Esto es particularmente cierto en el caso del año 2000, donde el PAN gana con menos secciones pero con mayor número de apoyos, y también con el ejemplo del año 2006, donde el PAN obtiene la presidencia de la República con un margen de secciones muy superior a su rival pero empatando la elección con el PRD, en números relativos.

4.5. LAS BASES SUBNACIONALES DE LOS PARTIDOS

El tamaño de la comunidad política, definida por el tamaño del electorado, es un factor de la competencia dentro del sistema partidista⁴⁴. En poblaciones grandes hay más probabilidades de que los partidos desarrollen bases subnacionales, en comparación con comunidades políticas más pequeñas, debido a la existencia de electorados más complejos (Potter, 2014; Golosov, 2016) configurados con distribuciones de preferencias multimodales. Aunque muchos sostienen que esto se debe a la “diversidad social” dentro y a través de los distritos (Potter, 2014; Gerring *et al.*, 2015) aquí no se considera que la diversidad demográfica en este nivel sea una variable relevante para explicar la emergencia de las bases de los partidos ni mucho menos la competitividad del sistema de partidos. Se descarta asimismo la idea de una sociedad de regiones, con la existencia de supuestas “dinámicas sociopolíticas” territoriales preexistentes o de “regiones geopolíticas históricamente estructuradas” que den “soporte e identidad” a comportamientos políticos regionales (Vargas, 1995)⁴⁵. La teoría de la nacionalización ha demostrado empíricamente que

⁴⁴ Gerry también considera a la población como un factor clave, aunque para explicar el nivel de disputa a nivel distrital (Gerry *et al.*, 2015)

⁴⁵ La de Pablo Vargas es la versión actualizada de la vieja idea en los estudios sociológicos de asociar las características de los votantes con aspectos de la geografía, sólo que al postular la existencia de regiones geopolíticas “estructuradas históricamente” se aventura a proponer la modificación del trazado de los distritos para que estos se ajusten a aspectos histórico-geográficos. La idea de Vargas es dejar de lado a la población como criterio rector del diseño de la geografía electoral. Busca pasar entonces de las pautas sociodemográficas de la distribución geográfica de las preferencias electorales a las pautas histórico-regionales que supuestamente condicionan el comportamiento electoral.

la movilidad social y geográfica impulsada por la industrialización y la urbanización redujo los clivajes político- territoriales⁴⁶ (Caramani, 2010: 210). En realidad, el elector ya no está atado al territorio. Las bases de apoyo electoral que incluyen a militantes, simpatizantes y votantes de última hora son gestionadas por los propios partidos en campaña, siempre que el tamaño permita que exista la suficiente cantidad de electores para su disputa. En efecto, en una población electoral grande aumenta por *default* la competitividad entre las elites y la provisión de constreñimientos en contra de la emergencia de monopolios políticos (Gerring y Zarecki, 2012: p. 4)⁴⁷.

El desarrollo de las bases subnacionales está determinado en buena medida por el tamaño del electorado, porque mientras más grande sea mayor es la posibilidad de encontrar votantes que se encuentren segmentados por divisiones políticas marcadas que los partidos estén dispuestos a profundizar en su beneficio propio. Como se mencionó, el vínculo entre el tamaño del país con la distribución de apoyos está en que cada clivaje representa una base potencial de apoyo, que debe ser movilizada con relación a un conflicto dominante. Con un padrón electoral que sumó 32.9 millones de electores en dieciocho años creció también la probabilidad de desarrollar nuevas bases de electores en tierra. En todo caso, los partidos habrían de seguir el comportamiento demográfico –más que algún tipo de variación geográfica- de los empadronados (masa de votantes, características de la población objetivo). Con base en ello identifican los comportamientos de orden funcional por medio de un análisis a nivel de sección. Con esta información los partidos pueden promover con precisión sus propuestas, de manera que los electorados sean más

⁴⁶ A pesar de que ya se demostró lo contrario, algunos insisten como Brancati (2008, p. 136), que los sistemas de partidos aún pueden absorber las divisiones socio-regionales de una comunidad, sólo que no de forma automática.

⁴⁷ En el campo de la economía Jeffrey R. Campbell y Hugo A. Hopenhayn (2005) encontraron que existen efectos del tamaño del mercado en el tamaño de la distribución de industrias de comercio minoristas en ciudades de los Estados Unidos. Donde la competencia es más fuerte en mercados extensos se reproducen los efectos positivos del tamaño del mercado en el promedio del tamaño de los establecimientos. Incrementando el número de los consumidores se incrementa el tamaño de los productores porque cada uno debe recuperar su costo fijo vendiendo más con un margen de beneficio menor.

sensibles a los temas, eventos y actores nacionales que a los de orden local. Para un partido nacional esta es la batalla más importante que se libra en la campaña.

4.6. MASA VOTANTE Y DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DEL ELECTORADO

Existen tres preguntas que definen una elección como 1) cuantos votos se necesitan para ganar, 2) de qué espacios geográficos se van a obtener⁴⁸ y 3) que acciones se deben llevar a la práctica para poder conseguirlos. Como se comentó en el primer capítulo, este criterio supone identificar las secciones en disputa y jerarquizarlas, de acuerdo con el volumen de votos que cada una puede ofertar. Para responder a las primeras dos cuestiones se utilizan la rentabilidad electoral. Un primer análisis para definir el rendimiento y la volumetría de los votos de las secciones es determinar el tamaño de la masa de electores. Desde el inicio del periodo las tendencias apuntaban a un electorado no solamente más complejo sino también más grande, pues su crecimiento se ha mantenido constante. El padrón electoral ha aumentado de manera lineal: entre 1991 y 2012 creció en 117 por ciento, al pasar de 39.2 millones de electores en 1991 a 84.6 millones en 2012, mientras que la lista nominal pasó de 36.6 millones a 79.4 millones en el mismo periodo. El crecimiento de la masa del votante supone un reto importante para la identificación de blancos específicos, lo que se conoce como *microtargeting*.

⁴⁸ Debe tenerse presente que en la identificación de unidades territoriales prioritarias también se pueden considerar circunscripciones, distritos, estados, municipios o colonias aunque al final la base sigue siendo la sección.

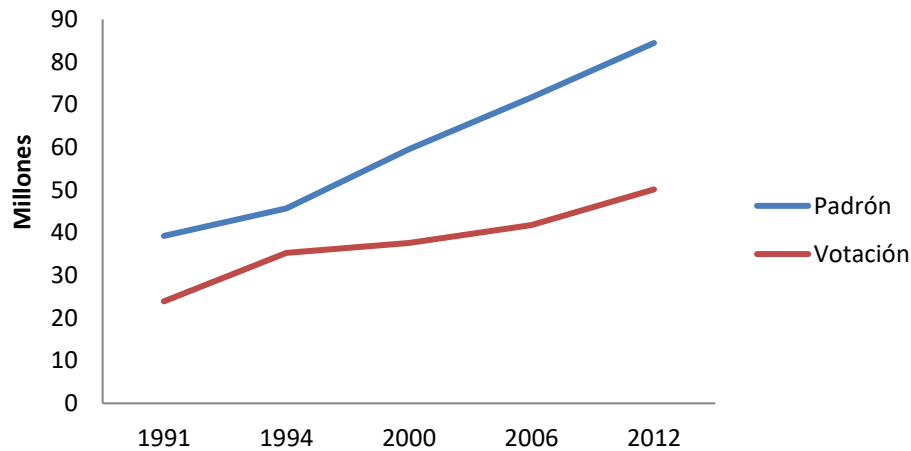
Tabla 4.1

Evolución del padrón y la votación, 1991-2012

Año	Padrón	Votación
1991	39239107	23901699
1994	45729053	35285291
2000	59584542	37601618
2006	71730868	41791322
2012	84464713	50143616

Fuente: cálculos del autor con datos del INE

Gráfica 4.9 Evolución del padrón y la votación
1991-2012



Fuente: INE

El crecimiento del padrón contrasta con la evolución que ha tenido la votación total nacional emitida, pues entre 1991 y 2012 esta ha crecido en un 110 por ciento, al pasar de 23.9 a 50.1 millones de votos. Durante el periodo de estudio, los partidos han hecho sus estimaciones sobre la base de un promedio de votación nacional de 64 por ciento. Por ello, para responder a la pregunta de cuántos votos se necesitan para la victoria se requiere primero de una estimación que determine el número de personas que pueden materialmente asistir a votar (el subconjunto de la población en edad de votar que cuenta con credencial de elector) y la proporción de aquellos que tienen la intención efectiva de hacerlo, o el votante probable (*likely voters*). A

pesar de su constante crecimiento la masa de votantes se ha mantenido sin desplazamientos geográficos significativos. Las termografías⁴⁹ visualizan la densidad de la población electoral para ver su comportamiento, sin bordes electorales y/o político-administrativos. Lo que se observa es que la población electoral se ha concentrado en dos zonas, como el occidente y el sur del país. También hay una concentración de la población electoral en el extremo noroeste, básicamente en Baja California y Sonora, cerca de la frontera con los Estados Unidos, seguida de otras concentraciones menos importantes también en ciudades fronterizas de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Las zonas menos pobladas electoralmente son de la zona central de noroeste, como Durango, Zacatecas y San Luis Potosí.

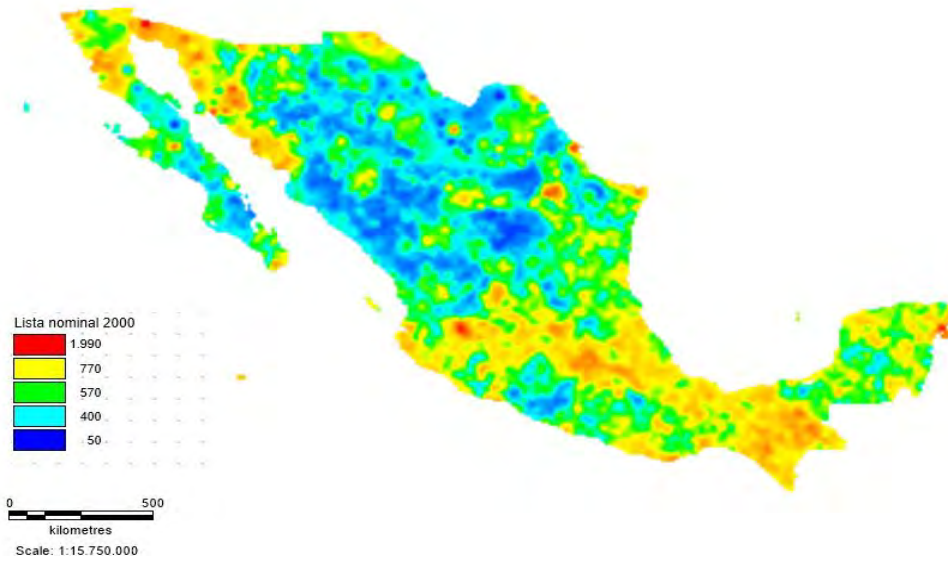
Termografía 4.1
Lista nominal 1994



Fuente: cálculos del autor, con datos del IF

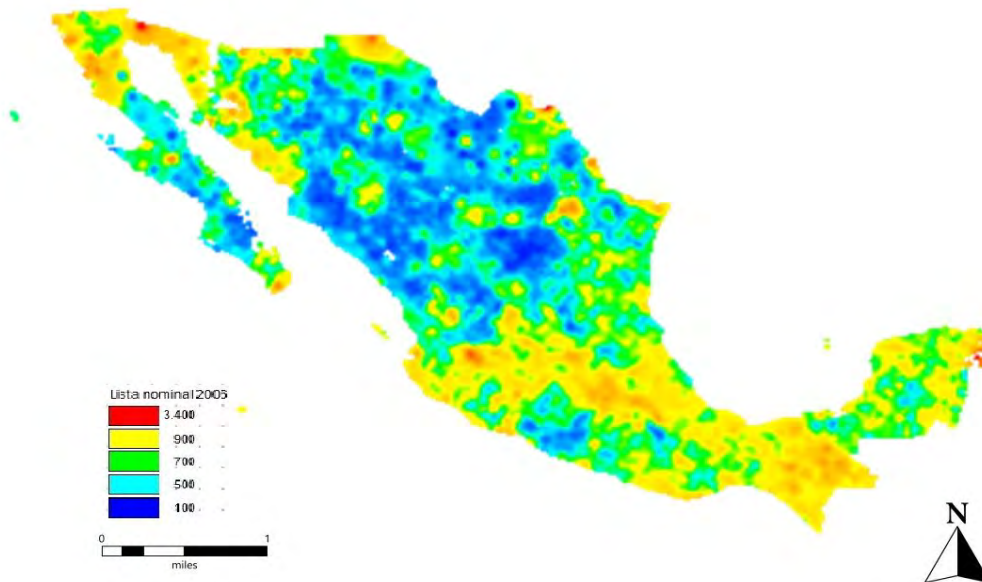
⁴⁹ Para la realización de mapas temáticos tipo grid hubo que resolver varios problemas. Uno fue cómo generar un *grid* cuando se carece de puntos. Para ello, se tuvo que crear una copia de seguridad de la base de datos de trabajo, extraer las coordenadas del centroide de los polígonos en dos columnas (latitud, longitud), para posteriormente borrar los polígonos en la estructura de la tabla de datos, crear puntos a partir de las coordenadas generadas para así poder crear un *grid* con el método IDW (Inverse Distance Weighted), usando el mapa de México como límite de interpolación, para lo cual se abrió el mapa vectorial con el trazado de las secciones del país contra el cual se recorta el *grid* a esa área.

Termografía 4.2
Lista nominal 2000



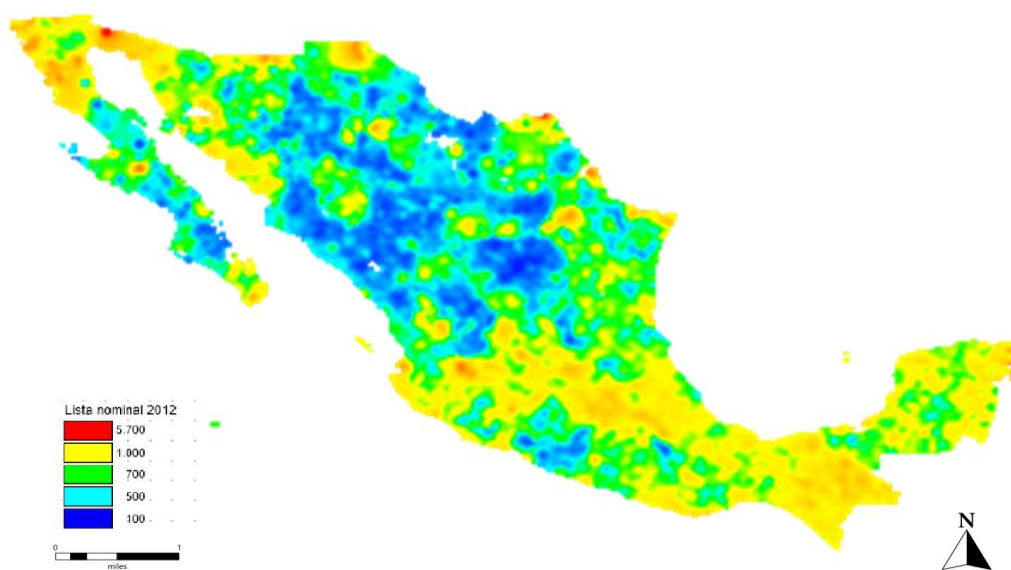
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

Termografía 4.3
Lista nominal 2006



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

Termografía 4.4 Lista nominal 2012



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

En este periodo la población electoral se distribuyó de la siguiente manera: entre 1994 y 2012 las cinco entidades federativas que concentraron en promedio la mayor cantidad de secciones fueron México (6,092), Distrito Federal (5,539), Veracruz (4,741), Sinaloa (3,773) y Jalisco (3,362) que en total sumaron 23 mil 509 secciones, una tercera parte del total nacional. En cambio, las cinco entidades federativas que tuvieron en promedio el menor número de secciones electorales fueron Quintana Roo (541), Aguascalientes (538), Campeche (489), Baja California Sur (371) y Colima (345), que su conjunto representan 2 mil 285 secciones, apenas un 3 por ciento del total de las secciones del territorio. Con la sola excepción de Quintana Roo, que aumentó significativamente el número de sus secciones, el resto de las entidades se mantuvieron sin cambios importantes.⁵⁰ No obstante los partidos no desplegaron sus estructuras siguiendo esta distribución. Como se ve en la tabla 4.1,

⁵⁰ En general las secciones electorales tienen ajustes ahí cuando el número de electores rebasa el rango de 50 a mil 500 empadronados, lo que implica hacer una actualización del padrón electoral. El reseccionamiento da prioridad a las secciones electorales de mayor tamaño, como fue el caso de Ciudad Juárez, Chihuahua, en 2002, con la sección 1913, que tenía entonces 40 mil ciudadanos empadronados.

de las más de 66 mil secciones en las que se llevó a cabo el proceso electoral de 2012, los partidos extrajeron sus votos de manera preferente en 19 mil 645 secciones electorales, donde tuvieron un 80 por ciento o más de la votación, y en 844 secciones tuvieron al menos 864 votos (primer cuartil superior), es decir, al menos 16.9 millones de sufragios fueron obtenidos en secciones con alta participación, en apenas el 30 por ciento de la geografía electoral.

Tabla 4.1
Elecciones presidenciales 2012
Número de secciones y porcentaje de votación por sección mayor que 80 por ciento

Votación	Secciones con más de 864 votos	Secciones de hasta 864 votos	Total general
Inferior a la media	9322	31889	41211
Superior a la media	10934	14381	25315
Total	20256	46270	66526

Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

Tabla 4.2
Número de secciones por entidad federativa

Entidad	1994	2000	2006	2012
Aguascalientes	486	486	592	589
Baja California	1367	1368	1526	1791
Baja California Sur	350	351	351	433
Campeche	488	490	491	488
Coahuila	1511	1510	1537	1654
Colima	336	336	338	371
Chiapas	1928	1925	1938	2006
Chihuahua	2688	2693	2918	3070
Distrito Federal	5540	5533	5560	5525
Durango	1375	1382	1382	1394
Guanajuato	3003	3004	3043	3023
Guerrero	2744	2761	2769	2760
Hidalgo	1707	1706	1713	1717
Jalisco	3304	3306	3363	3476
México	5914	5911	6194	6350
Michoacán	2669	2673	2687	2666

Morelos	906	906	912	907
Nayarit	876	876	879	960
Nuevo León	2100	2102	2148	2367
Oaxaca	2446	2448	2461	2446
Puebla	2548	2548	2566	2579
Querétaro	687	687	761	814
Quintana Roo	447	443	445	831
San Luis Potosí	1792	1791	1797	1786
Sinaloa	3779	3779	3771	3766
Sonora	1326	1327	1361	1389
Tabasco	1132	1133	1139	1131
Tamaulipas	1737	1734	1743	1897
Tlaxcala	603	607	611	608
Veracruz	4710	4716	4736	4804
Yucatán	1054	1057	1083	1075
Zacatecas	1867	1872	1873	1853
Total	63420	63461	64688	66526

Tabla 4.3
Promedio de secciones electorales por entidades federativas seleccionadas, 1994-2012

México	6,092	Quintana Roo	541
Distrito Federal	5,539	Aguascalientes	538
Veracruz	4,741	Campeche	489
Sinaloa	3,773	Baja California Sur	371
Jalisco	3,362	Colima	345

Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

Otra subpoblación electoral que se considera en la competencia es la que se define por su afiliación a un partido. Aunque estos no siempre han contado con un padrón de militantes confiable, la base a partir de la cual se arma la estrategia de rentabilidad electoral en las campañas es con los fieles. Dependiendo del modelo de partido, la militancia será una fuente de ayuda para conseguir al personal capaz de ser reclutado y postulado como líder y candidato, además de representar el capital humano libre para movilizar a los votantes. En fuerzas como el PAN la militancia nunca ha tenido este peso, como se pudo ver en las elecciones presidenciales de 2000 y la necesidad de contar con una estructura alterna. En otros

partidos, como el PRD, la población afiliada es una sólida fuente de votos y un recurso para la movilización interna de las elites del partido⁵¹. Por ejemplo, en 2013, la campaña de afiliación fue usada para poner a competir a las fracciones por ver quien afiliaba a la mayor cantidad de simpatizantes, por un lado, y como base para convocar a elecciones para consejeros nacionales, en una suerte de primaria o primera vuelta para definir la presidencia del partido. Son rentables aquellas secciones donde existen afiliados que salen a participar en procesos internos, dejando un registro que muestra el trabajo de movilización de las bases del partido por parte de sus cuadros. Y al contrario, la información de las secciones donde no se tiene ningún afiliado permite afinar el análisis de prioridades o, en su defecto, para revisar el funcionamiento de la estructura en el lugar.

Lucha de estructuras

La promoción de las bases de apoyo demanda el despliegue de ejércitos de operadores en tierra, como una estructura electoral, que aquí se define como una organización temporal que dispone de recursos materiales, logísticos y humanos que se ponen en operación durante la campaña, para entrar en contacto directo con probables electores que puedan ser movilizados el día de la jornada electoral, con el fin de alcanzar la victoria. Formalmente, la estructura se compone de tres grupos, uno en el que se encuentran (1) el del candidato, el equipo de campaña y los integrantes del partido, otro compuesto por (2) las organizaciones del partido, en lo funcional (de sectores económicos y sociales) y lo territorial (los comités de base o estructuras especiales) así como por (3) las organizaciones que se adhieren a la causa del candidato y a la agenda electoral de la organización. La operación eficaz de una campaña para promover bases de apoyo subnacional depende del acoplamiento de los distintos grupos en ésta y de una línea de mando que responda

⁵¹ En muchos casos, las expectativas no logran cumplirse. Por ejemplo, en 2010 el PRD se había planteado un esfuerzo para reclutar cien mil afiliados por estado, meta que no pudo alcanzar debido a que no se consiguió cubrir el 50 por ciento del territorio nacional por la falta de militantes en las secciones electorales. Esta la afiliación tenía como propósito servir de base para la reestructuración del partido, pues la reforma de los estatutos de 2009 mandataba que de cada cinco afiliados por sección electoral se crease un comité de base, lo que finalmente no se consiguió.

directamente a los intereses del candidato. La estructura tiene que desarrollar cuatro tareas, como:

1. Entrar en contacto directo con los electores. Se entrega propaganda en las zonas cuyas secciones electorales se consideran prioritarias.
2. Promover el voto. La estructura busca persuadir al elector de la importancia de asistir a las urnas y votar a favor del partido y candidato.
3. Movilizar al elector. Disponer de los medios materiales, humanos y logísticos para verificar que los electores promovidos se trasladen efectivamente a los centros de votación.⁵²
4. Vigilar las casillas electorales. Integrar la representación de las casillas el día de la votación, para observar que la jornada se desarrolle sin contratiempos y que se respete la voluntad de los electores.

La movilización del votante es un reto ingente pues los partidos se mueven en un contexto muy desfavorable marcado por el declive de la afiliación de sus fieles (Scarrow, 2002) y la baja en el activismo partidista (Whiteley, 2010)⁵³. El riesgo de una situación así es que en la medida en que decaiga el trabajo de los emblemas en estas tareas se verán afectados sensiblemente otros aspectos de la competencia, como las tasas de participación. No obstante, aunque los partidos podrían disponer de mayores recursos para dar más incentivos a los electores para ir a votar, incluso con un nuevo compromiso de movilización por parte de los partidos, candidatos y operadores con promoción cara a cara (Niven, 2004), el objetivo de estas organizaciones no es aumentar la participación *per se* sino ganar la campaña (Goldstein y Rinout, 2002), movilizándolo únicamente a los electores

⁵² La movilización es una actividad compleja, pues depende de muchos factores como la zona de la elección, incluso considerando la existencia de traslados de electores anidados en islas, o de electores en zonas de inseguridad donde no se puede mover más que a los que se tienen ya inscritos. También hay zonas donde no se puede mover a nadie porque la casilla está lejos o por una mala planeación, cuando no se consiguen recursos para los traslados, como gasolina, o para el alquiler de camiones o transporte público.

⁵³ No obstante, en un estudio más reciente Scarrow plantea que no existen datos que indiquen que el activismo de partido en las campañas esté en decadencia. Además, según la autora, existe un acuerdo en que este tiene un impacto positivo y políticamente significativo en los resultados electorales de sus partidos. Véase "Political activism and party members" (2009: 636-654)

necesarios para garantizar un resultado, como ya se ha comentado con anterioridad.

Aunado a la complejidad para dar orden y cohesión en la campaña a una maquinaria compuesta con grupos muy disímolos se agrega el hecho de que antes y durante el transcurso de las campañas se libra una pugna soterrada por los electores entre las diferentes estructuras de los partidos, lo que puede explicar parcialmente la inexistencia de patrones territoriales de competencia, con algún grado de homogeneidad. Además, la lucha de estructuras se libra también por el control de líderes y operadores electorales. Una vez que el trabajo operativo se ha vuelto una actividad remunerada, el pago a los representantes de las casillas y a los promotores del voto ha hecho que el trabajo voluntario se transforme en un mercado de operadores puesto al mejor postor, práctica que milita en contra de aquellas fuerzas que no tengan suficiente liquidez, para blindar a sus cuadros de las ofertas que les hacen los adversarios para provocar una deserción (Morales, 2009, 2016). De esta manera, los partidos enfrentan severas presiones económicas, lo que en ausencia de mecanismos efectivos de fiscalización del financiamiento de las campañas, vuelve casi imposible una competencia pareja. El asunto expone los incentivos perversos que produce el dinero sin control en las campañas, pues la competencia se desplaza a la cantidad de recursos de dinero en efectivo que los partidos puedan atraer, venga de donde venga. No obstante, con todo lo importante que esto pueda ser, la tarea más delicada es la de identificar, con la mayor precisión posible, al elector-objetivo y su ubicación geográfica electoral, de manera que su promoción y movilización obedezca a criterios de maximización.

4.6 CONCLUSIÓN

En este capítulo se expuso la fórmula que las elites encontraron para hacer frente a la competencia pluripartidista en la geografía del territorio. El aumento de la rivalidad en esta etapa obligó a que el viejo partido dominante encontrara un criterio para mejorar su capacidad electoral frente al fortalecimiento de los retadores. El

criterio de la rentabilidad supuso un cambio drástico en la manera de entender la competencia en un régimen liberalizado. Este cambio de pensamiento implicaba la posibilidad de hacer a un lado a miles de secciones altamente competidas pero con pocos votos. La nueva racionalidad postuló que ya no era necesaria la política de masas para llegar al poder. Ahora, desde el partido que un día dominó plenamente la escena electoral, se reconocía que en un sistema pluralista el acceso al poder ya no era el resultado de victorias aplastantes con altos márgenes de victoria, sino de contribuciones específicas para la sumatoria de un esfuerzo muy acotado. La *suboptimalidad* de la victoria fue algo que fueron aprendiendo también las fuerzas opositoras al régimen, quienes buscaron emular el nuevo enfoque ideado por el PRI a partir de sucesivos ensayos.

Las elecciones presidenciales se convirtieron en el espacio privilegiado para la promoción de candidatos, emblemas y programas de orden nacional. Los datos han mostrado que este tipo de elección tiene la potencia necesaria para avasallar los temas locales y expandir en mayor grado los votos que los partidos buscan por todo el país. Sin embargo, en esta escala del análisis, que suele presentarse en los medios de comunicación como una disputa de tipo *horse race* (*political close contest*) hay una imagen muy distante de la lucha que se libra entre estructuras. En cambio, si se reduce el nivel de la escala, más que ver qué tan cerrada es la disputa, lo que aparecen son estrategias intensivas y extensivas en el teatro de las operaciones. En el reparto de las secciones a nivel estatal aparece un país con muy diversas distribuciones, lo que refleja en principio las distintas estrategias ensayadas por los equipos de campaña, que van desde el despliegue masivo de todo su aparato electoral hasta la disputa, sección por sección, en estados determinantes para ganar la presidencia. Haciendo la observación por entidad federativa, se nota como el PRI fue el único partido capaz de mantener una estrategia extensiva, aunque para la elección de 2012 optó por intensificar sus esfuerzos en el Estado de México. En otros casos, las fuerzas fueron privilegiando entidades específicas, a partir del peso poblacional que cada una de estas tiene. De esta forma, la competencia produjo una suerte de “entidades pivote”, como Jalisco,

Guanajuato y el Estado de México. Para los retadores, fue claro que jerarquizar a las secciones por medio de los estados no es una estrategia del todo eficaz, pues aunque un partido gane de manera permanente a entidades muy pobladas, como es el caso de la Ciudad de México, no es suficiente para asegurar el triunfo a escala nacional, como quedó demostrado con el PRD, que ganó de manera consecutiva esta posición aunque al final no hiciese diferencia alguna en su potencia opositora nacional.

La verdadera disputa que se libró no fue por territorios como tal sino por las bases subnacionales de apoyo que habían sido gestionadas largamente por el viejo partido en el poder, con muy diversos recursos bajo su control. Con el incremento en el tamaño del electorado los rivales encontraron una ventana de oportunidad para tratar con futuros votantes desalineados, no sujetos a controles corporativos directos o a mecanismos convencionales de control encausados desde el poder Ejecutivo, como se realizó en la era de la hegemonía. El enorme tamaño del territorio fue lo que posibilitó el desarrollo de grandes poblaciones, lo que puso en la mesa un volumen de electores suficiente para que los nuevos invitados buscaran desarrollar sus propias bases subnacionales, incluso en lugares donde ganaba tradicionalmente el PRI, sin importar su distribución geográfica. Sin embargo, frente al aumento de la masa votante, los jugadores pudieron darse el lujo de reducir los porcentajes con los que compitieron, es decir, pudieron seguir jugando en un mercado de votantes con más poblaciones disponibles pero que nadie pensaba perseguir. La *política de la volumetría* habría de ser el segundo componente de la nueva estrategia, toda vez que en la gestión de las crecientes subpoblaciones electorales se podían desplegar acciones encaminadas a extraer el máximo número de votos en el menor número de unidades, justo lo que se pudo ver en las elecciones de 2000, donde el PAN gana la presidencia con un mayor volumen de votos, al extraer el cien por ciento de su votación en apenas cuarenta por ciento de las secciones electorales del país, sin que eso representase un desperdicio de votos en sí mismo.

La gestión que permite hacer posible estos resultados es la existencia y desarrollo de aparatos en tierra que salen a entrar en contacto con los electores para promover la imagen del partido, el mensaje temático y los atributos personales de un candidato. El éxito de una campaña depende de que se cuente con los recursos humanos, financieros y logísticos para llevar a campo a decenas de miles de promotores del voto. Esto fue un desafío para los partidos, que tuvieron que hacer grandes esfuerzos para levantar estructuras gigantescas debido a que en el pasado se atrincheraron en porciones poblacionales de un pequeño segmento del mercado, que tenían en común un rechazo ante el autoritarismo del sistema. En el marco de una agenda abierta y de electorados complejos, quedó demostrado que las estructuras burocráticas de los partidos no cuentan con la capacidad para mover a escala nacional a amplios segmentos del electorado. De hecho, por el declive de la afiliación de sus fieles como por la baja en el activismo partidista han tenido que recurrir en diversas ocasiones a la formación de redes de movilización alternas (la estructura llamada *Amigos de Fox*, como en el caso de la campaña del PAN en el año 2000; o las *Redes ciudadanas*, en la campaña del año 2006 del PRD) y a estrategias de movilización por gestión (conocidas como *Grass roots*, que ensayó el PRI al ir mejorando sus estrategias de campaña). El drama del modelo de competencia nacional es que a pesar de que los partidos dispusieron de mayores recursos para dar más incentivos a los electores para ir a votar, no hubo un compromiso denodado para aumentar la participación porque 1) no está dentro de sus objetivos hacer campaña donde no existen votantes probables 2) ni movilizar electores que no sean estrictamente los necesarios para garantizar la victoria.

Esto no significa que exista una contradicción con el aumento en más del cien por ciento de la tasa de participación electoral en el periodo, pues esta puede ser resultado de otros factores, como la erosión de los métodos clientelistas de control social, la ampliación del registro electoral o de una mayor confianza en las instituciones electorales (Klesner y Lawson, 2000). Lo que parece evidente es que la participación entendida como un resultado *agregado* de la competencia es influida

también por un cambio muy profundo en los estilos de movilización política, descritos aquí, basados en la idea de ampliar hasta donde fuese posible el ámbito de competencia (de lo local a lo nacional). La necesidad de sacar a votar a los electores previamente “promovidos” y de cachar a nuevos futuros votantes que fuesen necesarios para alcanzar el triunfo es una estrategia dominante que permitió mantener de forma constante los promedios de votación de los electorados subnacionales.

EL CÁLCULO DE LA RENTABILIDAD

5.1. INTRODUCCIÓN

En este apartado pongo a la vista la hipótesis de que la distribución de votos alcanzada por las maquinarias políticas se debe al criterio de la rentabilidad electoral, un cálculo específico cuyo mayor distintivo es el de desbordar la geografía y el comportamiento político por distrito. Es posible establecer que la búsqueda de una tasa de retorno en el campo electoral es ya un auténtico componente analítico indispensable en la competencia política actual. Como se mencionó en el primer capítulo, la rentabilidad supone discriminar al electorado con base en criterios economicistas. Se trata de la utilidad neta esperada por la promoción de un activo político (el candidato, el programa o la ideología) en el mercado electoral. Si bien sirve para un control de costos y gastos operativos, la rentabilidad electoral no es una estimación financiera como tal porque el retorno esperado no es equiparable al que se espera en la inversión hecha por los propietarios de una empresa. En realidad lo que se espera es como producir una tasa de retorno (en votos) respecto de los valores invertidos (activos políticos totales) a la demanda definida en el mercado (de electores), con independencia de cómo haya sido financiada una campaña.

Ahora se analiza el comportamiento electoral bajo este enfoque, revisando los ejercicios que llevan a cabo los *campaigners* y operadores políticos para dar prioridad a los electorados que aseguran una proporción marginal efectiva de votos. Para desahogar este capítulo se presenta una breve síntesis del cambio del viejo enfoque de análisis, que va de la idea del *carro completo* al de la rentabilidad. Enseguida se discuten las estrategias dominantes de competencia nacional por la presidencia, cuya mayor característica es la de desbordar cualquier tipo de temática o insumo local o subnacional, y las estrategias de movilización del voto que por su

propia naturaleza tienden a establecer. En tercer lugar, con apoyo de la tecnología SIG (Sistemas de Información Geográfica), se replica un ejercicio que ubica, clasifica y jerarquiza en secciones electorales a los grupos poblacionales que tienen el mejor retorno de inversión en votos, en la idea de que los partidos buscan movilizar únicamente al número mínimo de electores adicionales necesarios para superar a los votos del antagonista más fuerte. Esta prueba tendría que mostrar cuál ha sido la distribución de secciones con mejor rendimiento, es decir, cuánto puede aportar marginalmente cada sección a la suma total de apoyos para obtener la mayoría de los votos en el país.

La distribución de la competencia por estados es insuficiente para entender la mecánica de la rivalidad entre partidos y las consecuencias que ésta tiene en la nacionalización del sistema partidario. Se requiere el cálculo de la rentabilidad para conocer cuáles son las poblaciones electorales dispuestas en el mercado que tienen el mayor impacto, donde se encuentra a los electores que tienen más probabilidades de votar por un candidato. En cada elección decenas de miles de secciones deben ser clasificadas como *rigidas* o *variables* con el fin de definir para cada clase un conjunto de acciones de trabajo específicas, para retener el voto si se trata de secciones seguras o para innovar en el trabajo de campo, si se trata de una unidad donde existe una mayor volatilidad. Que el partido no consiga ganar las secciones que se propuso con este cálculo no significa que el criterio sea erróneo, porque cada sección tiene asignada una meta y el valor del trabajo llevado a cabo por los operadores electorales en tierra se mide respecto de qué tan lejos se estuvo de alcanzarla, no de si se ganó la sección misma, como ya vimos en el apartado anterior. En esta parte se elabora con detalle el cálculo de la rentabilidad. Se establece que existe una franja de votos a partir de la cual los partidos son competitivos. Con apoyo del sistema de información geográfica se desplegará visualmente la distribución de los apoyos para analizar lo que se podría entender como la *nacionalización efectiva* vinculada a la competencia electoral.

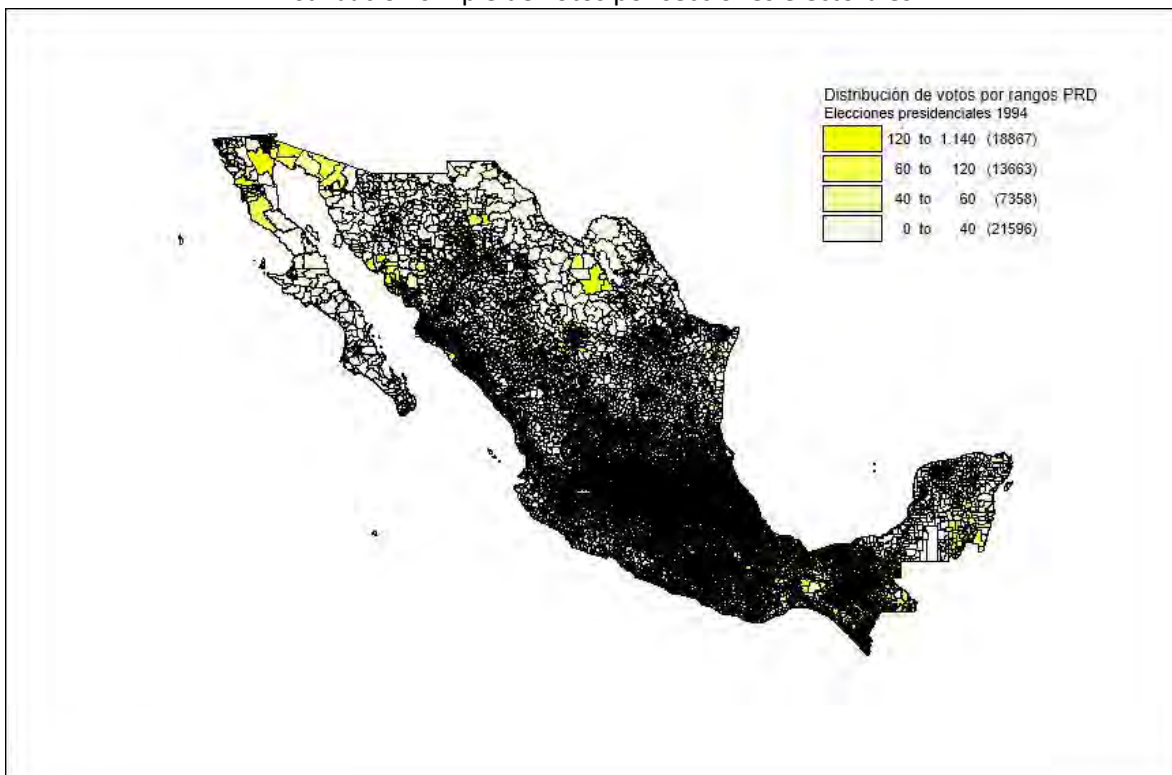
5.2. EL MAPA DESCRIPTIVO DE LA DISTRIBUCIÓN DE LOS VOTOS

1994

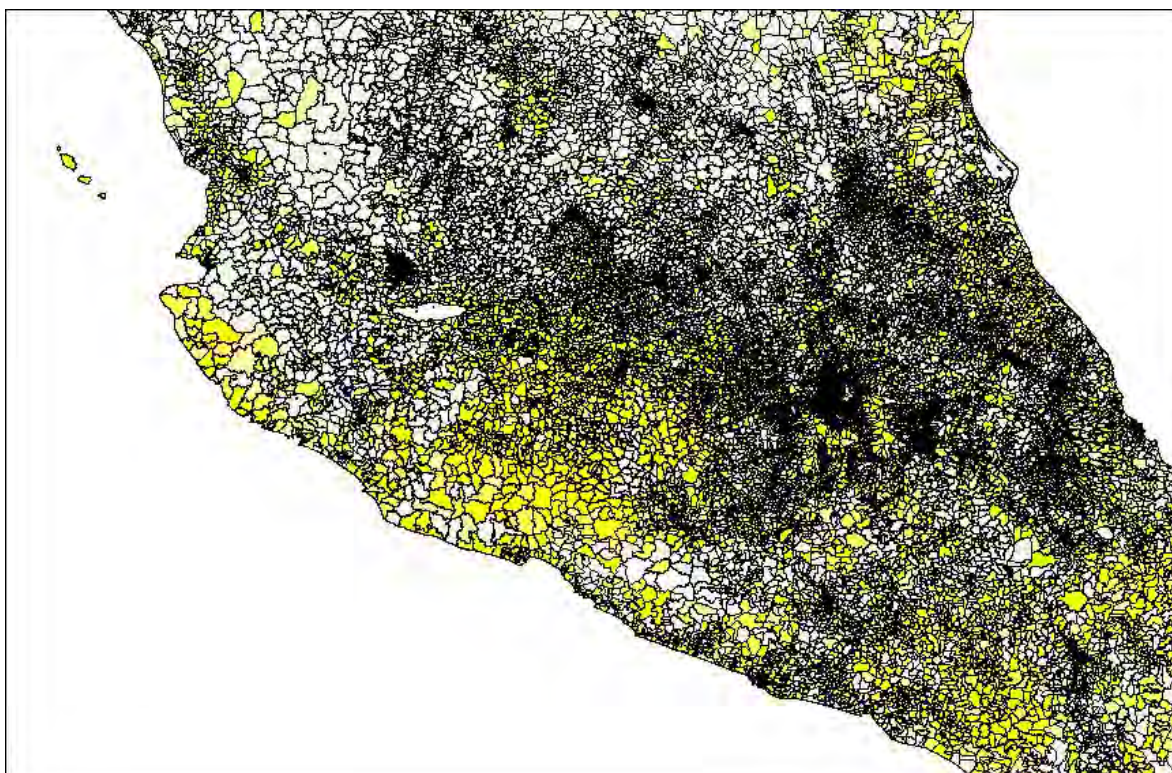
Una vista rápida a los resultados en elecciones presidenciales por rangos de votación⁵⁴ da cuenta, en forma general, cómo se desplazaron los partidos geográficamente. De 1991 a 1994 hay una nivelación entre todas las fuerzas (el PRI aumenta su puntaje en 3 por ciento; PAN 17 y PRD 16 por ciento) pero su distribución por sección electoral muestra una visión distinta a la de los datos agregados. Como se comentó en el capítulo 1, el índice de nacionalización suma los apoyos que dispersa cada estado a la bolsa de votos a nivel nacional por coalición, sin importar si cada estado desperdiga únicamente un voto. En 1994 aparecen pálidamente algunos rasgos de la rivalidad tripartita, como el que 9 de cada 10 votos se concentraron en el PRI, PAN y PRD, pero sin que se hubiese asomado ningún patrón de competencia territorial. Contra la espectacular nivelación, PAN y PRD no consiguen en la primera justa repartir de forma homogénea sus votos, sino que comienzan a concentrar su fuerza en secciones nuevas, aunque pertenecientes a zonas muy específicas.

⁵⁴ Debido a valores atípicos registrados en la votación se decidió usar rangos de igual tamaño en Mapinfo y evitar que de esta forma los datos extremos puedan afectar el mapa temático o *grid*.

Mapa 5.1
PRD, elecciones presidenciales 1994
Distribución simple de votos por secciones electorales



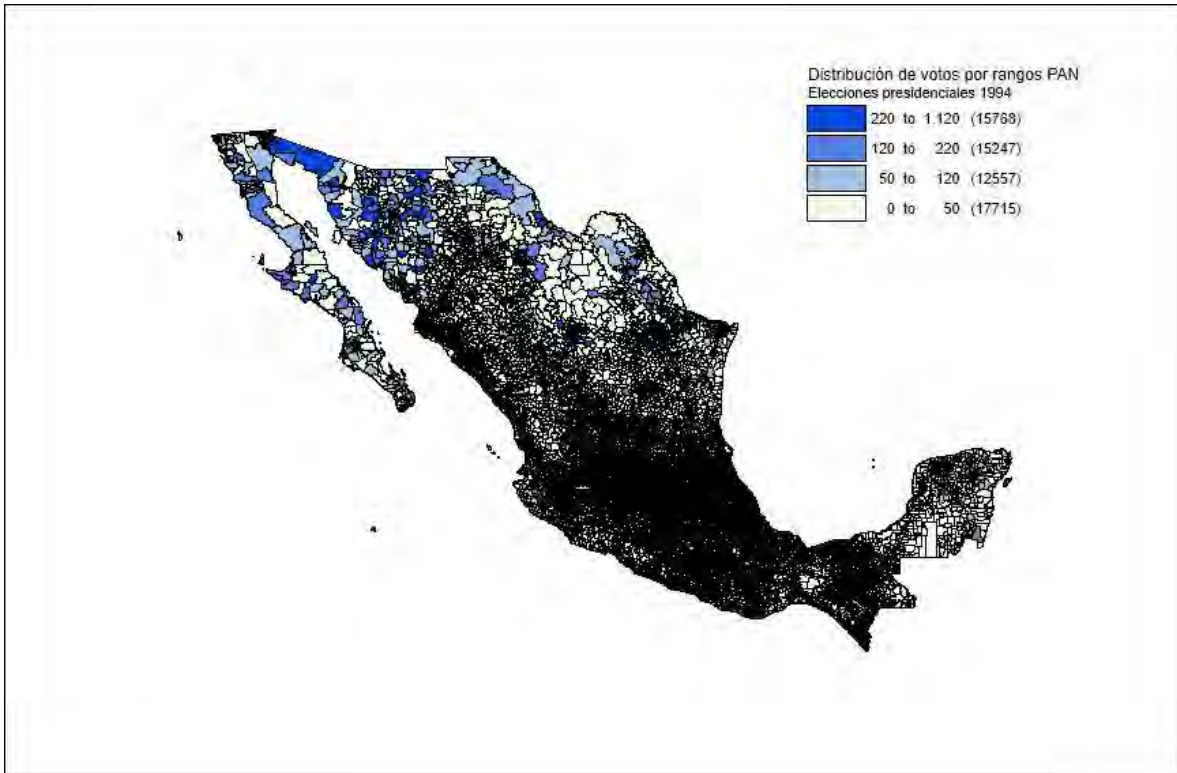
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



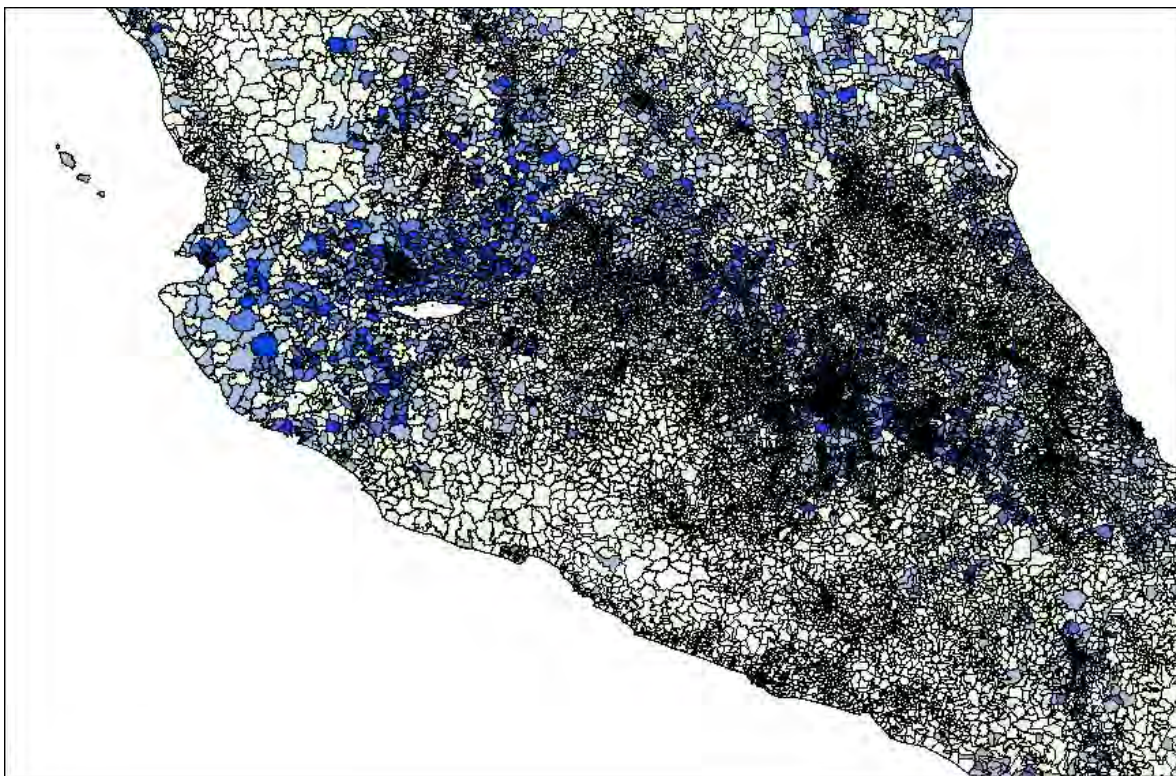
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

El PAN buscó obtener sin mucho éxito la mayor cantidad de votos en secciones de la zona centro-occidente. Se observa que buscó apoyos en Jalisco, Michoacán, Estado de México, el entonces Distrito Federal, Puebla y Veracruz, aunque estaba lejos de poderle disputar al PRI el control que este tenía en las secciones de esas entidades. En contraste, el PRD tuvo una suerte distinta, porque aun cuando sus puntajes de dispersión fueron muy pobres en el noreste y noroeste del país la concentración de votos que hizo a lo largo de secciones que cruzan entidades como Distrito Federal y las del sur como Morelos, Guerrero y Oaxaca permiten advertir ya la presencia de una suerte de corredor electoral pues las secciones con mayor volumen de votos corrieron de forma más o menos continua hacia el sureste, alcanzando Tabasco, y al suroeste, con Chiapas. Llama la atención que justamente en esas secciones el PRI haya tenido los peores volúmenes de votos, en el rango que va de cero a 180 sufragios, fundamentalmente en las zonas costeras de Michoacán, Guerrero, Oaxaca y Chiapas. A pesar de ello, los nuevos rivales no pudieron competirle en volumen de votos al PRI en el centro del país, sobre todo en Estado de México y la capital, donde obtuvo secciones con un alto porcentaje de votos.

Mapa 5.2.
PAN, elecciones presidenciales 1994
Distribución simple de votos por secciones electorales



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

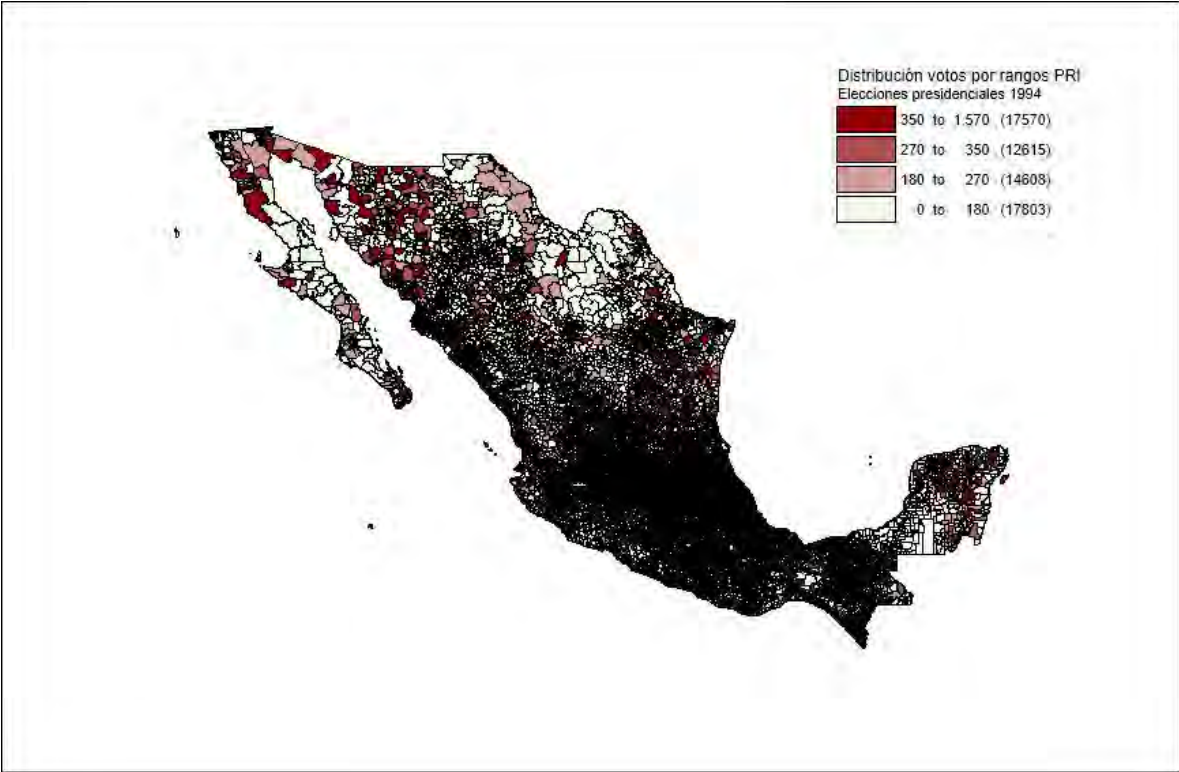


Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

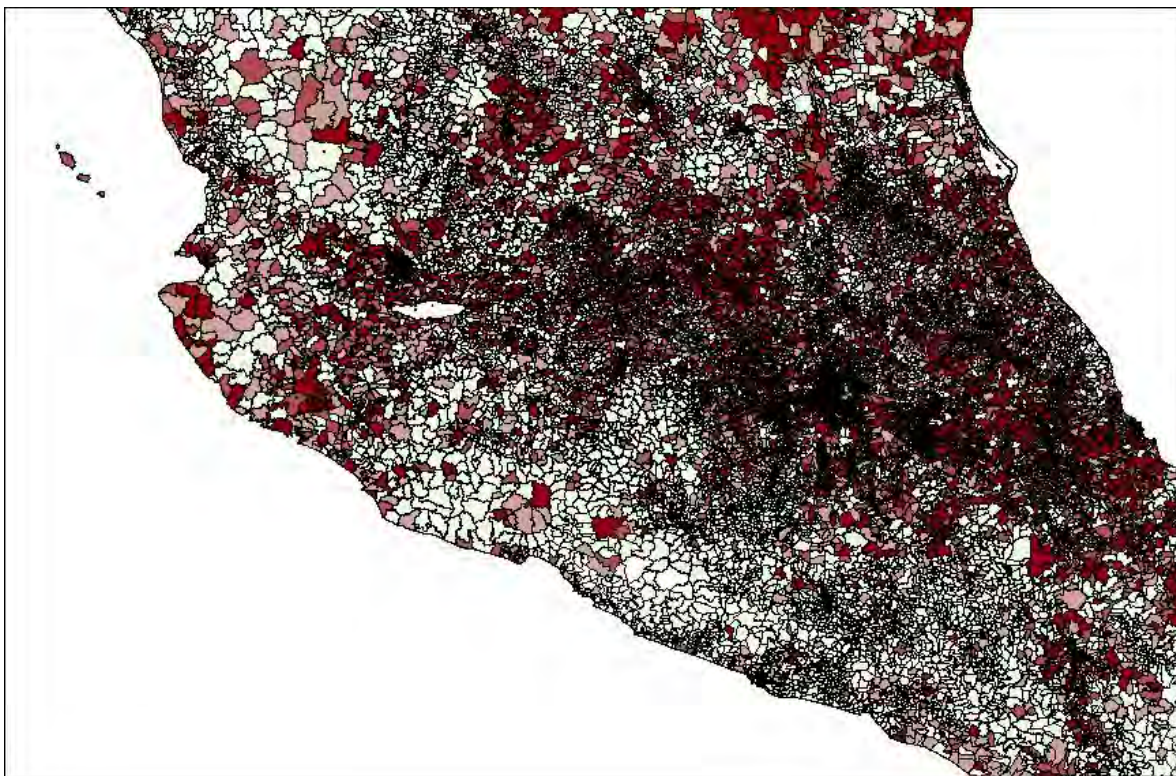
El PRI llegó a estas elecciones con distintas ventajas. Venía de la recuperación espectacular en las elecciones federales de 1991, y en esta contienda se enfilaba a replicar el modelo de rentabilidad electoral ensayado exitosamente en ese año. La población electoral apenas había aumentado en un 16.5 por ciento, de manera que no se le presentaba el problema de cómo movilizar en territorio a nuevos sectores que hubiesen ingresado al padrón en forma masiva. Y desde el gobierno, se había logrado por consenso una ambiciosa reforma electoral previa a la contienda, ajustada a la fuerza que acumulaban ya las oposiciones bilaterales, por lo que el argumento de las ventajas indebidas (*incumbency advantage*) quedaba inhabilitado por el nuevo diseño, composición y funcionamiento de los órganos electorales. Además, si se agrega el hecho que todas las encuestas daban ventaja al PRI en una franja de 39 a 52 puntos porcentuales, lo que prefiguraba en escenario bastante optimista a favor del partido del gobierno, muy a pesar del clima de violencia política que se vivía en ese momento. Al final, ni si quiera este factor impidió que haya votado el 78 por ciento del padrón, en la que sigue siendo la votación más alta de

la historia. Para este proceso, el PRI salió airoso en la contienda, en secciones pertenecientes a entidades como Guanajuato, Chihuahua y Baja California donde el PAN tenía altos índices de votación, pues incluso ahí tuvo un repunte importante y mantuvo toda su fuerza en la capital del país. No obstante, al igual que el PAN, no logró mantener sus altos niveles de votación en secciones del sureste del país, particularmente Michoacán, Guerrero y Oaxaca.

Mapa 5.3.
PRI, elecciones presidenciales 1994
Distribución simple de votos por secciones electorales



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



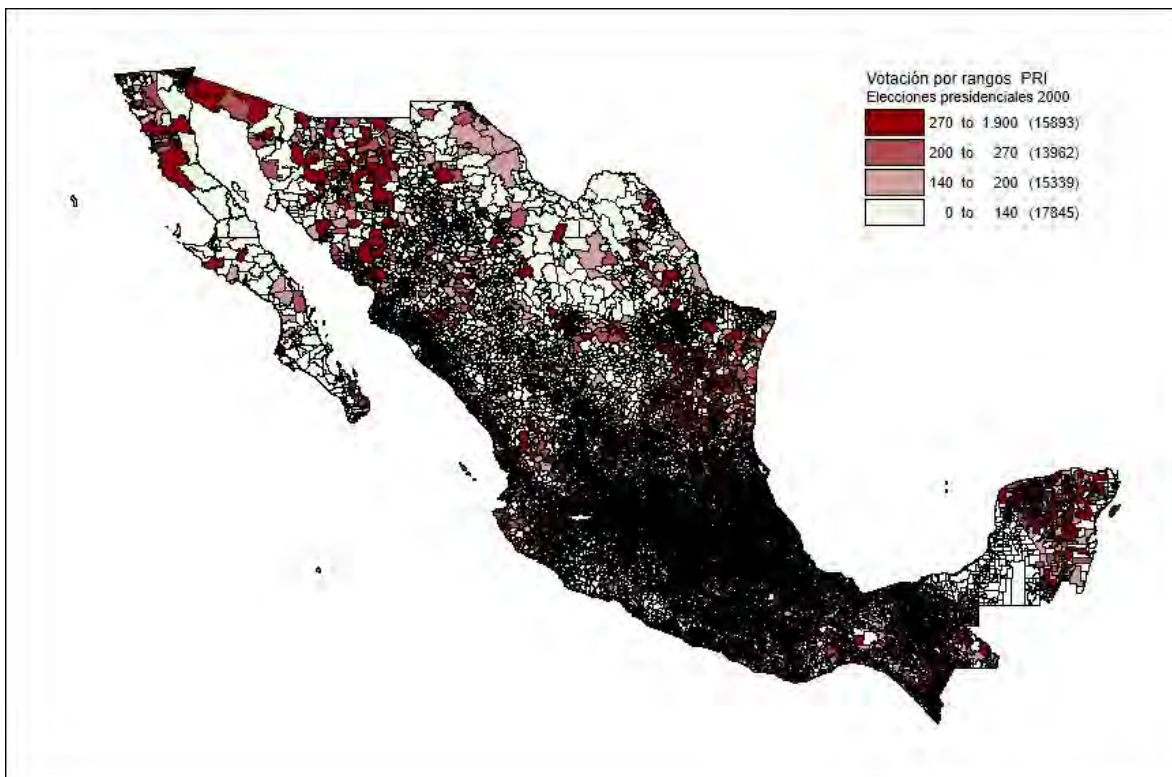
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

2000

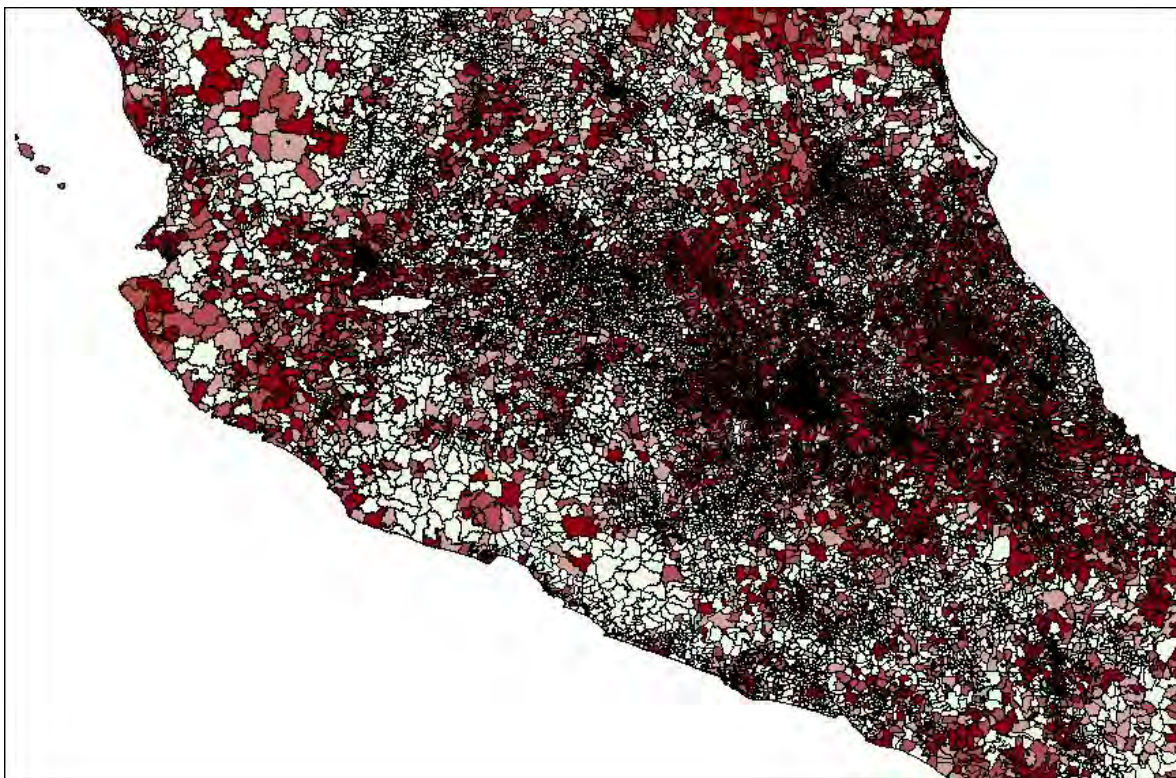
A diferencia de 1994, el PRI llegaba a las elecciones de 2000 muy debilitado. Entre 1989 y 1999 había perdido nueve elecciones estatales, incluyendo el Distrito Federal. En ese lapso había perdido también la mayor parte de las capitales más importantes del país y la mayoría en la Cámara de Diputados, en 1997. Las tendencias nacionales reflejaban una caída libre de su votación, interrumpidas únicamente por las elecciones de 1991, y un descenso de cinco puntos en el índice de nacionalización, a partir de 1994. Por si fuera poco, las primarias que se llevaron a cabo a finales de 1999 para elegir al candidato presidencial habían generado un entorno de indisciplina interna, con una contracampaña que debilitó la candidatura de Francisco Labastida. En estas condiciones, su estructura consigue la más alta votación apenas en el 23 por ciento de las secciones (15 mil 893), en el rango que va de 270 a 1,900 votos (mapa 4.1). Visto de otra forma, de 14 mil 562 secciones con alta votación el PRI obtuvo en promedio el 68 por ciento de sus votos. Este dato refleja un esfuerzo para exprimir de una cuarta parte del territorio electoral la mayor

cantidad de votos posible, lo resulta particularmente interesante pues contrasta con los altos puntajes de nacionalización (0,8832) y su fuerza nacional de votos (36.11%), lo que muestra las limitantes del PNS para medir qué tan dispersos se encuentran en realidad los apoyos que sirven para ganar una elección. Esto se verifica al observar el mapa 4.2, empezando por el noreste, que enseña a Baja California y Sinaloa perdidas casi en su totalidad, mientras que al noroeste la maquinaria tuvo sus peores resultados en secciones de Chihuahua y Coahuila y en la zona central del país, con amplias áreas seccionales que van con rangos de 0 a 140 votos, en entidades como Zacatecas. En contraste, Sonora, Nuevo León, Tamaulipas y San Luis Potosí le dieron apoyos con votaciones muy altas. Sin embargo, como se observa en la tabla con acercamiento, la maquinaria electoral del PRI creó una especie de corredor, con una base subnacional compuesta por secciones dispersas de San Luis Potosí, Veracruz e Hidalgo, otro que baja desde Aguascalientes hasta la zona del pacífico, siguiendo el dibujo de los litorales compartidos por las entidades de Nayarit, Colima y Jalisco, y un último que recorre San Luis Potosí y Guanajuato para entrar de lleno al Estado de México.

Mapa 5.4.
PRI, elecciones presidenciales 2000
Distribución simple de votos por secciones electorales



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

Aunque el PRI ganó más secciones esto no fue suficiente para mantener la presidencia de la República, pues el PAN obtuvo un volumen de votos superior en seis puntos. Aunque el PAN contaba hasta 1998 con las gubernaturas de Chihuahua, Nuevo León y Querétaro y venía de ganar la de Jalisco y de retener las Guanajuato y Baja California, no se creía en la posibilidad de alcanzar la presidencia. Se trató de un triunfo inesperado para el panismo, pues se daba inmediatamente después de la crisis de crecimiento, producto del alto costo político-organizativo que supuso que las directivas de los comités estatales y municipales tuvieran que integrarse a los nuevos gobiernos, desfondando a la estructura local. La realidad de un partido sin estructura, con una militancia exigua y sin cuadros dirigentes afines a su corriente política, llevó a Vicente Fox a iniciar su precampaña formando una estructura paralela al PAN, integrada por sus amigos.

La estrategia tuvo tres componentes, como (1) crear una asociación civil para organizar y fondar la campaña con independencia del PAN (*Amigos de Fox*), (2) el

diseño de un moderno plan de campaña con un fuerte enfoque en marketing y publicidad (*Proyecto Milenium*) y (3) el levantamiento una red ciudadana multinivel “costo cero”, para el activismo y la promoción del voto. La red se basó en el trabajo voluntario, e incluía tanto a amigos como a promotores de voluntarios voto, a la manera de una fuerza de ventas: “cada simpatizante invitaba a cinco amigos y éstos a su vez a cinco más, hasta formar una red de cientos, luego de miles y finalmente de millones.” (Tejeda, 2005). La red formó círculos ciudadanos, cuyos integrantes debían hacerse responsables del trabajo en una sección electoral, para promover su candidatura y detectar a los que simpatizaran con Fox. Con los círculos ciudadanos se crearon coordinaciones municipales, coordinaciones estatales y nueve coordinaciones regionales en que se dividió el país: golfo, norte, sur, centro, Pacífico, Pacífico sur, Bajío y sureste⁵⁵.

Tabla 5.4
Giras del candidato a la presidencia de la República Vicente Fox
Noviembre 1999-abril 2000

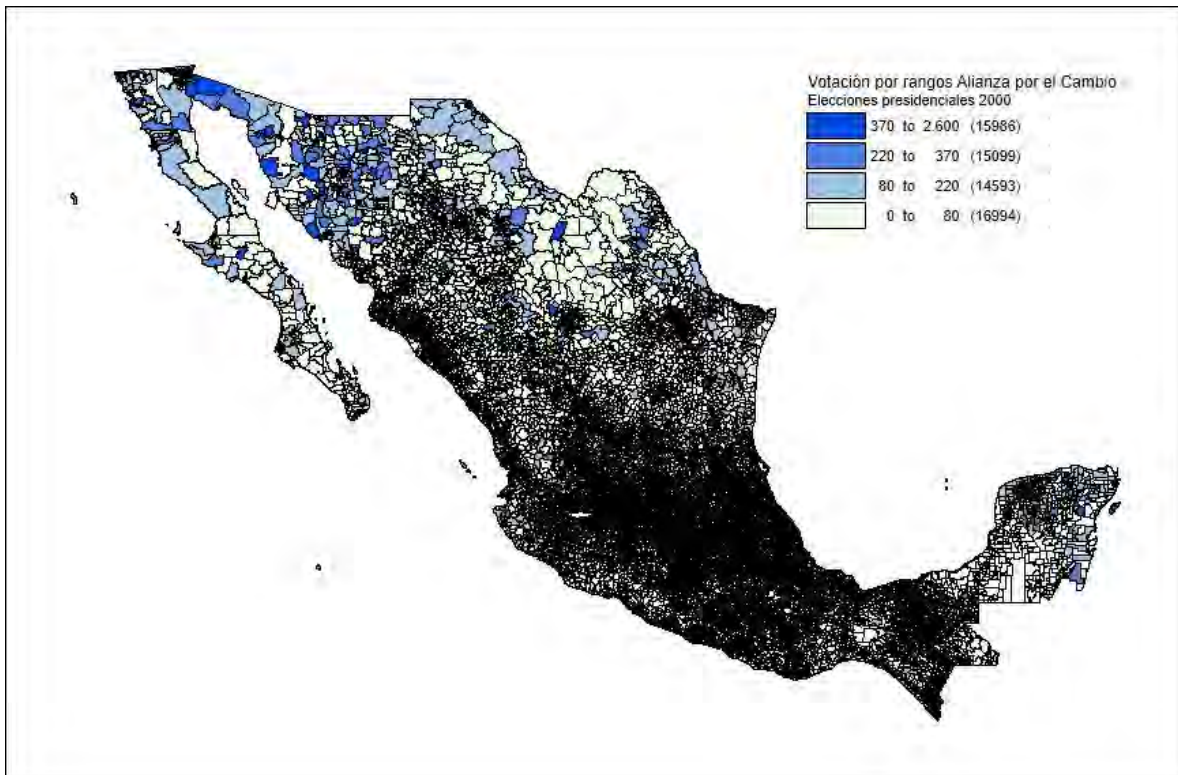
Entidad	Número de distritos	Total de visitas	Días de estancia	Municipios visitados	Concurrencia registrada
México	36	10	13	17	65.800
Guanajuato	15	6	6	8	28.900
Nuevo León	11	5	6	5	2.000
Guerrero	10	4	5	4	2.160
Chihuahua	9	3	3	7	3.000
Hidalgo	7	6	3	3	8.000
Jalisco	19	6	3	5	12.400
Morelos	14	6	3	1	3.000
Puebla	15	6	4	4	5.000
Querétaro	4	6	3	4	1.000
Veracruz	23	6	5	17	13.500
Aguascalientes	3	2	2	3	11.800
Baja California	6	2	3	6	1.100
Coahuila	7	2	3	7	800

⁵⁵ La asociación formó también un consejo de precampaña que se integró por panistas y por amigos de Fox, para crear una coordinación entre partido y Amigos, así como un consejo político coordinado por Santiago Creel Miranda, a la sazón vicecoordinador de la fracción parlamentaria del PAN en la Cámara de diputados (Tejeda, 2005).

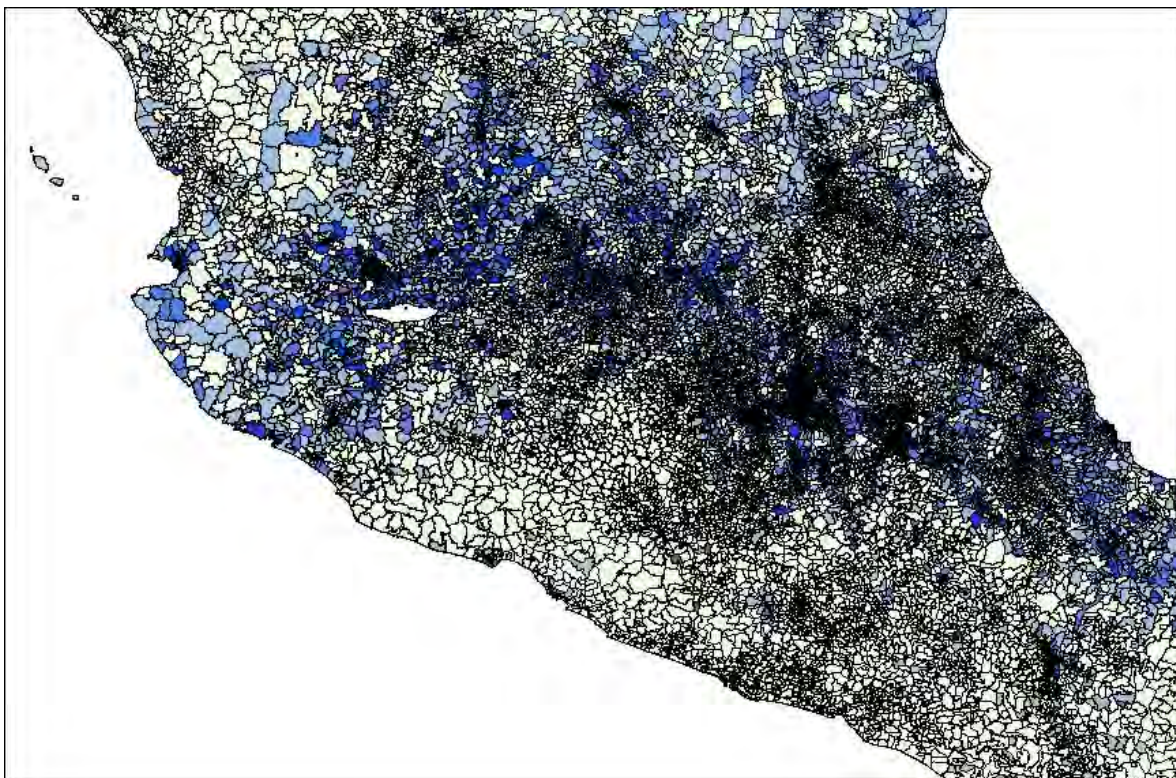
Chiapas	12	2	3	5	2.000
Oaxaca	11	2	2	5	8.300
Quintana Roo	2	2	3	4	3.120
Tamaulipas	8	2	2	3	2.025
Yucatán	5	2	3	4	6.500
Baja California Sur	2	1	1	1	400
Campeche	2	1	1	1	0
Colima	2	1	2	3	0
Durango	5	1	2	2	6.000
Michoacán	13	1	2	8	2.500
Nayarit	3	1	1	1	1.000
San Luis Potosí	7	1	1	5	7.000
Sinaloa	8	1	1	2	0
Tabasco	6	1	1	2	425
Tlaxcala	3	1	1	2	6.000
Zacatecas	5	1	2	4	1.000
Sonora	7	0	0	0	0
Total	280	91	90	143	204,730

El trabajo de la red, sumado a la estructura del PAN, muestra que se dio preferencia a ciertos electorados, como los de secciones pertenecientes a México, Guanajuato, Hidalgo, Jalisco (donde Fox tuvo más casas amigas), Morelos, Puebla, Querétaro y Veracruz. Lo relevante es que en este periodo Fox movilizó únicamente a un poco más de doscientas mil personas en sus giras (su aliado, el Partido Verde aportó 206 mil votos) lo que corrobora que (1) que una concurrencia masiva a concentraciones no garantiza ganar un estado (v.g. Aguascalientes) y (2) que el resultado de la elección recayó efectivamente en la movilización por redes por secciones el día de la jornada electoral.

Mapa 5.5.
PAN, elecciones presidenciales 2000
Distribución simple de votos por secciones electorales



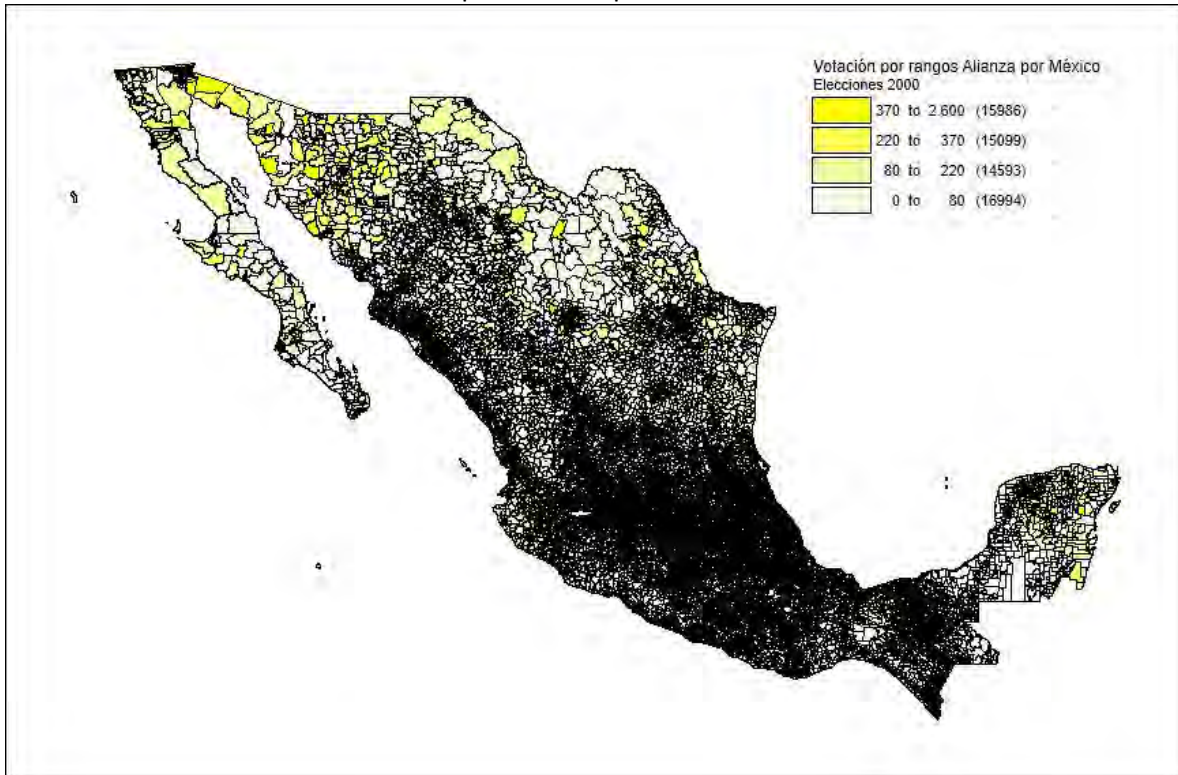
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



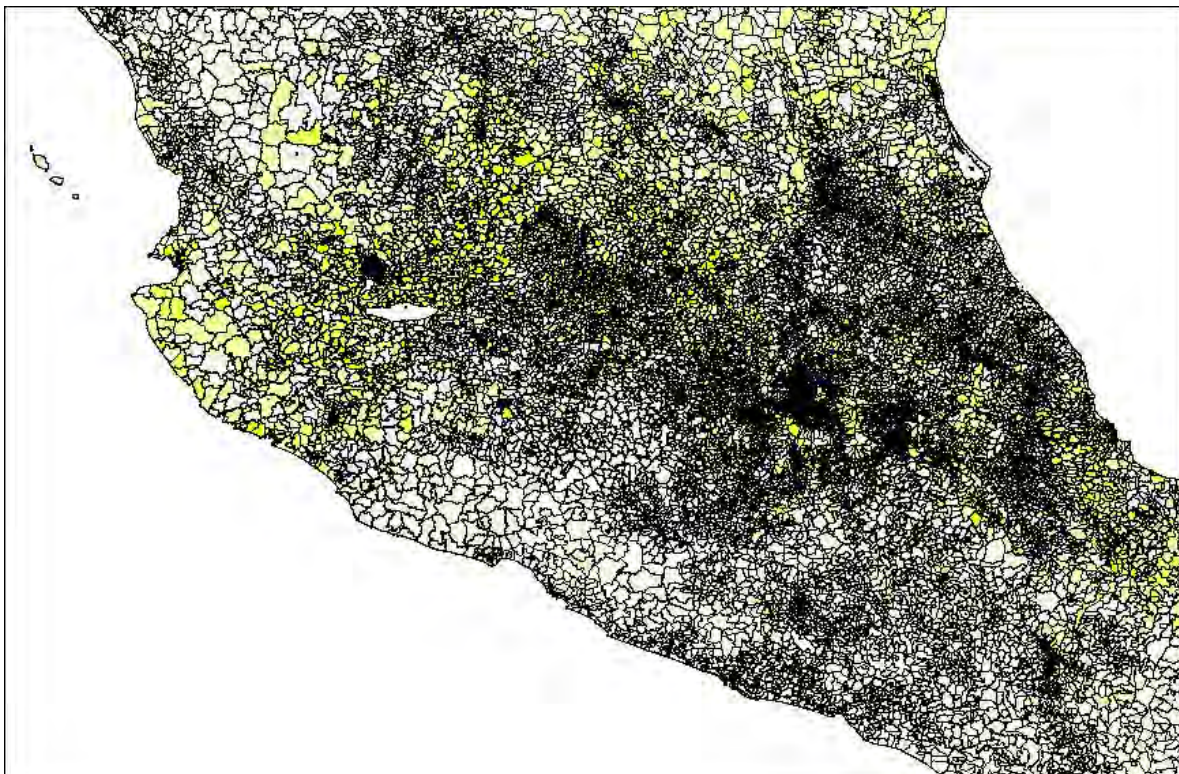
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

El PRD tuvo un fracaso estrepitoso que lo dejó con una votación exigua de apenas diecisiete puntos porcentuales, debido al poderío del carisma en la candidatura de Fox y al éxito que tuvo la estrategia del voto útil, una vez que las elecciones fueron emplazadas como un plebiscito nacional PRI/no PRI. El partido buscó replicar la estrategia llevada a cabo en la Ciudad de México con *Las brigadas del sol* en 1994, pero sin resultados efectivos. La mayor parte de sus apoyos provino de casillas con un rango de votación de entre cero y ochenta votos, en secciones que abarcaron prácticamente a todo el país. Ni siquiera en las secciones de entidades en la que había cultivado bases de apoyo logró aumentar su votación. Esto es particularmente evidente en estados como Michoacán, Guerrero y Oaxaca, mientras que su mayor volumen de votos (con rango de votación de 230-370) lo obtuvo de entidades como Estado de México, DF, Morelos, Puebla, Veracruz, Jalisco y Guanajuato. Este resultado se debió a su incapacidad para superar el ámbito local de competencia.

Mapa 5.6.
PRD, elecciones presidenciales 2000
Distribución simple de votos por secciones electorales



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

2006

Las elecciones de 2006 resultaron atípicas no sólo por la crisis post-electoral que dejaron los resultados sino también por la aparición de nuevas estructuras de movilización del voto, ajenas a las viejas corporaciones ligadas al PRI. Aunque las oposiciones venían ya por su tercera elección en un contexto liberalizado hasta esta elección no habían logrado consolidar sus propias estructuras electorales, por lo cual tuvieron que abrirse a nuevos patrones organizativos, a través de los cuales buscaron sobrevivir y adaptarse a una militancia exigua y un electorado infiel, en medio de un clima cada vez más anti-partidista. Tales cambios han hecho no sólo que los partidos busquen estructuras alternativas para implantarse en el territorio sino que también estén trasladando el mantenimiento de actividades partidarias sustantivas a agentes no-partidistas. Se trata de un tema nada nuevo, en el que se ven separadas las actividades de la estructura clásica en la que las tareas de activismo y movilización del voto se llevan a cabo por organizaciones preexistentes, alternas o suplementarias (Rose, 1988). La pugna de 2006 advierte de la incapacidad creciente de los partidos para mantener por sí mismos sus estructuras de activismo y movilización del voto pero también para explorar con nuevas formas para competir en la arena política.

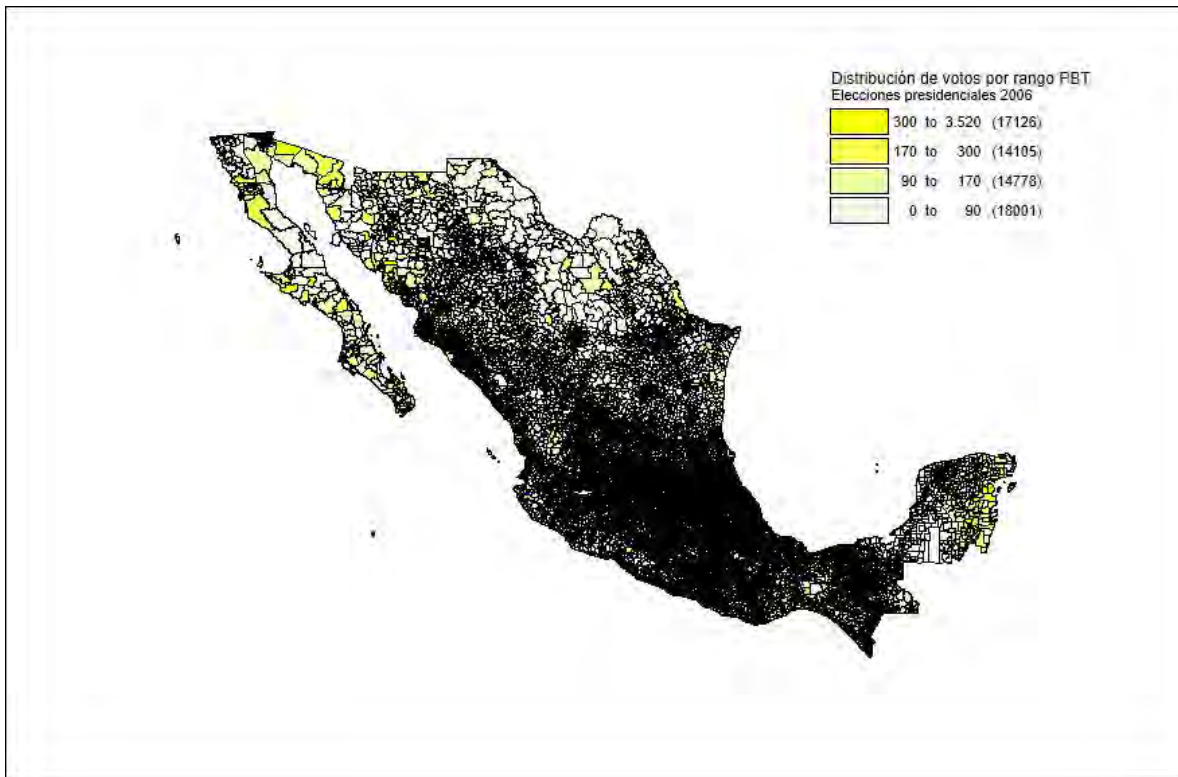
En este año, la polarización electoral tuvo una expresión geográfica muy particular. Aparentemente el país había quedado partido en dos, con un grupo de estados del norte y centro-occidente que votaron por Felipe Calderón, y el otro grupo de entidades del centro y sureste, donde los electores apoyaron a Andrés Manuel López Obrador⁵⁶. La imagen con el país dividido bastó para reforzar la idea de un enfrentamiento de un México contra otro México: uno que apoyaba a un candidato

⁵⁶ El PAN ganó 16 entidades como Aguascalientes, Baja California, Coahuila, Colima, Chihuahua, Durango, Guanajuato, Jalisco, Nuevo León, Puebla, Querétaro, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tamaulipas y Yucatán; y la Coalición por el Bien de Todos, 15 estados, como el Distrito Federal, Baja California Sur, Campeche, Chiapas, Guerrero, Hidalgo, Michoacán, Morelos, Nayarit, Oaxaca, Quintana Roo, Tabasco, Tlaxcala, Veracruz y Zacatecas.

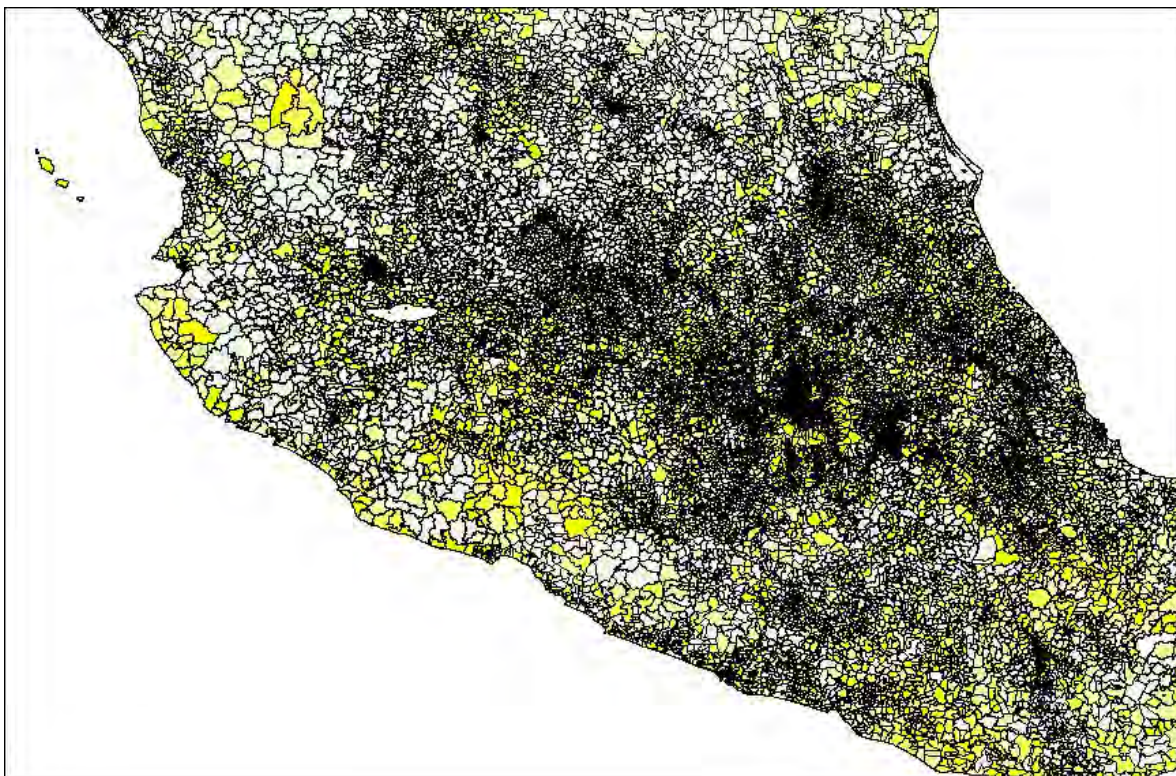
promotor de una economía competitiva y otro que promovía una política económica redistributiva. Pero aunque los temas que fijaron en la percepción pública eran lo suficientemente poderosos para activar las predisposiciones de la gente a favor o en contra de cada postura el resultado de la elección dependió fundamentalmente de la capacidad de movilización territorial de cada fuerza. La capacidad electoral está en función de la logística de la movilización, a la que se suman otras estructuras que acompañan a los partidos en esta tarea. A pesar de ello, la coalición izquierdista PBT (Por el Bien de Todos) sólo vigiló poco más de 72 mil casillas de las más de 130 mil que fueron instaladas para esa jornada, es decir, cerca del 55 por ciento (el IFE informó que ésta tuvo representantes en más del 70 por ciento de las casillas). Las redes ciudadanas no funcionaron, pues no hubo presencia en las casillas y tampoco funcionó el sistema de recuperación de actas. Todo ello, muy a pesar de que muchos de los votos en las entidades con los que el candidato de izquierda ganó provinieron del Partido Nueva Alianza (Panal), igual que Calderón en los estados en los que se alzó con el triunfo⁵⁷. De hecho, López Obrador y Roberto Campa, candidato del Panal a la presidencia, son los que recibieron más sufragios de este partido: 28 por ciento de votos contra 23 por ciento de los que obtuvo Calderón.

⁵⁷ La Revista de *El Universal*, 24-30 de julio de 2006.

Mapa 5.7.
PBT, elecciones presidenciales 2006
Distribución simple de votos por secciones electorales



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

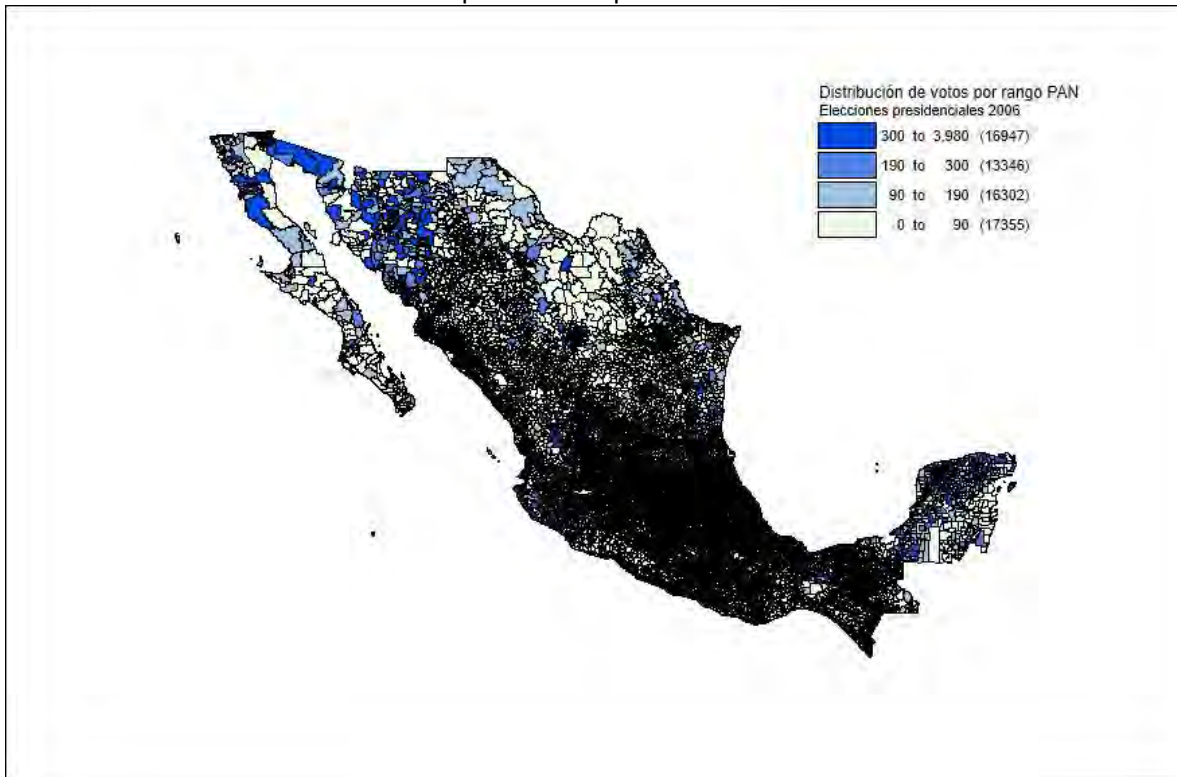


Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

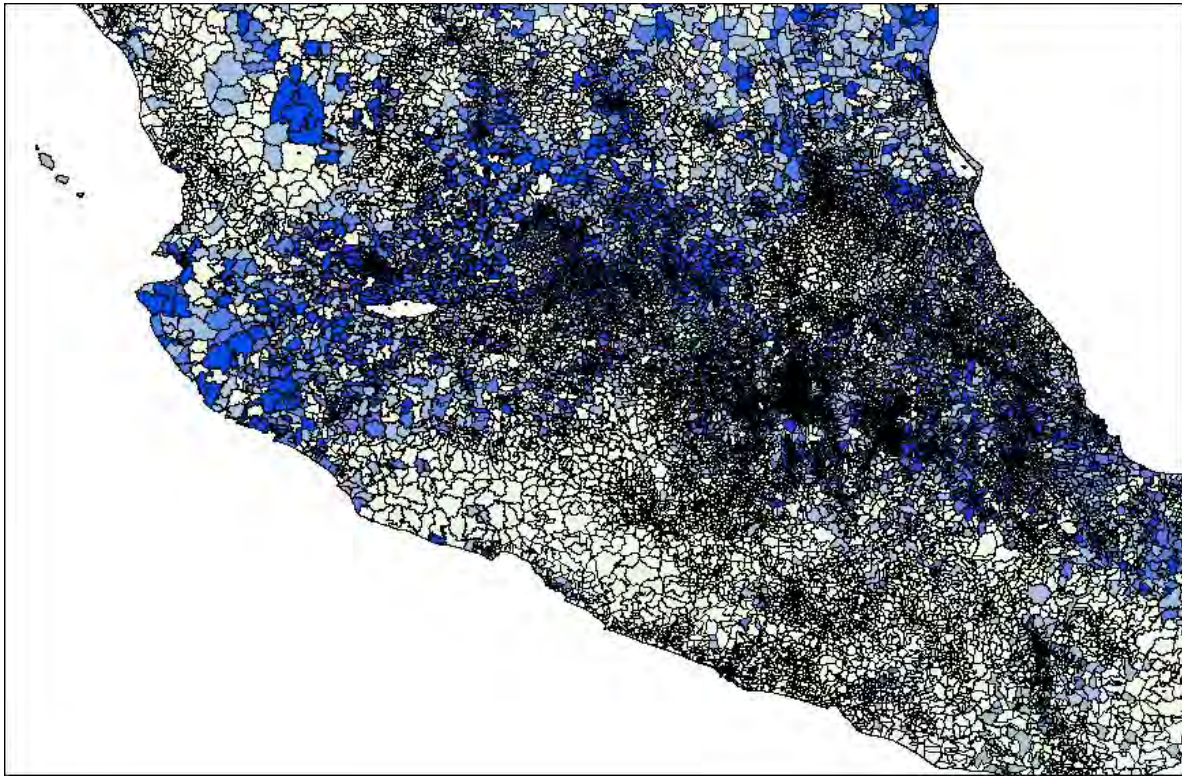
Pero el poder del PAN fue relativo en términos geográficos. Más allá de una dispersión homogénea o no el tema es que el volumen de votos que extrajo del norte del país fue muy pobre. Si se observa el mapa, el rango de votos más alto lo alcanza en algunas secciones de Nuevo León, Chihuahua y Sonora. El mapa de 2006 da una imagen básica de la capacidad de dispersión de las fuerzas. La capa georeferencia el volumen de votos seccional a través de rangos por colores, de acuerdo con la proporción de votos que obtuvo: en 30,293 secciones Acción Nacional logró apoyos que van de 190 a 3 mil 980 votos, mientras que en las otras 33 mil 657 secciones restantes concentró apoyos que van de cero a 190 votos, es decir, casi en el 53 por ciento del total de las secciones. En realidad Calderón se atuvo a las secciones del occidente para alcanzar el triunfo, básicamente de entidades como Jalisco y Guanajuato. En efecto, hay un México en el que los partidos concentran la mitad de sus esfuerzos para ganar en secciones muy específicas, que cruzan transversalmente entidades ganadas por otros partidos, y

otro México del que no pueden extraer el volumen suficiente de votos para alcanzar su triunfo.

Mapa 5.8.
PAN, elecciones presidenciales 2006
Distribución simple de votos por secciones electorales

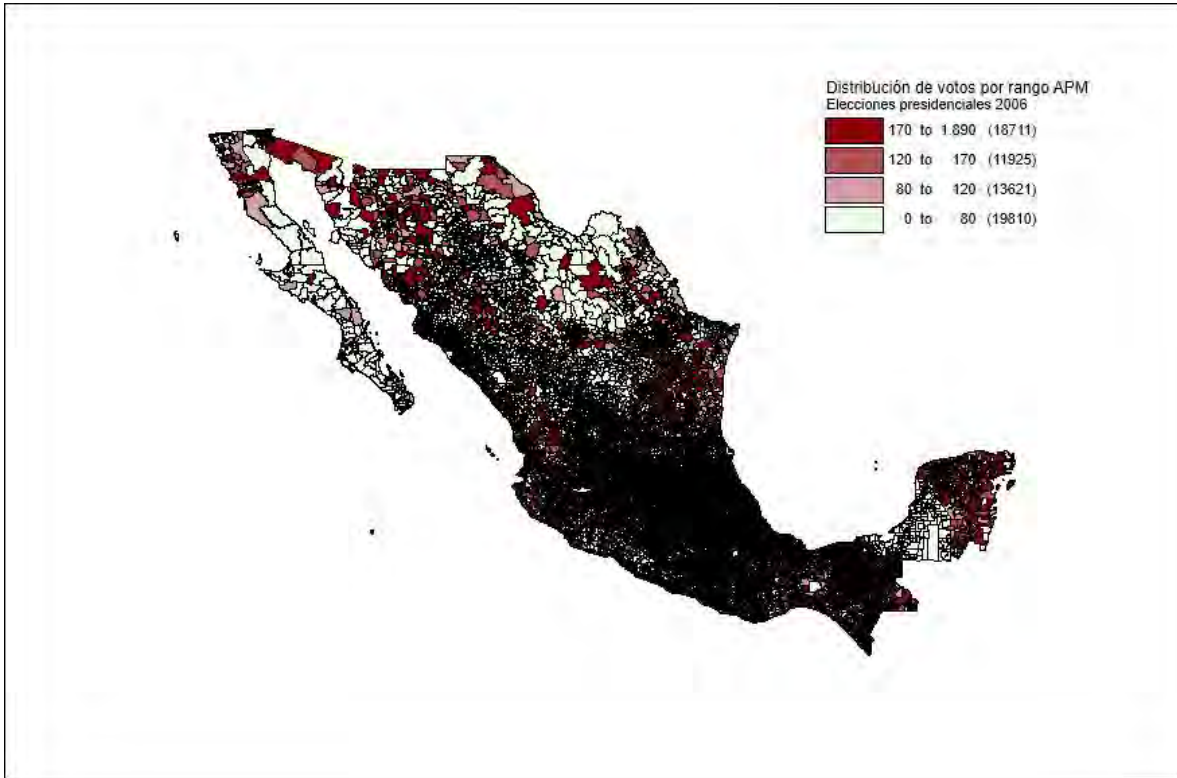


Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

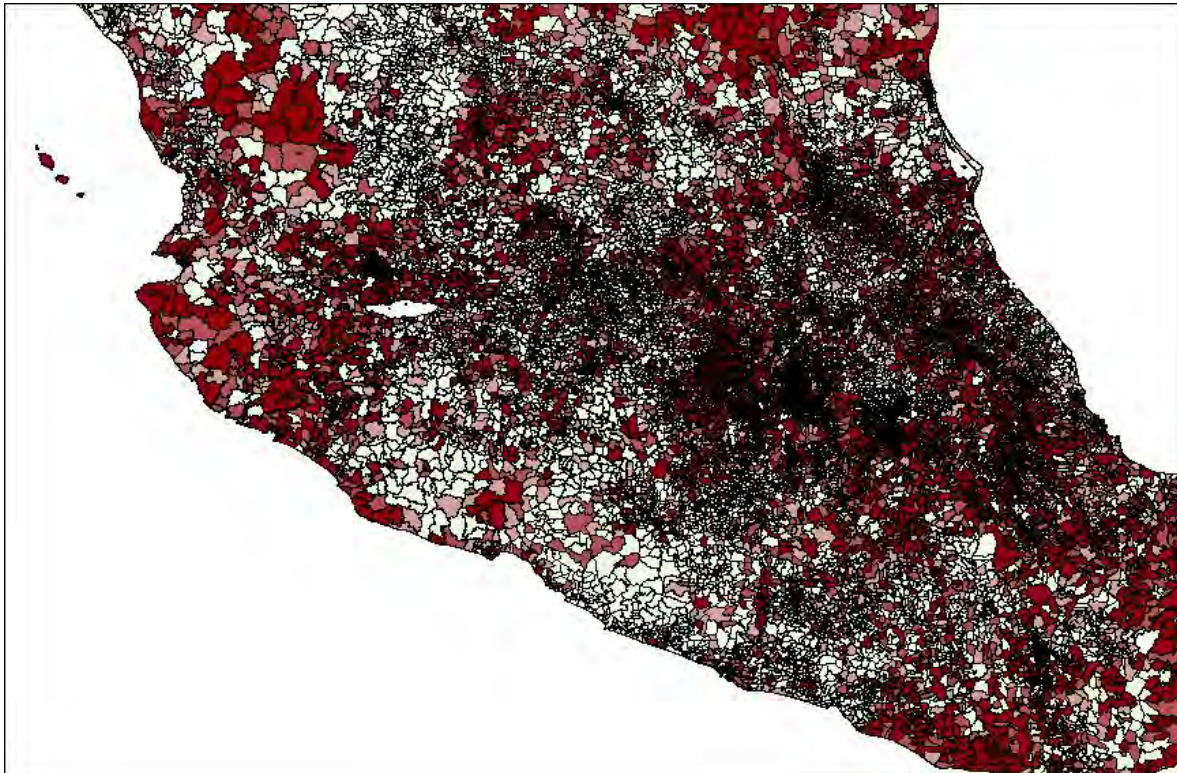


Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

Mapa 5.9.
APM, elecciones presidenciales 2006
Distribución simple de votos por secciones electorales



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

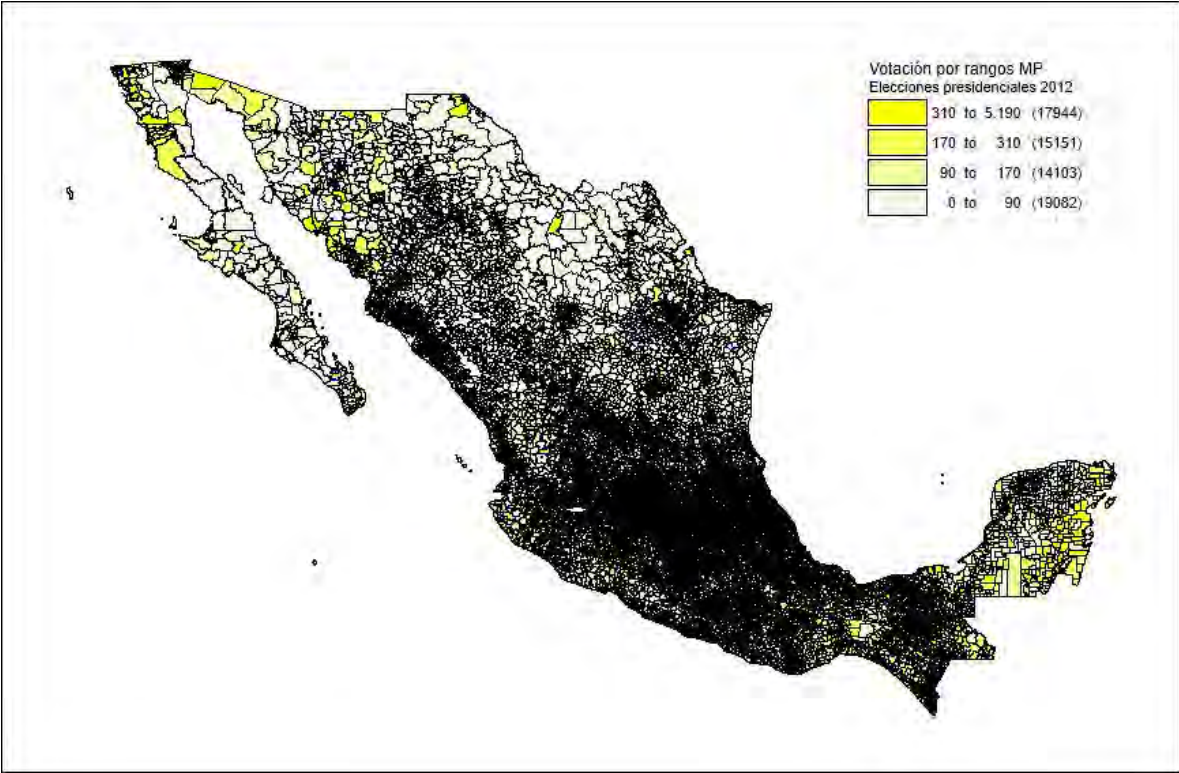
2012

Aparentemente, las elecciones de 2006 habían enseñado a los partidos que sin estructuras territoriales de partido el triunfo resulta imposible. Para los dirigentes del PRD esto era particularmente cierto, pues hacia las elecciones intermedias de 2009 contaba con una gran cantidad de comités de base sin operar y la mayoría de los comités municipales sin renovarse incluso desde antes de 2006, incluyendo a algunos comités estatales no constituidos debidamente, que actuaban de forma provisional (Morales, 2009). Una anomalía si se piensa que son los encargados directos de ejercer los recursos económicos para organizar las elecciones internas. Era evidente que los resultados ya no podían explicarse sólo por un tema de “divisiones internas”, sino por la incapacidad para mantener una estructura en funcionamiento (IDN, 2010). El experimento de las *Redes ciudadanas* del grupo de López Obrador mostró a las claras que los partidos no habían logrado consolidar maquinarias propias, siquiera para cubrir y sostener la representación en las casillas electorales en secciones con alta competencia lo que, en un país donde el voto se compra y coacciona, representa una enorme desventaja para la defensa del voto.

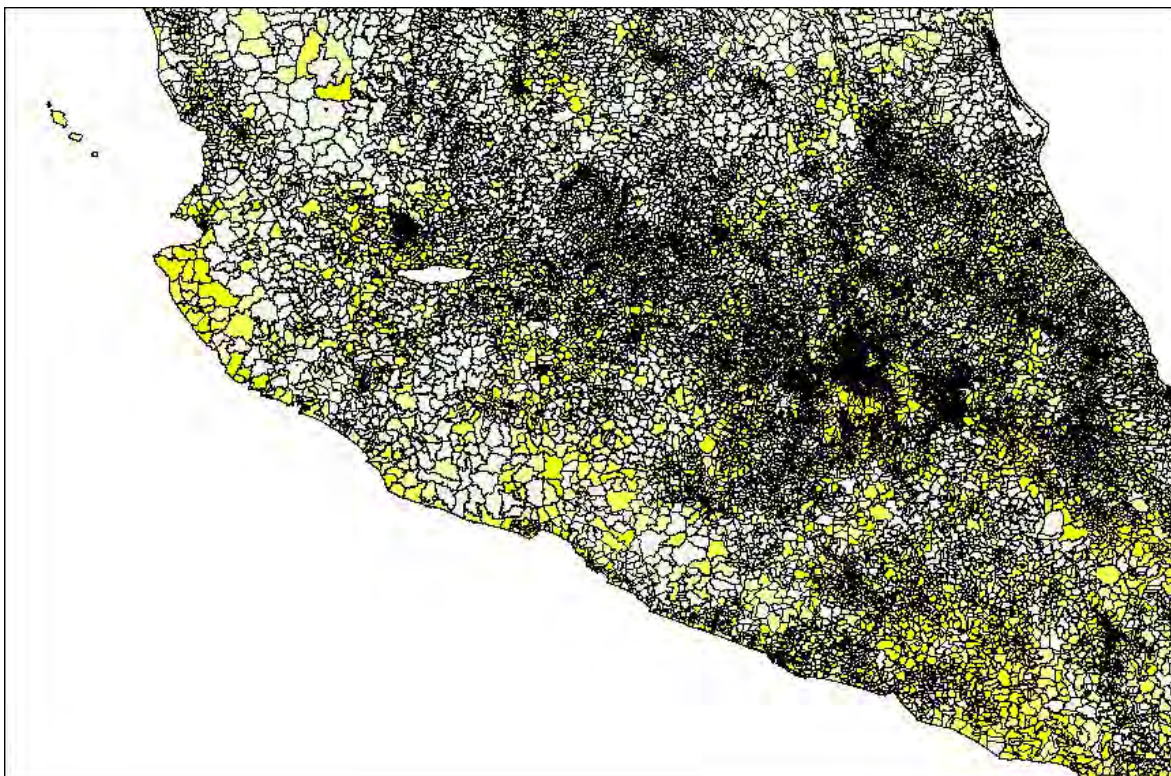
El desafío para una fuerza que no tiene una estructura en funcionamiento, con una militancia activa, es cómo reclutar eficazmente a personas como representantes generales y de casilla. En las intermedias de 2009, el PRD cubrió formalmente el 82 por ciento de las casillas, pero el día de la votación 29 por ciento de los registrados no se presentaron, más de 33 mil representantes que no llegaron a vigilar las casillas. La incapacidad para cubrir casillas fue mucho más marcada en el norte del país, en entidades como Nuevo León (30.95%), Sonora (53.60%) y Chihuahua (62.20%) donde se tuvo la cobertura y asistencia más reducida. Ello hizo necesario que se optara por las alianzas con el PAN en 2010, dentro del Diálogo para la Reconstrucción de México, para ganar entidades como Puebla, Oaxaca y Sinaloa, lo que sólo pospuso el problema. Como se observa en el mapa, no resulta sorprendente entonces que en 2012 aparezca con los rangos de votación más bajos

(de cero a noventa votos), pues la inexistencia de simpatizantes en casillas es una muestra al mismo tiempo de la falta de operatividad del resto de las estructuras.

Mapa 5.10.
MP, elecciones presidenciales 2012
Distribución simple de votos por secciones electorales



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

Para regresar al poder el PRI reconstruyó una poderosa estructura electoral nacional. Las enormes concentraciones en los mítines del candidato Enrique Peña Nieto y las movilizaciones de electores fueron llevadas a cabo por la Secretaría de Organización del partido. Los programas de movilización a los actos de campaña se ejecutaron conjuntamente considerando la organización territorial (comités municipales, comités seccionales) y funcional (CNOP, CTM, CNC), con estructuras de ligas y organizaciones como el Frente Juvenil Revolucionario (FJR), la Organización Nacional de Mujeres del PRI (ONMPRI). Pero otros sectores desplegaban tareas más específicas, como el Movimiento Territorial (MT) que puso en marcha el programa *Caminemos Juntos* para movilizar a los electores el día de la jornada electoral. De acuerdo con Carlos Flores Rico, líder del MT, explicó que *Caminemos Juntos* es un programa que funciona “a partir de la información que ya tienen, los dirigentes, los activistas y los comités de base el día de la elección salen a caminar e invitan a votar a la gente con la que ya tienen el compromiso y se van

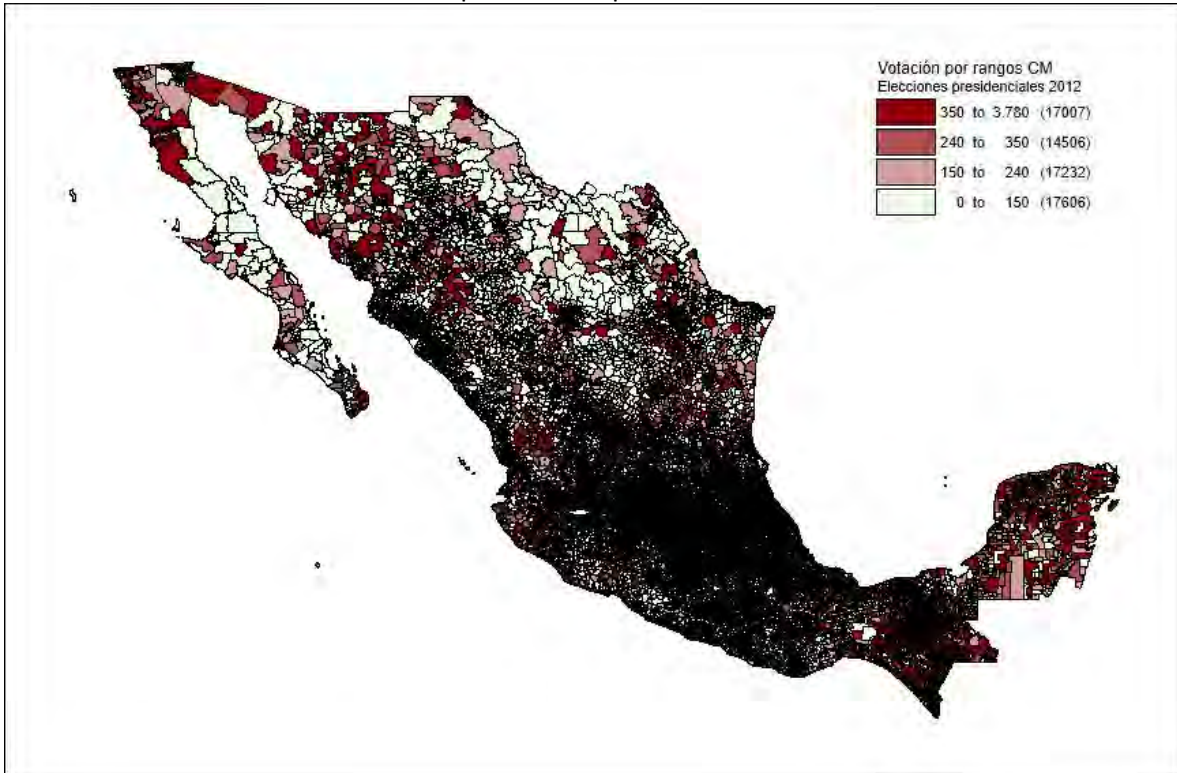
a la casilla. Es un esquema de movilización que se prepara ocho semanas antes de la elección.”

El programa nacional de movilización operó en 50 mil barrios, colonias, vecindades, donde existen comités de bases integrados con cinco dirigentes, lo que sumó una fuerza de 250 mil dirigentes para integrar las mesas directivas de los comités. De acuerdo con Flores Rico “el comité de base tiene la regla de que forma su directiva con cinco personas, que encabezan las gestiones todo el año; establecen una relación humana con los miembros de la comunidad y ese comité de cinco puede tener a su cargo a otras diez, 50 o mil personas, según el tamaño de la comunidad. Yo tengo colonias de mil gentes, de 400, tengo lugares donde nada más son los cinco”. Esta estructura, heredada del anterior líder del MT, Carlos Sobrino, se ha ido perfeccionando, añadiéndosele técnicas de comunicación, de persuasión, así como mecanismos de control y de registros computacionales.

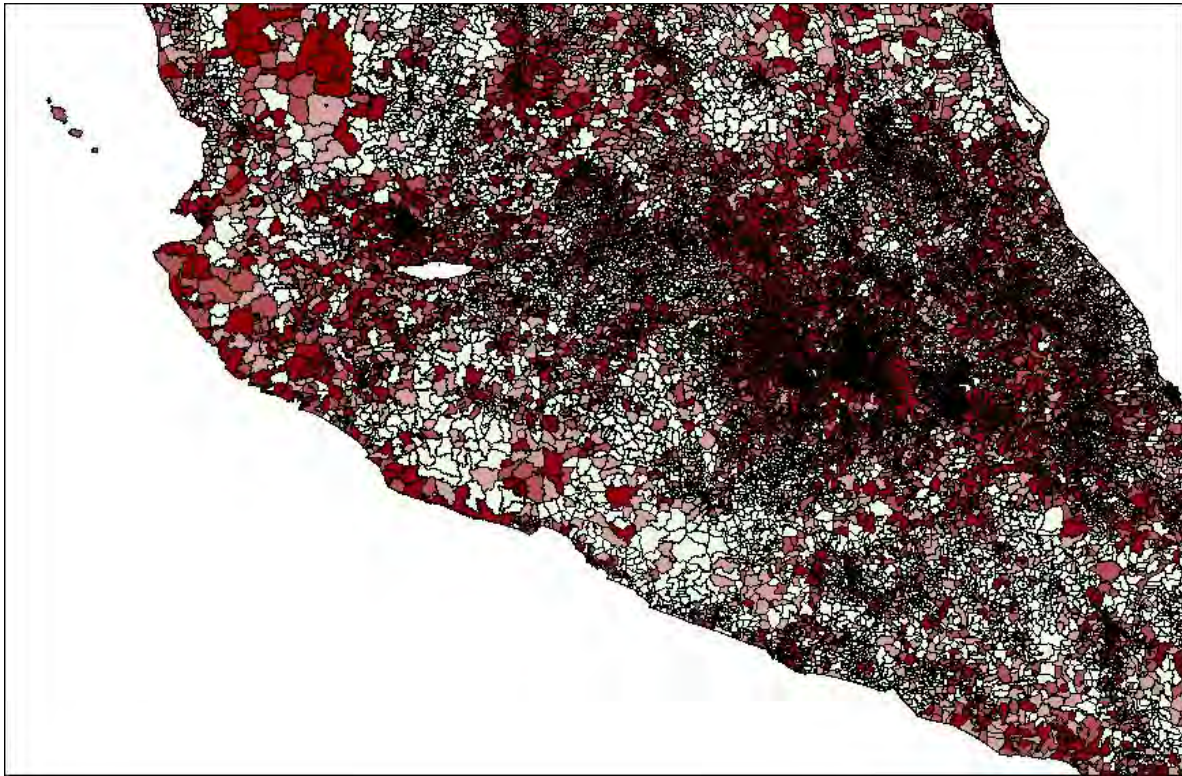
La estrategia replica el modelo de gestión conocido como *Grass roots lobbying*⁵⁸ para construirse como una expresión popular, a modo de un activismo desde abajo, que permite que pueda ser usada lo mismo “para ir a apoyar a un gobierno, para reclamar una gestión o bien para ir a votar.” La base moral que da un modelo de gestión permanente es lo que permite tener la credibilidad para invitar a la gente a votar, lo que da la capacidad de movilización, pues el MT no tiene financiamiento ni gasto alguno, no provee de insumos materiales ni programas “no funciona con utilitarios ni con dinero, no tiene entrega de nada, funciona con en base a la credibilidad lograda en los meses anteriores de gestión social”. El éxito del modelo de movilización por gestión del MT está en alcanzar “250 mil (dirigentes) por cinco personas, en promedio un millón 200 mil votos [...] es descabellado el promedio de votos que les podemos acercar a nuestros candidatos a diputados, senadores y para Peña Nieto”.

⁵⁸ A diferencia del cabildeo directo con los legisladores, el cabildeo de base se usa con el fin de influir en la opinión de la gente respecto de la hechura de la legislación y alentarla para que tome una postura respecto de esta, entrando en contacto con sus legisladores y autoridades de gobierno.

Mapa 5.11
CM, elecciones presidenciales 2012
Distribución simple de votos por secciones electorales

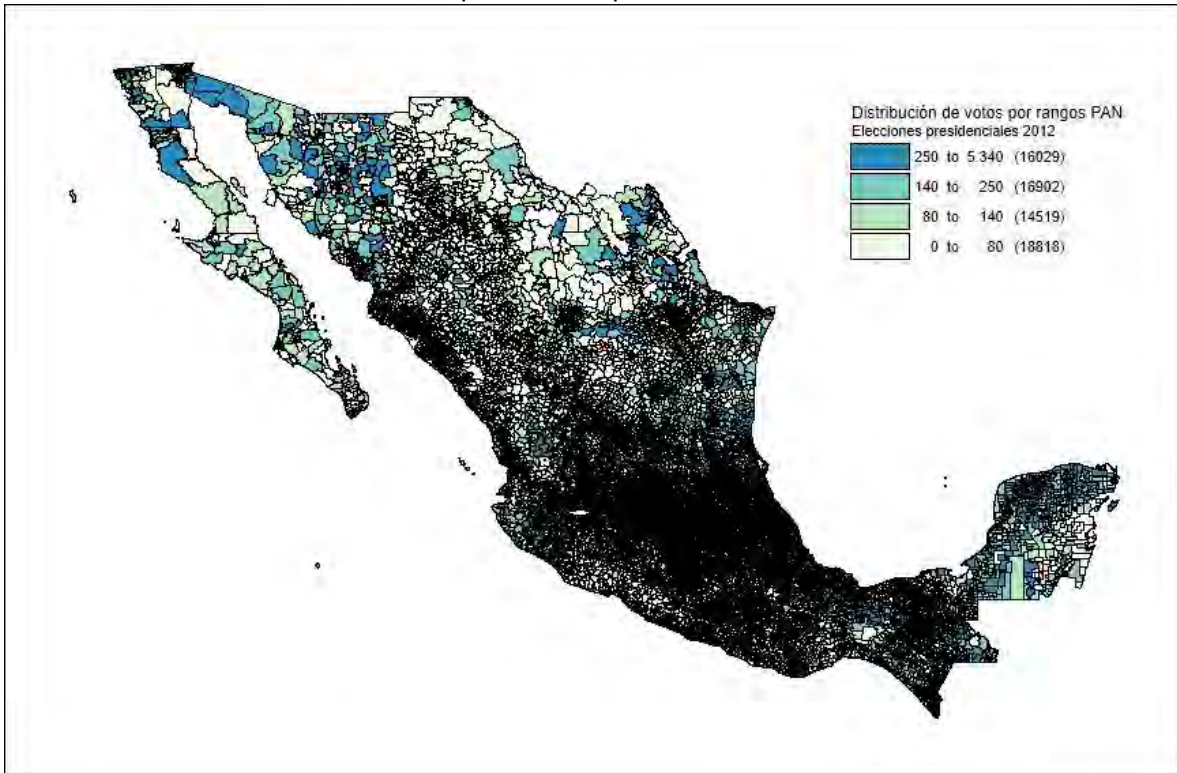


Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

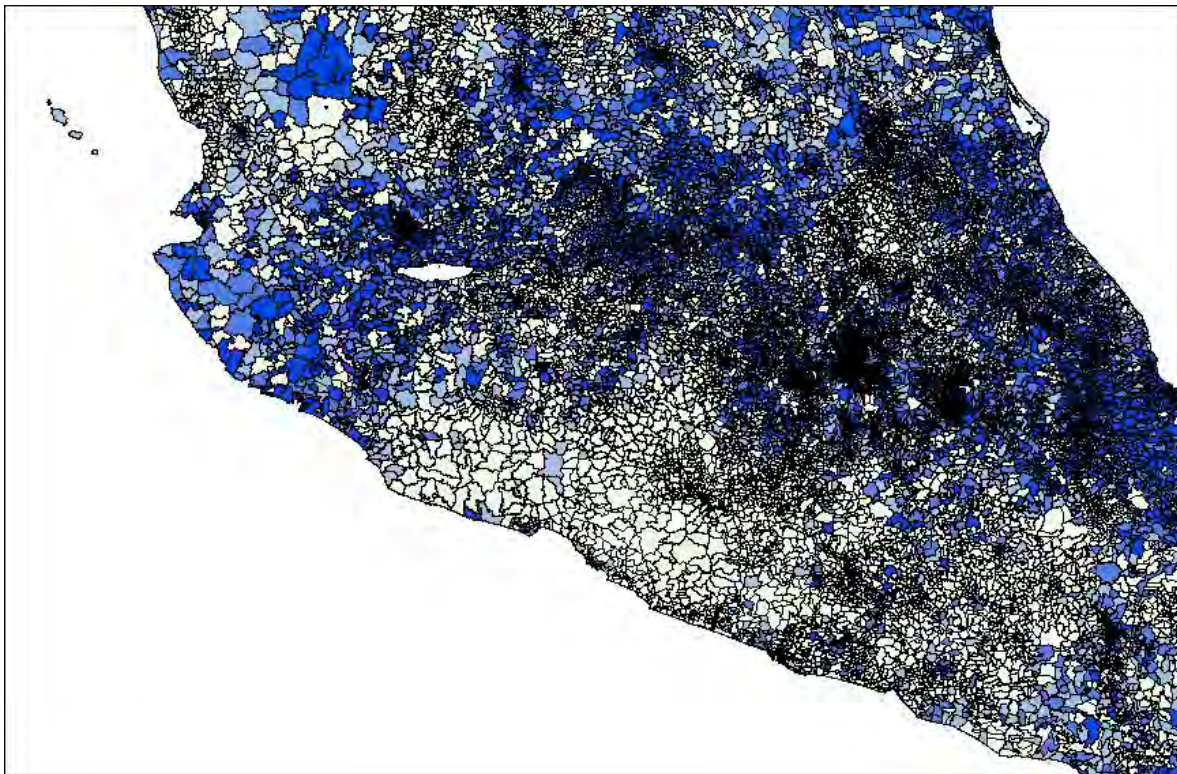


Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

Mapa 5.12
PAN, elecciones presidenciales 2012
Distribución simple de votos por secciones electorales



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

5.3. ANÁLISIS ELECTORAL CON EL PRINCIPIO DE PARETO

El análisis para asignar una prioridad a una unidad geográfica se puede llevar a cabo mediante el principio 80-20 de Pareto, también conocido como *pocos vitales, muchos triviales*. Aplicado en las campañas políticas, este principio postularía que en cualquier elección el 80 por ciento de los votos se obtienen en el 20 por ciento de las secciones electorales donde se realizó la labor de activismo y movilización del voto. En las campañas este es un método que ayuda a definir la estrategia de los partidos al identificar qué secciones aportan más votos en una contienda. Para representar una distribución de apoyos vinculada a la competencia, ahora se construirá una nueva base de datos geográfica considerando este método, a partir de la reunión de datos electorales analizados en Excel con archivos por sección electoral de tipo *shapefile*. La idea es que esta distribución se realice ahora con base en un criterio que privilegia la acumulación de votos por secciones, a partir de la aportación que haya hecho cada sección a la suma total del ochenta por ciento. La asignación de prioridades por número de elecciones ganadas / perdidas tiene el inconveniente de descartar a una sección por haber sido perdida, por ejemplo, ahí donde la diferencia entre primero y segundo lugar haya sido por un par de puntos, lo que puede representar un enorme desperdicio de votos. En cambio, la ventaja del principio de Pareto es que es un modelo simple que permita darle valor a las unidades geográfico-electorales de acuerdo con la asignación de una meta de votos específica.

Para aplicar el principio de Pareto en las elecciones objeto de estudio se procede de la siguiente forma:

1. Con las tablas de resultados electorales para elecciones de presidente de la República se obtiene el total de votos obtenidos por cada uno de los partidos políticos nacionales, luego se ordenan los datos en forma descendente y se

obtienen las frecuencias acumuladas para cada uno; finalmente, se adiciona una nueva columna en la que se identificarán las secciones que aportan apoyos al 80 por ciento;

2. El siguiente paso es conjuntar los datos de la tabla de excel con *shapefile*,⁵⁹ a partir de un código que permita la georreferenciación por entidad federativa y el número de la sección electoral, para lo cual se genera una columna en común para la tabla de cada uno;
3. En la columna de frecuencias se ubica el número de votos que se acerca más al ochenta por ciento. A partir del registro seccional donde se ubica este número se pone una unidad cualquiera en una columna contigua y el resto de las celdas que cuentan con el 20 por ciento se fijan en cero;
4. Finalmente se genera un mapa temático con la columna que identifica las secciones que aportan al 80 por ciento, y se define el número de rangos y sus valores, para que las secciones que aportan se separen del 20 por ciento restante, o sin valor.

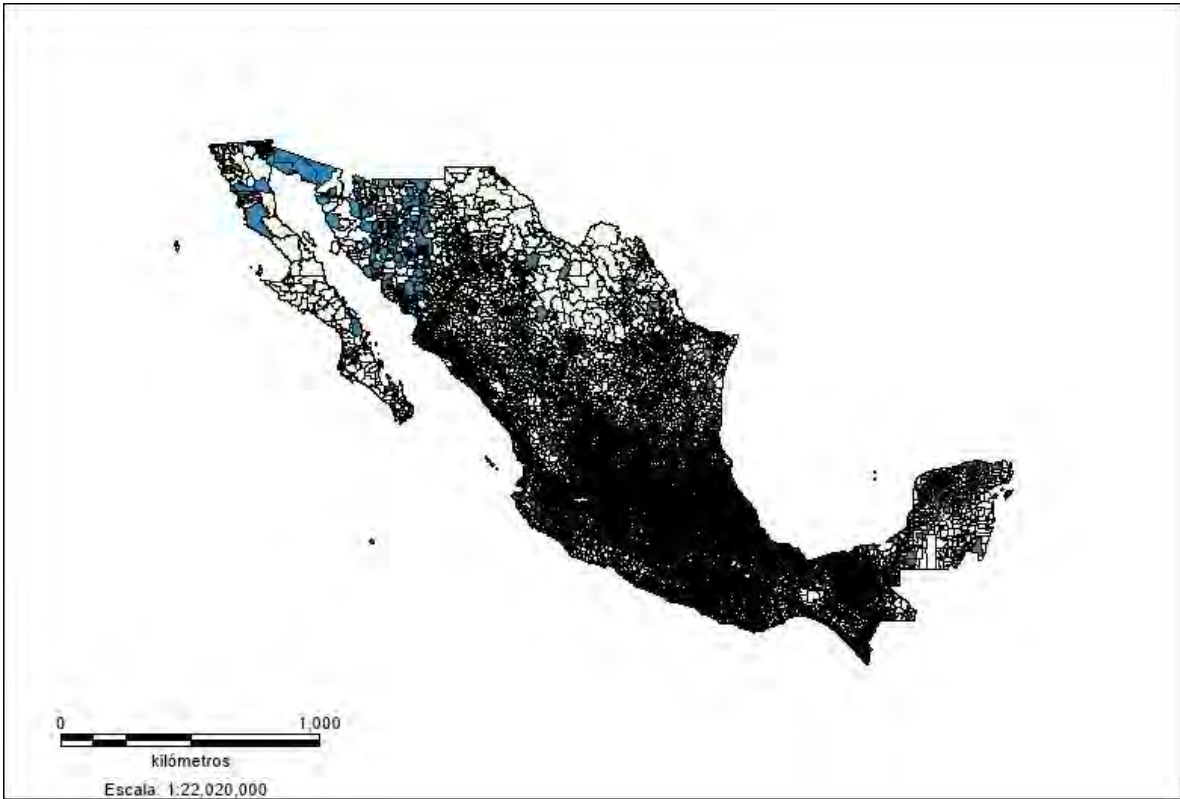
Con la prioridad por sección, la distribución de apoyos queda sujeta a una racionalidad que busca la maximización del beneficio. Las secciones en color ya no tienen un valor arbitrario, sino que se les asigna un peso específico en el sumatorio total del juego.

Para el proceso electoral de 2006, el PAN retiene la presidencia de la República con el margen de victoria más cerrado de la historia contemporánea, de tan sólo medio punto porcentual. Con todo, la elección no fue llamativa por la polarización política -un fenómeno enteramente normal en cualquier proceso de competencia. Lo que debió haber sido motivo de atención fue que el proceso compactó a dos electorados ideológicamente opuestos en medio de una nacionalización del sistema de partidos a la baja (como lo muestran los indicadores de la tabla 3.1). En realidad, la intensidad de esta campaña se vio reflejada en tierra, pues Felipe Calderón empata

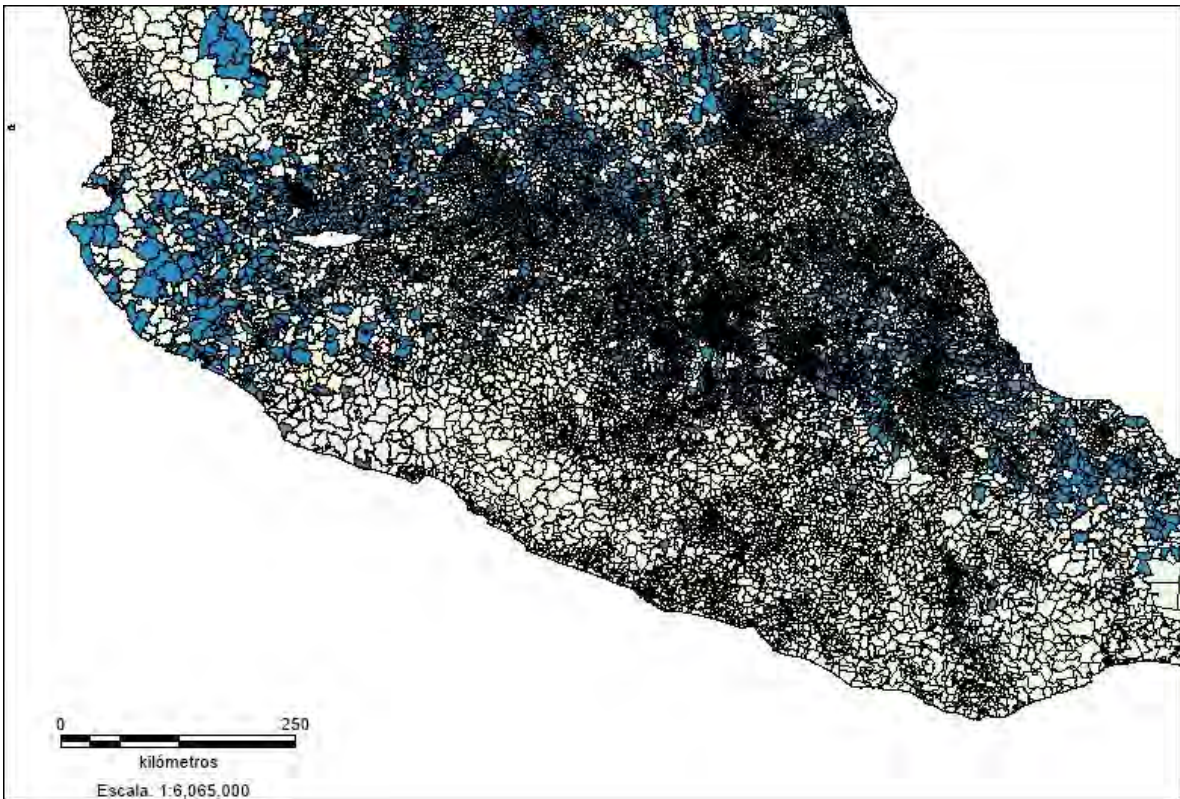
⁵⁹ Los *shapefile* se encuentran dentro de los formatos más comunes de codificación de capas, aunque existe una amplia variedad de formatos informáticos para la información geográfica. La capa (*layer*) es un concepto fundamental en el manejo con los SIG.

con el PRD en el origen del 80 por ciento de sus votos, que fueron extraídos de un 52.7 por ciento de las secciones electorales del país, (33 mil 776, de un total de 64 mil 688) frente al 53 por ciento de las secciones (33 mil 971) en las que el candidato de la izquierda extrajo 11.8 millones de votos. Como se nota en el mapa 5.13, no se advierten patrones con algún tipo de contigüidad territorial, ni siquiera por distritos. Muy al contrario, lo que se observa en el PAN -y en todos los partidos- es una tendencia a la reducción de su alcance nacional. Este hecho por sí mismo hace difícil hablar de una suerte de votación de corte regional, como algunos observadores sostienen al analizar esta elección, basados en una lectura de votos por entidades federativas (Alarcón y Granados, 2007) pues los partidos llegaron a extraer votos de los estados rivales, como si hubiesen compartido territorios. Lo que sí puede confirmarse es que la presencia del PAN en entidades controladas por partidos contrarios poco aportó a la suma de apoyos en las elecciones de 2000 y 2006 (Alarcón y Granados, 2007).

Mapa 5.13
PAN, elecciones presidenciales 2006
Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto



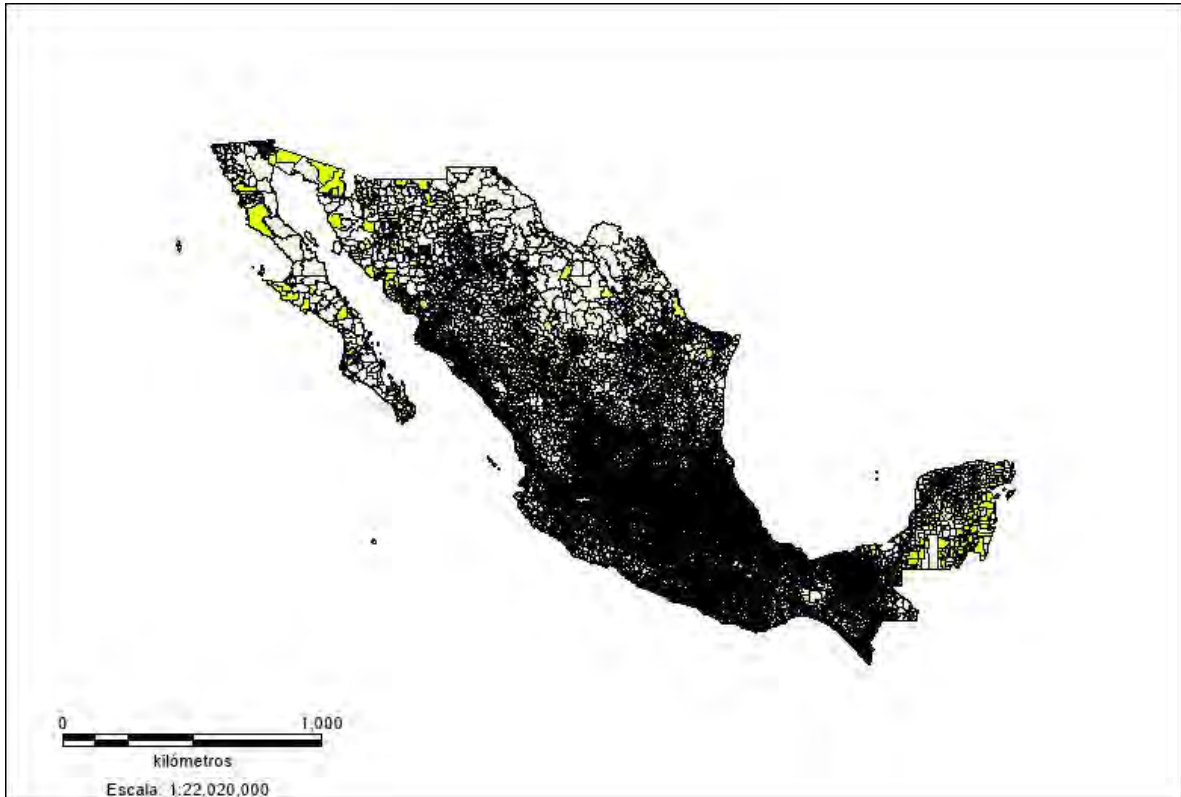
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



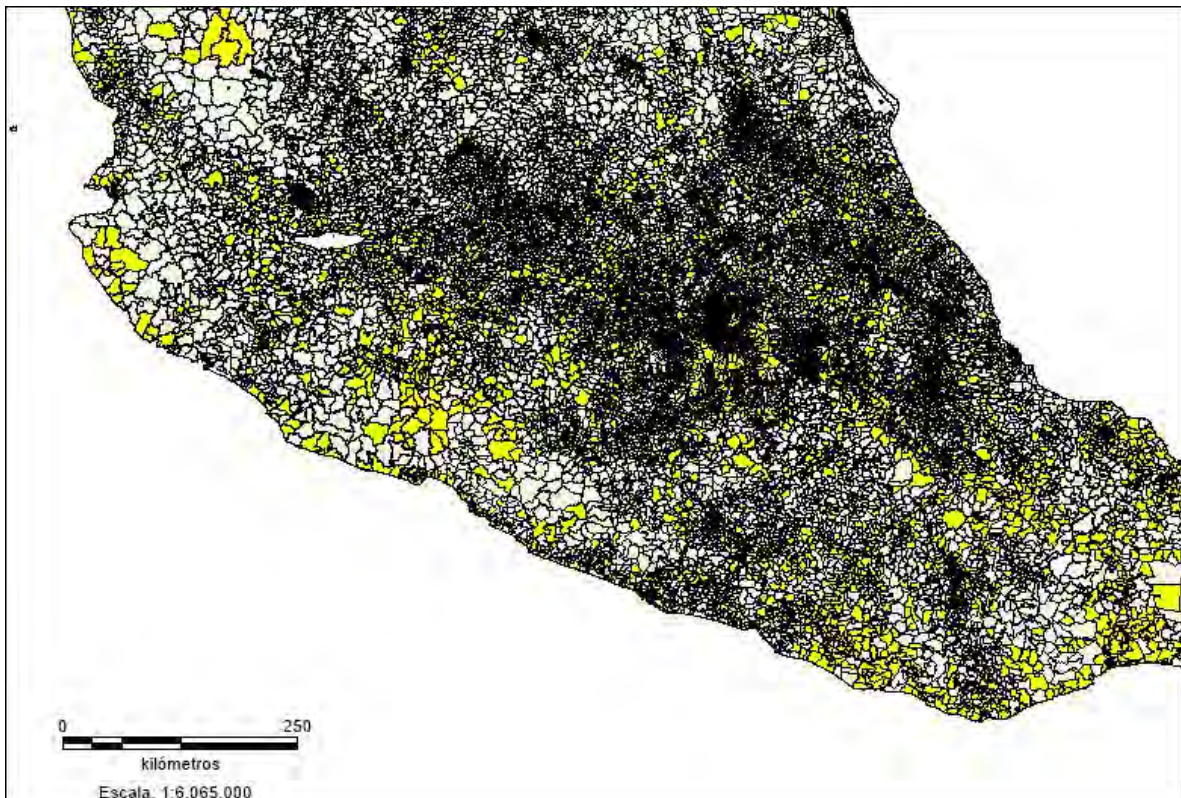
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

El PRD desplegó un juego muy competitivo, a pesar de las dificultades que supuso la injerencia del presidente de la República en el proceso electoral y el polémico papel que tuvo el Tribunal Electoral al validar la elección en su conjunto. Como se dijo, la izquierda extrajo su votación de 33 mil 971 secciones (en poco más de la mitad de la geografía electoral del país). Aunque en el reparto de culpas y responsabilidades se achacó a varios operadores de las *redes ciudadanas* el fracaso de la elección, lo cierto es que se había conseguido competir por vez primera en lugares donde la propia izquierda no había conseguido tener presencia, como en el norte del país. Andrés Manuel López Obrador fue el segundo candidato más votado en Baja California, Sinaloa, Sonora y Tamaulipas. Es cierto, como señala el balance poselectoral hecho por el propio partido (PRD, 2006), que hubo falta de coordinación entre las redes y las direcciones estatales, pero se trata de un problema natural entre arribistas y doctrinarios, como se vivió en la campaña de Fox en 2000. Lo increíble es que con todo y que el 40 por ciento de los militantes de este partido estuviesen en tres entidades como Michoacán, Distrito Federal (hoy Ciudad de México) y Estado de México el partido haya podido crecer electoralmente en secciones de entidades como Puebla y Querétaro.

Mapa 5.14
PRD, elecciones presidenciales 2006
Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto



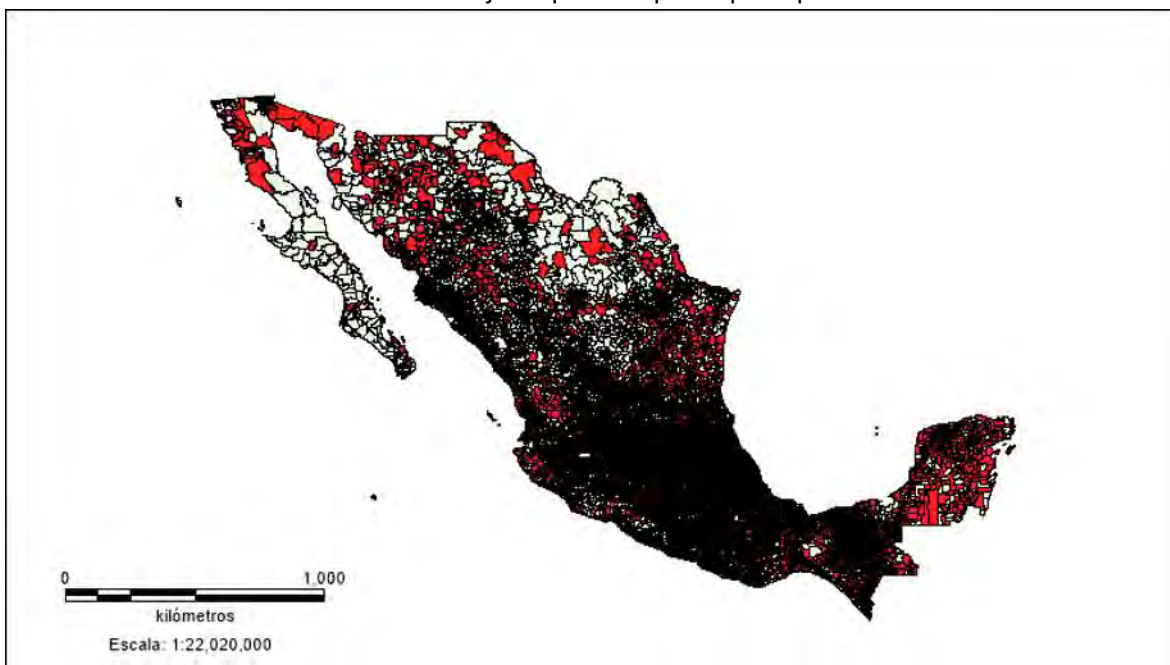
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



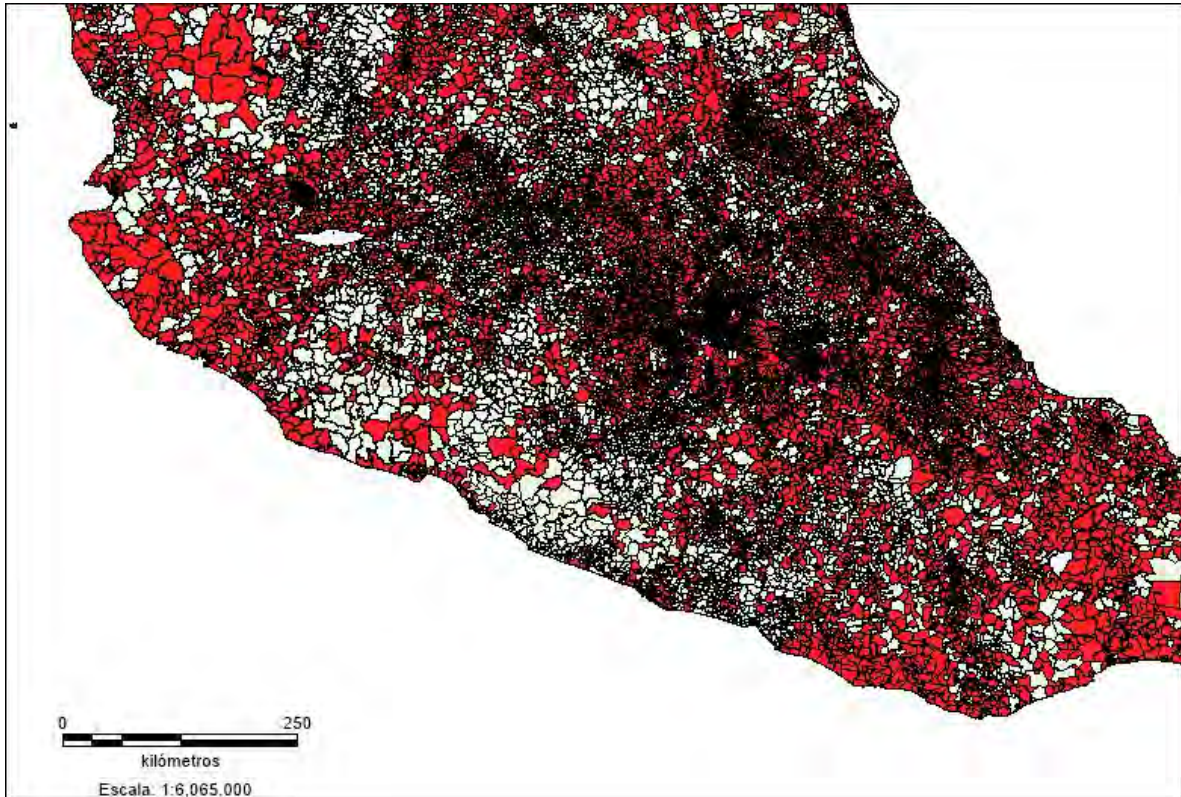
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

Los 9.3 millones de votos que obtiene Roberto Madrazo del PRI surgen de una tercera parte de la geografía electoral, de apenas 29 mil 198 secciones. Lo paradójico es que ese número reducido de secciones tuvieron al mismo tiempo la votación más dispersa de ese proceso, mientras que el PAN y el PRD estuvieron por debajo de los índices de nacionalización (0,8391, 0,8157 y 0,7359 puntos cada uno, respectivamente). Sin haber ganado ni una sola de las entidades federativas, el PRI demostraba en la derrota tener la estructura de movilización mejor armada, pues el origen de su derrota estuvo más que nada en el tortuoso proceso de sobrevivencia y reorganización que padecieron una vez que fueron expulsados de la presidencia en 2000, lo que los llevó a divisiones internas insalvables en el seno de la cúpula, por el control del propio partido, y entre los gobernadores, por la definición de candidaturas (Mirón Lince, 2007).

Mapa 5.15
PRI, elecciones presidenciales 2006
Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

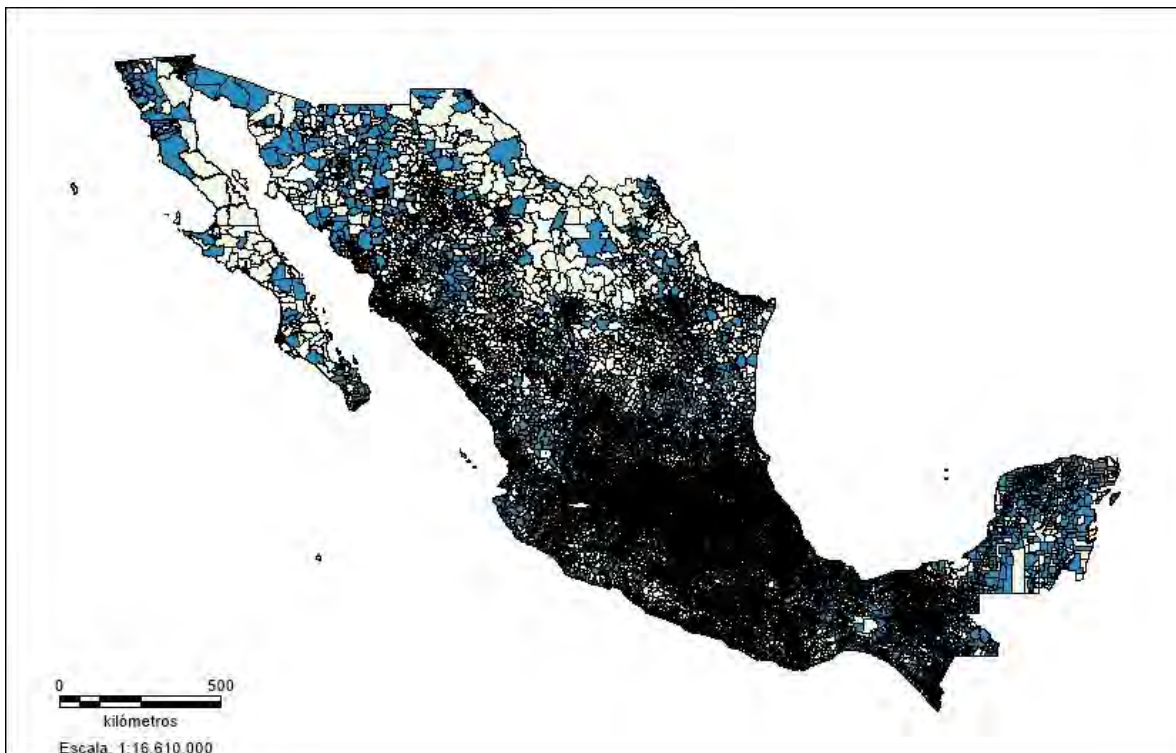


Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

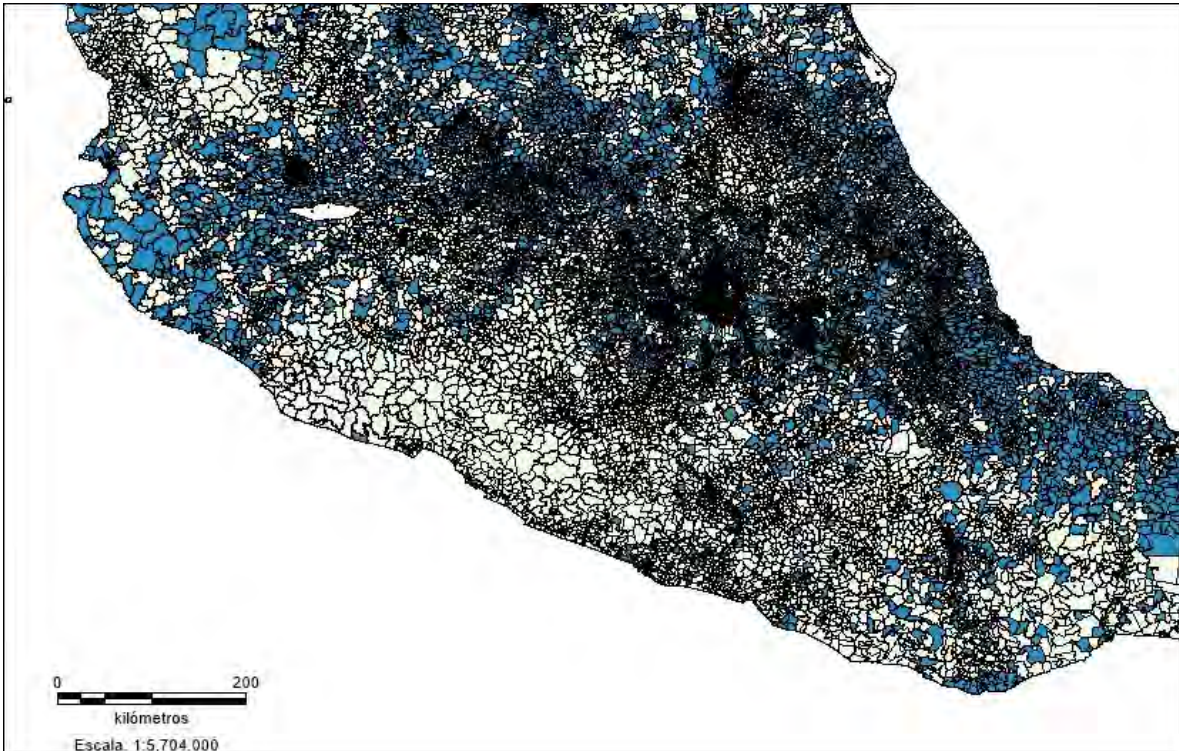
En 2012, de las 66 mil 462 secciones en las que se dividió el país Acción Nacional extrajo el ochenta por ciento de su votación total del 47.78 por ciento (31,758 secciones). O dicho de otra forma: estas secciones contribuyeron al 26 por ciento de la votación nacional con la que obtuvo el tercer lugar (12.7 millones de votos en total). Esto no impidió que el PAN obtuviera una distribución claramente más homogénea que el resto de los partidos, al menos en lo que respecta a la contigüidad territorial, como se observa en los mapas a simple vista. Ahora bien, los datos dicen que si extendiendo los apoyos en el territorio, en casi la mitad de las secciones electorales, no es suficiente para ganar una elección sólo queda aumentar el volumen de votos a extraer de manera intensiva, más votos de menos secciones. De otra forma, la estrategia extensiva, significaría buscar votos adicionales de un mayor número de secciones, pero donde hay pocos votos. De seguir esta estrategia, el PAN hubiese tenido que hacer grandes inversiones financieras para levantar una maquinaria de movilización por todo el país, para ir por votos cada vez menos rentables, en términos de una estrategia que va por lo

poco y lo costoso. Este escenario era poco probable debido a que la candidata Josefina Vázquez Mota no contó con los recursos económicos necesarios para financiar su campaña. El caos que se vivió en su equipo se debió, sobre todo, a que el presidente Felipe Calderón abandonó a Vázquez Mota para negociar su apoyo político con el candidato del PRI, lo que fue corroborado por la propia candidata en posteriores entrevistas.

Mapa 5.16
PAN, elecciones presidenciales 2012
Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto



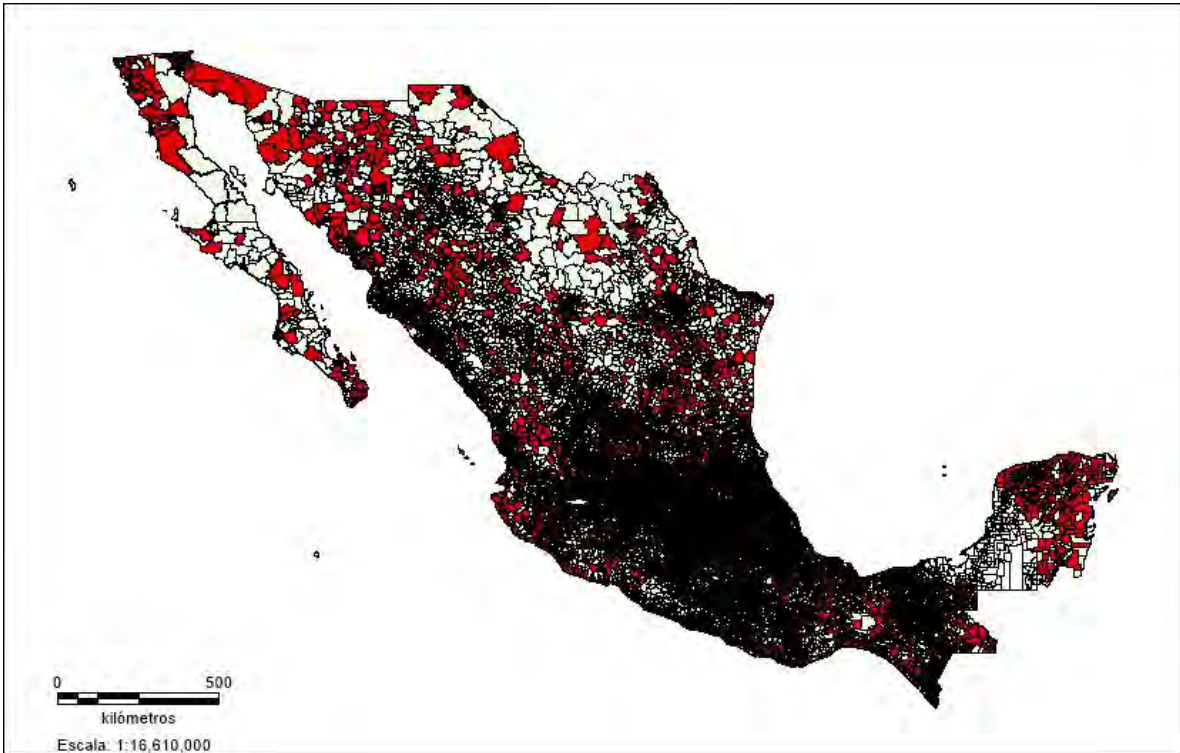
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



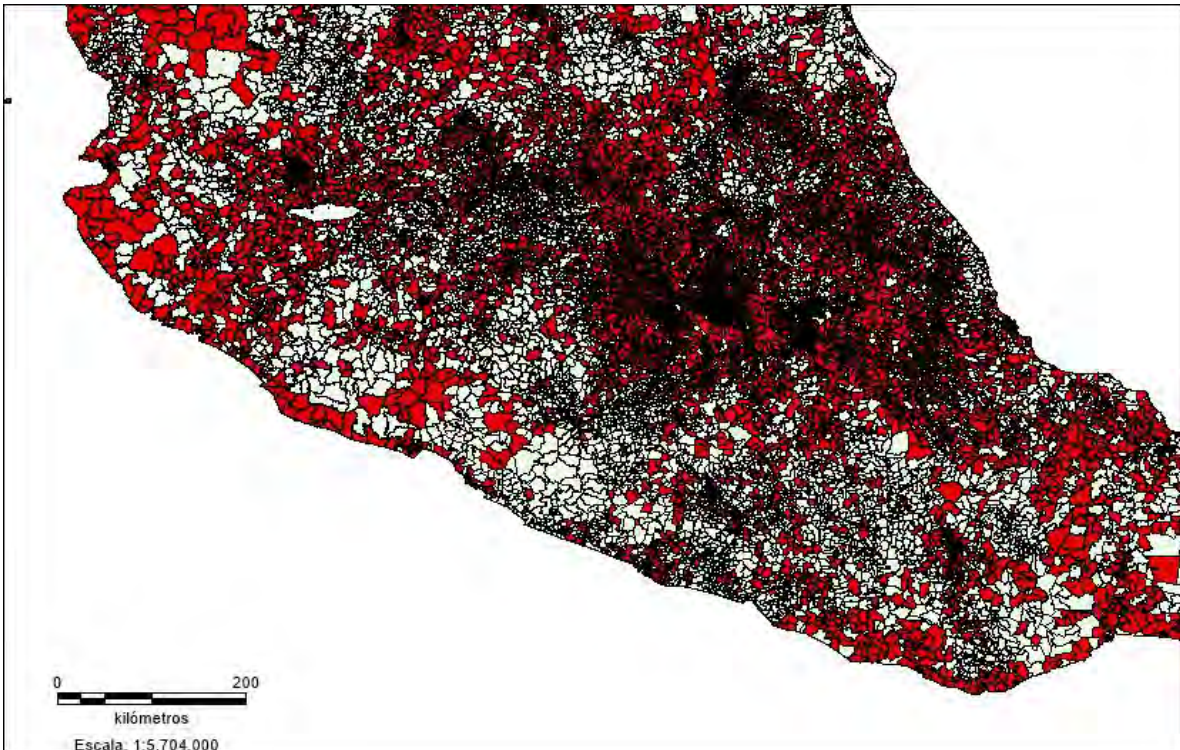
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

A pesar de que el PRI fue el artífice de la modernización de las campañas en tierra en 2012 fue el partido que sumó más secciones electorales, en contra de la lógica *paretiana*, pues de las más de 66 mil secciones obtuvo el 80 por ciento en el 55.27 por ciento de éstas, y además fue la fuerza que más se alejó de la maximización del voto en términos geográficos, al concentrar visiblemente sus apoyos en zonas del sur, noroeste y centro del país. Aparentemente su estrategia nacional se había centrado sólo en el Estado de México, del que obtuvo cerca de tres millones de votos. Pero los datos por secciones reflejan otra realidad. El PRI estuvo lejos de desplegar una estrategia intensiva y apostó a secciones de baja volatilidad, las cuales estuvieron dispersas por todo el país, pero sin que se advierta una distribución homogénea en términos de algún tipo de contigüidad territorial, como concentraciones por estado o región alguna.

Mapa 5.17
 PRI, elecciones presidenciales 2012
 Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto



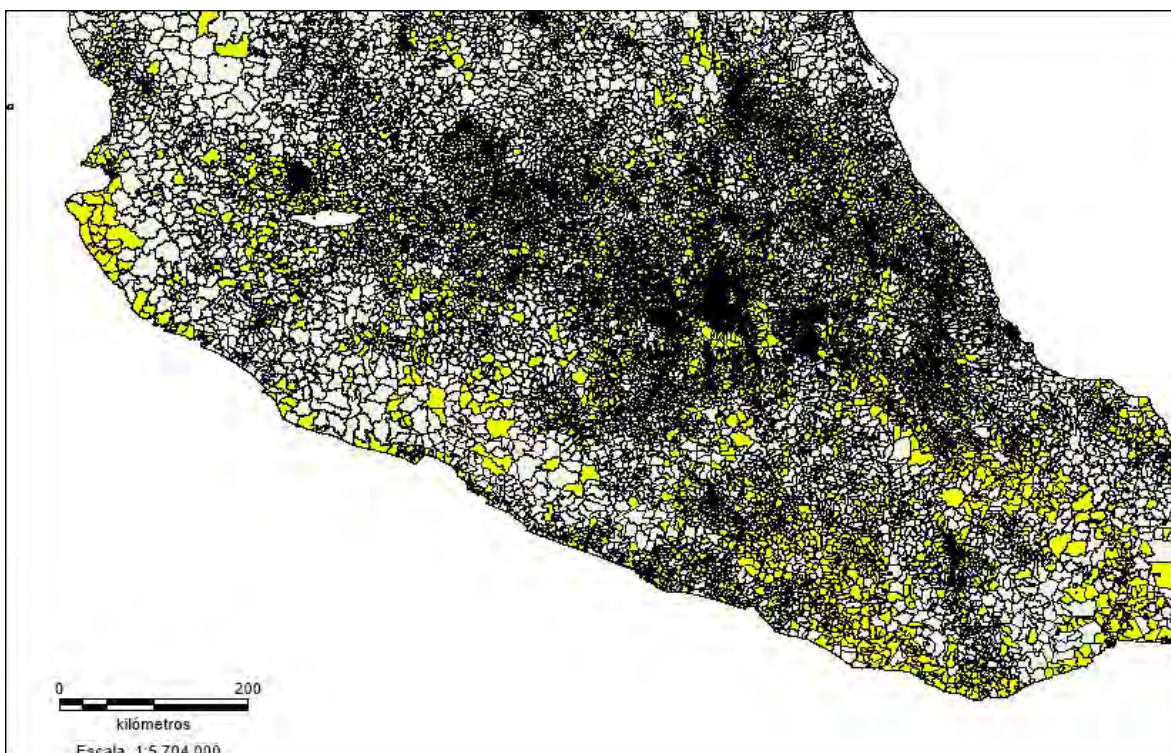
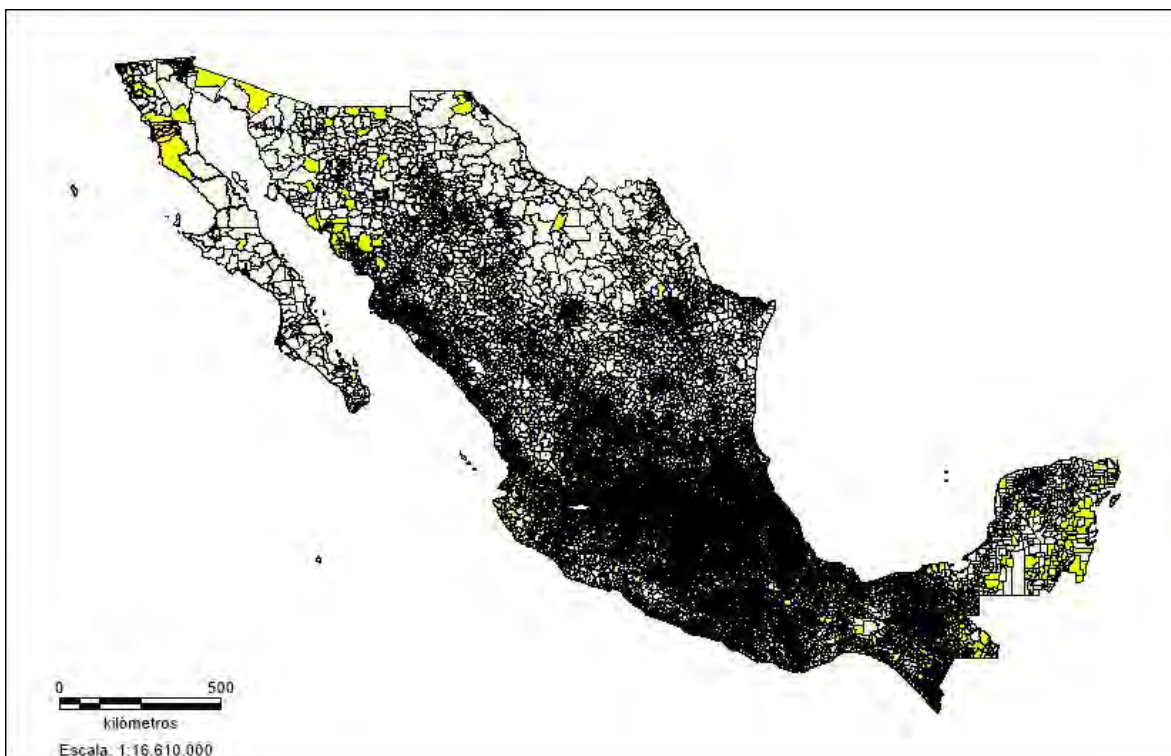
Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

En cambio, el PRD alcanzó su 80 por ciento (12 millones 679 mil 62 votos) en 30 mil 296 secciones, es decir, en un 45.58 por ciento de estas, consolidándose como una fuerza competitiva, a una distancia de siete puntos del ganador (3.3 millones de votos). A pesar de que el candidato de la coalición Movimiento Progresista tuvo el cien por ciento de los espacios en radio y TV, los números reflejan que la vieja escuela de las campañas se impuso, desplazando los recursos y las estructuras a los confines más alejados del país, sin importar si los esfuerzos iban a redituarse directamente en los resultados de la contienda. Esta inercia proveniente de las campañas de los años treinta del siglo pasado representa un riesgo latente en la medida en que no hay una valoración más racional respecto de las zonas o unidades que tienen mayor impacto y de las secciones que cuentan con mejores tasas de retorno. La fórmula de cuidar y combatir en la casilla más alejada de la sierra de Durango puede representar un desperdicio de recursos y un enorme desgaste en el trabajo de las estructuras, sobre todo si en esas unidades de disputa no existen militantes en quienes pueda recaer el trabajo de presencia en las casillas para el día de la jornada electoral o siquiera votantes habituales por el partido.

Mapa 5.18
PRD, elecciones presidenciales 2012
Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto



Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

5.4. LA FRANJA DE LA RENTABILIDAD

Los partidos se desdoblan en territorio con diversos propósitos, tanto para mantener el registro como para alcanzar una franja que les permita ser competitivos (Figura 4.1). Para ubicar esa franja se usará el modelo 80-20 de Pareto como parámetro de comparación. El 20 por ciento se considera el tamaño del territorio a gestionar en campo dado por el número de votos y no debe ser confundido con el porcentaje total que obtiene un partido en una elección, o lo que se conoce simplemente como la votación total nacional emitida, en números relativos. Los equipos de campaña requieren usar un parámetro porque con ello es posible concentrar con precisión los recursos de la campaña, incluyendo no sólo los recursos financieros sino también recursos como la administración del tiempo de la gira de un candidato, y el despliegue de las estructuras humanas de representación, promoción y movilización del voto. Este ejercicio es de suma importancia para entender por qué algunos partidos dispersan sus apoyos en ciertas zonas de un territorio, sobre todo porque no existe la exigencia de una distribución específica de votos -como sucede en las elecciones multi-distritales de Estados Unidos. En una competencia tipo *plurality-majority system* o de votación uninominal por mayoría simple, las fuerzas políticas pueden darse el lujo de despreciar segmentos enteros de votantes, sin importar como esté distribuido el electorado en términos geográficos.

Esto no aplica en el caso de fuerzas que buscan por vez primera el acceso a la competencia. Las fuerzas emergentes apuestan a competir en entidades donde tiene mayor peso electoral, aunque esto regionalice sus apoyos pues no tienen otra opción para poder sobrevivir, por lo que se opta por coordinar fuerzas con partidos más grandes, para distribuir la operación de los territorios según la capacidad de cada uno. Por ejemplo, para los operadores electorales que fundaron el Partido Nueva Alianza esto es un error, más que nada en los partidos de reciente creación

porque si tú buscas maximizar los votos solamente en aquellos lugares donde no tienes fuerza o representación, la probabilidad que quedes por debajo del umbral es muy clara, tú no te puedes dar el lujo de despreciar los votos en lugares donde no tienes representación, los dos partidos que han tenido mejores resultados en elecciones federales es Nueva Alianza, partidos de nueva creación, es Nueva Alianza y ahora es el PES [Partido Encuentro Social] y en ambos casos han sido por campañas mediáticas nacionales muy llamativas, la de nosotros, la primera fue *Uno de tres*, la segunda fue la de Quadri, ahora el PES con Héctor Suarez y si tu revisas de donde le salieron los votos, casi podríamos afirmar que salieron de muchos lugares donde ni siquiera tenían representación ¿por qué?, porque ahí fue la mercadotécnica, la televisión las que le dio votos, el mejor ejemplo es el Distrito Federal, ni el PES ni el Nueva Alianza tenía una representación original aquí fuerte en el D.F. y por la televisión sacaron muchísimos votos⁶⁰.

Como puede observarse en la tabla 4.5, los partidos se mueven en una franja de entre 30 y 35 mil secciones electorales, en promedio. Como ya se mencionó, esta distribución de apoyos es resultado de un criterio que asigna prioridades y presenta espacialmente una geografía que no corresponde con una distribución simple del voto, como suele presentarse al resultado luego de una jornada electoral. La geografía por prioridades agrupa a las secciones según su capacidad para aportar a la meta del 80 por ciento de la votación, mientras que la distribución simple no ordena a las secciones bajo ningún criterio, otorgándole el mismo valor a todas, en términos poblacionales. En todo caso, los datos muestran que todos los partidos optaron por una distribución espacial con arreglo a criterios racionales, pues con la excepción del PRI en dos elecciones (2000 y 1994), el resto de los emblemas rebasaron en muy pocas veces el cincuenta por ciento de las secciones más redituables. Esto significa que la duración del sistema tripartidista no sólo se debió a la estabilidad misma de las reglas del juego sino también a la persistencia de estrategias de movilización y activismo del voto que llevaron a patrones de competitividad similares. Este hecho, como se mencionó con anterioridad, es producto de una rivalidad sostenida en el tiempo, concentrada en tres partidos,

⁶⁰ Entrevista: Xihuh Tenorio, Ciudad de México, 13 de junio 2016

alrededor de la posición centrista del PRI. La división política partido dominante-pluralismo de partidos otorgó valor y estabilidad al combate nacionalizado entre el otrora Partido Oficial y las oposiciones bilaterales desafiantes.

Se podría sostener que la lucha por el centro determinó la geografía de la competencia política en el país. Si se quisiera corroborar una hipótesis de esta naturaleza se tendría que hacer una clasificación de las secciones por regiones (norte, sur, centro, etc.), o por distritos o circunscripciones para identificar una fractura socio-territorial pero se rompería con la teoría que postula cómo la nacionalización de la política por la vía electoral prescinde de las divisiones socio-territoriales o de cualquier consideración de orden no político, no vinculada directamente con las capacidades de movilización de los partidos y sus objetivos políticos inmediatos. En todo caso, es claro que los equipos en campo buscan atraer apoyos de muy diversas poblaciones y no sólo de aquellas que se encuentren en zonas urbanas, por ejemplo, donde la densidad poblacional es más alta y, por sentido común, podría ahorrar costos al trabajar en territorios compactos o con mayor conectividad por vías de transporte o caminos para el desplazamiento eficaz de las estructuras operativas terrestres.

Tabla 5.5

Secciones electorales que contribuyeron al 80 por ciento de los votos por partido en elecciones presidenciales

Año	PAN		PRI		PRD	
	Secciones	%	Secciones	%	Secciones	%
2012	31,758	47.78	36,734	55.27	30,296	45.58
2006	33,776	52.70	29,198	33.08	33,971	53.24
2000	29,122	45.88	38,265	60.29	26,994	42.53
1994	27,754	43.76	37,788	59.58	26,782	42.22

Fuente: cálculos del autor, con datos del IFE

Las consecuencias de estas estrategias sobre la competitividad y el desarrollo de los partidos como organizaciones de campaña son amplias. Primero, porque la regla de la mayoría en un solo distrito uninominal-nacional impide por sí mismo cualquier tipo de agrupamiento del territorio con base en criterios no-electorales, como

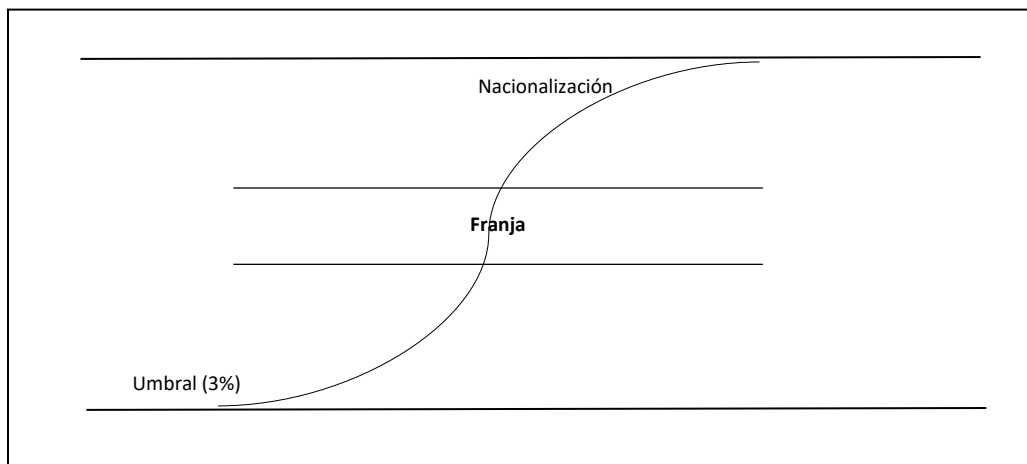
regiones, comarcas o enclaves biopolíticos⁶¹. Además, ni las entidades político-administrativas ni los distritos figuran institucionalmente en el escrutinio de votos para presidente de la república, como circunscripciones nacionales. La falta de atención a este aspecto del proceso político ha dificultado la debida comprensión de los resultados electorales en su aspecto “geográfico” y, sobre todo, respecto de las diferentes distribuciones que los partidos generan, que no muestran un patrón apegado a clivajes sociales, como ya se dijo. Por tanto, para entender la capacidad de dispersión es necesario poner énfasis en los criterios y visiones que tienen los propios partidos para acumular los votos necesarios para conseguir la victoria. Este aspecto no debe ser confundido con la identificación de los segmentos o grupos de electores, organizados según patrones socio-demográficos como edad, ingresos, escolaridad, salud o estrato social, variables útiles para la construcción de la imagen del candidato y de su mensaje. Aunque la segmentación electoral promete identificar a qué tipo de electorado se va a dirigir el candidato, únicamente reagrupa a los electores por necesidades y estilos de vida, lo cual es insuficiente porque dentro del marketing electoral deben considerarse otras variables.

Para el desarrollo del sistema de partidos las consecuencias no son menores. Mientras el marco institucional impulsa la creación de estructuras nacionales, la competencia achica, por así decirlo, el ámbito de competencia. En primera instancia las reglas exigen a los protopartidos una dispersión de sus afiliados en asambleas por todo el país y, una vez conformados como partidos, se les obliga a presentar candidatos por lista nacional, como requisito para hacerse acreedores a los premios de representación proporcional. La idea subyacente a la de crear organizaciones que tengan representación en todo el país y no sólo en una parte de este. Desde luego, esta visión es muy limitada, no sólo en vista de que las exigencias de cobertura de candidatos no tienen un efecto *nacionalizante* sino que tales requisitos no garantizan que se consolide un sistema nacional de partidos perfectamente integrado, donde las fuerzas existan en todos los niveles, con una organización bien

⁶¹ En 2004 el IFE incluyó la variable cultural para el diseño de un nuevo trazado de los distritos con población mayoritariamente indígena (al menos en un 40 por ciento).

acoplada, donde la organización y los candidatos locales mantengan autonomía para definir sus propias campañas, al mismo tiempo que asumen una programa nacional y lo traducen a su escala (Filippov, *et al.*, 2004). Si un sistema electoral se mide por su capacidad para robustecer un sistema de partidos el diseño de las reglas electorales acaso logró impedir la fragmentación del sistema, pero no consiguió una dispersión de apoyos estable, como se pudo ver con el caso del PRD, un partido “regionalizado” pero oficialmente nacional.

Figura 5.1.
Franja de rentabilidad y nacionalización de los partidos políticos



5.5. MIDIENDO LA RENTABILIDAD

La competencia entre emblemas supone un problema de identificación de públicos-objetivo en la geografía de un territorio. Es posible relacionar un voto rentable con distintos formatos de dispersión. El resultado de este mecanismo puede considerarse como una suerte de micro-política de la nacionalización del sistema de partidos. Al contrario de lo que promueve la ley electoral, en elecciones presidenciales los partidos no buscan tener una presencia estable a través de los distritos, pues eso queda sujeto al formato que adquiera la elección en turno y de la situación organizativa por la que atraviesa un partido. Hoy los partidos tienen más conciencia no sólo de las preferencias de su electorado en escala nacional

(ideologizados, desalineados, polarizados digitalmente, etc.)⁶², sino también de su ubicación espacial, por lo que existen variaciones en los niveles de implantación partidista que se pronuncian cuando se aplica la racionalidad estratégica de la rentabilidad electoral. Sea para mantener el registro o para alcanzar la mayoría se requiere estimar el volumen de votos que es necesario extraer de cada sección para alcanzar el objetivo político en tierra, es decir, para tener la cantidad suficiente de sufragios provenientes de secciones rígidas, de aquellas que mantienen un voto favorable a un partido y de forma constante a lo largo del tiempo, en diferentes órdenes de la competencia. La identificación geográfica de los electorados y la definición de prioridades en las campañas le dan mayor eficiencia a los recursos que se dirigen a la búsqueda, promoción y movilización del votante.

Como se mencionó en el capítulo 1, el ejercicio de la rentabilidad ubica, clasifica y jerarquiza a los electorados que tienen el mejor retorno de inversión en votos para un candidato en determinado número de secciones electorales del país. Se trata de definir las metas para cada una, de forma que se saquen a votar únicamente al número de electores necesarios para superar a los votos del rival. Como la distribución de los electores duros, simpatizantes y desalineados no se encuentra distribuida en forma homogénea, fijar las secciones electorales donde estos se encuentran se vuelve un ejercicio mínimo de racionalidad en los actos de una campaña. La pregunta operativa es cuánto puede aportar marginalmente cada sección⁶³ a la suma total de apoyos para obtener la mayoría de votos en una circunscripción, considerando en primer lugar a los votantes estables que tiene cada emblema político, que sería el piso básico, presumiendo que las tendencias de las últimas elecciones se mantendrán estables.

⁶² De acuerdo con Alejandro Moreno, hay una franca caída del partidismo en México, aunque no ha sido pareja para cada partido. Por ejemplo, entre 1989 y 2017 PRI, PAN y PRD registraron aumentos y disminuciones en la proporción de sus seguidores, pero con tendencia a la baja para los tres.

⁶³ La sección electoral es una parte de un distrito uninominal. Es la unidad mínima en el trazado de la geografía electoral. Con base en el capítulo V., Art. 253, de la Ley General de Instituciones y Procedimientos Electorales se indica que cada sección debe tener como mínimo 100 electores y como máximo 3 mil. En cada sección electoral, por cada 750 electores o fracción debe instalarse una casilla para recibir la votación de los ciudadanos que residan ahí. En caso de que sean dos o más se colocarán las casillas en forma contigua, dividiendo la lista nominal de electores en orden alfabético.

Supongamos que existe en una circunscripción X con tres partidos en competencia. Ninguno de los contendientes domina el territorio por lo que buscarán sumar una cantidad de votos tal que les permita asegurar al menos un voto adicional más que cualquiera de sus contrincantes. Dado que en México contamos con un sistema de mayoría relativa (*the first past the post system*) los partidos no requieren ganar con más de la mitad de los votos sino simplemente tener al candidato más votado. De esta forma, los rivales buscarán mover primero a aquellos miembros o simpatizantes convencidos de su ideología o programa, de acuerdo a secciones electorales definidas por el porcentaje histórico más alto de votos aportados al partido X. Esta primera operación implica identificar las secciones donde el partido X obtiene la votación necesaria para ganar. Detectar este primer bloque de secciones es clave debido a que permite focalizar los recursos de la campaña sin riesgo de derroche. Es decir, tanto las estructuras de representación, promoción y movilización del voto así como la ruta que seguirá la gira del candidato se concentran prioritariamente aquí.

En segundo lugar, tales secciones se reclasifican por su consistencia respecto de la tasa de participación que haya obtenido a lo largo del tiempo, de forma tal que se tengan secciones de alta concentración de voto para el partido X con alta, mediana y baja participación electoral. Lo anterior llevaría a asignar prioridad dos y tres a aquellas secciones con poca votación por el partido y poca consistencia respecto de la participación observada a lo largo de los años. El objetivo es no distraer los escasos recursos de la campaña en muchas secciones que dan pocos votos con una consistente baja participación. O de forma inversa: los contendientes darán prioridad a aquellas secciones que demuestren la mayor tasa de participación de votantes duros. Hay que recordar que las secciones, que son la unidad básica de la geografía electoral, y el número de electores que tienen varían entre 100 y tres mil, pero su distribución no siempre se mantiene en ese rango por la movilidad de la población.

La dispersión homogénea del voto es un principio contrario a los objetivos de los partidos nacionales. Como se ha insistido aquí, la victoria se alcanza cuando se consigue un voto más que el contrincante, no importa de dónde venga. Si se asume esta premisa política, la clave de la competencia es identificar aquellas secciones que se caractericen por tener una votación alta para un partido X. En principio, esto daría al jugador la certeza de que en esa demarcación existe una preferencia definida, lo que la convierte por *default* en un blanco inmediato o *target*. Esto se puede medir a través de una tabla de frecuencias simples. Si los candidatos se guían con facilidad por este criterio encontrarán un mapa con muchas secciones atractivas, afines al emblema. El problema que salta de inmediato es que el mapa resultante presenta una gran dispersión geográfica entre cada una de las secciones, es decir, no existe la mayor de las veces una contigüidad geográfica que permita crear “bastiones” o “zonas” lo suficientemente homogéneas como para encontrar a un elector geográficamente determinado por las características territoriales de su entorno. Es aquí donde las teorías sociológicas fallan debido a que empíricamente se puede demostrar la inexistencia de un efecto “vecino”. Al contrario, lo que se encuentra con mayor frecuencia es un elector cada vez más parecido, con independencia de su afiliación a prácticas o códigos socio-geográficos (Ávila-Eggleton, 2016; Morales, 2016).

Un elemento que puede ofrecer mayor precisión para ubicar a las secciones que aseguren el triunfo en una competencia reñida es el de agregar la variable participación. Un ejercicio que se atenga únicamente al “voto duro” es claramente insuficiente para alcanzar la suma de los apoyos necesarios para ser competitivos. Si a una matriz se agrega la variable de la concurrencia a las urnas es posible detectar aquellas secciones más afines políticamente, pero sobre aquellas donde la población acostumbra a salir a votar masivamente. Esto permite reconsiderar el trabajo de la estructura en campo, pues en lugar de distraer la atención en secciones caracterizadas por su filo-partidismo, pero con poca asistencia, los recursos de la organización pueden concentrarse en objetivos que tengan el mejor de los mundos posible, como es el de tener alta votación por el partido X y una alta participación

en la sección. De esta forma se puede construir un modelo de rentabilidad electoral compuesto, con una fórmula en la que la frecuencia electoral contiendas ganadas / perdidas no sea el criterio dominante para la discriminación de los electorados.

5.6. CONCLUSIÓN

Como puede advertirse, la apertura del mercado electoral en México vino a dinamizar a las campañas políticas. Las estrategias de competencia se fueron homologando a tal grado que el día de hoy todos los partidos se guían bajo los principios de rentabilidad. Las elecciones presidenciales modernizaron a la competencia toda vez que las campañas se fueron haciendo cada vez más nacionales, tanto en sus enfoques como en sus alcances. A lo largo de sucesivas experiencias, los contendientes no sólo fueron mejorando sus métodos de análisis, sino que fueron ensayando diversos ejercicios de gestión del territorio, con el fin de volver más eficaces a las estructuras en tierra, en la hora de la promoción y de la movilización del voto. A lo largo de estos últimos cuatro procesos electorales, ha sido claro que las fuerzas políticas han aprendido gradualmente a buscar con mayor precisión a los grupos poblacionales que les reportan mayor utilidad neta, con el fin asegurar la gloria.

Esta inercia histórica que surge como producto directo de la competencia y del aumento de la competitividad permitió el desarrollo de una estrategia dominante, en la que se optó por los márgenes más que por las victorias épicas de carro completo, a la usanza del viejo sistema. Jugando *Money Ball*, los actores concurren a las urnas para buscar la victoria en menos de la mitad de las secciones electorales del país. La revaloración de una geografía compuesta por secciones con poca votación por el partido y baja participación se convirtió en un criterio implacable para obtener con mínimos el máximo beneficio posible. De ahí que se generase una política de micro electorados, movilizados ahora con el apoyo de organizaciones de base y no con el fardo de las viejas maquinarias burocráticas de partido, caracterizadas por la compra y coacción del voto. El nuevo estilo de movilización por gestión o *grass-*

roots embona perfectamente con una nueva visión de trabajo en tierra, donde se llama a fieles y votantes.

En este capítulo se presentó otra manera de ver la competencia con el principio de Pareto, para corroborar si los partidos obtienen sus votos en un veinte por ciento o en una proporción mayor de secciones. El principio 80-20 no se cumple en este caso debido a que 1) los partidos no han logrado extraer un mayor volumen de votos de las secciones, debido a que 2) siguen privilegiando secciones con baja participación y baja votación para su propio partido. Es decir, los partidos en campaña siguen trabajando en levantar estructuras burocráticas en muchas secciones que tienen pocos votos, cuando su rendimiento podría aumentar si se concentrasen en pocas secciones que tuviesen un volumen de votos más alto. Pero en la competencia lo prioritario es ganar votos no abrir oficinas de partido. El aumento de la competitividad enfrentó ambos objetivos. Los partidos, incluyendo el PRI, tuvieron que desarrollar criterios para saber dónde y cómo ganar. Estos criterios se definen periódicamente en las campañas electorales, momento donde entran a rivalizar directamente en el territorio con otros grupos. El criterio por el cual se espera el mejor retorno de inversión en los votos para la victoria de un candidato refleja la concepción que tienen las elites del territorio nacional y de las subpoblaciones políticamente más rentables que ahí se anidan.

6

CONCLUSIONES GENERALES

Esta investigación ha tratado sobre la distribución territorial de los apoyos partidistas y sobre la organización espacial del comportamiento electoral en México. Para trabajar en ello, era necesario anclar el estudio a una teoría marco para poder plantear una hipótesis sobre el cambio de los sistemas partidistas, en particular, respecto de las fuentes y de los mecanismos que inciden en la dispersión de los apoyos en una comunidad nacional. El marco que se adecuaba mejor a las preguntas de investigación fue la teoría de la nacionalización de la política, cuyo cuerpo de conocimientos fue sometido a un cúmulo enorme de pruebas empíricas, que le otorgaron su validez científica. El poder explicativo de esta teoría es amplio, no sólo porque vino a concatenar una serie de pequeños hallazgos relacionados con el cambio y persistencia de los sistemas de partidos sino también porque logró articular una nueva explicación respecto de las dimensiones del espacio territorial de los subsistemas de partidos dentro de los sistemas políticos. Desde mi punto de vista, esta contribución ha venido a fortalecer el trabajo de la politología respecto de otras ciencias sociales, en particular frente a la sociología y la antropología.

El análisis se concentra en elecciones presidenciales, por dos motivos: primero, porque se trata del tipo de elección más proclive a priorizar los temas nacionales por sobre los locales y, segundo, porque estas elecciones se llevan a cabo considerando al país como un distrito uninominal, lo que obliga en principio a los equipos de campaña a priorizar en la táctica a los estados con mayor población. Los datos empíricos han mostrado las tendencias a la concentración del voto, o lo que se conoce usualmente como bastiones o enclaves electorales. Con ayuda de los indicadores e índices se mostraron los distintos aspectos del proceso de nacionalización en México, como la nivelación de los apoyos entre los tres principales contendientes políticos, el aumento del tamaño del sistema de partidos, la segmentación de sus apoyos en la competencia por diputados federales y las

desigualdades producidas en escala no electoral. Tales hallazgos dan cuenta de la presencia de fuerzas que desbordan los temas, visiones, lealtades y personajes meramente locales. En el periodo de análisis, los partidos de registro nacional se abocaron a desplegar todo tipo de esfuerzos para extender el radio de la competencia, fijando conflictos políticos a gran escala para desalinear al viejo electorado del régimen de partido dominante, siempre apoyados en nuevas estrategias de movilización del voto, conforme a las reglas que para cada tipo de elección determina la ley. Está confirmado que la emergencia del sistema trípode de los noventa se produjo en un momento en el que los vínculos de los votantes con los partidos se encontraban más débiles y en la que los niveles de información política se encontraban más bajos (Green, 2011)⁶⁴. Desde entonces, las tendencias hacia una mayor despartidización eran ya evidentes (Moreno, 2018). De acuerdo con los datos del caso mexicano, pudo observarse que la nacionalización es una propiedad del sistema que puede adquirir valor y estabilidad siempre y cuando el nivel de rivalidad por la presidencia no decline y en la que los contendientes ambicionen construir su proyecto político con base en una fuerza nacional, más que en una de tipo monopólica o anclada a visiones parroquiales.

La tesis de este trabajo es que la nacionalización está vinculada a la competencia político-electoral. Las estrategias desplegadas por los partidos son definitivas para explicar la forma en la que se distribuyen los votos a escala nacional. Las elecciones presidenciales son el momento en el que los partidos y sus equipos de campaña toman las principales decisiones sobre dónde crecer, por medio de la gestión del voto y la formación de estructuras territoriales de promoción y movilización del electorado a nivel macro-político. Más que alcanzar la nacionalización *per se*, en estas justas es posible observar las diferentes estrategias que han ensayado los partidos con el fin de ganar la titularidad del poder Ejecutivo. Lo que se advierte es

⁶⁴ Para Greene (2011) esta situación ampliaba considerablemente los efectos de la persuasión de las campañas electorales, como resultado de las inversiones en los medios y las estrategias de publicidad de los propios candidatos. No obstante, hay quienes cuestionan que las campañas sirvan únicamente para persuadir, en lugar de ser actos que apoyen a las personas a ilustrarse respecto de los asuntos públicos. Véase, Arceneaux, 2005.

el uso más recurrente de la rentabilidad electoral como criterio analítico para fijar las prioridades de crecimiento y rivalidad. Lo interesante es que lejos de suponer que los partidos buscan dispersar sus apoyos con cierta uniformidad, lo que hacen es despreñar amplios sectores del electorado, sin importar que tan bien dispersos se encuentren aquellas subpoblaciones que les resultan atractivas. Esto resulta particularmente claro cuando se miden aquellas secciones donde hay poca participación y poco apoyo a un partido. Los datos presentados permiten verificar, con el número de secciones que cada partido ha ganado en los últimos cuatro procesos, que para obtener el triunfo en la presidencia no se requiere ganar la mayoría de las secciones electorales, como se demostró en las anticlimáticas elecciones de 2000.

Comparando los votantes por el principio de Pareto, se observa una reducción del tamaño de los electorados de los partidos. Los datos advierten que las bases subnacionales se han achicado con el tiempo. Esto podría llevar a un cuestionamiento generalizado respecto de la propia competencia político-electoral, no sólo en el sentido de que una pequeña parte de la población termina eligiendo a los gobernantes, sino también respecto de que esa mínima parte se encuentre focalizada en unas cuantas zonas o regiones del país, como sucedió justamente en las elecciones presidenciales de 2012, en las que la mayor parte del voto que hizo posible el triunfo del PRI provino del Estado de México. Si algo ha de discutirse respecto de un tema llamado “geografía del voto” es justamente el hecho de que la propia competencia no pueda producir una dispersión determinada, ni siquiera cuando se disponen de todos los dispositivos jurídico-institucionales, por ejemplo, para impedir que un partido concentre sus apoyos únicamente en una parte del territorio. Esto vale, desde luego, para las exigencias respecto de que los partidos acrediten cierta cantidad de militantes a la hora de pedir su registro, pero, sobre todo, para cuando deben registrar los candidatos necesarios por circunscripción electoral para hacerse acreedores a la asignación de escaños por la vía de la representación proporcional, lo que supone la necesidad de ampliar la cobertura organizativa a escala nacional. Con todo, esto no significa que la distribución de los

apoyos obedezca a un voto regional, es decir, la nacionalización partidaria no refleja un voto que responda a criterios geográficos porque la formación del Estado moderno supuso el declive de los clivajes de orden territorial y el surgimiento de las divisiones funcionales o propiamente políticas. Por todo lo anterior, las decisiones de focalización electoral deben ser consideradas plenamente como una función de la competitividad de una contienda para la mejor comprensión de la competencia misma y de las consecuencias que esta tiene sobre el fenómeno de la nacionalización del sistema de partidos.

El actual sistema electoral fue diseñado para expulsar de la vida política a los enclaves territoriales de partido. Pero resulta una paradoja de la historia que el régimen electoral que privilegió la competencia entre fuerzas exclusivamente nacionales haya prohiado justamente lo que quería evitar: el renacimiento de monopolios políticos locales. Las transferencias a las regiones más fuertes explican el auge de esquemas de competencia unilateral y la segmentación del sistema de partidos. Lo anterior se confirma pues entre 1994 y 2012 los partidos padecieron una caída significativa en sus puntajes de distribución por circunscripciones, que se relaciona con una baja tendencial en el volumen de sus votos. Parece claro una vez más que las organizaciones políticas privilegiaron en el mediano plazo a grupos de estados específicos. La nueva realidad supuso que tanto partido en el gobierno como retadores ensayaran distintas estrategias tanto para retener las simpatías de los electorados que en el pasado habían mostrado fidelidad como para colonizar nuevos territorios. Este solo hecho implicó que se produjeran distintos formatos de dispersión de votos, todos atenedos al objetivo superior de ganar una elección. En la medida en que el país tiene magnitud 1, como distrito-nacional, resulta inexistente la exigencia de una distribución particular de votos. Estas son las bases del sistema político que emerge en los años noventa, que buscaría producir una nueva política electoral nacional, con la formación de nuevos partidos nacionales y un sistema nacional de partidos, con la construcción de nuevas identidades y electorados nacionales, alrededor de clivajes políticos de orden ideológico-funcional. La estrategia de las elites que rivalizaron contra el régimen fue muy clara, pues

buscaron superar los clivajes socio-territoriales del viejo orden para plantear la competencia en términos masivos, con una oferta programática ligada a los beneficios de la liberalización política.

Las campañas de antaño que movilizaban a toda una estructura nacional de partido dejaron el paso a una guerra de posiciones, con estructuras supletorias más flexibles que fueron un verdadero revulsivo para las desgastadas, costosas o francamente inoperantes maquinarias burocrático-partidistas. Las variaciones encontradas en el análisis en escala seccional permiten comparar las estrategias de los partidos en elecciones enormes, como son las de tipo presidencial, que consideran a todo el país como un solo distrito de mayoría. El distrito-país abre la posibilidad para que puedan construirse múltiples subpoblaciones bajo los llamamientos que hacen los candidatos a sus electores-objetivo y por el trabajo de promoción desplegado por las milicias de los partidos en campo. La nivelación en las distribuciones de apoyos que se midieron en el capítulo 3 son resultado justamente del consenso en los criterios de competencia. El problema es que este tipo de competencia nacional lleva a que las fuerzas busquen únicamente el número mínimo de electores para alcanzar la victoria y no el triunfo avasallador, lo que lleva a una *suboptimalidad de la competencia*, dejando de lado grupos poblacionales enteros, que ya no resultan atractivos en términos de su impacto en los resultados finales de una elección, todo lo cual cuestiona al modelo mismo de competencia, que dista mucho de reflejar, por esta vía, la voluntad del pueblo.

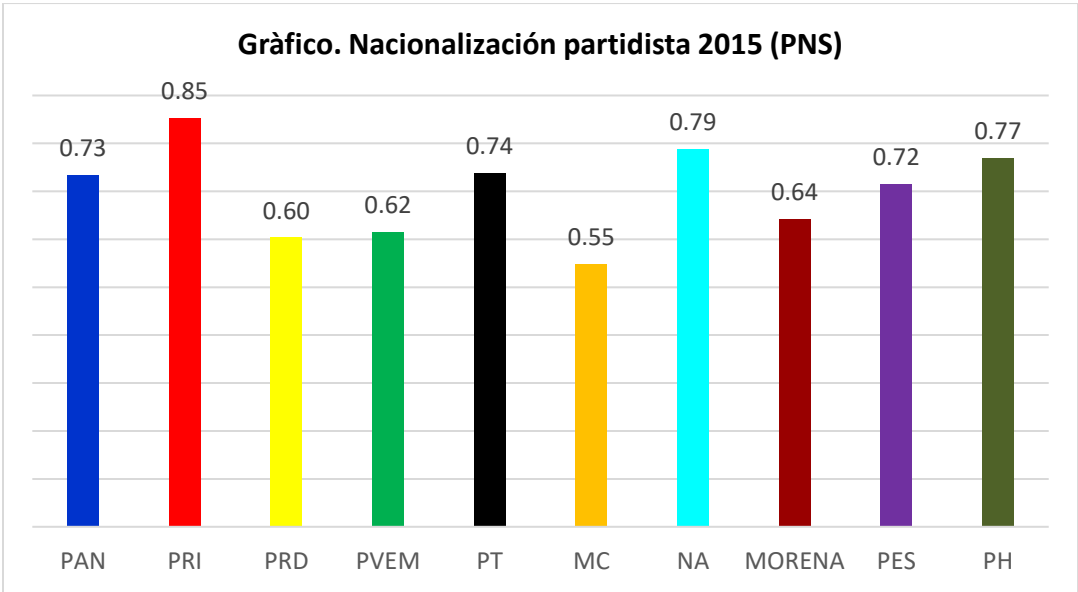
EPILOGO

LA ÁTIPICA VICTORIA DE 2018: ALTA NACIONALIZACIÓN Y BAJA RENTABILIDAD ELECTORAL

Entre 1994 y 2012 un puñado partidos nacionalizados crearon un sistema nacional de competencia, rivalizando de forma concentrada en un formato cuasi tripartidista, con distintos niveles de esparcimiento de votos. La pervivencia de este sistema se debió a la posición centrista del PRI y a la existencia de oposiciones bilaterales que le disputaban en todo territorio dicha posición. Esto llevó a un aumento sostenido de la competencia, que dinamizó liderazgos, estructuras y estrategias electorales a máxima escala. Sin embargo, este sistema iría agotándose con el desgaste del discurso de la democratización de los años noventa y con la emergencia de un partido que le disputaba al PRI el dominio del centro, al vindicar los principios históricos con los que este se había fundado. Al decaer la pugna, el formato trípode sería reemplazado por un sistema emergente, donde un nuevo partido empezaría a concentrar tanto el voto centrista como de uno de los flancos de la oposición bilateral.

La entrada de Morena (Movimiento de Regeneración Nacional) al teatro de las operaciones fue un evento largamente esperado, cuyos efectos, en el largo plazo aún no son previsibles. Lo que sí puede registrarse por ahora es que logró incidir en la caída de los índices de esparcimiento de todos los contendientes. Esto podría sugerir, como se comentó anteriormente, que la nacionalización es sensible a una variación en el número de partidos que combaten en elecciones concurrentes no-presidenciales (el NEP pasa de 4.20 en 2012 a 5.70 en 2015). Como sea, el formato de pluralismo polarizado quedó obsoleto si se observa que el PRD, uno de los integrantes del viejo sistema, presentaba una caída de más de diez puntos en el PNS. El hecho es relevante, pues esta fue la fuerza que concentró a la votación de centro-izquierda durante cuatro elecciones presidenciales, cuyos desprendimientos engrosaron una parte de las filas Morena, y que ahora comenzaba un franco proceso de desnacionalización, a costa del nuevo partido. Entonces, parece

razonable suponer que la nacionalización de un nuevo partido de izquierda que se ubica en una posición centrista sólo puede lograrse a costa de los votos de los otros partidos bilaterales.⁶⁵ Además, este fenómeno no sólo habría afectado sólo al PRD pues quien resulta más afectado por el realineamiento en las izquierdas fue el PT, que a pesar de que nunca se desnacionalizó, no pudo traspasar el umbral mínimo para mantener su registro⁶⁶. Este punto refuerza la idea aquí expuesta de que la nacionalización efectiva para un partido tiene que considerar de arranque el haber superado el tres por ciento de la votación total nacional emitida como umbral electoral, un aspecto que hasta hoy no ha sido considerado en las fórmulas diseñadas para medir la nacionalización partidista.



Fuente: cálculos del autor, con base en el Instituto Nacional Electoral

⁶⁵ Los partidos también estaban experimentando profundos cambios en el perfil de sus electorados tradicionales, no sólo por realineamiento electoral que ya se prefiguraba en 2015, sino también por un fenómeno que se puede calificar como de “electorados compartidos”, es decir, de votantes intercambiables entre emblemas. Por ejemplo, en la coalición parcial para las elecciones de 212 ayuntamientos en Veracruz en 2017, PRI y Partido Verde optaron por ir con planillas propias en 35 municipios. En estos, los votantes del PRI y Verde se hicieron indistinguibles. La decisión en campaña era perseguir a los votantes priistas del verde.

⁶⁶ La reforma electoral de 2014 subió el umbral al 3 por ciento de la votación nacional válida emitida, en cualquiera de las elecciones celebradas para la renovación del Poder Ejecutivo o de las Cámaras del Congreso General. El PT recuperaría su registro después con los votos obtenidos en las elecciones extraordinarias del distrito federal 01 en Aguascalientes, que gana el PAN, pero sin obtener una reasignación de escaños en la Cámara de Diputados. Véase, el acuerdo del INE INE/CG1050/2015.

Tabla. Elecciones federales 2015, votos, triunfos de MR y PNS

Partido	Votos	%	MR	PNS
PRI	11,636,957	29.19	160	0,8532
PAN	8,377,535	21.01	56	0,7340
PRD	4,335,321	10.87	33	0,6034
MORENA	3,345,712	8.39	15	0,6413
PVEM	2,757,170	6.91	24	0,6151
MC	2,431,063	6.09	10	0,5487
NA	1,486,626	3.72	1	0,7886
PES	1,325,032	3.32	0	0,7157
PT	1 134 447	2.84	-	0,7377
PH	856,716	2.14	-	0,7684
Independientes	225 500	0.56	1	-

Fuente: cálculos del autor, con base en el Instituto Nacional Electoral

En las elecciones legislativas Morena consigue 3.3 millones de votos, 2.5 veces más votos que Encuentro Social, y 3.9 más que el Humanista, que competían por vez primera igual que éste, aunque apenas obtuvo 15 diputados de mayoría relativa y con niveles de dispersión inferiores a estos. Los datos muestran la coincidencia de una alta concentración del voto con una nacionalización incipiente. Su desempeño en los estados fue muy limitado, y su sola presencia no aumentó el nivel general de competitividad en el sistema partidista. Su nivel de rivalidad fue muy irregular. En un balance distrito-céntrico, de triunfos de mayoría, sólo pudo ser competitivo en nueve entidades, entre ellas la Ciudad de México, donde fue el partido más grande y competitivo; en once estados tuvo un papel moderado, en nueve una votación mínima y en tres un desempeño espectral, no competitivo (Navarrete y Espinoza, 2017). En medio de un sistema de partidos ampliado, con una incipiente nacionalización y con pocos triunfos de mayoría concentrados en distritos donde tiene rivales débiles Morena llegaría a las elecciones presidenciales de 2018 como una fuerza con un futuro incierto, atenido al peso electoral de su líder fundador, al trasvase de cuadros del PRD y a la persecución de votantes indecisos que se desalineaban de las viejas izquierdas.

Justo en enero de ese año, las estimaciones electorales más optimistas que hacían algunos integrantes de su campaña eran las de alcanzar una meta de 17.5 millones de votos, en el intervalo de 35 y 38 puntos que le daban las encuestas, y un margen de victoria de ocho puntos⁶⁷. Pero los resultados de la jornada electoral nos mostraron cuán lejos se estaba de haber hecho una estimación efectiva, respecto del volumen final de votos⁶⁸. Por su parte, los encuestadores registraron muy bien las preferencias por el primer lugar, pero también fallaron en ese punto⁶⁹. Con la coalición Juntos Haremos Historia (con el Partido del Trabajo y Encuentro Social) López Obrador se alzaría con la conquista con 30 millones 110 mil 327 votos, el 53 por ciento de la votación, más de treinta puntos arriba de su más cercano contrincante. No es objetivo de este trabajo especular sobre las razones que llevaron a este fenómeno, sobre todo, respecto del papel tan limitado que Morena tuvo en las elecciones previas de 2015. Lo único cierto es que la personalización de la política en elecciones presidenciales había producido una movilización gigantesca del voto alrededor de una figura carismática, que ya valía por sí misma quince millones de votos, con independencia del partido o coalición por la que se hubiese postulado. En todo caso, Morena vio reflejado este fenómeno en el aumento espectacular de sus índices de nacionalización, pues pasa de 0.6413 a 0.8906, un salto de tres puntos en apenas tres años⁷⁰.

⁶⁷ *El Universal*, "Partidos pronostican ganar la Presidencia por millones de votos", 17 de enero de 2018

⁶⁸ Sin embargo, en una entrevista de julio de 2014, López Obrador hablaba ya de una meta de treinta millones de votos. Más de tres años después, el lunes 15 de enero, habría de señalar nuevamente el tema: "Los tres partidos de la alianza tenemos alrededor de 4 millones de militantes, pero en la intención del voto hay alrededor de 30 millones de mexicanos que están manifestando que votarían por nosotros, de acuerdo con las encuestas. Muchos militantes del PRI, PAN y otros partidos, pero también sin partido nos están apoyando". *El Universal*, *ibid*.

⁶⁹ De trece encuestas nacionales, la que más se acercó al resultado final fue la de Moreno & Sotnikova Social Research and Consulting, que en marzo le daba al candidato de Morena 51 puntos porcentuales. Véase, INE. Principales resultados de las encuestas electorales publicadas, relacionadas con la elección federal (diputados federales, senadores, y presidente de la República), que cuentan con un estudio metodológico entregado al INE.

⁷⁰ Los cálculos se hicieron descontando la votación de los mexicanos residentes en el extranjero, un total de 63 mil 863 votos, debido a que estos no pueden ser referenciados a una sección electoral sino únicamente a una entidad federativa. Por tanto, la cifra total de votos para Morena queda en 30 millones 49 mil 620 votos. Para el resto de los partidos se procede de la misma forma.

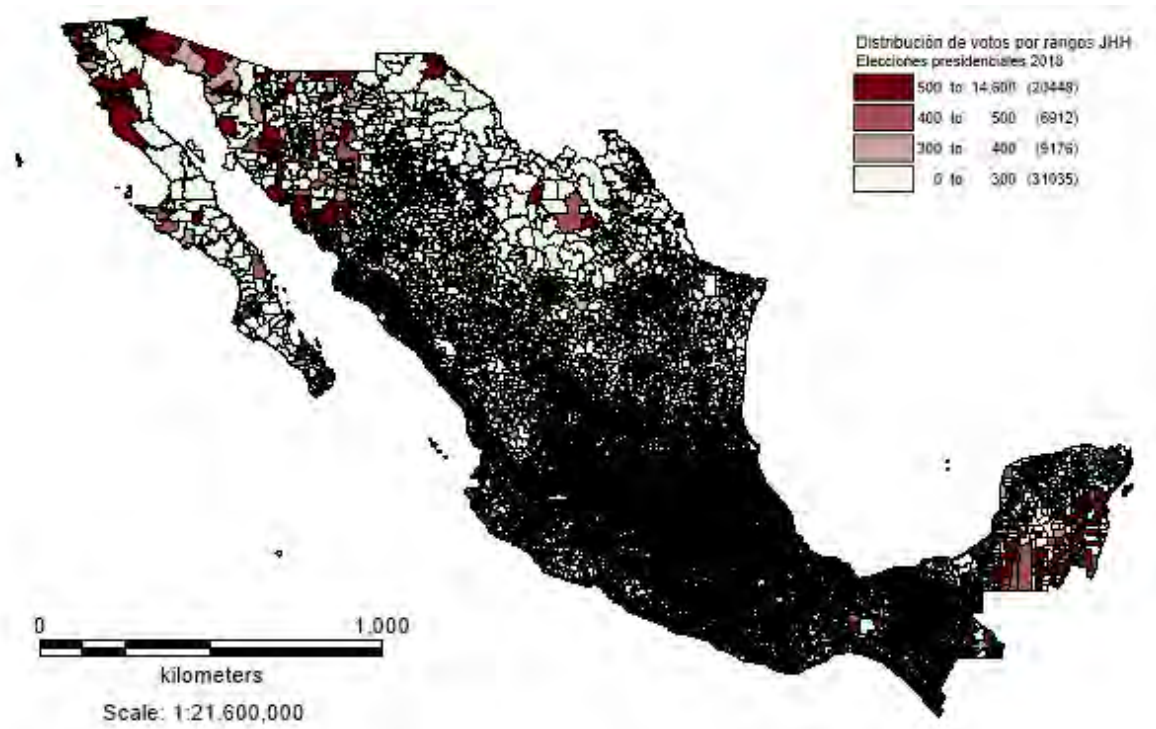
Tabla. Nacionalización partidista por partidos seleccionados (PNS)

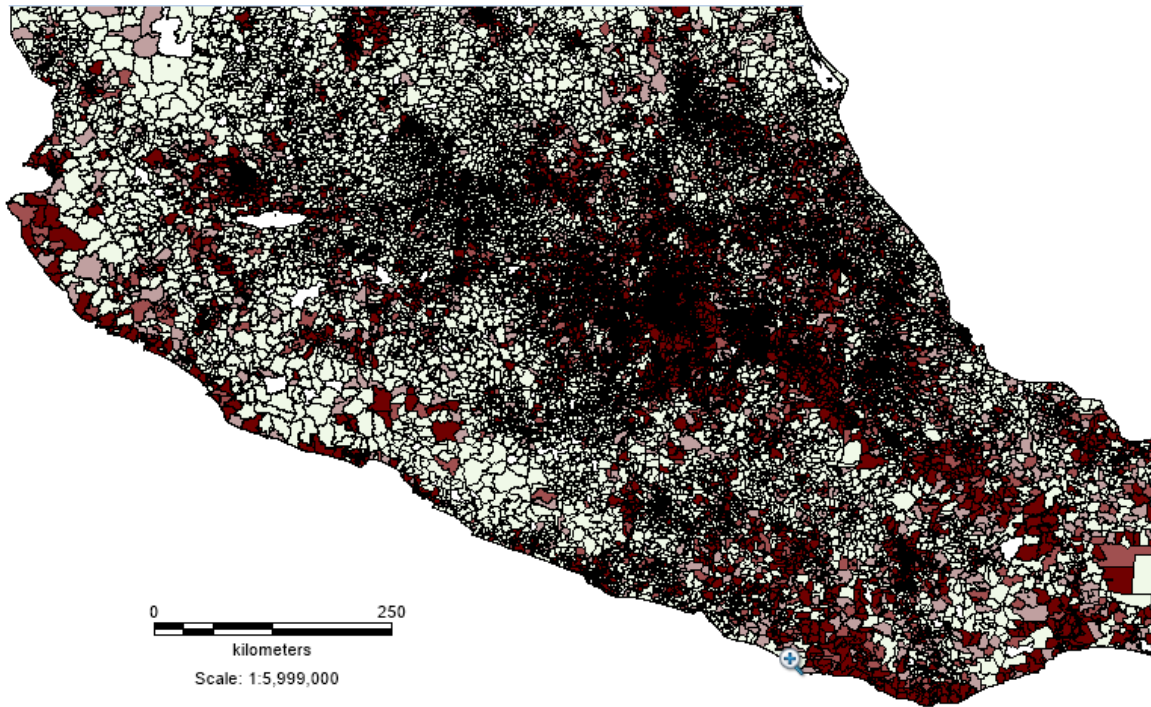
Año de elección	PAN	PRI	PRD	MORENA
1991	0.6915	0.9062	0.6065	
1994	0.8093	0.9324	0.7042	
1997	0.7499	0.883	0.7098	
2000	0.8603	0.8832	0.7062	
2003	0.8304	0.8421	0.5951	
2006	0.8157	0.8391	0.7359	
2009	0.8224	0.8543	0.5759	
2012	0.8101	0.9007	0.7097	
2015	0.734	0.8532	0.6034	0.6413
2018	*0.7942	**0.8592	-	0.8906

Fuente: cálculos del autor con base en Instituto Federal Electoral

Nota: Para el *PAN los datos corresponden a la coalición Por México al Frente y para el **PRI a la coalición Todos por México. El PRD fue en coalición con el PAN.

Mapa
JHH, elecciones presidenciales 2018
Distribución simple de votos por secciones electorales





Fuente: cálculos del autor, con base en Instituto Nacional Electoral

Descontando el voto de los mexicanos en el extranjero, Morena tuvo una distribución de sufragios muy dispersa pues de las 67 mil 650 secciones en 31 mil 35 su rango se movió entre 0 y 300 votos. Esto quiere decir que la campaña decidió que se buscarán todos los votos, sin importar qué tan costoso resultase hacer un esfuerzo por captar apoyos en secciones de baja participación y baja votación por un partido. Se trata de un tipo de campaña que no desprecia ninguna población, por diminuta o distante que sea. En este rango, que representa el 45.8 por ciento de la totalidad de las secciones del país, la coalición obtuvo 1 millón 50 mil 561 votos que, en una estrategia enteramente racional enmarcada en una riña altamente competitiva, hubiesen sido prescindibles ya que, como se recordará, en el periodo del tripartidismo los contendientes buscaron sus adeptos en menos de la mitad de las secciones del país. Por tanto, esa votación no hubiera hecho diferencia alguna con la contundencia de la victoria. En los siguientes dos rangos, Morena obtuvo 1 millón 395 mil 810 votos, distribuidos en 9 mil 176 secciones, y 1 millón 396, 245 votos, dispersos en 6,912 secciones. En el rango relativo a su votación más alta, obtuvo 25 millones 564 mil 112 votos, en 20 mil 448 secciones, que representan apenas un 30.22 por ciento de la totalidad de la geografía del país. En resumen: el

84 por ciento de su votación fue extraída de poco menos de la tercera parte del territorio nacional. Aun habiendo obtenido su victoria únicamente de estas secciones hubiera obtenido el 45 por ciento de la votación, superando a la coalición Por México al Frente por más de 23 puntos.

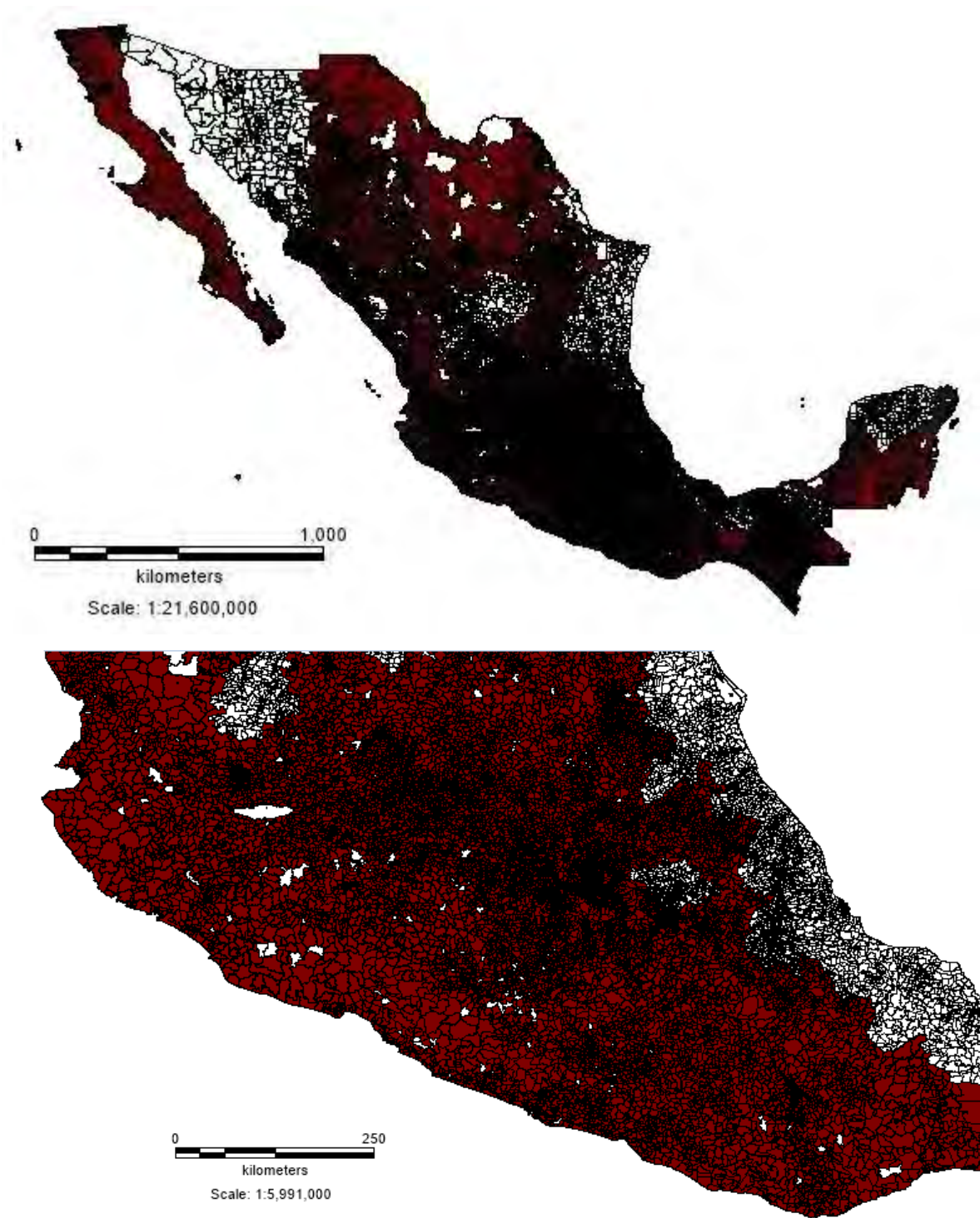
Ahora bien, si se analiza la estrategia de campaña bajo el criterio de Pareto, se observa que los resultados tienen una distribución muy concentrada, pues las secciones más representativas, las que contribuyen al 80 por ciento de la victoria en términos acumulables, ocupan casi la totalidad de las secciones de veinticinco estados del país, algo sorprendente. En una distribución típica, en el marco de un régimen más competitivo, los apoyos hubiesen estado atomizados, como se observa en las otras coaliciones. Pero aquí lo que se observa es que, con excepción de secciones de Sinaloa (1247 de 3705), y todas las secciones de Sonora (1513), Tabasco (1129), Tamaulipas (1995), Tlaxcala (607), Veracruz (4812), Yucatán (1116) y de Zacatecas (1757), el resto de los estados habrían aportado un enorme volumen de votos innecesarios, para una justa donde la distribución de los apoyos es irrelevante, cuyo único criterio es obtener un voto más que el adversario.

Tabla. Entidades que contribuyeron al 80 por ciento de la votación de Morena, 2018

Contribuyeron		No contribuyeron	Contribuyeron parcialmente
Aguascalientes	Hidalgo	Sonora	Sinaloa
Baja California	Jalisco	Tabasco	
Baja California Sur	México	Tamaulipas	
Campeche	Michoacán	Tlaxcala	
Chiapas	Morelos	Veracruz	
Chihuahua	Nayarit	Yucatán	
Ciudad de México	Nuevo León	Zacatecas	
Coahuila	Oaxaca		
Colima	Puebla		
Durango	Querétaro		
Guanajuato	Quintana Roo		
Guerrero	San Luis Potosí		

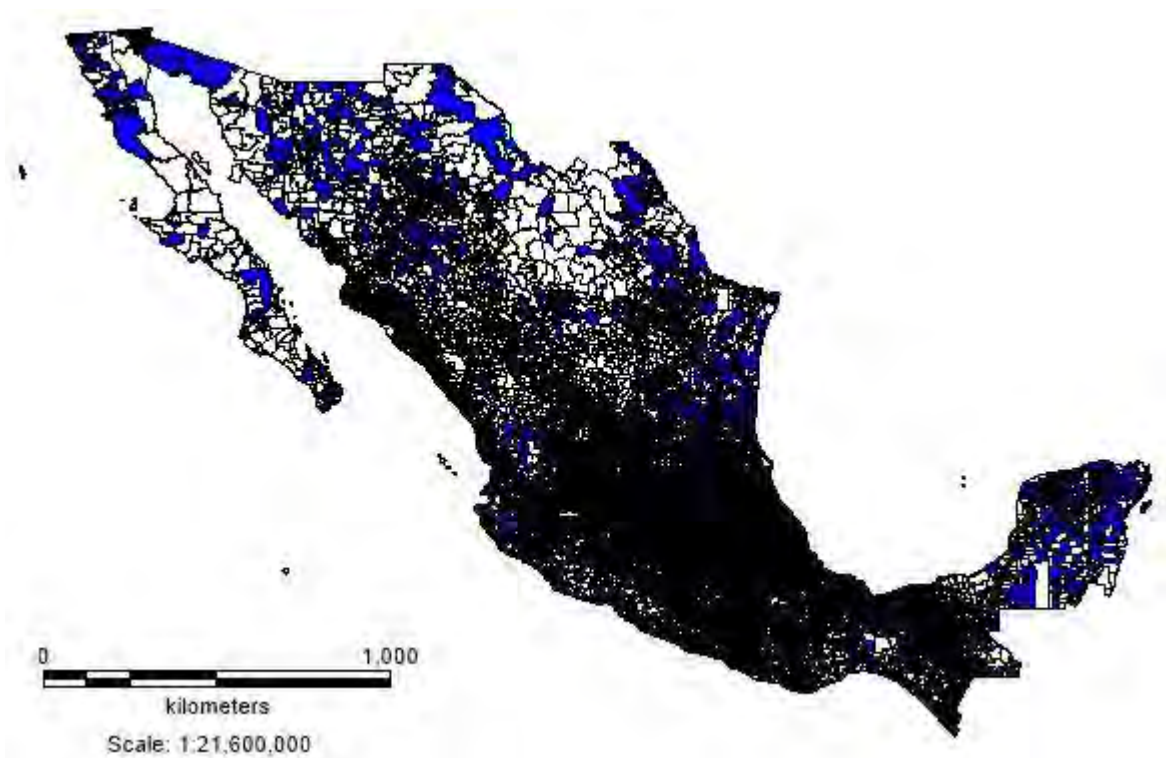
Fuente: cálculos del autor, con base en Instituto Nacional Electoral

Mapa
JHH, elecciones presidenciales 2018
Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto

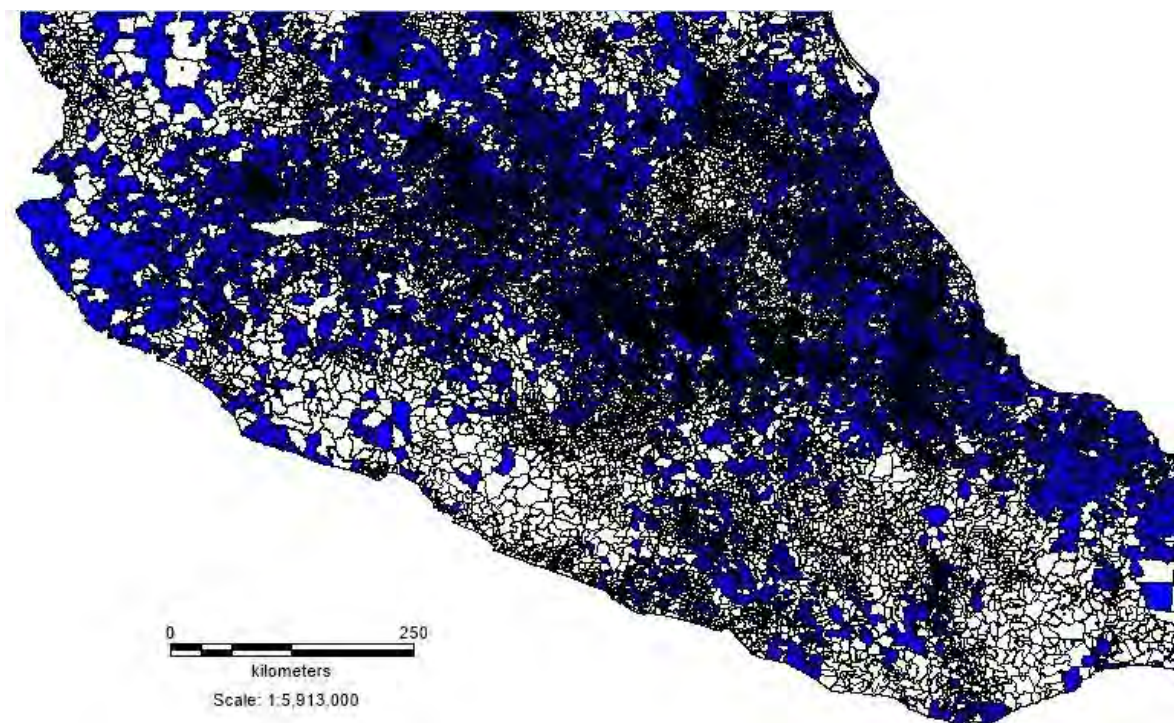


Fuente: cálculos del autor, con base en Instituto Nacional Electoral

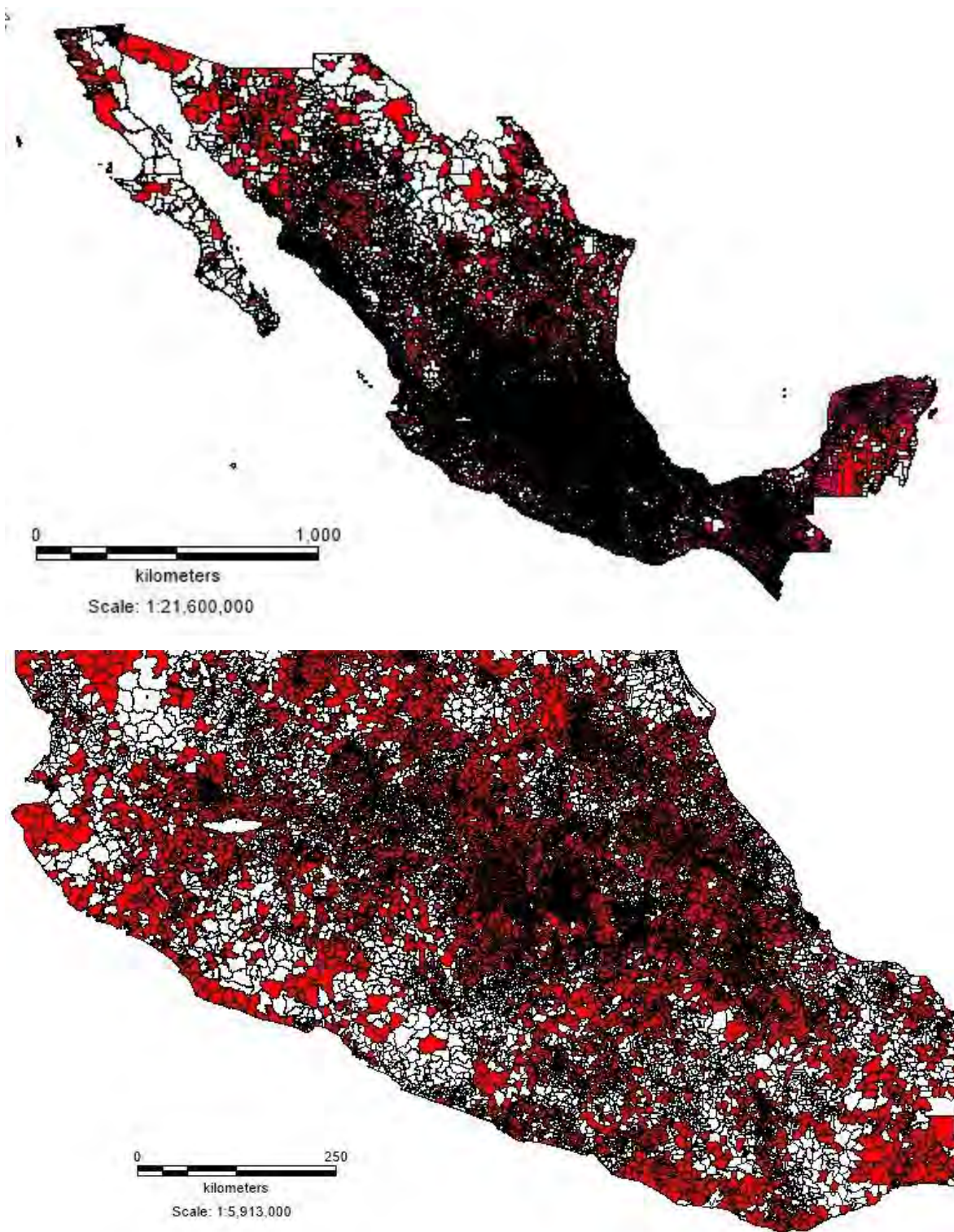
Mapa
PMF, elecciones presidenciales 2018
Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto



Fuente: cálculos del autor, con base en Instituto Nacional Electoral



Mapa
TPM, elecciones presidenciales 2018
Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto



Fuente: cálculos del autor, con base en Instituto Nacional Electoral

Los resultados que obtuvo cada coalición reflejan muy bien el fenómeno de la *suboptimalidad de la competencia*, pues es ningún caso se advierte un esfuerzo por ampliar su radio de dominio para recoger votos costosos, en secciones de baja participación y baja votación por sus coaligados. Frente al alto rendimiento exigido a las secciones *paretianas* de la alianza JHH, los integrantes de las coaliciones PMF (Por México al Frente) y TPM (Todos por México), no fueron capaces de mantener sus apoyos en lo que podrían ser sus poblaciones tradicionales. Tampoco lograron aumentar su volumen de votación en secciones competidas, que no necesariamente tendrían que ganar, pero de las cuales pudieron haber jugado al *Money ball*, para obtener el máximo provecho posible de estas para el acumulado total.

Mucho se dijo entonces que algunos de los factores que llevaron al triunfo al candidato de la coalición JHH fueron i) haber conseguido el apoyo de sectores de la derecha, ii) capitalizar el descontento contra el gobierno saliente y iii) aprovechar las indecisiones del PRI⁷¹ y del PAN, que no lograron coordinarse para definir un candidato en común. Algo que no se mencionó fue que la campaña-tierra tuvo como propósito romper con la estrategia de rentabilidad electoral de sus adversarios, por medio del triunfo por avasallamiento. Este hallazgo me permite suponer que se determinó ir en contra de la lógica de la jerarquización de secciones y del desprecio técnico a electorados en posiciones clave, que en apariencia no contribuyen a la

⁷¹ Desde luego, el lento y vetusto procedimiento seguido para formalizar al candidato del PRI, José Antonio Mead, también jugó en contra, debido a que a) su equipo no acertó en definir cuál era el objetivo de la precampaña, pues demoraron en decidir si lo urgente era subir los niveles de conocimiento, buscar el segundo lugar o pegarle al puntero en las encuestas; b) derivado de ello, los mensajes fueron ambiguos y de pobre calidad. Sólo hasta la tercera semana de enero se le vio un spot mejor producido, con una definición más clara del lugar en el que se quiere ubicar dentro de la competencia; Mead no pudo resolver el problema de toda campaña de continuidad: el de defender las reformas estructurales (de las que él mismo fue ejecutor) y al mismo tiempo proponer modificaciones a esta, en su propia agenda; esto se convirtió en una camisa de fuerza que le impidió ganar la agenda en las redes sociales, marcando soluciones a los problemas que son de interés para la sociedad (la propuesta para atacar al problema de la pobreza fue pésimamente planteada); al insistir en tratar los temas estructurales (más y más reformas) no logró atraer los apoyos de los sectores más desfavorecidos de la sociedad, que buscan solución a los problemas de la vida cotidiana; finalmente, el candidato del PRI no consiguió llegar a los sectores más jóvenes de la sociedad -los que le dieron el triunfo a López Obrador-, porque su imagen siempre fue la de un funcionario, sólo que metido a las campañas. Nunca logró comunicar debido al mal manejo de su imagen.

tasa interna de retorno, para ir a una estrategia de intensa volumetría de votos, de amplia dispersión territorial, que hiciese incuestionable la voluntad del pueblo y la llegada culminante de una nueva situación político-histórica, decisiva en lo definitivo.

Anexo

Metodología para entrevistas a secretarios electorales de partido y operadores electorales.

Para refinar las preguntas de este trabajo respecto de las estrategias de competencia de los partidos y sus efectos en la nacionalización del sistema de partidos se diseñaron cuestionarios semiabiertos dirigidos a expertos en la materia. Los cuestionarios abarcaron temas relacionados con aspectos de la historia inmediata de las campañas, así como asuntos conceptuales y técnicos. Se buscó que los entrevistados dieran información sobre la gestión del voto en el territorio en campañas presidenciales.

En ocasiones, se buscaron a los entrevistados en una segunda ocasión para ampliar algunas respuestas o para plantear nuevas preguntas. Los entrevistados fueron escogidos sobre la base de dos criterios, como 1) que hubiesen tenido una responsabilidad directa en campañas nacionales, como coordinadores de campaña, funcionarios electorales de partido o expertos en campañas en el periodo de estudio, 2) que hubiesen trabajado para uno de los tres partidos nacionales.

Entrevistas

Javier Brown César
Juan Lanzagorta Ramos
Leonel Reyes
Xiu Tenorio
Alejandro Chanona
César Augusto Santiago
Israel Navarro

Referencias

- Adler Lomnitz, Larissa, Claudio Lomnitz e Ilya Adler (1990), "El fondo de la forma: la campaña presidencial del PRI en México en 1988", en *Nueva Antropología*, XI (38), pp. 45-82
- Aldrich, John (2012), *¿Por qué los partidos políticos? Una segunda mirada*, Madrid: CIS
- Alarcón, Víctor (2016), "Las circunscripciones electorales en México, 1979-2015. Balance y perspectivas", en *Estudios Políticos*, núm. 39 (septiembre-diciembre): 149-196, México, D.F.
- Alarcón, Víctor y Erika Granados (2007), "El PAN en el 2006: ¿Conservar el gobierno y perder el partido?", Manuel Larosa Haro, Víctor Alarcón Olguín y Pablo Javier Becerra Chávez (coordinadores), *Elecciones y Partidos Políticos en México, 2006*, México: UAM-I, pp. 165-202
- Alemán, E. y M. Kellam (2008), "The Nationalization of Electoral Change in the Americas", *Electoral Studies*, 27(2), pp. 193-212.
- Arceneaux, Kevin (2005), "Do Campaigns Help Voters Learn? A Cross-National Analysis", *British Journal of Political Science* 36, 159-173
- Aardal, Bernt y Pieter van Wijnen, "Issue voting", Jacques Thomassen, *The European Voter: A Comparative Study Of Modern Democracies*, Oxford Scholarship Online: October 2005 [Disponible en <http://www.oxfordscholarship.com/view/10.1093/0199273219.001.0001/acprof-9780199273218-chapter-8>] [Consultado: 22 de noviembre de 2018]
- Ávila-Eggleton, Marcela (2016), "Querétaro en 2015. Una golondrina no hace verano" en Rosa María Mirón Lince (coord.), *Los estados en el 2015*, México: UNAM.
- Baldizón, Abelardo y Sonnleitner, Willibald (2006), "El legado electoral de la Revolución: Las bases territoriales del voto y del sandinismo en Nicaragua", en Sonnleitner, Willibald (coord.), *Explorando los territorios del voto: Hacia un atlas electoral de Centroamérica, Guatemala*, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA), Instituto de Altos Estudios de América Latina (IHEAL), Banco Interamericano de Desarrollo (BID), 2006, pp. 30-41.
- Bardi, Luciano y Peter Mair (2008). "The parameters of Party Systems", *Party Politics* Marzo, vol. 14 no. 2, 147-166
- Bartolini, Stefano (1988), "Partidos y sistemas de partido", en Gianfranco Pasquino, et al., *Manual de Ciencia Política*, Madrid: Alianza Editorial (Alianza Universidad Textos, 125)
- Bartolini, Stefano (2002), "Electoral and Party Competition: Analytical Dimensions and Empirical Problems", Richard Gunther, José Ramón Montero, and Juan J. Linz, *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford: Oxford University Press
- Bochsler, Daniel (2006), "The Nationalization of Political Parties. A Triangle Model, applied on the Central and Eastern European Countries", *CEU Political Science Journal* (CEU Political Science Journal), issue: 04 / 2006, pages: 06-37 [Disponible en: http://www.bochsler.eu/publi/bochsler_ceu06_nationalization.pdf] [Consultado: 24 de octubre de 2017).
- Bochsler Daniel (2010a), Measuring party nationalization: A new Gini-based indicator that corrects for the number of units", *Electoral Studies* 29(1): 155–168.
- Bochsler Daniel (2010b) "The nationalization of post-communist party systems", *Europe-Asia Studies* 62(5): 807–827.
- Brancati, Dawn (2008), "The origins and strength of regional parties", *British Journal of Political Science* 38(1): 135–159.
- Buchler, Justin. 2007. "The Social Sub-optimality of Competitive Elections", *Public Choice* 133: 439–56.
- Campbell, Jeffrey R., y Hugo A. Hopenhayn (2005), "Market Size Matters", *Journal of Industrial Economics* 53 (1): 1–25.
- Cantú, Guillermo H. (2001), *Asalto a palacio. Las entrañas de una Guerra*, México: Grijalbo
- Caramani, D. (1996), (2004), *The nationalization of politics. The formation of national electorates and party systems in western Europe*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Carrillo Barroso, Ernesto (1989), "La nacionalización de la política local", en *Política y sociedad*, Madrid, Universidad Complutense, núm. 3.
- Chhibber, P. K. y K. W. Kollman (1998), "Party Aggregation and the Number of Parties in India and the United States", *American Political Science Review*, 92, pp. 349-342.

- Chhibber, P. K. y K. W. Kollman (2004), *The Formation of National Party Systems: Federalism and Party Competition in Canada, Great Britain, India and the United States*, Princeton: Princeton University Press.
- Chhibber, P. K. y M. Torcal (1997), "Elite Strategy, Social Cleavages and Party Systems in a New Democracy: Spain", *Comparative Political Studies*, 30(1), pp. 27-54.
- Claggett, William, William Flanigan, Nancy Zingale (1984), "Nationalization of the American Electorate", *The American Political Science Review*, Vol. 78(1), pp. 77-91
- Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos
- Converse, Philip E. (1966), "The concept of a normal vote", *Elections and the Political Order*, ed. Angus Campbell, Philip E. Converse, Warren E. Miller and Donald Stokes. New York: Wiley.
- Coppedge, Michael, Ángel Álvarez and Claudia Maldonado. 2008. "Two Persistent Dimensions of Democracy: Contestation and Inclusiveness." *Journal of Politics* 70 (3): 335-50.
- Cox, Gary (1999), "Electoral Rules and Electoral Coordination", *Annual Review of Political Science*, 2, pp. 145-161.
- Cox, Gary, J. Knoll (2003), "Ethnes, Fisks and Electoral Rules: The Determinants of Party-system Inflation", trabajo presentado en el 2003 Annual Meeting of the American Political Science Association, Chicago, 28-31 de agosto
- Cox, Gary, (2004), *La coordinación estratégica de los sistemas electorales del mundo*, Barcelona: Gedisa
- Crespo, José Antonio, "La evolución del sistema de partidos en México", *Foro internacional*. México, D.F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales. V. 31, no. 4 (124) (abr.-jun. 1991), p. 599-622
- Cruz Pastrana, María Iliana (2010), *Balance de elecciones internas*, Izquierda Democrática Nacional
- Daalder, Hans (2007), "¿Partidos negados, obviados o redundantes? Una crítica", en José Ramón Montero Gibert Richard Günther, Juan José Linz, *Partidos políticos: viejos conceptos y nuevos retos*, Madrid, Editorial Trotta, pp. 49-69
- Deegan-Krause, Kevin, (2006), "New Dimensions of Political Cleavage", Russell J. Dalton y Hans Dieter Klingemann (editors), *The Oxford Handbook of Political Behavior*, Oxford: Oxford University Press.
- Deschouwer, Kris, (2003), "Political Parties in Multi-Layered Systems", *European Urban and Regional Studies*, Julio vol. 10 no. 3: 213-226
- Domínguez, Jorge I. y Chappell H. Lawson (eds.) (2004), *Mexico's Pivotal Democratic Election. Candidates, Voters, and the Presidential Campaign of 2000*, Stanford: Stanford University Press/ Center for US-Mexican Studies, 2004. 363 p.
- Downs, Anthony (1990), "Teoría económica de la acción política en una Democracia", en AAVV, *Diez textos básicos de Ciencia Política*, Barcelona, Ariel.
- Duverger, Maurice (1996), *Los partidos políticos*, México, DF.: FCE
- Fabre, Elodie (2008). "Party organization in a multi-level system: Party organizational change in Spain and the UK", *Regional and Federal Studies* 18 (4):309-329
- Farrell, David M. y Paul Web (1998), "Political parties as campaign organizations", in Russell J. Dalton y Martin P. Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, pp. 102-128.
- Filippov, Mikhail, Peter C. Ordeshook y Olga Shvetsova (2004), *Designing Federalism: A Theory of Self-sustainable Federal Institutions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Franklin, Billy J. 1971. "Urbanization and Party Competition: A Note on Shifting Conceptualization and a Report of Further Data." *Social Forces* 49 (June): 544-49
- Garman Christopher, Stephan Haggard y Eliza Willis (2001), "Fiscal Decentralization: A Political Theory with Latin American Cases", *World Politics*, Vol. 53, No. 2, pp. 205-236
- Gerring, J., Palmer, Maxwell Palmer, Jan Teorell y Dominic Zarecki (2015). "Demography and Democracy: A Global, District-level Analysis of Electoral Contestation." *American Political Science Review*, 109(3), 574-591
- Gerring, John y Dominic Zarecki (2011), *Size and Democracy Revisited* en DISC Working Papers. Budapest: Central European University.
- Gimpel, James G. (1996), *National Elections and the Autonomy of American State Party Systems* (Pitt Series in Policy and Institutional Studies), University of Pittsburgh Press

- Gimpel, James G. y Jason E. Schuknecht (2002), "Reconsidering Political Regionalism in the American States", *State Politics & Policy Quarterly*, Vol. 2, No. 4 (Invierno), pp. 325-352
- Goldstein, Kenneth M. y Travis N. Ridout (2002), "The Politics of Participation: Mobilization and Turnout over Time", *Political Behavior*. Volume 24, Issue 1, pp 3–29
- Golosov, Grigorii V. (2016), "Party system nationalization. The problems of measurement with an application to federal states", *Party Politics*, Vol 22, Issue 3
- Golosov, Grigorii V., (2010), "The Effective Number of Parties: A New Approach", *Party Politics*, 16: 171-192
- Golosov, Grigorii V. (2004), *Political parties in the regions of Russia. Democracy unclaimed*, Boulder, Lynne Rienner Publisher
- Gómez Tagle, Silvia (2009), *¿Cuántos votos necesita la democracia? La participación electoral en México 1961-2006*, México: IFE
- Gómez Tagle, Silvia (2001), "Cambios y continuidades en la geografía del comportamiento electoral", en Meyenberg, Yolanda (coord.), *El dos de julio: Reflexiones posteriores*, FLACSO/IIS-UNAM/UAM-I, México, pp. 237-278
- Gómez Tagle, Silvia (2000). *La geografía del poder y las elecciones en México*. México: IFE-Plaza y Valdés.
- Gordon, Sanford C., y Gregory A. Huber. 2007. "The Effect of Electoral Competitiveness on Incumbent Behavior." *Quarterly Journal of Political Science* 2: 107–38.
- Golder, Matt (2006), "Presidential Coattails and Legislative Fragmentation", *American Journal of Political Science* 50 (1):34-48
- Green, Donald P. y Alan S. Gerber (2015), *Get Out the Vote: How to Increase Voter Turnout*, Washington: Brookings Institution Press
- Greene, Kenneth F. (2011), "Campaign Persuasion and Nascent Partisanship in Mexico's New Democracy", *American Journal of Political Science*, Vol. 55, No. 2, April, pp. 398-416
- Greene, Kenneth F. (2007). *Why dominant parties lose. Mexico's democratization in comparative perspective*, N.Y.: Cambridge University Press.
- Griffin, John D. 2006. "Electoral Competition and Democratic Responsiveness: A Defense of the Marginality Hypothesis." *Journal of Politics* 68 (November): 911–21.
- Hadley, Charles D., Michael Morass y Rainer Nick (1989), "Federalism and Party Interaction in West Germany, Switzerland, and Austria" en *Publius*, Vol. 19, No. 4, Federalism and Intergovernmental Relations in West Germany: A Fortieth Year Appraisal (Autumn), pp. 81-97
- Harbers, Imke (2010), "Decentralization and the Development of Nationalized Party Systems in New Democracies: Evidence From Latin America", *Comparative Political Studies*, 43: 606-627
- Harbers, Imke (2014), "States and strategy in new federal democracies: Competitiveness and intra-party resource allocation in Mexico", en *Party Politics*, November 20: 823-835
- Hazan, Reuven Y. (1996), "¿Qué es un partido de centro?", en *Propuesta* 3, agosto, pp. 143-164
- Hibbing, John R., and Sara L. Brandes. 1983. "State Population and the Electoral Success of US Senators." *American Journal of Political Science* 27: 808–19.
- Hicken, A. (2009), *Building Party Systems in Developing Democracies*, Cambridge: Cambridge University Press
- Hicken, Allen y Heather Stoll (2011), "Presidents and parties: How presidential elections shape coordination in legislative elections", *Comparative political studies*, Vol. 44, Issue 7
- Hiskey, Jonathan T. y Shaun Bowler. "Local Context and Democratization in Mexico", *American Journal of Political Science*, Vol. 49, Issue 1, January 2005, pp. 57–71
- Instituto Nacional Electoral, *Principales resultados de las encuestas electorales publicadas, relacionadas con la elección federal (diputados federales, senadores, y presidente de la República), que cuentan con un estudio metodológico entregado al INE*. [Disponible en <https://www.ine.mx/voto-y-elecciones/encuestas-electorales/elecciones-federales-ordinarias-2017-2018-estudios-entregados/>] [Consultado: 24 de junio de 2020].
- Issenberg, Sasha (2012), *The victory Lab. The secret science of winning campaigns*, Nueva York: Crown Publishers
- Janda, Kenneth (1980), *Political Parties: A Cross-National Survey*, New York: Free Press.
- Janda, Kenneth (1993), "Comparative political parties: research and theory" Finifter, Ada (ed.) *Political Science: the state of discipline II* (Washington: American Political Science Association).

- Jones, Mark P. (1997), "Federalism and the number of parties in Argentine congressional elections", *Journal of Politics* 59(2):538-549.
- Jones, Mark P. y S. Mainwaring (2003), "The Nationalization of Politics: An Empirical Measure and an Application to the Americas", *Party Politics*, 9(2), pp. 139-166.
- Kawato, Sadafumi (1987), "Nationalization and Partisan Realignment in Congressional Elections", *American Political Science Review*, 81, pp. 1235-1250.
- Kjaer, Ulrik and Jørgen Elklit (2010), "Local party system nationalization: Does municipal size matter?" *Local Government Studies* 36(3): 425-444.
- King, Gary (1996). "Why Context Should Not Count." *Political Geography*, 15, Pp. 159-164.
- Kitschelt, Herbert (1994), *The Transformation of European Social Democracy*, Cambridge: Cambridge University Press
- Klesner, Joseph L. (2005), "Electoral Competition and the New Party System in Mexico", *Latin American Politics and Society*, Vol. 47, No. 2, pp. 103-142
- Lachat, Romain. 2011. "Electoral Competitiveness and Issue Voting." *Political Behavior* 33: 645-63.
- Lago-Peñas, I. y J. R. Montero (2009), "Coordination between Electoral Arenas in Multilevel Countries", *European Journal of Political Research*, 48(2), pp. 176-203
- Lago-Peñas, Ignacio y José Ramón Montero (2010), "The Nationalisation of Party Systems Revisited: A New Measure Based on Parties' Entry Decisions, Electoral Results, and District Magnitude", Paper presentado en la conferencia anual de la Canadian Political Science Association, Concordia University, Montreal, 1-3 junio.
- Langston, Joy (2008), "La competencia electoral y la descentralización partidista en México Electoral" en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.70 (3), pp.457-486
- Leiras, Marcelo, "Los procesos de descentralización y la nacionalización de los sistemas de partidos en América Latina" en *Política y gobierno*, volumen XVII, número 2, II semestre de 2010, pp. 205-241
- Lipset, Seymour Martin ([1959] 1987), *El hombre político. Las bases sociales de la política*, México, REI-México
- Lipset, Seymour Martin y Stein Rokkan ([1967] 1992), "Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales", traducido en Albert Batlle (editor), *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, pp. 231-273
- Loaeza, Soledad (2002), "La inestabilidad del tripartidismo mexicano", en Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina compiladores, *El asedio a la política: los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Buenos Aires, Politeia, 2002.
- Loaeza, Soledad (2002), "El tripartidismo mexicano: el largo camino hacia la democracia", en Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina (comps.), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Argentina: Homo Sapiens Ediciones
- Lujambio, Alonso (1996), *Federalismo y congreso en el cambio político de México*, México: IJ-UNAM
- Lupu, Noam, "Nationalization and Party Institutionalization in Twentieth Century Argentina" en *Institucionalización de los Sistemas de Partidos en América Latina*, Mariano Torcal (ed.), Anthropos (en prensa).
- Mair, Peter (1987), "Party organization, Vote Management, and Candidate Selection: Toward the Nationalization of Electoral Strategy in Ireland" in Howard Penniman and Brian Farrell (editors), *Ireland at the Polls 1981, 1982, and 1987. A Study of Four General Elections*. NC: Duke University Press, pp. 104-130
- Mair, Peter (1997), *Party System Change: Approaches and Interpretations*, Oxford: Oxford University Press
- McCann, James, and Chappell Lawson (2003), "An Electorate Adrift? Public Opinion and the Quality of Democracy in Mexico." *Latin American Research Review* 38(3): 60-81.
- Méndez de Hoyos, Irma (2007), *El sistema de partidos en México: fragmentación y consolidación*, Perfiles latinoamericanos: revista de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede México, ISSN 0188-7653, Número 29, 2007, págs. 7-45
- Moenius, Johannes y Yuko Kasuya (2004), "Measuring Party Linkage across Districts", *Party Politics*, 10(5), pp. 543-564.
- Molinar, Juan (1991a), *El tiempo de la legitimidad. Elecciones, autoritarismo y democracia en México*, México, Cal y Arena.

- Molinar, Juan (1991b), "Counting the Number of Parties: An Alternative Index", *American Political Science Review*, vol. 85, núm.4, pp.1383–1391.
- Molinar, Juan, (1999), "Las elecciones federales de 1997 en México: evaluación del sistema de partidos y la reforma electoral en materia de regulación financiera", en Orozco Henríquez, J. Jesús, compilador, *Administración y financiamiento de las elecciones en el umbral del siglo XXI. Memoria del III Congreso Internacional de Derecho Electoral II*, México: Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación/Instituto Federal Electoral/Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM/Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
- Monroe, J. P. (2001), *The Political Party Matrix. The persistence of organization*, N.Y.: State University of New York Press
- Morales, Rafael (2016), "La nacionalización de la estrategia electoral en Guerrero: la candidatura emergente de Beatriz Mojica", en Rosa María Mirón Lince (coord.), *Los estados en el 2015*, México: UNAM.
- Morales, Rafael (2009), "El Partido de la Revolución Democrática: Un balance intermedio", en *Este País* 222, pp. 26-29
- Morales, Rafael (2006), "Acción Nacional ¿hacia un moderno partido de cuadros?", en *Este País* 179, pp. 36-41
- Moreno, Alejandro (2018), *El cambio electoral. Votantes, encuestas y democracia en México*, México, FCE
- Morgenstern, S. y R. F. Potthoff (2005), "The Components of Elections: District Heterogeneity, District-time Effects and Volatility", *Electoral Studies*, 24(1), p. 17.
- Morgenstern, S. y S. M. Swindle (2005), "Are Politics Local? An Analysis of Voting Patterns in 23 Democracies", *Comparative Political Studies*, 38(2), pp. 143-170
- Morgenstern, S., S. M. Swindle y A. Castagnola (2009), "Party Nationalization and Institutions", *The Journal of Politics*, 71(04), pp. 1322-1341.
- Morgenstern, Scott, John Polga-Hecimovich, Peter M. Siavelis (2012), *Ni Chicha ni Limoná: Party Nationalization in Pre- and Post-Authoritarian Chile*, *Party Politics*, Vol 20, Issue 5, 2014
- Morgenstern, Scott, John Polga-Hecimovich, Peter M. Siavelis, 2011-2013, Seven Imperatives for Improving the Measurement of Party Nationalization with Evidence from Chile, Paper previously presented at the Midwest Political Science Association (MPSA) Annual Meeting, Chicago, IL, March 30-April 3, 2011, and the 31st International Conference of the Latin American Studies Association (LASA), Washington, D.C., May 29-June 1, 2013. The authors would like to thank the Comparative Politics Reading Group (CPRG) at the University of Pittsburgh and two anonymous reviewers at Electoral Studies for their valuable feedback.
- Müller, Wolfgang C. y Kaare Strom, "Conclusion: Party behavior and representative democracy", en Wolfgang C. Müller y Kaare Strom (eds.), *Policy, office, or votes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 279-310
- Navarrete Vela, Juan Pablo, & Espinoza Toledo, Ricardo. (2017). "MORENA en las elecciones federales de 2015". *Estudios políticos* (México), (40), 71-103. Recuperado el 16 de septiembre de 2020, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16162017000100071#B26
- Niemi, Richard G., Herbert F. Weisberg y David Kimball (2001), *Controversies in Voting Behavior*, Washington, D.C.: Congressional Quarterly Press.
- Niven, David (2004), "The Mobilization Solution? Face-to-Face Contact and Voter Turnout in a Municipal Election", *The Journal of Politics*. Vol. 66, No. 3, pp. 868-884
- Pacheco Méndez, Guadalupe, (1997), "Un caleidoscopio electoral: ciudades y elecciones en México, 1988-1994", en *Estudios Sociológicos*, XV: 44, 1997
- Pacheco Méndez, Guadalupe, (2000), "De la hegemonía a la regionalización electoral: el sistema de partidos en México, 1979-1997", en *Estudios Sociológicos*, XVIII (2): 363-402
- Paddock, Joel (2005), "The Decline of Traditional Party Organizations and the Nationalization of the American Party System" *State and National Parties and American Democracy*, Nueva York: Peter Lang, *Popular Politics and Governance in America - Volume 9*, pp. 37-51
- Patterson, Samuel C., and Gregory A. Caldeira (1984). "The Etiology of Partisan Competition." *American Political Science Review* 78 (September): 691–707.
- Peschard, Jacqueline (1993), "El fin del sistema de partido hegemónico", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, abril-junio, FCPy S/UNAM, pp. 97-117

- Polga-Hecimovich, John, "Overcoming the Regional Cleavage? The (Unprecedented) Territorial Nationalization of Alianza PAIS", FLACSO-Quito Departamento de Estudios Políticos, Working Paper 01, University of Pittsburgh, FLACSO Ecuador
- Potter, Joshua D. (2014), "Demographic diversity and district-level party systems", *Comparative Political Studies*, pre-published electronically as DOI: 10.1177/0010414013516918
- PRD (2015), *Estrategia electoral Guerrero*, 2015, documento interno de campaña
- PRD (2006), *Balance electoral 2006*, documento para discusión del Consejo Nacional
- Przeworski, Adam (1975). Institutionalization of Voting Patterns, or is Mobilization the Source of Decay? *American Political Science Review*, 69(1), 49–67.
- Remmer, Karen L. (2010), "Political Scale and Electoral Turnout: Evidence From the Less Industrialized World." *Comparative Political Studies* 43 (3): 275–303.
- Reynoso, Diego (2004a), "Distritos electorales y representación bicameral en México", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 66, núm.3, México, UNAM-IIS, pp.91-118.
- Rokkan, Stein, (1970), *Citizens, elections, parties: approaches to the comparative study of the processes of development*, New York D. Mckay
- Rose, Richard y Mackie, Thomas, (1988), "Do parties persist or fail. The big trade-off facing organizations", Lawson, Kay y Merkl, Peters (eds) *When Parties Fail. Emerging Alternative Organizations*, Princeton: Princeton U.P.
- Rose, Richard y Derek W. Urwin (1975), *Regional differentiation and political unity in Western nations*, Londres y Beverly Hills, Calif.: Sage Professional Papers in Contemporary Political Sociology (no. 06-007).
- Sartori, Giovanni (1992), *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid: Editorial Alianza.
- Scarrow, Susan (2002), "Parties without Members? Party Organization in a Changing Electoral Environment", Russell J. Dalton y Martin P. Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, pp. 79-101.
- Scarrow, Susan (2009), "Political activism and party members", Russell J. Dalton y Hans-Dieter Klingemann, *The Oxford Handbook of Political Behavior* (The Oxford Handbook of Political Science) Oxford: Oxford University Press
- Schattschneider, E. E. (1964 [1941]), *Régimen de partidos*, Madrid: Editorial Tecnos S. A.
- Schattschneider, E. E. (1967 [1960]), *El pueblo semisoberano. La democracia norteamericana vista por un hombre práctico*, UTEHA: México, D.F.
- Schlesinger, Joseph. A. (1975), "The primary goals of political parties: a clarification of positive theory", en *American Political Science Review*, vol. LXIX, N. 3, pp. 840-849
- Schmitt-Beck, Rüdiger (2007), "New Modes of Campaigning" en Russell J. Dalton y Hans Dieter Klingemann (editors), *The Oxford Handbook of Political Behavior*, Oxford: Oxford University Press.
- Shugart, Matthew Soberg (1995), "The electoral cycle and institutional sources of divided presidential government", *American Political Science Review*, 89(2):327-43.
- Schakel Arjan H (2013), "Nationalization of multilevel party systems: A conceptual and empirical analysis." *European Journal of Political Research* 52(2): 212–36.
- Sinha, Aseema. (2012). "Scaling Down and Up: Can Subnational Analysis Contribute to a Better Understanding of Micro-level and National Level Phenomena?" *Comparative Democratization* 10 (January): 2, 19.
- Snyder, Richard. (2001). "Scaling Down: The Subnational Comparative Method." *Studies in Comparative International Development* 36 (Spring): 93–110.
- Sonnleitner, Willibald (coord.) (2006), *Explorando los territorios del voto: Hacia un atlas electoral de Centroamérica*, Guatemala, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Instituto de Altos Estudios de América Latina/Banco Interamericano de Desarrollo.
- Sonnleitner, Willibald (2007), "Participación electoral y desarrollo humano: apuntes metodológicos para el análisis territorial y multidimensional del voto en México y Centroamérica", en *Estudios Sociológicos*, vol. XXV, núm. 75, septiembre-diciembre, pp. 813-835
- Strom, Kare (1990), "A behavioral theory of competitive political parties", *American Journal of Political Science*, vol. 34, núm. 2, mayo, pp. 565-598
- Taagepera, Rein y Matthew Soberg Shugart (1989), *Seats and votes. The effects and determinants of electoral systems*, New Haven: Yale University Press.

- Tejeda Ávila, Rovertó (2005), "Amigos de Fox, breve historia de un 'partido' efímero", *Espiral*, Estudios sobre Estado y Sociedad, Vol. XII No. 34
- Tentoni, Luca, (2015), "L'analisi del sabato. Terza Repubblica, un cantiere ancora aperto", *Mente Politica*, en <http://www.mentepolitica.it/articolo/lanalisi-del-sabato-terza-repubblica-un-cantiere-ancora-aperto/459> [consultado el 4 de agosto de 2015]
- Thorlakson, Lori (2003), "Comparing Federal Institutions: Power and Representation in Six Federations", en *West European Politics*; April, Vol. 26, 2, p1, 22p.
- Thorlakson, Lori (2007), "An Institutional Explanation of Party System Congruence: Evidence from Six Federations", *European Journal of Political Research*, 46(1): pp. 69-95.
- Thorlakson, Lori (2009), "Patterns of Party Integration, Influence and Autonomy in Seven Federations", *Party Politics*, 15(2); pp. 157-177.
- Trelles, Alejandro, Micah Altman, Eric Magar y Michael P. McDonald, "Datos abiertos, transparencia y redistribución en México", *Política y gobierno*, volumen XXIII, número 2, II semestre de 2016, pp. 331-364
- Vertz, Laura L., John P. Frendreis, James L. Gibson (1987), "Nationalization of the Electorate in the United States", *American Political Science Review*, Vol. 81(3): pp. 961-966
- Vilalta Perdomo, Carlos (2008), ¿Se pueden predecir geográficamente los resultados electorales? Una aplicación del análisis de clusters y outliers espaciales, *Estudios Demográficos y Urbanos*, V. 23, N. 3, septiembre-diciembre, pp. 571-613
- Wagner, Markus (2012), "Defining and Measuring Niche Parties", *Party Politics*, 18.6: 845-864
- Whiteley, Paul (2010). Is the party over? The decline of party activism and membership across the democratic world. *Party Politics*, 17(1), 21-44.
- Wolinetz, Steven B. (2007), "Más allá del partido Catch-All: enfoques para el estudio de los partidos en las democracias contemporáneas", en Montero, José Ramón, Richard Gunther y Juan J. Linz (eds.), *Partidos políticos. Viejos conceptos y nuevos retos*, Madrid: Trotta, pp. 127-164

Índice de tablas, gráficos y mapas

Introducción

Figura 1.1 Estrategias de nacionalización de los partidos políticos	18
Figura 1.2 Explicando la nacionalización del sistema de partidos	19
Competencia y nacionalización del sistema de partidos	
Tabla 1.1. Trazados distritales 1977-2005 y procesos electorales	23
Figura 2.1 Líneas divisorias de conflictos	45
Tabla 2.1 Frecuencia absoluta y relativa de secciones ganadas	50
Tabla 2.2 Frecuencias absolutas por sección, promedios de votación y prioridades	52
Mapa 2.1. Clasificación de secciones electorales según frecuencias simples	54
Mapa 2.2. Clasificación de secciones electorales según tipo de prioridad	54
La segmentación de los apoyos partidistas en México	
Tabla 3.1 Nacionalización partidista por partidos seleccionados (PNS)	65
Gráfica 3.1 Nacionalización del sistema de partidos 1991-2012	69
Gráfica 3.2 Evolución del número de partidos en México, 1979-2015	70
Gráfica 3.3 PAN, transferencias a campañas electorales subnacionales 2003-2009	74
Gráfica 3.4. PRI, transferencias a campañas electorales subnacionales 2003-2009	75
Gráfica 3.5. PRD, transferencias a campañas electorales subnacionales 2003-2009	75
Tabla 3.2. Distritos electorales federales por Número de partidos, 1991-2012 (%)	77
Tabla 3.3. Promedio de votos por distrito y desviación estándar 1991-2015	79
Cuadro 3.1. Tipo de respuestas y localización de fuerzas	83
Cuadro 3.2. Tipos de nacionalización	84
Cuadro 3.3. Tipos de nacionalización ajustados	85

Tabla 3.4. México. Índice de desigualdad regional acumulada por partidos 2000-2012	88
Gráfico 3.6. Índice de desigualdad regional acumulada por partidos 2000-2012	88
Tabla 3.5 Distribución de apoyos electorales por circunscripción electoral 1991	90
Cuadro 3.4. Circunscripciones plurinominales para la elección de diputados de representación proporcional de 1991 – 1994	90
Tabla 3.6 Distribución de apoyos electorales por circunscripción electoral 2012	92
Cuadro 3.5. Circunscripciones Plurinominales para la elección de diputados de representación proporcional de 2006 a 2012 y 2015	92
Tabla 3.7. Distribución de apoyos electorales por circunscripción electoral 2015	93
Estrategias de competencia nacional	
Gráfica 4.1 Elecciones presidenciales 1994. Estados determinantes para el ganador	101
Gráfica 4.2. Elecciones presidenciales 2000. Estados determinantes para el ganador	105
Gráfica 4.3. Elecciones presidenciales 2006. Estados determinantes para el ganador	106
Gráfica 4.4. Elecciones presidenciales 2006. Estados determinantes para el ganador	107
Gráfica 4.5 Secciones ganadas por partido Elecciones 1994	110
Gráfica 4.6 Secciones ganadas por partido Elecciones 2000	111
Gráfica 4.7. Secciones ganadas por partido Elecciones 2006	111
Gráfica 4.8. Secciones ganadas por partido Elecciones 2012	112
Tabla 4.1 Evolución del padrón y la votación, 1991-2012	116
Gráfica 4.9. Evolución del padrón y la votación 1991-2012	166
Termografía 4. 1. Lista nominal 1994	117
Termografía 4.2. Lista nominal 2000	118
Termografía 4.3. Lista nominal 2006	118
Termografía 4.4. Lista nominal 2012	119
Tabla 4.1. Elecciones presidenciales 2012. Número de secciones y porcentaje de votación por sección mayor que 80 por ciento	120
Tabla 4.2. Número de secciones por entidad federativa	120
Tabla 4.3. Promedio de secciones electorales por entidad federativa, 1994-2012	121
El cálculo de la rentabilidad	
Mapa 5.1. PRD, elecciones presidenciales 1994. Distribución simple de votos por secciones electorales	132
Mapa 5.2. PAN, elecciones presidenciales 1994. Distribución simple de votos por secciones electorales	134
Mapa 5.3. PRI, elecciones presidenciales 1994. Distribución simple de votos por secciones electorales	136
Mapa 5.4. PRI, elecciones presidenciales 2000. Distribución simple de votos por secciones electorales	139
Tabla 5.4. Giras del candidato a la presidencia de la República Vicente Fox. Noviembre 1999-abril 2000	141
Mapa 5.5. PAN, elecciones presidenciales 2000. Distribución simple de votos por secciones electorales	143
Mapa 5.6. PRD, elecciones presidenciales 2000. Distribución simple de votos por secciones electorales	145
Mapa 5.7. PBT, elecciones presidenciales 2006. Distribución simple de votos por secciones electorales	148
Mapa 5.8. PAN, elecciones presidenciales 2006. Distribución simple de votos por secciones electorales	150

Mapa 5.9. APM, elecciones presidenciales 2006. Distribución simple de votos por secciones electorales	151
Mapa 5.10. MP, elecciones presidenciales 2012. Distribución simple de votos por secciones electorales	154
Mapa 5.11 CM, elecciones presidenciales 2012. Distribución simple de votos por secciones electorales	157
Mapa 5.12 PAN, elecciones presidenciales 2012. Distribución simple de votos por secciones electorales	159
Mapa 5.13 PAN, elecciones presidenciales 2006. Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto	162
Mapa 5.14 PRD, elecciones presidenciales 2006. Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto	165
Mapa 5.15 PRI, elecciones presidenciales 2006. Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto	166
Mapa 5.16 PAN, elecciones presidenciales 2012. Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto	168
Mapa 5.17 PRI, elecciones presidenciales 2012. Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto	170
Mapa 5.18 PRD, elecciones presidenciales 2012. Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto	172
Tabla 5.5 Secciones electorales que contribuyeron al 80 por ciento de los votos por partido en elecciones presidenciales	175
Figura 5.1. Franja de rentabilidad y nacionalización de los partidos políticos	177
Epílogo	
Gráfico. Nacionalización partidista 2015	189
Tabla. Elecciones federales 2015, votos, triunfos de MR y PNS	190
Tabla. Nacionalización partidista por partidos seleccionados (PNS)	192
Mapa. JHH, elecciones presidenciales 2018. Distribución simple de votos por secciones electorales	192
Tabla. Entidades que contribuyeron al 80 por ciento de la votación de Morena, 2018	194
Mapa. JHH, elecciones presidenciales 2018. Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto	195
Mapa. PMF, elecciones presidenciales 2018. Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto	196
Mapa. TPM, elecciones presidenciales 2018. Secciones electorales jerarquizadas por el principio de Pareto	197